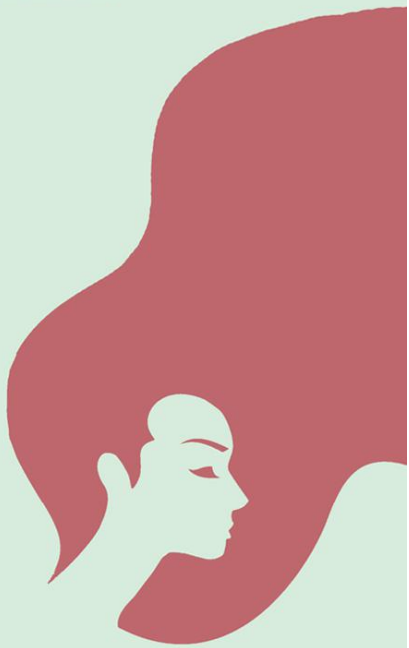
Yasmine Mohammed

Sin velo

Cómo el progresismo legitima al Islam radical

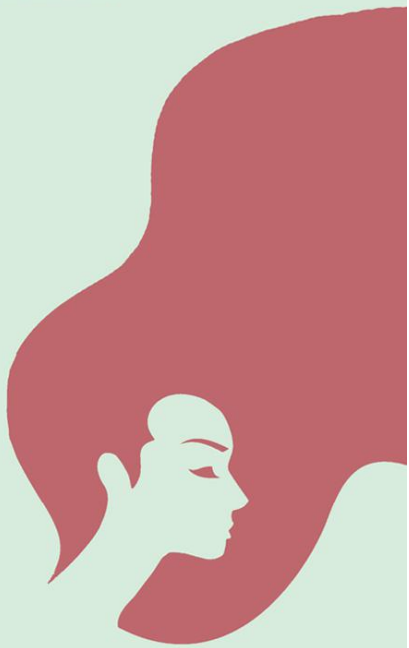


libros del Zorzal

Yasmine Mohammed

Sin velo

Cómo el progresismo legitima al Islam radical



libros del Zorzal

Yasmine Mohammed

Sin velo

Cómo el progresismo legitima al Islam radical

libros del Zorzal

Yasmine Mohammed

Sin velo

Cómo el progresismo

legitima al islam radical

Traducción: Agustina Blanco

libros del
Zorzal

Mohammed, Yasmine Sin velo / Yasmine Mohammed. - 1a ed. - Ciudad Aut

Diseño de portada: Osvaldo Gallese

Diseño de colección: Enric Jardí Soler

Traducción: Agustina Blanco

Título original: Unveiled

© 2019. Yasmine Mohammed

© 2022. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Para Tiffers

Índice

Dedicatoria | 7

Prefacio | 8

Prólogo | 11

Violencia I | 16

Oración | 22

Sumisión I | 27

Egipto | 37

Honor | 43

Amigo invisible navideño | 49

Abuso | 53

Judíos | 57

Sumisión II | 62

Hiyab | 67

Colegio musulmán | 74

Traición | 77

Madres | 84

Depresión I | 89

Tiffers | 92

Abandonada | 98

Depresión II | 105

Haciendo pie | 110

Casa | 116

Sumisión III | 123

Violencia II | 132

Mi bebé | 144

Al Qaeda | 152

Escape | 161

Arresto domiciliario | 168

Solas | 176

El elefante | 180

Libertad | 189

Duda | 197

Reconstruyendo | 207

Wayne | 214

Doha | 218

Amor | 231

Contraataque | 240

Esperanza | 244

Agradecimientos | 254

Dedicatoria

Este libro es para toda persona que se siente aplastada bajo la enorme presión y las terroríficas amenazas del islam. Espero que mi historia te ayude y te inspire para que puedas liberarte y desplegar tus preciosas alas.

Este libro es también para aquellos que se sienten forzados a demonizar a todos los musulmanes. Espero que comprendan que somos meros seres humanos y que estamos peleando contra nuestros propios demonios.

Este libro es para todos aquellos que sienten que su deber es defender el islam de todo examen y reprobación. Espero que vean que cada vez que erran la crítica están impidiendo que la luz brille sobre millones de personas encarceladas en la oscuridad.

Y por último, pero definitivamente no menos importante, este libro es para mis compañeros guerreros. Mis compañeros exmusulmanes, mis compañeros ateos, mis compañeros librepensadores y mis compañeros agitadores.

Prefacio

Por Rick Fabbro

El 17 de julio de 2018, a las 11:26 de la mañana, sonó mi teléfono. Nunca sé muy bien a qué aplicación corresponde cada timbre, así que comencé a recorrer mis mails, mi Facebook, mi Twitter, los juegos de palabras con los que me entretengo con mis amigos; finalmente, abrí un mensaje de texto.

“Hola Sr. Fabbro. Fui estudiante de teatro suya en primer año de la secundaria, en 1988/89… No sé si se acordará de mí…”.

Al leer esas palabras, mi corazón dio un pequeño salto. Unas silenciosas lágrimas mojaron mis mejillas.

“Yasmine, no solo te recuerdo, ¡sino que he pensado en ti muchas pero muchas veces en estos últimos 30 años!”.

Una vez más, surgió en mi mente con intensa claridad el recuerdo de una valiente niña de 13 años de edad, sentada frente a mí en mi oficina, describiéndome los horrores perpetrados sobre su persona. Actos que desafiaban mi capacidad para creer que un ser humano pudiera ser tan cruel con otro, máxime tratándose de alguien tan desamparado e inofensivo. Ella prometió estar dispuesta a llevar su historia ante las autoridades que fueran a rescatarla de su tétrica vida familiar.

Efectivamente, dimos curso al organismo competente, y nunca más volví a verla. Supuse que había sido trasladada de inmediato a un hogar seguro y que todo habría terminado encaminándose. A finales de aquel año, me transfirieron a otra escuela, y siempre me quedó la duda de cómo se habría desenvuelto el futuro para Yasmine.

“Solo quería darle las gracias. Las cosas no salieron bien. Todo el maltrato que recibí de mi familia fue calificado por el juez como

‘libertad cultural’”.

Mi corazón se hundió. Ahora, en lugar de tan solo querer saber cómo había evolucionado su vida en los últimos treinta años, me carcomían las preguntas. Quedamos en encontrarnos. Nos abrazamos. Hablamos y lloramos. Me pidió que leyera un borrador de este libro.

Sin velo narra la cautivante historia en su totalidad y responde las preguntas. Sobre esta joven, intentaron ejercer su poder fuerzas familiares, fuerzas políticas, fuerzas religiosas y culturales. Este libro relata cómo prevalecieron su coraje y su tenacidad, pese a los momentos en que se sintió derrotada.

Este es un libro importante no solo por el fascinante testimonio personal que brinda, sino también porque su historia no es única. Yas es una voz que debe ser escuchada por cualquier persona que se sienta oprimida por poderes que entorpezcan sus posibilidades de vivir una vida libre.

Siempre me resultó imposible hablar

de mis problemas.

No podía hacer frente al bochorno y, de todos modos, carezco del coraje necesario. Toda la valentía que tenía me fue arrebatada cuando era joven.

Pero ahora, de repente, tengo una suerte

de deseo irrefrenable de contarle todo a alguien.

Roald Dahl, Matilda

Prólogo

El hecho de haber sido criada en un hogar musulmán no debería ser más que un distante recuerdo, pues rompí con aquel mundo en 2004. Pero resulta que aquel mundo traumático en el que nací me ha definido. Está en mis huesos. Corre por mis venas. No puedo escapar de él. Pensé que podría. Empezaría de cero, podría redefinirme y vivir mi vida según mis propios términos. Pero me he dado cuenta de que no puedo huir de mi propio ser. No tengo control sobre las mismísimas conexiones que realiza mi mente ni sobre las reacciones viscerales de mi cuerpo, y no puedo reconstruirme. Por momentos, sí creo que tal vez he superado todo y que seré capaz de vivir una vida "normal". Pero tan pronto como bajo la guardia, siempre hay algún recuerdo latente que asoma su horrible cabeza.

El suelo en el que crecí, el agua que me nutrió, todo eso estuvo envenenado de engaño, miedo, mentiras, traición, ira, tristeza y mucho maltrato. Por fuera, puedo parecer un árbol sano, pero la verdad está oculta en mis raíces. Me las ingenio para embaucar a todos a mi alrededor. Hay amigos que conozco desde hace años y que desconocen por completo mi historia. Me dicen cosas como "¡Pero si te ves tan normal!", "¿Cómo puede ser que no te hayas convertido en un tiro al aire?", "¡Nunca lo habría imaginado!".

Ni siquiera mi marido logra conciliar los relatos de aquella niña, cuya vida es tan ajena a la suya, con la imagen de la mujer de la que se enamoró. Nos conocimos pocos años después de que yo cortara vínculos con mi familia, y estaba lejos de haber sanado, pero había aprendido a tragarme la pena. No había salida. Nadie lo entendería. Sabía que a la gente le incomodaba hablar del islam, así que directamente dejé todo eso de lado.

Varios años habían pasado de mi ruptura con la religión cuando me topé un día con la página de Facebook de Bill Maher,[1] donde leí que un grupo de exmusulmanes estaba comentando la reacción de Ben Affleck ante las críticas de Sam Harris al islam. Sus gritos de "bruto

y racista" hoy son legendarios, casi un cliché. Yo ni siquiera había oído el término exmusulmán antes de ese episodio. No tenía idea de que había otros como yo. Guardaba mis sórdidos secretos para mí. Mi vida no es políticamente correcta. No encajo en la narrativa preferida. La historia de mi vida es una verdad incómoda, y la gente prefiere sus cómodas mentiras. Pero aquella reacción de mis pares ante la diatriba de Ben Affleck provocó mis ganas de tomar partido.

Resulta que Sam Harris, neurocientífico y autor de un libro pionero llamado El fin de la fe, fue invitado al programa de Bill Maher en octubre de 2014 y habló sobre el islam en su característico tono imponente, aunque con voz suave. Abordó el tema con el mismo rigor académico que utiliza para cualquiera de sus investigaciones sobre las religiones del mundo. Se refirió a él del mismo modo en el que había hablado del cristianismo, del judaísmo y de muchas otras religiones e ideologías: esgrimiendo hechos.

Sam Harris y Bill Maher iniciaron la conversación lamentando que los progresistas fallaran a la hora de alzarse en defensa de los valores liberales. Bill relató que su audiencia aplaudiría con estridencia en favor de principios como la libertad de expresión, la libertad de culto y la igualdad de las mujeres, las minorías y la comunidad lgbt, pero que ese aplauso se detendría abruptamente si alguien mencionara que tales principios no estaban vigentes en el mundo musulmán. Sam añadió que los progresistas critican de buen grado las teocracias blancas, las teocracias cristianas, pero fallan a la hora de criticar los mismos males si el contexto es el mundo musulmán. Asimismo, aclaró que había que diferenciar entre el islam como religión (como conjunto de ideas) y las personas musulmanas.

Muy a cuento, Ben Affleck, actor que desempeñó el papel de ángel caído en la película Dogma, aparentemente decidió postularse como ejemplo para encarnar la perfecta caricatura del progresista confundido al que Sam se estaba refiriendo, acusando de racistas a Bill y a Sam. Los equiparó con la gente que emplea el término shifty Jew[2] o que dice cosas como "Lo único que quieren los negros es dispararse entre sí". Affleck insistió en que los musulmanes "solo quieren comerse un sándwich",[3] ilustrando exactamente la hipocresía que Sam había intentado delinear. ¿Acaso el hombre que

había hecho una película específicamente centrada en la crítica y burla del cristianismo creía que esa conversación civilizada y fáctica sobre el islam que estaban teniendo Sam Harris y Bill Maher superaba los límites de lo aceptable?

Si bien tanto Bill como Sam citaron estadísticas del Pew Research Center que indicaban que alrededor del 90% de los egipcios cree que las personas deberían ser asesinadas por abandonar su religión, Ben seguía insistiendo en que tales ideas malvadas solo eran defendidas por una cantidad nominal de musulmanes.

Desde mi perspectiva, era imperdonable que Ben Affleck evadiera la crítica a una ideología que tanto sufrimiento había causado en el mundo. Por lo general, a nadie en Occidente le importaba que las mujeres musulmanas fueran encarceladas o asesinadas en Irán o Arabia Saudita por no cubrirse el cabello. A nadie le importaba que un grupo de blogueros de Bangladesh fuera apaleado a muerte en las calles por atreverse a escribir sobre humanismo. A nadie le importaba que en Paquistán unos estudiantes universitarios fueran aporreados hasta morir por cuestionar el islam. Pero hete aquí que ahora, por fin, la gente común y corriente se ponía a hablar en un canal televisivo común y corriente sobre temas que aquejan al mundo musulmán desde hace mil cuatrocientos años. ¡Y este hombre aparentemente bien intencionado, cargado de culpa blanca, se estaba interponiendo en el camino! Me puse furiosa.

Recuerdo haber sentido el deseo de expresarme. Quería gritar a los cuatro vientos. Quería unirme a Sam Harris en su batalla de ideas. Sin embargo, también estaba aterrorizada. Sentía que estaba frente a un precipicio que sobresalía sobre un vasto océano. Segura, en terreno seco, me había librado de las peligrosas aguas que se agitaban debajo. Pero ahora tenía la abrumadora sensación de querer volver a zambullirme. Quería conocer a otros que hubieran pasado por lo mismo que yo. Quería compartir mis relatos con ellos y con todos. Quería una comunidad de personas que pudiera comprender mis temores, inseguridades y obsesiones latentes.

Era un riesgo enorme. Ninguno de mis allegados conocía mi trasfondo. Nadie. La única persona que sabía de mi derrotero había fallecido años antes, así que no tenía testigos de mi vida anterior. Podía continuar viviendo en paralelo a todos esos tejemanejes y

optar por no saltar desde aquel acantilado hacia el mar. Lo mío pasaría completamente inadvertido.

O podía ser valiente. Podía elegir adentrarme, cubrirme de agua salada y algas e inclusive correr el riesgo de ahogarme. Podía elegir compartir mi punto de vista. Podía elegir corregir a mis amigos que insistían en que el islam era una religión de paz. Podía elegir incomodar a la gente con mi historia y lidiar con la reacción negativa, los amigos que se apartarían de mí y las amenazas de muerte.

Una persona más cuerda sencillamente habría dado media vuelta y se habría alejado de aquel océano. Yo sabía qué había en él. Ya había estado allí. Habría sido tan fácil dar media vuelta y continuar viviendo mi vida en terreno seco y seguro, máxime porque ya había arriesgado mi vida en la lucha.

Pero elegí zambullirme.

Violencia I

—¡No, por favor! ¡Por favor, lo siento! ¡Mamá, mamá! ¡Por favor!

Estoy recostada en la cama como me ordenaron, implorando frenéticamente como tantas veces he hecho. Tengo pánico de esa escena familiar, por más que se esté desenvolviendo frente a mis narices. El hombre me toma del tobillo y me arrastra con brusquedad hacia el pie de la cama. Tengo que vencer mis ansias de soltar las piernas. Sé que si lo hago será peor. Lloro tan fuerte que me quedo sin aliento, mientras el hombre utiliza mi soga de saltar para atarme los pies al travesaño.

Levanta su vara de plástico naranja, su favorita, la cual reemplaza los listones de madera que se quebraban una y otra vez. Al principio me alegré por el cambio, dado que la vara no se astillaría. Pero no me percaté de cuánto más me dolería. Por el resto de mi vida odiaré el color naranja. El hombre azota las plantas de mis pies, su punto predilecto, pues las heridas permanecen fuera de la vista de los maestros. Tengo 6 años, y este es mi castigo por no memorizar como corresponde las suras (capítulos) del Corán.

—¿Te parece que podrás memorizarlas mejor la próxima vez?

—¡Sí!

Le suplico a mi madre con la mirada. “¿Por qué no alzas la voz o la mano para protegerme? ¿Por qué te conformas con quedarte de pie junto a él?”.

¿Qué podría estar impidiéndoselo? ¿Acaso le tenía miedo? Ella había sido la que lo había llamado. ¿Entonces, en parte, ella también era culpable? En aquel momento, no puedo aceptar que el único de mis progenitores al que conozco sea capaz de entregarme por propia voluntad para que alguien me amarre y me golpee. El malvado es él, no mi madre. Esa tenía que ser la verdad. ¿Entonces por qué lo había llamado por teléfono y le había pedido que viniera a casa? ¿Por qué?

—La próxima vez que venga, quiero oír las tres suras. ¿Entendido?

—Sí…

—¿A qué tres suras me refiero?

Por una fracción de segundo, dudo. El hombre eleva la mano otra vez; sus ojos destellan un dejo de anticipación.

Cuando no hay piel fresca en la que puedan aterrizar sus golpes, estos caen sobre mis pies ya magullados y ajados. Mi cuerpo está pringoso por el sudor. Mi corazón late a ritmo acelerado. Me cuesta respirar, pero sé que aquello no acabará hasta tanto no encuentre la fuerza necesaria para seguir adelante.

—Al Fatiha, Al Kauthar y… Al Ikhlas. —Tres suras cortas que se exigen para las cinco plegarias cotidianas. Las palabras brotan de mí, rechinando, atragantadas, apenas audibles.

—Si cometes un error, un solo error, te mostraré qué tanto puedo lastimarte.

Finalmente, el hombre desata la soga, la arroja al suelo y sale de la habitación. Quedo tumbada allí, esperando a que mi madre se acerque y me consuele. Pero eso no sucede. Después de cada golpiza, espero, pero mi madre nunca viene. Siempre lo sigue hasta la puerta, y oigo sus voces y risas mientras se cuentan cosas. Espero jadeante el sonido de la puerta al cerrarse. No puedo relajarme hasta no saber que aquel hombre está fuera del departamento. Me es difícil estabilizar la respiración, mientras observo en el techo el trazo de las luces de los coches que transitan por la calle. Ssss, ssss, ssss. Termino curvando mi cuerpo cual pelota y me meto el pulgar en la boca.

Pese al latido de mis pies y a los involuntarios sollozos que inflan con énfasis mi pecho, me quedo profundamente dormida, en una especie de hondo sueño que solo puede ocurrir tras una lucha que amenaza con destrozar tu mismísima alma.

Me despierto como aturdida en medio de la noche. Debajo de mí, la mancha mojada y fría de siempre. Uno de mis pies la roza, y el

ardor es tan insoportable que me fuerza a erguirme. Sé que debo abrirme paso hacia el baño, pero el solo pensar en el dolor de soportar mi propio peso sobre mis pies ajados vuelve a inundar mis ojos de lágrimas.

Con cuidado, dejo caer mis pies sobre el lateral de la cama. Están hinchados y cubiertos de ampollas de sangre. Me mentalizo antes de bajar. Sé que si apoyo todo el peso en ellos, podrían estallar, pero también debo moverme rápido para lavar el orín que está provocando ese ardor en mis llagas abiertas. Camino sobre el canto exterior de los pies para que las pústulas esquiven la alfombra. Rengueo despacio, equilibrándome a cada paso: primero me aferro a la cama; luego, al ropero; luego, al picaporte; luego, a la pared del pasillo. Casi cuarenta años después, todavía tengo un vívido recuerdo de aquella sensación de aplastar algo húmedo a medida que las heridas inevitablemente se abrían a tirones.

Todo este dolor no es nada, estoy segura, comparado con las llamas del infierno que me esperan si no memorizo los rezos. Pero antes de aprender a morderme la lengua, cuestiono.

—Si Alá quemara mi carne, luego la regenerase y volviera a quemarla otra vez por toda la eternidad, ¿al final me acostumbraría a eso?

—No —contesta mi madre—. Alá se cerciorará de que cada vez te duela tanto como la primera.

Yo estaba aterrorizada de Alá, del Día del Juicio Final, de quemarme en el infierno. No eran cosas que ocuparan la mente de un niño promedio (bueno, de un niño promedio no musulmán).

Internet está llena de videos de YouTube en los cuales se ve a niños siendo agresivamente atacados en madrasas, a niñas agarradas de los cabellos y arrojadas al piso por no llevar el hiyab (cubrecabezas), a menores siendo azotados y pateados al caer al suelo. El maltrato que padecí, por más salvaje que fuera, es leve en comparación con otras historias que he oído. Una chica en Somalia me contó que su madre vertió aceite caliente en la garganta de su hermano (atado a una cama) y que ella y sus demás hermanos fueron forzados a presenciar la escena.

De acuerdo a informes recientes, a más del 70% de los niños de entre 2 y 14 años que viven en países de mayoría musulmana de Oriente Medio y el norte de África se los disciplina de modo violento. En países como Yemen, Túnez, Palestina, Egipto, más del 90% de los niños afirman sufrir maltratos y violencia. ¿A qué se debe esto? ¿Por qué esos países tienen semejante incidencia de violencia contra los menores? El denominador común es que todos practican la misma religión. Una religión que les enseña a golpear a sus hijos. Según el Hadiz, registro de los dichos y las acciones de Mahoma, el profeta dijo: "Enseña a tus hijos a rezar cuando tengan siete años y abofetéalos si no lo hacen cuando tengan diez" (clasificado como sahih[4] por Shayj al Albani en Saheh al Jami, 5868). También dijo: "Cuelga tu azote allí donde los miembros de tu hogar (tus hijos, tu esposa y tus esclavos) puedan verlo, pues eso los disciplinará" (dicho por Al Albani en Saheh al Jami, 4022).

Queda claro que es responsabilidad de los padres velar por que sus hijos memoricen el Corán, no dejen de realizar la oración diaria y sigan el estrecho sendero que les ha sido trazado. "Cada uno de ustedes es pastor y cada uno de ustedes es responsable de su rebaño. El gobernante es pastor y responsable de su rebaño. El hombre es pastor de su familia y responsable de su rebaño. La mujer es pastora del hogar de su marido y responsable de su rebaño. El sirviente es pastor de la riqueza de su amo y responsable de su rebaño. Cada uno de ustedes es pastor y responsable de su rebaño" (narrado por Al Bujari, 583; Muslim, 1829).

Ergo, cuando los padres golpean a su prole, lo hacen por deber religioso y por temor; deben asegurar que sus hijos sean musulmanes devotos. Si no lo son, los padres habrán fallado y deberán responder por ello ante Alá el Día del Juicio Final. Si sus hijos no son musulmanes devotos, las almas de los padres corren el riesgo de quemarse en el infierno por toda la eternidad.

Los estudios demuestran que un promedio de 7 de cada 10 niños son sometidos a agresiones psicológicas; el índice más elevado corresponde a Yemen (90%). Alrededor de 6 de cada 10 menores sufren castigos físicos; los números más elevados (más del 80%) se registran en República Centroafricana, Egipto y Yemen.

Las más de las veces, los hogares emplean una combinación de

prácticas correctivas violentas. La mayor parte de los menores, en una mayoría de países o áreas, están expuestos a modos de castigo tanto psicológico como físico, lo cual confirma que ambas formas de violencia a menudo se superponen y con frecuencia ocurren juntas dentro de un contexto de disciplina. Tal exposición a múltiples tipos de agresión puede exacerbar el potencial daño al niño tanto en el corto como en el largo plazo.

Aunque el maltrato y la amenaza de maltrato me petrificaban, no recuerdo una época de mi vida en la que no haya dado batalla. Escuchar música, por ejemplo, estaba prohibido, pues la música es producto del demonio. Así y todo, cuando no había nadie en casa, yo encendía el radio-reloj, sintonizaba lg73 y escuchaba los hits del día. El príncipe de Bel Air[5] estaba en lo cierto: los padres sencillamente no entienden. Pero yo temía la ira de Alá. Cuando cantaba "Imagine", de John Lennon, me quedaba callada cuando llegaba el verso que decía: "Imagina que no hay religión". El mero hecho de tararearlo me daba pánico, como si con ello me convirtiera en una apóstata. Ser un apóstata, un kafir (no creyente), es el peor pecado posible para el islam. Punible con la muerte. Recuerdo haberme preguntado cómo podía gustarme tanto el 99% de esa canción y ser completamente reacia a pronunciar esa única línea. Tan reacia que ni siquiera podía hacer playback. ¿Era factible que si Lennon tenía razón respecto del resto de la canción también tuviera razón en ese verso?

Tengo pocos recuerdos como este, instantes en los que la luz centelleó intermitente a través de las grietas de aquel cemento aglutinante de islam que me untaron con abundancia, capa tras capa, a lo largo de toda mi niñez.

Oración

Los musulmanes están obligados a observar los cinco pilares del islam: profesión de fe, cinco rezos diarios, limosna, ayuno durante Ramadán y peregrinación a La Meca. Repetir los patrones rítmicos y gemir hipnóticamente palabras foráneas durante esas cinco plegarias diarias nos mantiene para siempre bajo control. No hay tiempo para apartarse de la buena senda si el próximo rezo es siempre inminente. No hay tiempo para que el cemento se descascare antes de que se le aplique una nueva capa.

Las oraciones son repetitivas hasta el tedio. No hay margen para la más mínima variación. Cada gesto ceremonial y cada palabra son específicos y metódicos, despojando a la umma (comunidad de musulmanes) de toda individualidad. Haz la cola, sigue la manada, no te distraigas. Durante el hajj, la sagrada peregrinación a La Meca, todos los hajjis (peregrinos) son literalmente desprovistos de sus ropas propias y visten unos simples atuendos blancos.

Los preparativos para rezar son tan reiterativos como las mismas oraciones. El primer paso es un ritual de ablución llamado wudu, y cada paso de wudu debe repetirse tres veces: lavarse las manos tres veces, enjuagarse la boca tres veces, sonarse la nariz tres veces, lavarse la cara tres veces, limpiarse los brazos desde la muñeca hasta el codo tres veces, higienizar los oídos tres veces, lavarse los pies tres veces.

En mi caso, como mis piernas eran demasiado cortas para alzar los pies e introducirlos en el lavamanos, debía colocarme sobre la mesada para efectuar el último paso. Después del wudu, estábamos listos para rezar, pero si entretanto uno orinaba, defecaba o despedía un gas, había que realizar todo el ritual otra vez.

Luego seguían los rezos, los cuales traían aparejadas sus propias minucias ritualistas. Había que estar orientado en una dirección específica: hacia la Kaaba, en La Meca, Arabia Saudita. Los varones no debían lucir nada específico para la ocasión, pero las mujeres sí

debían cubrir cada ápice de sus cuerpos, excepto rostro y manos. Yo odiaba ponerme calcetines, pero Alá no aceptaba las plegarias de ninguna mujer que estuviera descalza.

Mi hermano comenzaba con la adhan, la llamada a la oración. No parecía ser muy necesario, dado que todos ya estábamos en el living, pero él giraba su cabeza a la derecha y a la izquierda para cerciorarse de que su voz llegara lo más lejos posible.

Luego nos formábamos: los varones adelante y las chicas atrás. En la mezquita a la que concurríamos, los hombres ingresaban por la puerta principal, mientras que las mujeres lo hacían a través de una entrada trasera, justo afuera de la cocina, cerca de los contenedores de basura. La cuestión de la segregación de género en las mezquitas fue puesta de relieve por algunos reformistas musulmanes como Asra Nomani, quien escribió un artículo en The Washington Post narrando que una vez había ingresado en una mezquita a través de la puerta principal junto a su padre y que ambos habían sido hostigados hasta que ella abandonó el área de los hombres y se unió a las mujeres en el sótano, el sitio que le correspondía. Hoy en día, hay mujeres en Europa que están contraatacando no solo para evitar esta segregación, ¡sino también para que las mezquitas sean dirigidas por imanes mujeres! Desde luego que ese grupo no acude a mezquitas permanentes, sino que suele orar en iglesias que el amable clero abre los viernes para que se pueda rezar con libertad y sin temor a las represalias. Se trata de un pequeño puñado de mujeres, pero está desafiando el apartheid de género ampliamente aceptado por el islam. Cambian de sitio cada semana, por miedo a los fundamentalistas que les envían amenazas por insubordinación. Por lo demás, hay otros grupos de musulmanes que están desafiando a los fundamentalistas, al permitir el acceso de fieles lgbt ¡e inclusive de imanes lgbt! a las mezquitas. Apoyo con todo mi corazón estas iniciativas abiertas a la inclusión y contrarias a la discriminación.

Con todo, por lo general los hombres rezan por un lado y las mujeres, por otro. Si han de estar en la misma sala, entonces ellos ocupan el frente y ellas, el fondo, usualmente con algún tipo de separador entre ambos. En sus respectivas filas, hombres y mujeres se colocan lo más cerca posible uno de otro, rozándose los hombros,

rozándose los pies, para que el diablo no pueda escabullirse entre ellos.

Las plegarias siguen un procedimiento determinado y una serie de movimientos. Primero, te paras con las manos en el pecho (mano derecha sobre mano izquierda) y recitas un sura específico para esa posición. Luego, colocas las manos en las rodillas y repites otro sura tres veces, te enderezas otra vez, te pones de cara al piso, balbuceas las frases prescritas tres veces y te balanceas hacia atrás sobre las rodillas diciendo las palabras explícitas para esa posición. Luego, cara al piso otra vez y te sientas de nuevo sobre las rodillas. Cada uno de esos ciclos se llama rakat, y el largo de los rezos abarca entre dos y cuatro ciclos. Después de cada oración, hay plegarias extra que son opcionales. Sin embargo, para mí nunca lo eran.

La totalidad de aquel ritual debía suceder cinco veces al día. Y en cada rezo, en cada rakat, se reiteraban, se cantaban, se fijaban a fuego en mi cerebro las mismas palabras. Nunca supe el significado de ninguno de los términos que repetía al menos veinte veces por día. Su significado nunca era discutido. Las frases solo debían tararearse ad nauseam sin razonar. Cuestionarlas no acarreaba más que enojo y admonición.

Por más que la mayor parte del día quedara absorbida por los rezos, la duda siempre encontraba el modo de hacerse camino. Yo deseaba rendirme: después de todo, ese es el auténtico sentido de la palabra "islam". El buen musulmán es aquel que deja de luchar y se rinde ante el cemento que lo petrifica en su lugar.

Pero lo cierto es que nunca dejé de luchar, y por eso mismo estaba llena de odio contra mí misma. ¿Cómo iba a ser algún día una verdadera musulmana si era incapaz de acallar la duda y rendirme? Mi hermana y mi hermano no parecían tener ningún problema con la fe, aunque de haberlo tenido jamás lo habrían compartido conmigo. Por este motivo, mi madre me atribuyó el apodo de "oveja negra" y afirmaba que era el demonio el que metía la cola para que yo cuestionara mis creencias.

Al crecer, las preguntas se tornaron más difíciles de contestar. Recuerdo un intercambio particularmente revelador con mi madre, en mis años de adolescencia.

—¿Tenía más de 50 años y se casó con una chica de 6?

—¿Cómo dices? ¿Te crees que tú sabes más que el profeta de Alá? ¿Quién eres tú para cuestionar sus acciones?

—¿Era pedófilo?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Recién tuvieron sexo cuando ella se convirtió en una mujer, después de su menstruación. Antes de eso, solo hicieron cosas para prepararla y que ella se sintiera cómoda con él llegado el día. Subhanallah, el mensajero de Alá siempre fue así de sensato y considerado.

—Ah, ¿entonces la chica era mayor de edad?…

—Sí, a ojos de Alá era mayor de edad. Cuando menstrúas, te conviertes en una mujer, y todos tus pecados empiezan a ser tenidos en cuenta. Antes de eso, eres una niña y nada de lo que haces queda registrado.

—¿Entonces qué edad tenía?

—Nueve años.

—¿Nueve? ¡Pero a esa edad no eres una mujer! —Para ese momento, yo ya estaba gritando.

Mi madre respondió a mis persistentes preguntas con una bofetada, con palabras groseras y llenas de odio, con recordatorios de que mi cuestionamiento se debía a la presencia del demonio, que estaba entrando en mi cerebro y susurrándome aquellos pensamientos. Shaitán, el diablo, era demasiado fuerte para vencerlo. Intenté entonces tragarme los interrogantes, pero a veces no podía evitarlo. A medida que la batalla ganaba terreno, tuve demasiado miedo hasta de cuestionar cosas en mi propia cabeza, pues Alá iba a leer mi mente y castigarme por dudar de él. Todo lo positivo era gracias a Alá, y todo lo negativo era a causa de mi debilidad y de la influencia del diablo. Por lo tanto, nunca sentí que tuviera control alguno sobre mi propia vida.

Pero por supuesto que no era el diablo, sino que lo mío era fruto de una indagación natural y de un pensamiento crítico.

Esa fue una de las cosas más difíciles de alejarme del islam: tomar decisiones, confiar en mi sentir más íntimo y en mi voz interior, lo cual había sido asfixiado una y otra vez. Ahora debía conjurarlo de nuevo y descifrar cómo hacer para escucharme a mí misma y confiar. A mí nadie me había enseñado a pensar. Es más, me disuadían de hacerlo, porque pensar suponía sanciones. Me enseñaron a acatar lo que se me dijera, y cada ínfimo aspecto de mi vida estaba prescrito. No era dueña de definir nada: cómo utilizar el baño, cómo beber agua, cómo cortarme las uñas, cómo ponerme los zapatos —y todo lo del medio— estaba específicamente delineado. Yo no era otra cosa que un navío creado para difundir la palabra de Alá y, con suerte, para entregar mi vida en esa gesta: ni más ni menos que la vida perfecta de un buen musulmán.

Sumisión I

Jamás estuve contenta con el rol que me asignaron en el reparto. Recordaba la época en que era libre, o sea, antes de que aquel espantoso hombre entrara en nuestras vidas, y entonces luchaba contra cada capa de cemento que querían echarme encima. Recordaba los años antes de que mi madre lo conociera y adoptara un islam radical, comenzara a cubrirse el pelo y tildara todo de haram (prohibido). Recordaba mis clases de natación y mis juegos en el parque. Recordaba no haber tenido que levantarme antes del amanecer para balbucearle a la alfombra. Recordaba que me dejaban jugar con mis Barbies y con los hijos del vecino, que no eran musulmanes. Recordaba celebrar mis cumpleaños, nadar y comer Oreos. Ahora, todas esas cosas y otras tantas estaban proscritas.

Y eso que vivíamos en Canadá. Mi madre ni siquiera había sido criada así en Egipto. Qué envidia me daba mirar las fotos de la boda de mis padres. Mi madre lucía como una chica Bond con su vestido de novia a la rodilla. Llevaba un peinado colmena, y sus ojos tenían un pronunciado maquillaje con enormes pestañas postizas curvas. En cada una de las fotografías, aparecía una espléndida y elegante bailarina del vientre. Yo solía observar esas imágenes y quedar atónita frente a aquel mundo del cual provenía mi madre, completamente distinto del mío.

Había tantas cosas dentro de ese marco de 10 x 15 que eran haram. Las piernas de mi madre estaban al desnudo; su vestido era ajustado; las mangas solo le llegaban al codo; estaba maquillaba y llevaba el cabello descubierto. Inclusive su peinado estaba prohibido para el islam. Había alcohol, música y baile: todo eso es haram.

Pero probablemente mamá jamás hubiera oído la palabra haram en su crianza. Había tenido una vida afortunada. El tío de su padre fue el primer presidente de Egipto, así que su familia era millonaria y poderosa. Mi abuelo ya estaba casado y tenía tres hijos cuando su

tío se convirtió en el hombre con más poder del país. Sin embargo, decidió sacarle el jugo a su incipiente celebridad y conseguirse una esposa de tez clara. Era menester que su mujer trofeo tuviera rasgos y tonalidades europeos, pero aun así debía profesar la religión indicada. Ergo, se consiguió una joven de Turquía como segunda (y simultánea) esposa.

Cuando mi abuela llegó a Egipto, ni siquiera hablaba árabe, pero fue recompensada con creces por sus esfuerzos. Se mudó a una inmensa mansión con múltiples sirvientes y procedió a parir hijos: siete, para ser exactos. Cuando Nasser llegó al poder, el tío de mi abuelo devino en persona non grata y fue puesto bajo arresto domiciliario. Esto fue demasiado para mi abuelo, que ya se sentía abrumado con un total de diez hijos y dos esposas; decidió entonces mudarse a Arabia Saudita. He oído a miembros de mi familia especular con que mi abuelo no estaba forzado a irse; su mudanza habría sido una mera excusa para alejarse de sus obligaciones familiares. Desde la distancia, sin embargo, enviaba dinero a sus dos familias. Obviamente, como no iba a quedarse solo por la vida, se casó por tercera vez.

Pero no se mudó hasta que mi madre no ingresó en la universidad. No había duda de que mamá era su favorita. Como primera de siete hijos, ella y su hermana melliza habían sido las únicas a las que efectivamente él había criado. Ninguno de los demás niños tuvo esa suerte; algunos apenas recuerdan a su padre. Mi madre tuvo niñeras toda su vida y nunca tuvo que levantar un dedo. La broma (que en verdad no era broma) era que cuando se casó con mi padre ni siquiera sabía cómo hervir agua. Asistía a distinguidos colegios católicos privados. En aquellos días, la gente en Egipto era mucho más laica que ahora. Eran los tiempos previos al surgimiento de los Hermanos Musulmanes.

Ahora, lamentablemente, cientos de egipcios cristianos son asesinados mientras rezan en sus iglesias, e inclusive los musulmanes no considerados lo suficientemente observantes por los extremistas sunitas, como los sufíes, son asesinados mientras rezan en sus mezquitas. Todo Medio Oriente y el norte de África se han vuelto más extremos, y esos extremismos se están esparciendo también por Europa y América del Norte. Hay sectas de

musulmanes que ni siquiera son toleradas. Un comerciante de la secta ahmadi fue asesinado en el Reino Unido por un extremista sunita por desear "Felices Pascuas" a sus clientes. La mayoría de los musulmanes (alrededor del 90%) son sunitas, y los chiitas representan la segunda secta más importante (casi el 10%). Las sectas restantes apenas reúnen el 1% de los creyentes. En líneas generales, cuando en este libro me refiero a los "musulmanes", estoy aludiendo a la abrumadora mayoría de musulmanes sunitas, pues esa es mi experiencia. En la época de mi madre, era común que la gente se identificara vagamente como musulmana, pero no se tomaba la religión tan a pecho. Las mujeres no llevaban el velo, la gente bebía, y el islam era tan informal como es hoy la religión para la mayor parte de los cristianos. Las cosas han cambiado de un modo significativo.

Me enojaba que mi madre hubiera podido vivir una vida tan glamorosa mientras que yo era obligada a estudiar suras del Corán y se me prohibía andar en bicicleta por miedo a que perdiera la virginidad o aprender a nadar porque los trajes de baño dejaban demasiada piel al descubierto. ¿Por qué ella no quería que yo gozara de las mismas libertades de las que ella había gozado? Ella había tenido amigos cristianos, pero a mí ni siquiera me permitía jugar en el hall de entrada con mis amigas, Chelsea y Lindsay, porque eran kuffar, no creyentes. Todos los días las chicas tocaban la puerta de nuestro departamento.

—¿Podemos entrar a jugar con Yasmine?

—No, ahora no —respondía mamá. Yo me quedaba en el pasillo, estrujándome las manos, ansiando desesperadamente que cediera.

—¿Puede venir a nuestra casa?

—No, está ocupada.

—¡No estoy ocupada! —trinaba yo.

—¡Vete a tu cuarto!

A menudo me pregunto qué tan distinta sería yo si nuestras vidas no hubieran sido arruinadas por esa bomba atómica que cayó un

día en nuestro hogar.

Esa bomba atómica era el hombre que convirtió a mi madre en su segunda esposa, el "tío" Mounir. Su entrada en nuestras vidas fue realmente explosiva. Sin temblores, sin advertencias, sin cambios de viento. De golpe, un violento sociópata avanzó con rapidez e irrumpió en nuestra casa como si fuera el dueño, con su barba desaliñada y sus manos callosas. Rara vez interactuaba conmigo, a menos que fuera para atarme los pies a la cama. Yo no tenía idea de que mi madre era segunda esposa de nadie. Lo llamábamos "tío", y él tenía su propia mujer y sus propios hijos. Recién cuando ingresé en la escuela secundaria mi madre me reveló la verdad. Como la poligamia infringe las leyes de la democracia liberal canadiense, no quiso confesarnos a nosotros, sus hijos, esa información condenatoria. Poco sabía ella entonces que el Estado suele hacer la vista gorda respecto de los musulmanes que tienen múltiples esposas. Al contrario, se canalizan millones de dólares para brindar apoyo a esos hombres que incumplen con la ley. Si un musulmán no puede solventar los gastos de todas sus mujeres, simplemente las persuade de que soliciten una ayuda social en calidad de madres solteras, ¡y listo! Problema resuelto. Mi madre era una de esas mujeres. Al estar casada con él según la ley islámica y no civil, podía beneficiarse de fondos de asistencia social, pues el Estado desconocía que ella estuviera casada con aquel hombre; cuestionarlo hubiera sido un acto racista o algo por el estilo.

Aunque técnicamente Mounir fuera mi padrastro, nunca lo llamé así y nunca tuvimos una relación padre-hija. Era simplemente el hombre que nos pegaba y que ocasionalmente tenía sexo con nuestra madre (de esto me enteré luego).

A veces, al regresar de la escuela lo encontraba en casa.

—¿Qué hice esta vez? —Hasta donde yo sabía, el único propósito de sus visitas era golpear a alguien.

—Nada. Vete a jugar a tu cuarto —me ahuyentaba mi madre.

En una oportunidad, me dirigí al baño y los oí juntos en la ducha. Nada de qué preocuparse. Mi hermano y yo solíamos bañarnos juntos en aquellos tiempos. Más tarde, frente a su esposa (no

recuerdo por qué), se me ocurrió mencionar el episodio.

—¿Qué? ¡Eso no es cierto! —Él y mi madre lo negaron con vehemencia.

—Sí, fue así. Oí que se estaban duchando juntos. —Inexplicablemente, insistían en que estaba equivocada, y yo no lograba entender por qué.

Es una sensación rara percatarte de que tu madre está mintiendo. No la creía capaz de eso, pero ellos afirmaban una y otra vez que la que estaba errada era yo. Al final, terminé dándole la razón a ella, por más que eso contradijera lo que tenía frente a mis narices. Dejé de ver lo que había visto, dejé de oír lo que había oído, porque ella me decía lo contrario y yo debía creerle. Después de todo, era mi madre. Confiaba en ella más que en mí. Así que cedí y acepté que no estaban juntos en la ducha y que mi impresión había sido un error.

El mismo sentimiento tuve cuando me dijo que hablaría con Mounir para pedirle que dejara de golpearnos. Le creí. Por más que al día siguiente la acción se repitiera. ¿Cómo podía saber él que no habíamos cumplido con todos los rezos, si ni siquiera estaba presente? Pero de algún modo las palabras que mi madre pronunciaba tenían el poder de invalidar la realidad.

Antes de que él invadiera nuestro hogar, vivíamos una vida mucho más serena. En nuestro edificio, teníamos una piscina exterior, y yo estaba aprendiendo a nadar bajo el agua. Aún no me sentía segura con el crol, pero estaba decidida a aprenderlo. También teníamos un patio en el que jugaba durante horas, andaba en bicicleta y jugaba a las Barbies con mis amigas. Mis hermanos y yo teníamos mucha libertad y éramos demasiado jóvenes para reconocer que en verdad esa libertad era negligencia. Para nosotros, ser libres significaba que podíamos quedarnos afuera y jugar tanto como quisiéramos. Cuando todos mis amigos se habían ido a cenar y ya no quedaba nadie con quien jugar, subíamos las escaleras. Pero la cena nunca nos estaba esperando en la mesa.

—¿No tendrías que irte a tu casa? —me preguntaba la mamá de mi amiga.

—No, me puedo quedar aquí todo lo que quiera.

—¿A qué hora te duermes?

—¡En mi casa no hay hora de dormir! —respondía yo orgullosa.

—Qué suerte tienes —me decían mis amigas.

Mamá pasaba la mayor parte del día mirando telenovelas y comiendo semillas de girasol. Me iba a la escuela por la mañana y cuando regresaba la encontraba en el mismo sitio; la única diferencia era que el montículo de cáscaras era más alto. Cada tanto, me gritaba para que le cambiara el canal.

En retrospectiva, creo que probablemente estuviera deprimida. Mis padres se conocieron en la universidad, en Egipto, y se trasladaron a Estados Unidos juntos. Los días de paz y amor hippie en la San Francisco de la década de 1960 terminaron pasándole factura a su vida matrimonial. Por eso se mudaron a Vancouver, Canadá, pero de todos modos la pareja se desmoronó.

Mi madre se encontró sola en un nuevo país, sin red de apoyo y con tres hijos. Buscó desesperadamente una comunidad, algún esquema de contención, y por desgracia esa búsqueda la condujo a la mezquita local, donde se topó con ese monstruo que se ofreció a desposarla, brindarle plenitud y costear económicamente su vida y la de sus tres hijos. Se debe de haber sentido tan sola, tan abandonada. Además, debía descreer de su capacidad de acción como mujer, debía desconfiar de su aptitud para valerse por sus propios medios, sin un hombre. Se veía a sí misma como un parásito buscando un anfitrión. Se colgó de aquel hombre que era inferior a ella —según el sistema de clases egipcio— y que golpeaba a sus hijos, pero sintió que su única opción era encogerse de hombros y aceptar lo que le tocaba en suerte.

En su estado de depresión y confusión, la simpleza y el orden del islam deben de haberle resultado muy tentadores. Esa religión ofrece una estructura tan rígida que hasta define cómo debes cortarte las uñas de las manos. Hay un orden preciso para el corte, así como una manera específica en la que han de disponerse los trozos de uñas caídos. Nada, ninguna decisión, queda librado al

individuo. Cada ínfimo aspecto de la vida está pautado. Para alguien atemorizado y aturdido, ese sistema, diseñado con precisión militar, debió ser una gracia salvadora.

Mamá se zambulló de cabeza, como esos cristianos renacidos que "se entregan y dejan que actúe Dios", que proclaman: "Jesús, toma el timón de mi vida". No quería ser responsable de decidir. Quería que Alá tomara todas las decisiones para las cuales no se sentía calificada. En eso hay mucha paz. No iba a tener que sopesar una infinidad de opciones para determinar el mejor curso de acción en ningún escenario; la labor ya estaba hecha. Lo único que había que hacer era seguir lo indicado y obedecer. Caminar por el recto y estrecho camino dictado por la religión. Un regalo del cielo, literal. Esa perspectiva la embriagaba, pues le permitía lidiar no solo con un extraño país sin red de contención, sino también con tres ruidosos y demandantes hijos que traía a rastras.

Muchas veces me dijo que no le gustaban los niños. Me comentaba que había gente que se extasiaba ante un bebé y que eso le resultaba muy extraño; no podía entender el porqué de tanta emoción. ¿Una masa amorfa que babea y llora? Pero la cultura en la que creció no habilitaba la opción de no tener hijos; eso era lo que se esperaba de una mujer. Nunca sentí que mi madre realmente hubiera querido tenernos ni que hubiera alguna fibra materna en todo su cuerpo. Pero su cultura también le imposibilitaba ejercer control alguno sobre su vida. Por lo demás, lamentablemente, en las sociedades misóginas es frecuente que las mujeres sean despiadadas con sus hijas. Es el único ámbito donde es aceptable que ejerzan su poder.

Ese desinterés por los niños, incluidos los propios, fue lo que le permitió dejar a mi hermano y a mi hermana en Arabia Saudita para que fueran criados por su familia política, expatriada en aquel país. Mis hermanos quedaron a cargo de nuestros abuelos durante dos años. Y luego mi madre quedó embarazada de mí.

Parece que en un intento desesperado por retener a mi padre, mi madre secretamente dejó de tomar sus pastillas anticonceptivas y, cuando él estaba a punto de dejarla, le anunció que estaba embarazada otra vez (de mí), esperando que eso le impidiera irse, como había sucedido otras veces. Pero esta vez a mi padre no le

importó y la dejó. Así que yo fracasé frente al único propósito por el que me habían traído al mundo y me convertí en un daño colateral superfluo, inútil.

Tal vez después de luchar en ese matrimonio durante diez años, mi padre finalmente reconoció que se había casado con una mujer egoísta y manipuladora. Tal vez decidió salvarse a sí mismo. Lo cierto es que se fue, volvió a casarse y tuvo tres hijos más, y nosotros quedamos a la merced de la crianza de una narcisista que le dio cabida a un monstruo en nuestras vidas porque eso atendía sus fines.

De niña, solía soñar que mi padre venía y me salvaba, pero a decir verdad nunca lo conocí. Mis padres se divorciaron antes de mis 2 años de edad. Antes de rehacer su vida, papá venía a visitarme de forma periódica. Nos llevaba a McDonald's y al acuario. Recuerdo haber ido a casa de su novia y jugar con unas muñecas rusas. Pero él nunca fue un padre para mí. A mi madre, le resultaba fácil inventar historias acerca de lo malvado que era, ya que él nunca estaba presente para defenderse. Nunca estaba presente para contradecirla. A lo largo de mi vida, en promedio lo vi una vez cada diez años.

Sin un papá que me salvara, solía imaginarme que era adoptada y que mi verdadera familia estaba en algún lugar. Una familia con la que yo encajaba y que no me consideraba la oveja negra. Hasta que no me reencontrara con ellos, no tenía otra alternativa que aguantar a ese horrible hombre con el que mi madre se había casado y que estaba cobrando cada vez más importancia en mi vida. Aguantar la cosa más agresiva, violenta o humillante que se le antojara hacerme cualquier día.

Una de las primeras cosas que hizo Mounir fue romper todos los discos de mamá y destrozar nuestro equipo de música. Rompió los álbumes de Hank Williams, Dolly Parton, Fat Albert y Kenny Rogers con una furia salvaje, mientras nosotros asistíamos a la escena absortos. ¿Por qué mi madre no lo frenaba? ¿Por qué permitía que aquel hombre hiciera trizas sus cosas? Se quedó quieta a un lado, modosita. Era tan distinta cuando él estaba presente. De pronto, se volvía dócil y silenciosa, increíblemente acomodaticia. Mamá era mi única fuente de amparo, pero distaba mucho de ser la Mujer

Maravilla que yo veía en la tele. En ese momento, entendí que jamás se alzaría en mi defensa. Jamás intercedería por mí en medio de las palizas. Ni siquiera era capaz de defender su música.

Mounir nos incitó a que participáramos en la acción, pero yo no deseaba en absoluto destrozar esos discos. En ese entonces no me di cuenta, pero esa fue la primerísima capa de cemento que me untaron. Como aún estaba húmeda, no dudé en cuestionar lo que estaba viendo. Recogí las astillas del álbum de un stand up de Bill Cosby y le pregunté a mi madre por qué Mounir estaba haciendo eso.

—¡Porque todo esto es haram!

Haram. ¡Cómo fue creciendo esa palabra hasta exasperarme! Al día de hoy, todavía me cuesta privarme de cosas por todos aquellos años en los que se me negó prácticamente todo.

Egipto

Antes de sentir el calor de El Cairo, uno lo huele: un hedor a carozo horneado, a polvo levemente en descomposición, con un tufillo de aguas servidas. Cuando estaba cursando la mitad de mi segundo grado, mi madre nos mudó de Canadá a Egipto sin advertencia ni preparación alguna. De hecho, no creo que pensara que necesitáramos saberlo. Me parece que lo único que esperaba era que anduviéramos tras ella cual patitos; ya íbamos a entender solitos qué estaba pasando.

Lo mejor, sin embargo, era que nos habíamos librado de él, del "tío", y que yo había escapado al terror de segundo grado, la señorita Nyholt, quien según las malas lenguas una vez le había arrojado un pupitre a un niño porque se estaba portando mal. Yo no tenía problema con ella, pero así y todo estaba con la guardia alta, porque nunca sabes qué puede sacar de quicio a un adulto.

Egipto resultó ser divertido, sobre todo porque había un montón de primos con quienes jugar. Nadie me pidió nunca que rezara ni que memorizara ningún sura. Por las noches, nos apiñábamos en el suelo en unas bolsas de dormir improvisadas hechas con mantas. Solo mojé mis sábanas una noche. Después de eso, la vergüenza me forzó a controlar la vejiga. Eso sí, aún me chupaba el pulgar. Cuando se apagaban las luces, me ocultaba bajo la manta, me metía el dedo en la boca y me mecía suavemente hasta quedarme dormida.

Me despertaba con el agudo gemido de la adhan, la llamada a la oración emitida a todo volumen desde los altavoces colocados en la cima de las mezquitas aledañas, con los últimos vestigios del aire fresco nocturno y con el hedor. Cada edificio tenía su propio vertedero individual, y la basura se arrojaba directamente desde la ventana hacia una parva que se formaba en la calle. Las cucarachas y los gatos callejeros eran tan comunes como las moscas. Vivíamos en el corazón de una ciudad superpoblada, recalentada y aplastante, envuelta en una pestilencia sin fin: residuos tibios, cloacas, cuando

no ambos.

Pero nada de eso me importaba. El único fastidio eran mis constantes calambres en el estómago.

Mi madre era todo menos empática.

—¿Puedes parar de quejarte? ¡No pasa un día sin que lloriquees por tu estómago!

Así que me lo guardé para mí. Tanto tiempo me lo guardé para mí que enseguida olvidé lo que era vivir sin dolor. Ahora sé que en Egipto me pesqué una infección estomacal y que la padecía a diario. Estuve sin diagnóstico durante más de treinta años. Los médicos en Canadá nunca pensaron en buscar esa bacteria específica, dado que solo se halla en personas que crecen en países en desarrollo. Digamos que, a principios de los años ochenta, Egipto definitivamente daba la talla.

Así y todo, la saqué barata. Toleraba los calambres estomacales alegremente con tal de no ver la horrenda cara de mi "tío". Cuando me enteré de que íbamos a instalarnos en Egipto, me emocioné, pues era demasiado lejos para que mi madre lo invitara. Qué feliz me puse al saber que no tendría que volver a verlo nunca más.

Un día me puse el uniforme escolar, y compramos libros y lápices. Me preocupaba la barrera lingüística y quedar rezagada por no hablar árabe como todos los demás. Me preocupaba que el año lectivo hubiera comenzado meses antes y tener que batallar para seguir el ritmo. Pero mis primos me aseguraron que me ayudarían y que no había motivos para inquietarme.

Cuando comencé a prepararme mentalmente para ingresar en una escuela pública egipcia, todo se repitió. Mamá decidió irse de Egipto, sin ninguna conversación o explicación previa. De repente estábamos en un avión de regreso a Canadá. Yo estaba más que decepcionada.

—Pero si vendimos todos nuestros muebles y nuestra tele —lloriqueé.

—Compraremos otros. —A mi madre le fastidiaba tener que responder a las interrogaciones de una niñita insolente. Lo que se esperaba de mí era que cerrara el pico y me alineara, como mis hermanos.

—¿Pero dónde vamos a vivir?

—Nos quedaremos en lo del tío Mounir hasta que encontremos un lugar para nosotros.

Mi corazón se detuvo.

—¡No! ¡Mamá! ¡Por favor, no! —grité descontroladamente mientras las lágrimas caían en cascada por mi rostro. Para sorpresa mía, mis hermanos se unieron a mi revuelta. Normalmente, mi madre me hubiera sentado de una bofetada, pero esta vez éramos mayoría, así que probó una nueva táctica.

—Será muy corto, lo prometo. No nos quedaremos mucho.

—¿Lo prometes? —imploramos todos con desesperación.

—Sí, no se preocupen. Tendremos nuestra casa propia tan pronto como podamos.

Mi madre me dijo muchas pero muchas mentiras con el correr de los años, pero esta es todavía la que más me duele. Ahora que soy madre, no puedo entender cómo una mujer pudo tomar una decisión que aterrorizaba a sus tres hijos con tanta intensidad. Ella sabía que lo odiábamos y por qué lo odiábamos. Sabía que nos estaba mintiendo. Simplemente no le importó.

En Egipto, mamá había contado con el apoyo de sus hermanas y de su familia extendida. No estaba sola. Pero todos estaban casados, y por eso se sentía inferior. Podría habernos salvado de la ira de Mounir, podríamos habernos quedado en El Cairo, pero ella era divorciada y se veía a sí misma como una donnadie si no estaba anexada a un hombre, aunque ese hombre fuera violento y golpeara a sus hijos. Entonces prefirió hacernos vivir a todos en la miseria, si eso conllevaba la posibilidad de cumplir con su cometido.

Así las cosas, nos mudamos a la región canadiense de Columbia

Británica y nos instalamos en el sótano de Mounir, un ambiente parcialmente terminado. Ni siquiera se asemejaba a una casa. Era un extraño engendro de living, comedor, cuarto y zona de guardado. Legalmente, el hombre no tenía permiso para terminar esa construcción, ergo, tuvimos que vivir en un espacio invivible. El arreglo que acordó con mi madre resaltaba la jerarquía. Arriba, Mounir vivía con su verdadera mujer y con sus verdaderos hijos. En tanto segunda esposa, inferior e ilegal, mi madre quedaba relegada al sótano con sus hijos.

Resulta que, mientras nosotros estábamos en Egipto, los tres hijos de Mounir habían viajado desde Ontario hasta la casa de su padre. El mayor de ellos era adicto a las drogas duras, y su madre (exmujer de Mounir) estaba preocupada de que fuera una mala influencia para sus dos hermanos menores. Entonces los mandó a vivir junto al padre y se mudó a Egipto. Alguna gente sigue teniendo hijos y depositándolos aquí o allí, como si fueran cosas y no seres humanos. Mi mamá depositó a mi hermano y mi hermana en Arabia Saudita, mi papá nos abandonó, mi "tío" se alejó de sus críos y ahora su ex también. No sé cómo la gente puede comportarse así, pero parece ser una anécdota común en mi vida.

El hijo mayor no duró demasiado. Huyó y regresó en tren a Ontario, se reencontró con su antigua pandilla y poco tiempo después murió de sobredosis. Yo solo lo había visto un par de veces, pero lo suficiente como para espantarme de las drogas. Los otros dos hijos, una chica y un chico, crecieron con nosotros. Ella tenía unos 12 años, y él, alrededor de 9.

La esposa actual de Mounir (la número uno) era una francocanadiense convertida al islam y estaba tan infeliz como yo con aquel arreglo residencial. No tengo idea de por qué lo aguantó ni cómo pudo dar su anuencia para que su marido trajera a una segunda esposa y a sus tres hijos a vivir al sótano de su casa.

Su historia lo explicaba en parte. Había crecido en una isla minúscula de Quebec, en el seno de una familia católica. Al conocer a otros isleños, me enteré de que en aquel sitio se había frenado el paso del tiempo. Las mujeres aún eran tratadas como subordinadas y el feminismo era mala palabra. Por ende, esa mujer había crecido en un entorno en el que había aprendido que los hombres eran los

amos y las mujeres, propiedad de estos. Su transición hacia una vida de musulmana no fue gran cosa. No había tenido perspectivas románticas, y lo más probable es que sus padres creyeran que se iba a hacer monja. Mientras se preparaba para su vida monacal, trabajó en un hospital como enfermera (enfermera es mucho decir, señalaba enseguida mi madre, "lo único que hacía era limpiar escupideras") y allí conoció a un cuidador. El hombre era egipcio, estaba casado y tenía tres hijos. Pese a todo, iniciaron un amorío, vaya uno a saber por qué. ¿Acaso a él le emocionaba conseguir "carne blanca"? ¿Acaso a ella le emocionaba obtener la atención de un hombre, cualquier hombre? Lo cierto es que él dejó a su mujer y a sus tres hijos en Ontario y se mudó a Columbia Británica con su nueva esposa conversa. Esto fue en torno a la misma época en que mi padre dejó a su mujer y a sus tres hijos (nosotros) en Columbia Británica y se mudó a Quebec. ¡Mi madre sí que tenía buen ojo para elegirse candidatos!

Así las cosas, "ganó" la conversa. Él dejó a su mujer y a sus tres hijos en Ontario y se mudó con ella a Columbia Británica. La mujer obtuvo su trofeo y cruzó el país con él. Pero las cosas no le salieron como estaba previsto. Consiguió barrer del mapa a la primera mujer, es cierto, pero ahora no solo tenía consigo a los tres hijos de su marido, sino también a una nueva (y tercera) mujer junto con otros tres niños con los que lidiar.

Nosotros nos llevamos la peor parte de la frustración de aquella mujer. El lavarropas y el secarropas estaban colocados en medio del sótano, y ella se esmeraba en abrir la puerta con un estruendo, irrumpir en el lugar y meter la ropa a lavar, lo cual a mí siempre me resultó extraño. Ahora sé que con eso nos estaba marcando claramente cuál era nuestro lugar: el de meros parásitos.

Durante mucho tiempo, insistí en recordarle a mi madre su promesa.

—Dijiste que no nos íbamos a quedar mucho. Lo prometiste.

—Sí, falta poco.

Pero al final se hartó de la farsa.

—¿Todavía sigues obsesionada con eso? ¿Por qué me taladras con esa misma pregunta después de todos estos años?

Porque yo era una estúpida. Amaba a mi madre incondicionalmente. Y, aunque no me diera ningún motivo para ello, de manera implícita confiaba en ella. Todavía anhelaba que su instinto materno natural de pronto surtiera efecto. Todavía anhelaba que mi madre decidiera proteger a sus hijos. A lo mejor yo razonaba así porque no tenía opción. Ella era todo lo que tenía.

Honor

Con una casa repleta de niños, los tres “padres” debían hallar el modo de mantenernos en línea. Había que respetar determinada agenda. Teníamos “reuniones familiares” en las que debíamos responder por esto o aquello. Nos sermoneaban por alguna infracción y el resto del tiempo se lo pasaban reprendiéndonos por diversas cuestiones.

¡Cómo odiaba esos encuentros familiares! ¡Qué pantomima! No éramos una familia. Cuando nos convocaban, me arrastraba por las escaleras hacia arriba. Los cinco niños debíamos sentarnos en el piso, ya que solo los adultos tenían derecho a ocupar los sillones y las sillas. Como si la variable de poder no quedara clara a diario, nos la machacaban cada semana. A mí se me dormían las nalgas, me dolía la espalda y se me irritaba el cuello por tener que mirarlos desde abajo.

El que solía liderar las reuniones era Mounir, pero mi madre a veces añadía alguna traición mortal. Si alguno de nosotros olvidaba un rezo, por ejemplo, mamá nunca dejaba de mencionarlo. La otra esposa usualmente se quedaba callada, a menos que tuviera algo que decir sobre los hijos que vivían arriba con ella. Rara vez aludía a nosotros tres, los hijos de abajo. Al final de las sesiones, invariablemente alguien recibía latigazos. Supongo que esa era la versión casera de la plaza Dira,[6] en Arabia Saudita: el objetivo era humillar en público al infractor.

Tras el cónclave, a veces nos mandaban a revisar nuestras agendas para ver dónde deberíamos estar y qué deberíamos estar haciendo. Otras veces, comíamos todos juntos. Por lo general, cocinaba la otra mujer, pues mi madre era nula en cocina. Después las tres chicas limpiábamos todo. Una de nosotras levantaba la mesa y pasaba el trapo, la otra lavaba los platos y la tercera secaba. Estábamos siendo entrenadas para ser buenas esposas, y al final inclusive terminamos siendo nosotras las que cocinábamos también. Años después, cuando tuve clases de cocina en la escuela secundaria, me

fue de maravillas. Era una profesional. Para entonces, llevaba años preparando comida para ocho personas cada noche.

Ahora bien, eso era solo una parte de la formación. Ser niña en un hogar musulmán debe ser peor destino que ir al infierno. Te enseñan a avergonzarte de todo lo que haces, de todo lo que eres.

—No te rías así. ¡Eres una niña!

—No te sientes así. ¡Eres una niña!

—Baja la voz. ¡Eres una niña!

—Baja la mirada. ¡Eres una niña!

Las niñas ni siquiera están autorizadas a mirar a un hombre a los ojos. Tenemos que mantener la cabeza gacha como un perro para no olvidar nuestra condición de inferioridad. A lo largo de mi niñez y de manera permanente, miles de veces me susurraron el vocablo árabe que significa vergüenza: "¡Eib! ¡Eib!". Era la única expresión que oía más a menudo que haram.

En cualquier cultura, si el islam es la religión dominante, a las chicas se les enrostran las distintas variaciones del término eib. Las somalíes oyen ceeb y xixhood; a las turcas les dicen ayip; en malayo, se dice aib; en Paquistán, hiya, etc. Las niñas oyen esto porque el honor de la familia yace en sus chicas, específicamente entre las piernas de sus chicas.

Las niñas son la vara para medir el honor de un hombre o de su familia. Cuanto más control tiene este sobre su esposa e hijas, más honorable es, ya que su responsabilidad es conservar el honor de la familia, cerciorándose de que las mujeres se vistan modestamente, se cubran con el hiyab y actúen de forma honrada, mantengan la voz baja, los ojos orientados hacia abajo, y sean recatadas. El aspecto más importante es la virginidad de la niña, lo cual ha de ser resguardado a toda costa. Las chicas no pueden subirse a una bicicleta ni a un caballo y tampoco pueden participar en deportes por temor a que se les rompa el himen. Las familias deben mirarlas de cerca para asegurarse de que no destruyan el honor familiar contraviniendo este principio, y resulta irrelevante que eso suceda a

sabiendas o fruto de una violación. El objetivo es garantizar, cual frasco de vitaminas, que el "sello" no haya sido roto antes de que la mujer sea entregada a su marido.

Si una mujer deshonra a su familia vistiéndose de un modo demasiado occidental o no lo suficientemente islámico, o teniendo amigos varones, o por un sinfín de otros motivos prosaicos, podría pagar esa rebelión con su propia vida. La violencia y las ejecuciones por cuestiones de honor son espantosamente comunes en las comunidades musulmanas de todo el mundo. Hay miles de casos por año. Y hay pruebas contundentes que demuestran que tales crímenes no son declarados en su totalidad. Es frecuente que se informe que las víctimas se han fugado de sus casas o que sus familias insistan en que se han suicidado.

Tales casos no se limitan a los países de mayoría musulmana. Lo mismo sucede en toda Europa. En Estados Unidos, por ejemplo, un egipcio disparó y mató a sus dos hijas en Texas, y en Nueva York un paquistaní ejecutó a su mujer. Las historias son sórdidas e innumerables, y las niñas viven constantemente atemorizadas. Se nos grita eib en todas sus variantes para recordarnos que, si no acatamos las reglas y no guardamos el honor familiar, nos forzarán a casarnos, o peor.

A los varones de mi familia, no les tocaba la misma suerte. Por un lado, casi nunca les escupían la noción de vergüenza. Por otro, nunca ayudaban con ninguna tarea doméstica. Recuerdo que un día comencé a negarme a lavarle la ropa a mi hermano. Yo era adolescente, y él era mayor que yo. Me delataba, y la cosa se convirtió en un gran tema. Tuve que pelear.

—¿Acaso no puede apretar un botón? ¿Qué pasa? ¿El pene le impide girar la perilla?

Como era de prever, fui la única que se metió en problemas por mi lenguaje. Pero no me importó. Después de ese incidente, nunca más le lavé nada.

Mi hermana, en cambio, era una autómata despistada. Hacía lo que le decían, incluso lavar la ropa de nuestro hermano. Nunca cuestionó nada, nunca contraatacó, nunca siquiera masculló un

matiz de fastidio entre dientes. Adoptaba plenamente el rol de oveja. Mientras a mí me parecía que el constante cúmulo de reglas tan específicas era algo limitante, a ella todo le resultaba reconfortante y tranquilizador. Valoraba no tener que pensar. Le gustaba seguir la senda ya trazada, pues eso simplificaba mucho su vida. Seguro, una vida desalmada y desprovista de felicidad, amor, pasión y curiosidad, pero también desprovista de tristeza, decepción, confusión y frustración. Mi hermana estaba dispuesta a canjear todo lo bueno si eso suponía a su vez evitar lo malo. Lo único que pretendía era matar el tiempo con sigilo, hasta la muerte. Su meta principal era no quemarse en una hoguera por toda la eternidad. No la seducía el cielo, sino que estaba aterrada por el infierno. Esa era su motivación, y estaba encantada de acatar para lograrlo. Por supuesto que a mí también el infierno me aterraba, pero no tenía tanto éxito como ella a la hora de apagar mi cerebro. En mi fuero íntimo, siempre estaba sistemáticamente repeliendo los ataques, o al menos echando humo.

Al ser tan distintas, desde mi más temprana edad reconocí que mi hermana y yo nunca seríamos aliadas. Cualquier cosa que dijera frente a ella le provocaba culpa, y sabía que iba a delatarme. Si bien mi hermana y la hija de nuestro “tío” eran cercanas en edad, su hija era emocionalmente cercana a mí. No nos teníamos plena confianza mutua, pero sí manifestábamos leves frustraciones de manera intermitente, intercambiando alguna mirada o haciendo algún gesto de impaciencia. Como fuera, los padres ponían cuidado en que no hubiera ninguna alianza entre nosotras. Al contrario, siempre velaban por provocar enfrentamientos. Aunque parezca mentira, nuestra única constante era el comportamiento de ellos, por más volátil y abusivo que fuera, y eso nos mantenía a todos dentro de su área de control.

Amigo invisible navideño

Terminé ingresando tarde a tercer grado en la escuela primaria del barrio y, como me había perdido el final de segundo grado y los primeros meses del año en curso, tuve dificultades en matemáticas. Conseguí ponerme a nivel en todas las demás materias, pero como Matemática es una asignatura que se va construyendo como un andamiaje, tenía baches en mi educación numérica.

Culminé ese año y pasé a cuarto grado, momento en el que finalmente comencé a sentirme cómoda en mi nueva escuela. Un día, una de las chicas cool de mi clase me invitó a participar en un amigo invisible, y yo estaba en las nubes por sentirme parte de aquel grupo de amigas.

Volví a casa y le conté a mi madre la emocionante noticia.

—Yo no voy a comprar nada para esa kafir ni para su estúpida fiesta kafir —dijo distrayéndose brevemente de la pantalla del televisor.

—¿Puedo llevar algo de casa y solo compramos papel de diario? —pregunté sin moverme, retorciéndome las manos, deseando que sí, deseando que sí.

—¿Por qué te gustan tanto los kuffar? —Las palabras estallaron desde su interior—. ¿Sabes que es haram hacerte amiga de ellos? ¿Quieres que Alá te maldiga? Alá no quiere a aquellos que aman a sus enemigos —y regresó a su programa.

Se me hundió el corazón. Sabía que no había modo de que mamá cambiara de opinión. Quería que por una vez le importara algo que para mí era significativo. Quería que por una vez dejara de lado su religión. Pero sabía que eso no sucedería. Sus creencias siempre iban a prevalecer, con independencia de la miseria que eso acarreara para mí.

Yo sabía de la existencia de los versos del Corán que prohíben a los

musulmanes ser amigos de los judíos, de los cristianos y de cualquier no creyente. Corán 5:51 dice: “Oh, creyentes, no toméis como amigos a los judíos ni a los cristianos; son amigos unos de otros. Quien de vosotros trabe amistad con ellos se hace uno de ellos. Alá no guía al pueblo impío”. ¿Qué peor que Alá considerándote un impío por ser amigo de los kuffar? Así y todo, yo quería ser amiga de ellos.

Días antes del intercambio de regalos, todas mis amigas hablaban de lo que habían comprado. A medida que crecía el entusiasmo, aumentaba mi congoja.

—Eso es porque eres débil. Si fueras fuerte, irías a decirles que no quieres tener nada que ver con esa bazofia kafir. —Mi madre era impermeable a mis ruegos.

El día que se entregaron los presentes, rompí en llantos. Me mortificaba que mi madre me hiciera algo así. Nunca me iba a recuperar del bochorno de ser la única que no tuviera un obsequio para su amiga.

Hasta ese momento, había esquivado con éxito el camino hacia las distintas festividades. En Pascuas, pintaba con esmero los huevos que hacíamos en clase y charlaba despreocupadamente sobre búsquedas de huevos que solo existían en mi imaginación. Durante Halloween, me inventaba historias sobre mi disfraz y sobre todos los caramelos que me habían dado. La Navidad anterior, inclusive me las había ingeniado para escuchar lo que otros niños enumeraban al hablar de sus regalos y, cuando me preguntaban a mí qué había recibido, repetía exactamente lo mismo.

—Ah, ¿sí? ¡Yo también! Calcetines, un pijama, un suéter…

Pero el baile se había terminado, y yo era una farsante. Lo cierto era que Papá Noel nunca venía a nuestra casa. Me senté en la ronda sujetando el maravilloso peluche que mi amiga me había obsequiado, con una sensación de ardor y quemazón en el estómago.

—Es tan bonito que casi me lo quedo para mí —bromeó mi amiga.

—¡Quédatelo, Cara! Quédatelo para ti, no hay problema —imploré.

—No, ja, ja, ¡claro que no! ¡Quiero tu regalo!

Todos los ojos de la ronda se posaron en mí cuando comenté que no me habían permitido comprarle nada, que mi mamá no me dejaba. Mis amigas quedaron desconcertadas. Probablemente creyeran que estaba mintiendo. Para ellas, no tenía ningún sentido. Me daban consejos que empezaban con frases como "¿Por qué no le dices que…?" o "¿Cómo puede ser que no puedas…?". Dulces e inocentes niñas que no tenían ni idea de lo que significaba intentar entrar en razón con una banshee.[7] Yo sonreía y asentía educadamente ante sus sugerencias.

—Sí, voy a intentar decirle eso —afirmaba, sabiendo perfectamente que jamás me atrevería.

La verdad es que apreciaba que mis amigas intentaran ayudarme. Siempre las quise, por más que fueran kuffar. Sabía que en teoría no debía, pero las quería. ¿Cómo no iba a quererlas, si estaba rodeada de compañeras buenas, cariñosas y divertidas? Disfrutaba estar en la escuela en compañía de ellas. Me gustaba la vida libre de preocupaciones que llevaban los no musulmanes. No se la pasaban el día hablando de todas las cosas malas que accidentalmente podemos hacer y que nos valen el infierno. ¡Hablábamos de chicos y muñecas, jugábamos y leíamos libros! Cuando leí Anne, la de Tejados Verdes, ansié ser adoptada por una familia bondadosa que estuviera lejos pero muy lejos de mi casa.

Pero la palabra "libre" era una palabra sucia. Se escupía con desdén.

—¿Así que quieres ser "libre" como tus amigas kuffar?

Pues sí. Eso quería. La libertad es algo positivo que de algún modo es trastocado y demonizado. En el colegio, yo desactivaba todas mis preocupaciones y mi estrés para vivir mis días con alegría. Nunca mencioné cómo era mi vida doméstica. No quería pensar en eso. De alguna manera, llevaba una doble vida. Mi yo real era el de la escuela; mi yo falso —esa chica que se tragaba su tristeza y su furia porque soltarlas solo podía provocar tortura física— vivía en casa.

Mi madre estaba tan empecinada en minimizar nuestra interacción con los compañeros kuffar que nos hacía regresar a casa a la hora del almuerzo para que no socializáramos con ellos durante la jornada escolar. Tampoco me permitía jugar con ellos en el recreo. Pero siempre desobedecí. Me sentía culpable, pero eso no me frenaba.

Abuso

Cuarto grado fue también el año en que le conté a mi madre que su "marido" me acosaba sexualmente. No disponía de ese vocabulario, pero sí le dije lo que estaba ocurriendo. Como me habían enseñado a "escuchar siempre a los adultos", máxime a aquellos que me golpeaban si no lo hacía, nunca se me ocurrió cuestionar las acciones de Mounir. Estaba habituada a que me hiriera físicamente, a tener que soportarlo y a prescindir del amparo de mi madre. Así que esto otro parecía ser una continuidad de lo mismo. Pero había algo en el modo en que él reaccionaba al oír ruidos en el vestíbulo que me hizo sospechar que él sabía que aquello estaba mal. No estaba del todo segura, pero pensé en contárselo a mamá por las dudas.

Su primera reacción fue enfurecerse conmigo y acusarme de instigar o dar pie al abuso. Su línea de argumentos me descolocó. No tenía ningún sentido para mí. Su segunda reacción fue ignorarme. La primera vez que abordé el tema, pareció fastidiarse, de modo que continué contándole, con la esperanza de obtener la misma actitud. Cada tanto, le decía exactamente qué me había hecho Mounir y que la esposa era su cómplice, pero continuaba ignorándome. Me dejaba hablar, me escuchaba, pero no respondía ni reaccionaba.

Yo era demasiado joven para entender qué estaba haciendo aquel hombre y por qué. Tenía demasiado miedo como para no acatar exactamente lo que me mandaba hacer. Una vez, me dejó en su habitación mientras iba al baño. Me ordenó que no me moviera. Me acosté boca abajo y, con lágrimas en los ojos, me incliné hacia el conducto de la calefacción para susurrarle a mi madre. Tenía pavor de que él se diera cuenta y esperaba, contra todo pronóstico, que mamá pudiera oírme. Pero desde mis 5 años de edad ni una sola vez mi madre me había rescatado de él. ¿Por qué creí que esa vez sería distinta?

Mis fantasías de que me adoptaran o de escapar se convirtieron en pesadillas en las cuales yo acuchillaba a Mounir, le cortaba el pene

en rebanadas y lo disfrutaba. Esos sueños me horrorizaban por su crueldad y brutalidad, pero también me calmaban. Me sentía en paz al ver chorrear su sangre. No pasaba una noche sin que me sintiera turbada por esos sueños. Pero ¿cómo podía alguien sentirse tan feliz y serena ante la visión de una persona desangrándose? Me sentía un monstruo. Odiaba ser tan despiadada y me enojaba conmigo misma por experimentar semejante alivio ante esos pensamientos retorcidos.

Las estadísticas sobre la frecuencia de este tipo de abusos en países de mayoría musulmana son realmente nauseabundas. Casos de gran resonancia, como el de Zainab Ansari, una niña paquistaní de 6 años cuyo cuerpo fue arrojado a una pila de basura tras ser violada y asesinada, han forzado a la comunidad internacional a poner atención en el asunto. Según la organización no gubernamental (ong) Sahil, con sede en Islamabad, diariamente se denuncia un promedio de once casos de abuso sexual infantil en todo Paquistán. Repito, diariamente. En 2018, Zainab formó parte de los doce menores asesinados en el distrito de Kasur, en la provincia de Punyab.

Lo más desgarrador es que esos números reflejan que la mayoría de los casos de acoso infantil nunca llegan a ser informados. El mío no lo fue. Hay una vergüenza, un estigma, un sentimiento de que es tu culpa, de que algo hiciste para causarlo, o de que deberías haberlo frenado. En algunos países, las niñas inclusive pueden ser forzadas a casarse con sus violadores. Existen tantas razones para que se llamen a silencio.

Por lo demás, no son solo las chicas. En sociedades musulmanas sumamente segregadas, es improbable que los predadores tengan acceso a las chicas, a menos que tengan una hija, pero sí tienen acceso a los varones. En Afganistán, bacha bazi significa “jugar con niños” y alude a muchachos sexualmente explotados por hombres. En la novela Cometas en el cielo, del autor afgano-estadounidense Khaled Hosseini, escrita en 2003, se describe esa práctica. La trama del libro cuenta que el sobrino del protagonista es forzado a bailar para un oficial talibán de alto rango y a convertirse en su esclavo sexual. Años antes, ese mismo oficial había violado al padre del chico cuando este era preadolescente y el oficial, adolescente.

Lamentablemente, la explotación sexual de menores está autorizada por el islam. Mahoma, el mayor ejemplo de humanidad de todos los tiempos, se casó con una niña que apenas tenía 6 años. Por tal motivo, la práctica de violar menores no solo no es tabú, sino que además se venera, siempre y cuando la persona esté casada con el menor. Por lo tanto, el índice de matrimonio infantil en los países mayoritariamente musulmanes es galopante. En Paquistán e Irán, las iniciativas que instan a elevar la edad legal para contraer matrimonio son desechadas por resultar contrarias al islam. Cada aproximadamente dos segundos, una niña de menos de 18 años se casa, y algunos de esos casos quizá se deban a que la niña ha sido violada. Muchos países de mayoría musulmana han promulgado leyes que obligan a las mujeres a casarse con sus violadores so pretexto de que nadie más las querrá. Son mercancía usada; su sello ha sido vulnerado.

Es importante recordar que tales ideas cruzan las fronteras. La gente con esa mentalidad no cambia mágicamente su cabeza al mudarse a otro país. Hay chicas en todo el mundo que están sometidas a esta misma deshumanización, por más que esa ley no rija en el nuevo país en el que residen. Por ello, es crucial que los países occidentales protejan a sus menores de las familias y comunidades salvajes y arcaicas que cometen semejantes atrocidades.

Judíos

Mis días se iniciaban con alguien arrojándome agua fría a la cara para que me despertara antes del amanecer, hora del primer rezo diario. Todos los niños éramos despertados de este modo. Todavía hoy tengo miedo de ahogarme.

Con los ojos que me picaban y la cabeza pesada, sufría esas tediosas repeticiones que me robaban el sueño. Después de eso, aún quedaban horas hasta que llegara el momento de ir a la escuela, y esas horas transcurrían leyendo el Corán. Gemía mecánicamente esos vocablos foráneos que no encerraban ningún sentido para mí, un sonido rítmico, hipnótico y nasal con un siniestro significado del que me enteré años después. Apenas podía ver las palabras en la página a través de mis lágrimas y mi agotamiento. Pero equivocarme al leer podía traer aparejado un puñetazo en la cabeza, así que leía, leía y leía. Mascullaba las frases en voz alta, meciendo mi cuerpo hacia delante y hacia atrás.

El propósito de leer no era entender, sino memorizar. Esto es importante. A los musulmanes, no se los alienta a aprender o a saber lo que están leyendo o recitando. Lo que se celebra es que sepan regurgitarlo con éxito, de manera que hay toda suerte de beneficios y consideraciones para con el hafiz, aquel que ha memorizado el Corán. No así para aquel que se esfuerza por entenderlo. Las más de las veces, quienes se aplican a entonar con esmero las palabras no tienen la más pálida idea de lo que están diciendo. La vasta mayoría de musulmanes no entiende árabe.

De todos modos, no interesaba lo que estuvieras diciendo. Como musulmán, no tenías otra opción que aceptarlo. No hay espacio para cuestionar ni para dudar. El Corán establece con suma claridad: “Este libro del cual no hay duda” (2:2). Así que ¿cuál sería la finalidad de leerlo con una mente abierta y crítica si no puedes poner en entredicho ninguna de sus palabras? No hay alternativa. Si eres musulmán, te tragas este libro entero, pues “el Fuego cuyo combustible son los hombres y las piedras… está preparado para los

incrédulos” (2:24).

Cuando un día me enteré de lo que estaba diciendo, ese conocimiento produjo una inmensa fisura en las capas de cemento que me recubrían. Ni siquiera necesité entender el significado de todo. Lo que entendí fue suficiente para provocar grietas en aquel material que me arrojaban día a día para inmovilizarme.

Fue así como supe que esos últimos años, casi veinte veces por día, había tildado a los no musulmanes de ser los enemigos de Alá. Había coreado que los musulmanes que simpatizaban con los no musulmanes estaban condenados al infierno; que los no musulmanes eran los animales más viles, solo aptos para convertirse en combustible para las llamas del infierno; que el pueblo judío era infrahumano. Muchos versos acusaban a los no musulmanes de ser mentirosos e indignos de confianza.

Me sentí embaucada, traicionada. Yo no quería decir esas cosas. ¡No creía esas cosas! Desconocía que había estado emitiendo un discurso de odio día tras día. Amaba a mis amigas. Es más, eran la única cosa positiva en mi vida.

Conforme al islam, solo los musulmanes valen. Por lo tanto, está bien violar a una no musulmana o tener como esclavo a un no musulmán. Todas las demás personas, aquellas que no sean devotos musulmanes, han de ser recibidas con un variable grado de odio. El más detestado de todos es el pueblo judío. Y esto no es una sobreestimación. En el islam, el odio hacia los judíos es muy patente, muy hondo e imparable.

Recuerdo que cuando estaba en Egipto una de mis tías se lamentaba porque los pepinos del mercado ese año habían venido más pequeños; su explicación era que los judíos estaban inyectando cáncer en las verduras. Yo, con mis 7 años de edad, ya sabía que la idea era absurda. ¡No se puede inyectar cáncer en una verdura! Y eso que mi tía ni siquiera era tan observante.

Ese era el discurso promedio del musulmán promedio. Con lo único que lo puedo comparar es con la paranoia del cuco comunista en tiempos de McCarthy. Pero la diferencia es que los musulmanes han vivido con esta paranoia durante mil cuatrocientos años.

Generación tras generación, se les lava el cerebro a los niños musulmanes para que odien a todo el pueblo judío, como Alá lo odia, sin ton ni son. Ni el propio Einstein escapa a esa ira. Todas sus contribuciones a la ciencia fueron desestimadas con un raudo: "¿Einstein? ¿Qué podrá saber ese estúpido y asqueroso judío?".

Como mi padre era palestino, quiso honrarme poniéndome el nombre de Philistine, Palestina en árabe. Pero cuando mi madre se enteró del sentido de la palabra en inglés[8] lo cambió por un nombre de similar sonido (en árabe, mi nombre se pronuncia Yesmín). La retórica pro palestina y antiisraelí fue parte de mi vida desde el momento en que nací. Odiar a Israel y a todos los judíos fue el pan de cada día que consumí desde antes de tener memoria; siempre fue algo que se daba por descontado. Mi mamá nos prohibía mirar Seinfeld, porque decía que eran todos judíos. Enseguida detestaba a una persona si tenía un apellido que sonara judío. La palabra yahudi, o judío, se emplea como maldición y se reserva para las personas más abyectas. Entre los musulmanes, ese odio era por lo general impasible.

No obstante, en Occidente, en especial si eres un musulmán público, debes atemperar tu antisemitismo. Para algunos, esto resulta ser una engorrosa tarea en materia política. La razón por la cual es tan difícil saber qué es aceptable tuitear y qué no es que el antisemitismo rodea a esas personas como el agua rodea a un pez. Es importante destacar que muchos árabes y musulmanes no son antisemitas, pero lamentablemente esas personas son silenciadas, porque no están adhiriendo al relato aceptado y dominante. Gente como Bassem Eid es desoída o acusada de traicionar su raza o religión. Si uno googlea "sionista musulmán", encontrará a muchas personas intentando alzar sus voces. Es desafortunado que, en lugar de celebrar los discursos disidentes, personas que arriesgan sus vidas para apelar al amor, la aceptación y la armonía, Occidente apoye a los musulmanes antisemitas que simplemente responden al estereotipo.

Muchos palestinos de Gaza han protestado contra Hamás por su brutalidad y por el mal manejo de los fondos públicos. El dinero que en teoría debía ir a los palestinos terminó destinándose a la compra de mansiones para líderes políticos o de misiles. Los

gazatíes manifiestan amotinándose en las calles y se los mata de un disparo sin miramientos. Los medios apenas cubren esos acontecimientos. A nadie le importa. A nadie le interesa oír de esos valientes rebeldes que arriesgan sus vidas por decir que están hartos de pelear. Quieren la paz con Israel. Quieren un futuro próspero para sus hijos. Pero Hamás no quiere la paz. Lo que quiere es aniquilar a Israel y a todos sus habitantes. No hay ambigüedad al respecto. Eso está claro para cualquiera que haya presenciado alguna de las manifestaciones de Al Quds, que se organizan todos los años en todo el planeta, incluidos los países occidentales. En esos países occidentales, corear una retórica odiosa por las calles en general es inaceptable, a menos que se trate de un antisemitismo virulento. Eso es ignorado.

Por lo demás, prevalece la impresión de que el islam es una religión de paz. Solo aquel que nunca haya abierto el Corán puede aseverar algo así. El Corán y el Hadiz están repletos —sí, repletos— de violencia. En la era de internet, no hay excusas para que la gente repita mecánicamente las frases de un libro. La ignorancia hoy es una elección.

Es cierto que, aunque todos los musulmanes crean que el Corán es la palabra literal de Alá, no todos están dispuestos a actuar acorde a sus demandas. Así y todo, muchos sí, y son lo suficientemente numerosos como para ser presentados como top trending stories en internet y en televisión, dado que siempre hay un nuevo suceso relacionado con los terroristas islámicos.

Dicen que donde hay humo hay fuego. Y tanto humo se está elevando desde cada rincón del globo que no puede caber duda de que se está propagando un gigantesco incendio. Al menos cinco veces al día, más de mil millones de personas llaman una y otra vez a matar a los no musulmanes. Ese lavado de cerebro indudablemente infecta muchas mentes. Con que solo el 1% de ese más de mil millones de personas adoctrinadas actuara siguiendo tal encargo, ya estaríamos hablando de unos dieciséis millones de personas. Y lo cierto es que, desafortunadamente, ese número es mucho mayor que el 1 por ciento.

Sumisión II

Por suerte, conmigo ese lavaje de cerebro no tuvo éxito. Me limitaba a desplegar los movimientos y a murmurar los sonidos foráneos, incapaz de diferenciar una palabra de otra. Era una impostora en mi propio hogar. Una vez, mi madre vio que había escrito mi nombre Jasmine, en vez de Yasmine, una traducción directa del árabe al inglés. Se volvió loca.

Su falso marido decidió que aquella tentativa de ser como los kuffar merecía un tipo de castigo que yo nunca fuera a olvidar. Vaya ironía, él se hacía llamar Mike en su trabajo.

Me senté mirando la pared, deseando poder desaparecer y entrar a Narnia a través del armario. Ni siquiera quería arriesgarme a adivinar cuál sería su diabólico plan esta vez. Acaso pudiera dar con algún jardín secreto. Tenía que haber alguna salida de esa vida infernal. Solo tenía que encontrarla.

Antes de dar con mi vía de escape, ya estaban bramando mi nombre. Mounir me condujo hasta el garaje y me ató las muñecas detrás de la espalda. Cuando me ordenó que me acostara en el suelo, ya no supe qué sería de mí. Me amarró los tobillos con una soga, una sensación familiar que evocaba una ansiedad familiar. Recostada en el piso de ese garaje, tuve lo que ahora sé que se llama “ataque de pánico”. En ese estado, me colgó cabeza abajo del gancho que utilizaba para colgar el cordero que se come en Eid al Adha. Había ideado el plan de dejarme allí como un animal muerto. Mientras yo me balanceaba de atrás hacia delante, él se subió a una silla para alcanzar mis pies y azotarlos.

Colgada como un cordero luego de ser sacrificado, con sangre fluyendo hacia mi cabeza y lágrimas llenando cada cavidad de mi rostro, descubrí cómo ensimismarme y bloquear toda sensación física. Tiempo atrás, había leído algo sobre Shirley MacLaine, que invocaba una experiencia extracorporal, y me había puesto a ensayar cómo lograrlo. Lo que más quería en el mundo era salirme

de ese cuerpo, de esa vida en la que estaba inserta.

Con el correr de los años, tuve un sinnúmero de oportunidades para perfeccionar mi técnica, e inclusive me sorprendió a mí misma haber conseguido genuinamente no sentir nada. Lo que hacía era encogerme de miedo y esperar a que se terminara. Insatisfecho porque yo no gritaba ni corría, Mounir tomaba el otro extremo de su cinturón para darme el golpe con la hebilla. Más de una vez lo vi observándome perplejo, con gotas de sudor bajando desde su frente. Creo que sentía que yo ponía en ridículo su fuerza varonil al no reaccionar, y eso lo hacía rabiar y lo incitaba a continuar pegándome. Entrábamos en un punto muerto. Entonces a menudo yo soltaba algún chillido únicamente para que él quedara conforme y me dejara tranquila.

Hay partes de mí (probablemente más de lo que esté dispuesta a admitir) que fueron dañadas de un modo irreversible. Por ejemplo, me llevó años sentir una empatía sin reparos, como puedo sentir hoy. Cuando bloqueas tus sensaciones físicas, también terminas bloqueando sin querer tus sensaciones emocionales. Ya no soy cosquillosa. Hay una foto que sacó mi padre donde mis hermanos me están haciendo cosquillas en el césped del parque Queen Elizabeth y me río, a mis 3 o 4 años. Miro esa imagen e intento recordar cómo era eso, cómo era la felicidad de aquella risa que simplemente no está más.

Mientras colgaba de aquel gancho, tenía conciencia de estar cabeza abajo, de estar siendo azotada, pero no sentía nada. En algún momento, perdí el conocimiento, y lo próximo que sé es que mi madre se puso a gritar.

—¿Y ahora qué hacemos?

Tenía miedo de que Mounir me hubiera matado. No estaba apenada de que yo hubiera muerto. Solo temía por la suerte de ambos. Cuando volví en mí, oí sus aullidos de pánico y deseé estar muerta. No quería despertarme. ¿Para qué me iba a despertar?

Estaba tan triste, sentía tal desconsuelo, pero a pesar de eso estaba desesperada por obtener su amor. Quedé atrapada en la dicotomía de anhelar que mi madre me quisiera, me aceptara y me valorara y,

a su vez, me atormentaba el deseo de irme lo más lejos posible de ella.

Pero era incapaz de irme a ningún lado; no tenía otra opción que desempeñar el papel de la hija solícita. Sabía que mi madre me odiaba. Sabía que no le importaba que yo estuviera viva o muerta, y esa era la parte más difícil de digerir. Presumí que yo era la razón de su odio. Todo era culpa mía, porque la presencia del diablo, Shaitán, era demasiado fuerte en mí. Me esmeré muchísimo por hacer todo lo que ella quisiera.

Lo que ella quería, a las claras, era quebrarme. Quería que yo dejara de resistirme y permitiera que el cemento me sepultara para siempre. Cada vez que yo luchaba, se abrían más fisuras. Entonces su meta era frenarme y someterme, y esperaba lograrlo no solo por medio de la monotonía de los cinco rezos diarios, sino también por otros métodos. El objetivo era siempre el mismo: enseñarnos a acatar sin pensar.

Un pasatiempo común para nosotros era limpiar la maleza. Sin guantes ni herramientas. Mis manos callosas se ennegrecían por la suciedad que se incrustaba en mi piel. Desmalezaba a diario, un trabajo de Sísifo, infinito. Me desconcertó (y me enfureció) enterarme de que existía una cosa llamada herbicida. Muchos años después, cuando leí Hoyos, de Louis Sachar, me identifiqué con el desasosiego de los personajes del libro. Cavar pozos en el desierto de un modo mecánico atendía una finalidad: el quiebre de esos niños. Eso yo lo entendía.

Otra tarea era juntar piedras. Salíamos antes del amanecer, después de rezar, y mis hermanos y yo llenábamos bolsas y bolsas con guijarros que encontrábamos en la playa. Mal dormidos y con los brazos doloridos, en la escuela nos topábamos con los demás niños, que probablemente habían pasado sus mañanas tomando el desayuno junto a sus padres.

Otro favorito era forzarnos a comer “alimentos” como intestino de cordero, lengua o testículos de vaca, sesos de distintos animales, con ninguna otra finalidad que la de afirmar el control. Haz lo que te diga con independencia de lo mucho que lo aborrezcas. Claudica. Sucumbe. Ríndete. ¿Cómo no iba a odiar mi vida?

Lo único que odiaba más era a mí misma por aún estar viva en medio de esa realidad y seguir peleando pese a las órdenes de desmalezar y juntar rocas. Hoy estoy muy agradecida de que aquella luz no se haya extinguido nunca, por más que por momentos fuera apenas un parpadeo. Si aquella luz se hubiera apagado, yo no estaría viva.

Me enseñaron que aquella luz de la que yo pendía en realidad era el demonio. Imagina que alguien te diga que eres el mismísimo mal. Aquello que amas y con lo que te conectas es el mal. Tratas de cambiar quién eres. Tratas de ser buena y digna del amor de Dios, pero nunca lo consigues porque eres el mal. Esa constante lucha te debilita. Te estruja el alma y tu voluntad de vivir.

Es por eso que los exmusulmanes se identifican tanto con los miembros de la comunidad lgbt, en particular aquellos que crecieron en hogares religiosos. Nosotros sabemos qué se siente al oír decir que el núcleo de tu ser es el mal. Los exmusulmanes utilizan frases como “estar en el clóset” y “salir del clóset”, porque la expresión es igual de adecuada para ellos. La tribulación de un gay musulmán, un revés por partida doble, tiene que ser el peor escenario posible. Ser musulmana y gay… ese sí que es el peor destino posible.

Personalmente, solo tenía que lidiar con una parte de la ecuación. A mí me gustaban los varones, por más malo que eso fuera y por mucho que me ensuciara. Mi primer romance fue en el jardín de infantes. Pero, entre todas las cosas que competían en la carrera para convertirme en el mal, esa fue la más fácil de alejar de mi mente. Además, para ese entonces yo estaba en cuarto grado, y los varones eran brutos y tenían piojos.

Con la ineluctable llegada de quinto grado, llegó un nuevo cambio de escuela. Pero esa vez el cambio fue drástico.

Todavía viviendo en ese frío, húmedo y horrible sótano, que no reunía las condiciones legales para que residiera un ser humano, mi madre decidió inscribirnos en un flamante colegio musulmán.

Llamar a eso colegio es una exageración. En verdad, era una pandilla de padres que habían decidido agrupar a sus hijos y

turnarse para enseñarnos distintas materias en el salón multiuso de la mezquita. Básicamente, era como una educación a domicilio, pero sin regulación ni plan de estudios.

Hiyab

A los 9 años, me cubrieron con mi primer hiyab, que a esa edad ya era obligatorio para mí. Lo odié de inmediato. Lo odié cuando mi madre comenzó a llevarlo y lo odié particularmente cuando se me exigió a mí llevarlo. Rogué por alguna alternativa.

—En lugar de eso, ¿puedo afeitarme la cabeza? ¿Y si me pongo una peluca?

—¡Como las judías! ¿Acaso quieres ser una yahud?

Intenté negociar alguna escapatoria.

—¿Y por qué tú no tuviste que ponértelo cuando tenías mi edad?

—Porque mis padres no lo sabían. Deberían haberme obligado a llevarlo.

Cómo deseaba que ella tampoco lo hubiera sabido. Cómo deseaba que hiciera lugar a la prórroga de la que ella se había beneficiado. Intenté cada táctica que mi cerebro de 9 años pudiera pergeñar, pero nada funcionó. Atrás habían quedado todas mis prendas; los pantalones, prohibidos. Ahora debía cubrir cada centímetro de mi cuerpo, excepto el rostro y las manos. Ese fue el momento en que martillaron el último clavo del ataúd de mi niñez.

Me sentía tan torpe, tan incómoda, tan abrigada en esas estúpidas ropas extragrandes. Mi cuerpo todo se asfixiaba. Me latía la cabeza, y mi piel exudaba por cada uno de sus poros. Todos los días, me machacaban que vestirme como las kuffar era sinónimo del mal y que me iría al infierno si lucía esos atuendos. Además, cuando se erigiera el califato, si no tenías puesto el hiyab, ¿cómo te iban a distinguir de los no creyentes? Si te ves como ellos, serás matada como ellos.

Ay, el califato. Siempre el califato. En cada jutba (sermón) de los viernes, se declaraba que los musulmanes iban a triunfar a la hora

de transformar el planeta entero en islámico. Cada viernes, retrucamos "Amén" tras la dua del imán, su súplica a Alá para que el califato aflore pronto y podamos erradicar a los no creyentes. Entonces habrá paz. Ese es el motivo por el cual, cuando el Estado Islámico surgió en Irak y Siria, tanta gente de todo el mundo —gente inexplicable, como estudiantes universitarios pertenecientes a familias acaudaladas de países occidentales— decidió unirse a sus filas y quemar sus pasaportes. La respuesta de los especialistas fue presumir que aquellas personas habían sido reclutadas en línea. ¡Vaya reclutamiento más eficaz! La razón por la cual todos esos jóvenes y mujeres se acercaron al Estado Islámico fue porque, al igual que yo, habían sido criados escuchando que su misión era incorporarse a la umma en contra de los incrédulos. Les habían enseñado que su misión era unirse al califato llegado el momento. Es probable que, como yo, no pensaran que realmente iban a asistir a aquel escenario, pero resulta que ahí estaba: un Estado Islámico. Tan pronto como existió, esa gente supo lo que tenía que hacer. Les habían perforado el cerebro con esa idea desde la niñez.

Mi madre solía hacerme sentar y prometerle que estaba dispuesta a matar a los no creyentes cuando llegara la hora.

—Sí, claro —le contestaba yo en un tono monótono.

Siempre había algún tipo de amedrentamiento operando. Me forzaban a rezar, a memorizar el Corán, a prometer que mataría a mis amigos y, por supuesto, a llevar el odioso hiyab. Desplegaban cualquier método de coerción concebible: miedo, deseo de agradar a Alá, chantaje emocional. Todo era sin fin. Solo las hijas musulmanas obedientes podían ir al cielo. Si te vestías como las kuffar, estabas eligiendo el infierno. Me llenaron de ese odio hacia mí misma desde mis 9 años.

También me contaron que el Hadiz narraba que el profeta Mahoma sostenía haber visto a mujeres colgadas de sus pelos en el infierno, con sus cerebros ardiendo, por no haber cubierto su cabellera de los hombres.

Y me dijeron que eso era en aras de mi propia protección.

—Si tuvieras un anillo de diamantes, ¿te lo pondrías en el dedo o lo

guardarías seguro en una caja fuerte?

—Me lo pondría en el dedo.

—No, eso es una tontería. ¡Te lo pueden robar! Debes protegerlo. Cuidarlo de los ladrones.

—Pero ¿cuál es el sentido de tener un precioso anillo si ni siquiera puedes lucirlo? ¿Para qué sirve tenerlo en una caja?

—¡Basta de discutir! Esto es lo mejor para ti. Ya aprenderás a quererlo. Cuando seas más grande, vas a entender.

—Entonces, ¿puedo esperar hasta que sea grande y lo entienda? Porque yo no...

—¡No! Yo tengo que hacer lo que sea mejor para ti por más que tú no lo entiendas.

Nunca lo entendí. Me puse el hiyab durante casi veinte años y nunca lo entendí. Fui a visitar a mi padre a Montreal el verano entre quinto y sexto grado. Él tampoco lo entendió. Intentó persuadirme de que me lo sacara, y yo definitivamente quería, pero como tenía miedo de que mi hermano me delatara al volver a casa, ese verano me puse un sombrero de cowboy negro. Mi padre lo aceptó, porque no era el indeseable hiyab, y técnicamente mis cabellos estaban cubiertos. Ergo, mi hermano no tenía pruebas en mi contra.

De regreso a casa, todas las chicas del colegio musulmán llevaban su hiyab también. Y todas lo odiaban tanto como yo. Mal de muchos, consuelo de tontos. Lo cierto es que el hecho de que todas debiéramos llevar ese trozo de tela en la cabeza nos reconfortaba. Todas lo teníamos, y compartir nuestro desdén al respecto nos unió.

Ahora, con las redes sociales, las mujeres de cada rincón del mundo que odian el hiyab pero que aun así son obligadas a llevarlo pueden hallar consuelo mutuo. En Irán, con el hashtag #MyStealthyFreedom [mi libertad furtiva], se publicó un video viral de una niña de 7 años que lloraba y se arrancaba el hiyab de la cabeza. Me recuerda a mí misma, pero claramente yo no era tan

valiente ni desafiante. Esa niña está enojada porque sus padres le dicen que no le permitirán ir a la escuela a menos que se cubra la cabeza. Su hermano puede ponerse lo que quiera, obviamente. Por otro lado, chicas jóvenes y mujeres adultas de todo el mundo subieron imágenes y videos con el hashtag #FreeFromHiyab [libre del hiyab], que creamos para ofrecer un lugar donde encontrarse, donde hallar solidaridad, apoyo, y, más importante aún, para dar voz a las protagonistas, y así exponer esta atrocidad al mundo.

A la hora de hablar del hiyab, es importante esclarecer la distinción entre cultura y religión. Una respuesta corriente que suele darse es que el velo islámico es un "atuendo cultural". Pero ¿a qué cultura se están refiriendo? Las mujeres de Irán, Arabia Saudita, Somalia e Indonesia no comparten aspectos culturales. No tienen comidas, vestimentas ni tradiciones similares; sus idiomas son distintos. Lo único que tienen en común es la religión. Las mujeres de todos esos países llevan el hiyab porque su religión es el islam, no en virtud de una cultura. Declarar que el velo islámico es un elemento cultural es tan vacuo como declarar que la cofia papal también lo es. Los católicos de Filipinas, Italia o América del Sur no comparten aspectos culturales. Sí comparten una religión. Ha habido una deliberada fusión entre religión y cultura, que solo sirve para borrar esta última y reemplazarla por el monolito del islam. Docenas de países han perdido sus culturas a causa del islam, de modo que es triste ver que persista la idea generalizada de que todos los musulmanes comparten una cultura. No. No es así. Cada país tiene su cultura distintiva, que simplemente ha sido tapada por el islam, al igual que la personalidad individual de cada niña queda tapada bajo el hiyab para que todas las mujeres comiencen a verse iguales.

Ese borramiento de la cultura individual es perpetuado por medio de campañas como el Día Internacional del Hiyab, el 1° de febrero, que se observa en todo el mundo. Ese día, las mujeres musulmanas arman stands en lugares de trabajo o universidades y alientan a las no musulmanas a ponerse el hiyab durante una jornada. La respuesta directa a eso sería celebrar un día en el cual alentáramos a las musulmanas a quitarse el hiyab por una jornada, pero obviamente no pudimos hacerlo. Las niñas y las mujeres pueden ser asesinadas por quitarse el velo. Aqsa Parvez, una joven de 16 años de Canadá, fue estrangulada a muerte por su padre y hermano con

el hiyab que se negaba a usar.

Así que en vez de eso, consideré que el 1° de febrero era un #NoHiyabDay [día sin hiyab] e incentivé a todos a solidarizarse con las mujeres y niñas de todo el mundo que no quieren ponerse el velo pero son forzadas a hacerlo por sus gobiernos, comunidades o familias. ¡Fue un reconfortante éxito! Mujeres de Arabia Saudita y Yemen subieron videos de sí mismas pisando o quemando sus hiyabs y nicabs (velos que cubren el rostro). Mujeres de Turquía subieron fotos antes y después, con y sin hiyab. Mujeres de Irán, las más corajudas, se arriesgan a ser encarceladas por décadas por tomar parte en la campaña #WhiteWednesdays [miércoles blanco], día en que lucen un velo blanco o se quitan el hiyab, con miras a exhibir su resistencia frente a las leyes discriminatorias que las rigen.

Las mujeres de todo el mundo están resistiendo. Mujeres de Paquistán están andando en bicicleta en público. Mujeres de Irán están bailando en las calles. Mujeres de Arabia Saudita se están poniendo el abaya (capa negra que están obligadas a usar) al revés, a modo de reconocimiento público entre disidentes. ¡Y los hombres también se están involucrando! Algunos en Irán, y en mayor medida en Arabia Saudita, se están solidarizando con las mujeres que protestan contra las leyes de uso del hiyab.

Por supuesto que todas estas personas son punidas por sus crímenes contra la sharía.[9] O son castigadas por sus familias mediante lo que se conoce como violencia de honor o crímenes de honor, o por los Estados, que las encierran en prisión durante décadas por desafiar las leyes creadas para mantener el recato.

Muchas veces, oigo a gente preguntarse cuál es el gran problema de tener que llevar un chal en la cabeza. ¡El gran problema es que las mujeres ni siquiera son autorizadas a disponer de sus propios cuerpos! El hiyab es solo la punta del iceberg. Se trata de la materialización física del sojuzgamiento y la deshumanización, así como del rotundo apartheid de género que es lugar común en muchas partes del mundo de mayoría musulmana.

Mientras las mujeres en Occidente han conquistado su libertad, a punto tal de invocar hoy el lema “Liberar el pezón”, las mujeres de

muchos puntos del mundo islámico ¡no piden más que liberar sus rostros y sus cabellos!

En Occidente, las mujeres por lo general se apoyan entre sí en su resistencia. Ahora bien, es fundamental señalar que es infrecuente que esto suceda en sociedades que son altamente patriarcales y altamente misóginas. Cada mujer está demasiado preocupada por salvar su propio pellejo y no puede preocuparse por la suerte de sus pares. Esto es intencional, desde luego. Si las mujeres están demasiado ocupadas considerándose rivales entre sí, dado que sus maridos pueden casarse con hasta cuatro esposas, entonces no hay riesgo de que se pongan a trabajar juntas contra el enemigo que tienen en común. Mantengan a las mujeres peleando unas con otras de modo que estén demasiado atareadas como para aunar fuerzas contra el opresor.

Pero internet está cambiando todo esto. Es fenomenal. Las mujeres no solo se están quitando el hiyab en público, sino que además están bailando en público, cantando en público, andando en bicicleta en público, corriendo en público, simples actividades que van contra la ley en algunos países o que se despliegan a un altísimo costo social.

Colegio musulmán

El colegio musulmán no me gustaba bajo ningún concepto, pero sí me caían bien mis amigas. Ninguna de nosotras estaba convencida de los inventos esos que nos metían a la fuerza. Nos escondíamos en el baño y nos maquillábamos a escondidas, nos contábamos historias de chicos y la agridulce emoción de haber menstruado, y eso nos daba un respiro en medio de los tediosos rezos diarios. La mujer que menstruaba era impura. No era apta para rezar ni para tocar el Corán. Ni siquiera podía ingresar en una mezquita. Alá te hace así y luego te maldice por ello. Eso sí que es justo.

Mi madre era profesora de estudios árabes e islámicos, así que permanentemente hacía hincapié en lo importante que era que nos comportáramos y estuviéramos a la altura de lo que se esperaba de nosotras. Al principio, las demás chicas se mantenían distantes de mí. Mi mamá era estricta, entonces a mí me miraban con recelo. Pero pronto se enteraron de que yo la odiaba tanto como ellas y de que podíamos odiarla juntas.

Tan estrecha era nuestra camaradería que un día me contaron que un chico andaba diciendo que su mamá había llamado a mi madre "puta". Intenté actuar con desenfado, pero, más allá de lo que uno sienta por su madre, esto era un trago difícil.

—Pero si tu mamá ni siquiera conoce a la mía —le dije, enfrentándolo.

—Sí, cuando tú eras pequeña, tu mamá intentó que mi papá se casara con ella. ¡Quería ser su segunda esposa! Pero mi mamá le dijo a mi papá que se deshiciera de esa puta, o si no se llevaría a sus hijos y lo dejaría para siempre.

Negué mi conocimiento de la situación, pero algo de lo que decía ese chico encajaba. Yo tenía un vago recuerdo de un hombre oscuro, robusto, sudoroso y sin camisa. Llevaba a mi madre a algún cuarto y cerraba la puerta. Recuerdo que yo lloraba y golpeaba la

puerta para que mamá saliera. Cada tanto, ella emergía, vestida en ropa interior, para decirme que me callara. Nunca pude encontrarle sentido a ese recuerdo. La interrogué al respecto varias veces, y siempre me dijo que me lo estaba inventado, o que habría sido un sueño. Pero yo sabía que era real.

Así y todo, preferí creerle a mi mamá cuando me dijo que todo eso era pura mentira. Nadie quiere creer que su madre es una quitamaridos, y si bien regresé a la escuela al día siguiente y le dije al niño que estaba equivocado, tenía la molesta sensación de que el relato mentiroso era el de mi madre. Como siempre, sus palabras se las ingeniaron para pesar más que la realidad.

Ahora sé que, desde el momento en que mi padre la dejó, mi madre intentó con desesperación atarse a otro hombre. Utilizó la única mercancía que tenía para ofrecer. Por eso no me extraña que tuviera tan baja opinión de sí misma. Había sido criada en una cultura misógina que le había enseñado que su único valor estaba entre sus piernas. Nunca se había molestado por cultivar ninguna parte de su intelecto o personalidad.

Alguien tan vacío como ella es la materia prima perfecta, la vasija perfecta para llenar con fundamentalismo religioso. Mi madre era el estereotipo de la fanática, y a los fanáticos no los atraviesa ninguna simpatía, empatía o lógica. No hay táctica ni maniobra para adentrarse en su costado humano. Están programados para obedecer, y nada interfiere con esa meta inflexible y monotemática.

Lo que más me asustaba de ella era que pudiera obligarme a casarme con un viejo en Egipto. Esa era su constante amenaza, y yo sabía que esa decisión era mi perdición. No habría apelación ni discusión posible. Me iba a arrastrar para que cumpliera con sus deseos, al igual que me había arrastrado, contra mi voluntad, innumerables veces.

Como el colegio musulmán solo llegaba hasta séptimo grado, los varones estaban emocionados de empezar la escuela secundaria. Las mujeres, en cambio, estaban aterradas ante lo que pudiera ser de ellas. Tristemente, el verano antes de la secundaria era la época en que las chicas desaparecían. Era el momento ideal para mandarlas de vuelta a sus países de origen sin previo aviso o, en los casos

extremos, era el momento más común para los llamados crímenes de honor, que habitualmente se perpetúan en virtud de que una chica está “demasiado occidentalizada”. Con todo, lo más corriente era la amenaza de matrimonio. Todas las musulmanas que conocí en mi vida estaban familiarizadas con este escenario: “¡Te voy a mandar de vuelta a nuestros pagos para que te cases!”. Y para nosotras eso era mucho más que una trivial amenaza: sabíamos que era una posibilidad bien nítida.

Todos mis miedos se vieron confirmados cuando mi mejor amiga fue despachada a Fiyi para casarse. Temía por ella y también por mí. En aquel entonces, no existían el correo electrónico ni las redes sociales. No había cuerda salvavidas ni manera de contactarla. Una vez que alguien se mudaba a otro país, tranquilamente podía haberse borrado de la faz de la Tierra.

Traición

Petrificada ante la posibilidad de que me forzaran a casarme, seguí tragándome mis preguntas y mis dudas y continué jugando el rol de la hija musulmana solícita. Me inscribieron en la escuela secundaria pública local. Así que una vez más me encontré teniendo que trabar nuevas amistades en un nuevo entorno escolar. Para complicar aún más las cosas, ingresé en primer año con un trapo en la cabeza. Esto no era como el colegio musulmán, donde todas lo llevaban, donde eso no afectaba el juicio que los demás pudieran tener sobre mí. Aquí era diferente. Nadie me veía por lo que era. Lo único que veían era ese extraño trozo de tela. Eso me identificaba, me definía. Y el tema me hacía rabiar. Eso no era lo que yo era. Esa no era la imagen que quería proyectar al mundo.

Me propuse el desafío de esforzarme por brillar, a pesar del horrible paño que cubría mi cabeza. Me hice amigos. Desarrollé relaciones cercanas que me colmaron de felicidad. Y apreciaba a mis amistades aún más porque reconocía que ignoraban la existencia de aquel paño para poder conocerme mejor. No permitieron que esa tela fuera una barrera, como se supone que debía ser. Mis amigos no dejaron que eso me definiera, sino que me fueron conociendo, me aceptaron y me quisieron por lo que era.

Eso era exactamente lo opuesto de lo que mi madre pensó que ocurriría. Recuerdo que un día me puse a escribir con júbilo los nombres de todos mis amigos. Como había pasado de una escuela tan pequeña a una institución gigante, estaba abrumada por la cantidad de amigos que tenía. Mi madre me preguntó qué estaba haciendo, y cuando le dije su rostro se descompuso, palideció y devino en un ceño fruncido. Me arrancó el papel de las manos y lo fue leyendo con ardiente furia. Yo le llevaba bastante ventaja; no había escrito ningún nombre de varón. No era tan estúpida.

Pero no era esa su preocupación. Rompió la hoja, iracunda porque tuviera tantas amigas no creyentes. Supongo que había dado por sentado que yo sería una ermitaña. Se habrá imaginado que los

estudiantes no querrían tener nada que ver con la chica rara de la tela en la cabeza. Creyó que podía sentirse segura mandándome a un colegio lleno de kuffar, porque de todos modos me iban a marginar. Entonces con eso me curaría. Me iban a odiar y rechazar; ergo, yo no tendría más opción que odiarlos y rechazarlos a cambio.

La reacción inicial de mi madre fue intentar sacarme del colegio de inmediato. Amenazó, pero no lo hizo. En lugar de eso, me dijo que disfrutara de mi último año escolar, pues al año siguiente no regresaría. Eso me aterrorizó. Si me sacaban de allí —mi única conexión con el mundo real—, nunca más volvería a conocer la felicidad. Estaba desesperada. Me vencieron una tristeza y un pavor que ni siquiera se disipaban cuando estaba en clase. Habitualmente, mi personalidad cambiaba de blanco a negro entre mi casa y la escuela; ahora, yo era un gris permanente.

Un día, mi profesor de teatro, el señor Fabbro, me preguntó si me sentía bien. Su pregunta me alcanzó como un faro que ingresa en un profundo y oscuro pozo. Estaba más que contenta de poder contarle todo y no me contuve. Me reuní con él y le mostré las ronchas y los moretones en mis brazos. Unos días después, cual giro orwelliano, el canalla con el que se había casado mi madre irrumpió en la oficina del director de mi escuela, enojado porque el señor Fabbro había visto mi brazo. Qué descaro. ¡Cómo se atrevía ese profesor a ver las ronchas y los moretones que él había infligido a la niña! El mayor problema, conjeturó, era que un hombre con el que yo no estaba casada hubiera visto mi brazo, y no el hecho de que él me hubiera golpeado.

Como docente de una escuela pública, el señor Fabbro tenía la responsabilidad legal de notificar a las autoridades en caso de peligro a la integridad física de un menor. Me interrogaron tanto la policía como los trabajadores sociales, y les conté que mi “tío” nos pegaba sin piedad. Les expliqué cómo entraba por la puerta y, sin provocación de mi parte, me agarraba para liberar todas las tensiones reprimidas del día, se quitaba el cinturón y cubría mi cuerpo de llagas. Si bien yo no sentía nada en el momento mismo, allí estaban los moretones y las cicatrices como prueba de sus golpizas.

El señor Fabbro me advirtió que, si continuaba con mi denuncia,

cabía la posibilidad de terminar en un hogar de menores y nunca más volver a ver a mi familia. Me preguntó si estaba preparada para eso. Estaba mareada de emoción. Me sentía más ligera que una pluma ante la eventualidad de no tener que ver nunca más a esa gente. ¡Lo único que esperaba era que esta alarma impidiera que me sacaran de la escuela! "¿Si estoy de acuerdo con que me saquen de esa casa? Pensé. ¿Será una broma? ¡No hay nada que quiera más en el mundo!". También me avisó que tenía que mantenerme fuerte, estar dispuesta a plantarme frente a un tribunal y comunicarle al juez todo lo que tuviera para decirle. Siempre recordé la promesa que le hice de mantenerme fuerte. Me visualicé apuntando con valor hacia él en la sala de audiencias, como si fuera un episodio de Matlock.[10] Estaba preparada.

La investigación fue engrosándose con las entrevistas que me hicieron en la escuela y los interrogatorios que la policía hizo a los miembros de mi familia. Mi madre literalmente me dio una bofetada y me dijo cuánto me odiaba, pero yo me mantuve fuerte. Finalmente, vi un dejo de luz centellar a través de las pesadas capas de cemento, ¡y me iba a liberar!

Una parte de mí estaba sorprendida de que mi madre no estuviera siendo más compasiva. Siempre había actuado como si careciera de control sobre las golpizas, como si no hubiera nada que pudiera hacer al respecto. Bueno, ¡yo sí estaba haciendo algo! Recién entonces comprendí cabalmente que nos mentía y que en verdad nos estaba manipulando. Desde luego que sabía lo que él nos hacía. Simplemente fingía desconocerlo y no tener ninguna injerencia, porque no quería que la odiáramos. Se merecía nuestro odio, pero era una cobarde.

Cuando la interrogaron, negó todo. Hacía de cuenta que yo era una mentirosa. Mis hermanos hicieron lo mismo. Los dos hijos de Mounir también. De los cinco niños, yo era la única que decía la verdad. Con sus mentiras, me estaban condenando a seguir en esa vida, pero estaban demasiado atemorizados de las consecuencias. Comprendí que existía la posibilidad real de no salir nunca más de allí, de no ser enviada a un hogar para menores, de tener que vivir con ellos después de haber tratado de meter preso a Mounir por abuso infantil. Era el pensamiento más escalofriante que jamás se

hubiera instalado en mi cabeza.

El juez dictaminó que el castigo corporal no iba en contra del derecho de Canadá y que, debido a nuestra "cultura", a veces esos castigos podían ser más severos que en un hogar canadiense promedio. Así pues, ese pensamiento escalofriante que se había agazapado en el fondo de mi mente se convirtió en realidad con un raudo chasquido del martillo del juez. Nunca me sentí más traicionada en mi vida. Esa era mi única esperanza y acababa de ser frustrada. ¡Qué repugnante permitir que un menor sea golpeado porque resulta que el agresor viene de otro país! ¿Qué tiene que ver eso? Todos los niños deberían ser amparados por igual. El hecho de pertenecer a una cultura diferente no los hace más inmunes al dolor físico, emocional o psicológico. Los golpes y el abuso sexual son idénticamente perniciosos para todos, sea cual fuere su cultura. Si mi abusador hubiera sido alemán u holandés, ¿acaso no estaría en prisión? ¿Qué sentido tiene todo eso?

Esas leyes todavía están vigentes hoy en Canadá. No puedo siquiera imaginar cuántos niños han sido desoídos o arrojados nuevamente a la guarida del león, como me sucedió a mí. Muchas veces, me contactaron personas que fueron o son trabajadores sociales para la protección del menor y me manifestaron lo mucho que lamentaban lo que me había ocurrido. Un hombre estaba tan turbado por tener que dejar que un niño abusado siguiera en la misma situación que debió cambiar de cargo en el ministerio. Sencillamente, no podía más. Me contó lo afligido que se sentía por haber hecho lo que lo obligaron a hacer durante 31 años. Las personas que dedican su vida al amparo de menores están siendo forzadas a dejarlos activamente en esa situación, porque el Estado está empecinado en el relativismo cultural y moral. La necesidad de parecer lúcido sustituye la necesidad de salvar del abuso a menores de carne y hueso.

En su esfuerzo por ser "culturalmente sensible", mi propio país terminó siendo vilmente prejuicioso conmigo. Yo sabía que, si hubiera pertenecido a una familia de padres "blancos", me habrían protegido. Este es el típico resultado de un pensamiento de izquierda regresivo. Cuando las cabezas están tan abiertas, se les cae el cerebro y lo único que ven es el color de la piel o la etnicidad

del autor de un acto, no el acto en sí que este comete.

Si una persona blanca se niega a preparar un pastel de boda para una pareja gay, todo el mundo clamaría su intolerancia y aseveraría que es inaceptable. Pero ¿qué pasa cuando las panaderías son propiedad de un musulmán que adopta esa actitud? La respuesta es un silencio atronador. Es la cultura de ellos, y nosotros hemos de respetar sus creencias, a menos que seamos unos extremistas islamofóbicos.

Hoy en día, no existe mayor estupidez o doble estándar que ese. Lo que hemos de mirar es la acción, el incidente, no el color de piel, la etnicidad o la religión de la persona que ejecuta el acto. Todo eso es irrelevante. ¡Un acto inmoral es inmoral con independencia de quien lo haga! Todos deberíamos criticar la intolerancia, la misoginia, el abuso infantil y otros actos contra la humanidad. ¿Por qué nos importa quien lo haga? Todo es igualmente repudiable. Si no nos regimos por los mismos estándares respecto de todos los seres humanos, estamos practicando el más atroz racismo conformista.

Aquella fue la primera vez en mi vida que intenté ponerme de pie sola. Me mantuve fuerte. Estaba determinada a mirar a Mounir a la cara ante el tribunal, pero nunca me concedieron la oportunidad. Apenas pude alzarme un momento antes de que mi propio país me cortara las piernas, forzándome a caer al suelo otra vez, haciéndome sentir que pertenecía a esa realidad y que allí me quedaría para siempre. Estaba desahuciada. Sinceramente, sentía que esa había sido mi única esperanza. No tenía más nada que anhelar, ninguna otra razón para vivir.

Me iban a castigar con severidad por traicionar a los míos y acudir a los no creyentes para que me auxiliaran. Era la más alta forma de traición. Me habían enseñado que éramos nosotros contra ellos, y yo simplemente había apelado al enemigo para pedir socorro. Era imperdonable.

El islam tiene una férrea noción de sino. Todo está predestinado, y cualquier esfuerzo por intentar delinear un destino propio carece de sentido. La voluntad de Alá siempre terminará concretándose, pues tu vida entera está escrita antes de tu primer respiro. Esta situación

consolidaba esas enseñanzas. Yo no tenía el control ni era capaz de cambiar lo que me había caído en suerte. Tan solo debía aceptar que eso era lo que Alá quería. No tenía sentido continuar la lucha.

Al final de aquel año, mi madre me sacó de la escuela, como había prometido. Todo había sido en vano. Me limité a aceptarlo y quedé anestesiada respecto del mundo que me rodeaba. Si a las personas se les arrebata el sentido del libre albedrío, ya no tienen ninguna motivación para seguir peleando. ¿Con qué finalidad? Nunca se fijarán metas para intentar alcanzar nada, puesto que lo que tenga que suceder sucederá. Entonces, se limitan a moverse mecánicamente por la vida que se despliega frente a ellas, sin anhelar ni molestarse por modificar nada.

Muchos años más tarde —treinta, para ser precisa—, retomé el contacto con el señor Fabbro. En el momento en que lo vi, rompí en llantos. Él no tenía idea de qué había sido de mi vida. Presumió que me habían enviado a un hogar. No podía creer que el sistema judicial me hubiera fallado. Pasamos el día en el restaurante que dirigía su hijo, hablando de todo. Nos invitó a mí y a mi marido a su casa, donde conocimos a su mujer. Ella también recordaba esos tiempos remotos. Fue como una secuencia onírica. ¡Qué agobio y qué extrema felicidad sentía por tener a esta persona otra vez en mi vida! Me pasé el día siguiente llorando, ya que todos esos recuerdos que habían aflorado a la superficie con solo verlo ahora estaban en primera fila. Lloré por esa niñita.

Antes de irme de su casa, el señor Fabbro me dijo con convicción:

—Yo te habría alojado en casa.

—Sí, te habríamos alojado en casa —asintió su mujer.

Mi corazón se hizo añicos. Qué distinta podría haber sido mi vida.

Mamá no me dejó regresar a la escuela al año siguiente. Cuando volví tiempo después, el señor Fabbro se había ido. Nuestros caminos no volvieron a cruzarse hasta que comencé a escribir este libro.

Madres

Mi segundo año de secundaria transcurrió siguiendo a mi madre por el colegio musulmán, en calidad de asistente personal. La habían promovido como directora del Departamento de Estudios Árabes e Islámicos. Por fin tenía un rol en la sociedad, era valorada y venerada. Se tomaba su trabajo muy en serio y se imaginaba que era un pilar de la comunidad. Por mucho tiempo, ese estatus público fue sólido. La gente compró esa imagen y la trataba con respeto, honor y temor.

El colegio no paraba de crecer. Pronto tuvo sus buses escolares para traer a los niños que vivían a mayor distancia. Seguía sin haber un plan de estudios propiamente dicho, aulas o cualquier cosa que pudiera identificarlo como un colegio de verdad. En un momento dado, las autoridades estatales se pusieron más atentas y existió un riesgo de clausura. Poco tiempo después, fluyeron fondos desde Arabia Saudita, dinero que permitió la construcción de edificios especiales para la escuela primaria y secundaria, equipados con las últimas tecnologías disponibles. Junto con los fondos saudíes, llegó el adoctrinamiento. Los musulmanes fundamentalistas de los que seguramente hayan oído hablar, esos que detonan edificios, queman vivos a niños en escuelas y arrojan a las personas gay por los techos. Todos ellos son miembros de la misma escuela de pensamiento.

El director del colegio, que era indio, fue relevado de sus funciones y reemplazado por un egipcio, un egipcio con una larga barba y una mujer que se cubría el cuerpo entero de negro, incluidas la cara y las manos. Fue la primera vez que vi algo así. Algunos niños la llamaban pingüino o murciélago; otros la apodaban ninja.

Ahora mi madre tenía una enemiga, una compatriota que intentaba abalanzarse y quitarle el lugar como líder de las mujeres de la comunidad. La gente dejó de pedirle consejo a ella para acudir a la ninja, que era considerada más devota por cubrirse una mayor parte del cuerpo que mi madre. Pero esas rivalidades me tenían sin cuidado. Mi madre intentaba involucrarme, pero yo era un cómplice

inservible. Había renunciado a la vida. No tenía más nada que dar.

Mis pensamientos suicidas eran diarios, pero ni siquiera contaba con la energía necesaria para llevarlos a cabo. Era la sombra de un caracol. Ni siquiera me quedaba el enojo. Iba a la deriva, acompañando el discurrir de los acontecimientos. Todo carecía de color y sabor. No tenía deseo ni aspiraciones, pensamientos ni sentimientos. Solo existía.

Mi madre, con la ayuda del sistema judicial de Columbia Británica, había logrado quebrarme, y eso era motivo de petulancia. Casi que se jactaba de ello mientras me ordenaba que realizara una denigrante tarea tras otra. Nunca me resistí. Hacía lo que ella mandaba. Le llevó diez años, pero al fin y al cabo consiguió doblegarme. Por la mañana, me hacía inclinarme a sus pies y besarlos. Luego le hacía su té Twinnings Earl Grey en hebras, exactamente según sus especificaciones. Menos que eso me significaba un golpe de taza en la cabeza. Una vez, la taza se fisuró por el impacto, y mis ojos se llenaron de sangre porque la herida chorreaba a borbotones. Le rogué que llamara al 911, pero se negó.

—¡Claro! Así me mandan a la cárcel, ¿no? ¿Te crees que no sé lo que quieres? ¿Lo quieres intentar otra vez? —chilló.

Yo era el enemigo y era tratada como tal.

Todos los días, mientras le masajeaba los pies, me decía que le había arruinado la vida. Que no debería haber nacido. Que deseaba que jamás hubiera nacido. Que lo único que yo le aportaba era angustia. Que mi existencia solo le provocaba miseria. Que tampoco iba a poder deshacerse de mí nunca, porque ningún hombre querría sacarme de sus garras. Que era gorda, fea e indigna del amor de nadie. Era una gota de veneno intravenoso que nunca cesaba.

Varios años después, cuando entré en el activismo, noté un denominador común. Éramos muchas las chicas que habíamos sufrido el maltrato psicológico de nuestras madres. Una mujer que no tiene control sobre su vida tiene ansias de controlar algo. Hay muy pocas válvulas de escape donde ese control sea aceptable. En su familia inmediata, no puede ejercer poder sobre su marido ni sobre su hijo. En cambio, la hija sí es un blanco. De modo que todas

sus agresiones y frustraciones se liberan en esa única dirección.

Según el Hadiz, el cielo está a los pies de las madres. Por consiguiente, ellas son las que determinarán si sus hijos se quemarán en el infierno por toda la eternidad o no. Eso es mucho poder para ejercer sobre un niño. Puede tener resultados trágicos en manos de una madre maltratadora, capaz de abusar de su estatus y utilizarlo para dominar y manipular. Uno ha de ser un esclavo obediente para ganar su afecto, apoyo, aprobación y, lo más importante, para entrar en el cielo algún día. Por otra parte, ella puede revocar su "bendición" en cualquier momento y mantenerte a raya a perpetuidad.

Hace poco vi una película (con la que me identifiqué muchísimo) llamada El viaje de Nisha. Se trata de una niña británico-paquistaní que es dejada en Paquistán contra su voluntad. Se sentía desamparada y desesperada. Hay una escena en la cual inexplicablemente trata con mucha violencia a un gato. Es una escena breve, pero de esas que se sellan en tu memoria. En ella, vi a una muchacha sin ningún dominio sobre su vida, buscando alguna forma de desquitarse. Era feo, desgarrador, crudo y verídico.

En mi casa, yo era el gato. Era como si mi madre experimentara un sádico placer al torturarme. Con eso satisfacía alguna necesidad patológica suya, y lamentablemente mamá no era la única. Al hablar con otras exmusulmanas, descubrí que ese patrón de conducta era por demás común. Hay mujeres saudíes que me contaron que sus madres las encerraban en un cuarto durante meses, cosa sumamente fácil de hacer en un país como Arabia Saudita, donde las niñas que sufren abusos carecen de amparo. Otra mujer me contó que, tras huir a Estados Unidos y comenzar a salir con un estadounidense, un día se resbaló, se cayó y comenzó a sangrar. Su novio se le acercó corriendo, y ella se encogió de miedo. Esperaba que el hombre se pusiera a gritarle, a decirle lo estúpida que era, a preguntarle por qué era tan torpe y no podía caminar derecho. Quedó atónita cuando las primeras palabras que oyó fueron: "¿Estás bien?". Era una reacción a la que no estaba acostumbrada.

Me identifiqué por completo con esa historia. Entendía aquel nivel de maltrato tal que, hicieras lo que hicieras, pasara lo que pasara, la

culpa sería tuya y te atacarían.

Otra mujer, cuyo pseudónimo en Twitter es Sayeda Murtad, me relató episodios en los cuales, desde sus 3 o 4 años de edad, su madre ejercía un sádico dominio sobre ella. Ante la resistencia de la niña a dejar de usar el chupete, la madre le puso un grano de pimienta en la lengua. Cuando Sayeda lloraba, la mujer le metía el pañal sucio en la boca. Iba a controlar a su hija con independencia del inconmensurable dolor que tuviera que infligirle, e iba a ganar.

Ese maltrato con miras a sojuzgarla escaló hasta llegar a arrojarle objetos, estrangularla, hundirle las uñas en la garganta hasta que sangrara. La abofeteaba, la agarraba del pelo y le golpeaba la cabeza contra la pared, le pegaba con una sandalia, con cucharas de madera. Una vez rompió un palo de amasar al golpearla en la pierna y se rio.

—Esta perra no siente nada —había dicho refiriéndose a la niña.

Si Sayeda hubiera permitido que la controlaran, como hizo mi hermana, eso habría conformado las diabólicas ansias de su madre, pero (al igual que yo) ella contraatacó. Y esa reacción es lo que enloquecía aún más a nuestras madres. Solo tenían una cosa sobre la que eran capaces de ejercer poder, y estaban fallando.

La madre de Sayeda odiaba a su marido abusivo, odiaba su vida y se odiaba a sí misma. Estaba henchida de una furia reprimida, y Sayeda era su única posibilidad de descarga. A menudo, le decía a su hija que deseaba haberla abortado. Mi madre a menudo me decía que deseaba que yo nunca hubiera nacido, y durante años estuve de acuerdo con ella.

Depresión I

En el septiembre siguiente y sin previo aviso, fui liberada de la servidumbre de mi madre para asistir a la escuela pública. Un día, era su zángano; al día siguiente, era una estudiante secundaria. Al principio, el cambio tuvo poco impacto en mí; el recuerdo dominante de aquella época es mi sensación de vacío.

Muchos años después, me enteré de que mi rescatista fue un amigo de la familia que notó lo deprimida que estaba. Supongo que para mis allegados mi estado era bastante evidente, cuando no inmediatamente obvio. Aquel hombre tenía dos hijas de edad cercana a la mía y nos había visto crecer juntas. Resulta que amenazó con denunciar ante las autoridades la poligamia ilegal de mis padres si no me permitían ir a la escuela otra vez. Con eso provocó un gran revuelo, y la amistad de varias décadas que existía entre ambas familias se rompió. Al día de hoy, no sé por qué hizo eso por mí. Nunca me dijo nada al respecto. Yo apenas le hablaba, dado que los hombres y las mujeres vivían segregados. Mi madre estaba tan perpleja como yo. Lo expresó con su habitual ponzoña.

—¿Cómo puede ser que le importes a alguien? —Me miró con suspicacia, entrecerrando levemente los ojos—. ¿Cómo puede alguien estar dispuesto a renunciar a una amistad por ti?

El hecho de que su seguridad se viera amenazada una vez más por culpa mía pareció darle más razones para odiarme. Yo era el descomunal flagelo que provocaba los infinitos traumas de su vida. Nunca reconoció ni aceptó su propia responsabilidad en la creación de esas situaciones para sí misma. Así las cosas, bajo la amenaza de consecuencias legales, se me habilitó a regresar a la escuela en septiembre.

Ese tercer año de la secundaria fue muy ríspido para mí. La oscuridad que me habitaba estaba omnipresente. Me hice una amiga, Amber. Las dos andábamos con cara mustia cantando canciones tristes de Enya o Sinead O'Connor y abstrayéndonos en

novelas románticas antiguas. En realidad, yo no disfrutaba ni la música ni los libros. Simplemente, seguía a mi amiga en lo que ella quisiera hacer. No tenía preferencias ni deseos personales. Puede que me hubieran liberado de la cárcel física, pero aún estaba presa en mi cabeza. No había necesidad de querer nada, pues nunca lo obtendría, así que era más fácil no desear.

Habían pasado dos años desde la traición del juez, y ni siquiera consideraba la posibilidad de sanar alguna vez. Tan solo aceptaba mi nueva vida vacua. Algún día, me casaría con algún extranjero, tendría hijos y les enseñaría a rezar si querían evitar arder en el infierno.

El verano entre tercer y cuarto año, me tomé un puñado de Tylenols,[11] esperando acabar así con mi miseria. Realmente estaba asustada de morirme de veras, pues el suicidio era un camino directo a las llamas. Por eso se me ocurrió tomar "accidentalmente" muchas de esas pastillas. Pero como Alá puede leer tu mente, él sabía que yo en verdad había querido hacerlo. Estaba muy confundida y trabada. Odiaba mi vida, pero no podía terminar con ella. Todos los caminos conducían al infierno, ya fuera en la Tierra o en el más allá. Así y todo, me tomé las píldoras. Si Alá me quiere viva, viviré… Lo dejaré a su criterio.

Horas después, me desperté grogui y sudorosa. Estaba decepcionada de que no hubiera funcionado. No tenía claro si debía o no sentirme aliviada. Decidí que de alguna manera tenía que rebuscármelas para salir de semejante oscuridad.

Encontré un viejo cuaderno con varias páginas en blanco y empecé a escribir. Escribí todos los posibles caminos y todas las barreras que me limitaban. Al final, tras examinar mi dilema desde todos los ángulos, me di cuenta de que la única forma de salir de esto era sobreviviendo unos pocos años más. La adultez estaba a una vida de distancia, pero parecía ser la única luz al final del túnel.

Para conciliar el sueño, en lugar de imaginar que descuartizaba a Mounir y vertía su sangre, me obligaba a visualizar el hogar que tendría algún día. Me imaginaba entrando por la puerta principal; había escaleras a la derecha y un living a la izquierda. Cuando giraba para espiar el living, veía el dorso de un sillón y el televisor

de frente. Siempre me sentaba y comía pochoclos o helado. Luego me veía caminando hacia la cocina. A veces, subía a mi cuarto y todas las noches lo decoraba igual, añadía almohadones bonitos aunque inútiles y una manta. En mi habitación, había un ventanal sobre el cual me sentaba a leer un libro, rodeada de resplandecientes rayos de sol. Desde allí, oía jugar a los niños en la calle.

Nunca tuve la oportunidad de vivir sola, pero aquellas fantasías me mantuvieron viva, a medida que me abría paso entre los días, de a uno por vez, durante años.

Tiffers

Cuando comenzó mi cuarto año, ya no tenía ninguna expectativa. Supuse que la alegría era algo que sentían los demás y me limité a aceptar mi destino: esto era lo que Alá quería para mí.

Ese fue el año en que conocí a Tiffany, la persona que me ayudó a descubrir que en mi fuego interior aún chispeaban unas pocas brasas cálidas. Sobre ellas, arrojó con entusiasmo algún líquido combustible que provocara mi brusca salida de mi gris depresión. Me es imposible escribir sobre ella sin cubrir mi teclado de lágrimas. La perdí hace unos años, y nunca más volveré a ser la misma.

Aunque hacía años que yo era atea, el momento en que Tiffany murió fue la primerísima vez en mi vida, desde que había dejado el islam, que deseé creer en el cielo. Para disminuir mi congoja de forma momentánea, imaginaba que en realidad aquel cuento era cierto, que la eternidad existía y que iba a ver a Tiffers otra vez. Pero para el islam la cosa no funcionaba así. Ambas terminaríamos quemándonos en el infierno. Yo quería creer en el ideal cristiano del cielo, pero, por mucho que quisiera, sabía que no era más que una reconfortante mentira. Además, Tiffany estaría muy decepcionada de mí. Probablemente volviera para perseguirme y decirme lo estúpida que estaba siendo.

Ella fue la primera en decirme que existía la opción de no creer. Yo ni siquiera tenía idea de que eso fuera remotamente posible. Luego de mirarme rezar, sentía curiosidad y con gesto amable me preguntaba por qué hacíamos cosas raras como colocar las manos sobre el regazo cuando nos arrodillábamos en el piso y luego levantar rítmicamente solo el dedo índice de la mano derecha para arriba y para abajo, una y otra vez. Nunca te percatas de cuán absurdo es algo hasta que alguien te lo señala.

—¿Por qué tu dedo recién hizo como un espasmo?

—No sé. Se hace así.

—¿Por qué?

—No tengo idea.

—Es un tanto extraño, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí.

Tiffany me cambió la vida. Me abrió los ojos. Despertó en mí un espíritu que estaba marchito, a punto de desaparecer. A pesar de ser una persona físicamente débil, en verdad fue la mujer más fuerte que pisó el planeta. Tiffany tenía un problema cardíaco congénito y cada año que vivía era un milagro que desconcertaba a sus médicos. Pero ella no tenía miedo. Era lo suficientemente valiente por las dos, y más también. Recordé haber leído algo sobre Salman Rushdie. La anécdota era que de niño había comido en secreto un sándwich de jamón y, al darse cuenta de que no le había pasado nada, concluyó que el islam era pura mentira. ¡Qué corajudo hacer algo así por sí mismo! Yo, aun teniendo a Tiffany como fuerza subrogante, alentándome a hacer cosas similares, estaba adoctrinada hasta en lo más hondo de mi ser.

—¿Qué tal si por única vez entras al baño con el pie izquierdo primero y sales con el pie derecho? Veamos si pasa algo.

—No, no puedo. Tú no entiendes… —Por este motivo, no me gustaba contarle a la gente sobre mi vida. Resulta que después tenía que lidiar con esa presión.

—De acuerdo, solo entrégate.

—Dios mío, no. Me da mucho miedo. —Deseaba haberle mentido y no haberle contado nada sobre mi vida.

—Y no murmures ningún rezo tampoco. Solo entra en ese maldito baño, Yasmine. No es tan difícil.

—Me va a poseer el diablo y será por culpa tuya —lloriqueé, bromeando solo a medias. Me habían enseñado que si entraba al baño con el pie equivocado o sin recitar la breve dua (plegaria), los

demonios que habitaban en el baño penetrarían en mi cuerpo.

—¿Sabes cuántas veces cagué en mi vida? ¿Te parece que estoy poseída? ¿De veras crees que todas las personas que no recitan una pequeña oración antes de entrar al baño con el pie izquierdo están poseídas?

—No lo sé —dije. Pero no podía negar que su consideración era muy válida.

Ingresé en el baño con cautela, pie derecho primero, dura de miedo todo el tiempo. Con el corazón latiendo como un tambor, terminé mi asunto lo más rápido que pude y finalmente salí corriendo, exhalando un fuerte aliento una vez afuera.

—¿Estás poseída?

—No.

—Bueno, vamos a almorzar.

Parece tan ridículo escribir estas palabras ahora, ahora que mi cerebro está exento de aquel lavaje. Pero Tiffers y yo teníamos múltiples conversaciones, y estoy absolutamente convencida de que jamás me habría tomado la molestia de hablar así con otras personas. Ella era tan cuidadosa conmigo. No sé cómo lo hizo. Yo me habría alejado de un caso perdido como yo y me habría acercado a otras amigas cuerdas. Ella, sin embargo, se quedó a mi lado e intentó que me diera cuenta por mí misma de que algo estaba pasando entre mi madre y mi “tío”.

—No… no, es solo un amigo de la familia.

—Un amigo de la familia con el que coge.

—No, no… Está casado.

—Ninguna mujer dejaría que un hombre hiciera esas cosas a sus hijos, a menos que obtuviera algo a cambio.

—No, Tiffers, confía en mí. No es así.

Nunca había caído en la cuenta de lo obvio que era. Nunca había sospechado que mi madre fuera una quitamaridos, ni una sola vez. Le había creído honestamente todas las mentiras que había dicho.

Pero Tiffany sembró las semillas de la duda, y esas semillas tardaron mucho tiempo más en brotar.

Luego de casi un año de amistad con ella, el cemento que me cubría se había aflojado a punto tal que podía mover mis pies. Tiffany era mi cuerda salvavidas. Me subí al carro de su fuerza y valor, pero todavía no estaba lo suficientemente entera como para caminar por mí misma.

No es de extrañar que Tiffany dedicara su vida a rescatar animales. Su casa estaba repleta de ejemplares a los que se les iba a aplicar la eutanasia y que ella quería proteger. Una vez que no había más sitio para alojarlos en el jardín o en los cuartos, trasladaba a todos esos inadaptados sociales a casas de familiares y amigos. Tiffany tenía pasión, paciencia y habilidad para rehabilitar animales maltratados y descuidados. Tal vez yo fui su primer caso.

*

Quinto año, mi último año de secundaria, fue una época agridulce. Sabía que era mi última oportunidad para mantener una tenue conexión con la realidad. Sabía que, una vez terminado el colegio, probablemente me ordenarían casarme, una amenaza siempre inminente. Mi madre me había dicho en varias ocasiones que, una vez que me graduara y estuviera lejos de las garras (y del apoyo) de mis amigas kafir, se iba a deshacer de mí. Tiffany me ofreció mudarme con ella. Su familia tenía una inmensa casa de tres pisos con piscina y vista al océano. Pero yo no podía aceptar su ofrecimiento. Estaba segura de que me lo decía por educación. Nadie podía querer en serio vivir con semejante basura en su casa. Así que traté de disfrutar esos últimos meses tanto como pude, sabiendo que serían mi último sabor a libertad.

Aquel año, mi tío de verdad vino a visitarnos desde Nueva York y convenció a mi madre de que se fuera de aquel sótano. La reprendió por criar a sus hijos en semejantes condiciones, nos ayudó a empacar, y finalmente nos mudamos.

Mi madre siempre se quejaba de lo mucho que costaba todo y amenazaba con volver a lo de Mounir otra vez. Terminé persuadiéndola de que me dejara postularme para un trabajo de telefonista en una pizzería, así podía dar una mano con los gastos. Le di todos mis sueldos; nunca me quedé con un centavo. Estaba contenta de salir de casa; eso ya era una paga suficiente. Y si además contribuía a garantizar que jamás regresáramos a ese sótano del terror, me alegraba poder hacer ese favor.

El sitio que alquilamos estaba a una buena distancia de la escuela y a unos quince minutos de lo de Tiffany, de modo que hacíamos la mitad del trayecto de vuelta a casa juntas y luego cada una seguía su camino sola. En una de esas caminatas, mi amiga me contó que había oído la letra de una canción que le había hecho pensar en mí. Dudaba de si decírmelo por miedo a herirme, pero al final lo soltó. Era una línea de la canción "The Rose", de Bette Midler: "Es el alma temerosa de morir, que nunca aprende a vivir".

Bueno, en pocas palabras, eso me describía a la perfección, por no decir que describía a todos los musulmanes. Estábamos perpetuamente asustados. Teme a Alá. Teme el infierno. Teme la condena. Teme a los kafir. Teme a los judíos. Teme al demonio. Teme el Día del Juicio Final. ¡Oy vey![12] Era la historia de nunca acabar. Un constante temor esparcido como un cáncer en todos mis pensamientos, todo el tiempo, prohibiéndome hacer cualquier cosa, asustándome hasta la parálisis.

Y no, nunca aprenderíamos a vivir, porque ese no es el objetivo. El objetivo es morir, y recién entonces uno empieza a vivir. Esta vida no es más que una prueba. Es una ilusión. Nada importa. La vida real que importa es la que transcurre en el más allá.

Cada vez que escucho a Bette Midler cantar lo que sea, rompo en llantos. Esa era nuestra canción. Tiffers y yo la cantábamos a los gritos mientras nos alejábamos en direcciones opuestas hacia nuestras casas: "Algunos dicen amoooor… Es un ríiiiiio…".

Abandonada

Mientras los demás graduados parloteaban sobre sus carreras, sobre su traslado a otras ciudades para iniciar la universidad o sobre sus años sabáticos, yo contestaba a todo interrogante sobre mis planes personales con un "no sé". Porque realmente no sabía. No tenía idea de qué había pergeñado mi madre para mí. Nunca se me notificaba o consultaba nada, aunque de todos modos no tenía nada que decir al respecto.

Tenía tanto miedo de que mi vida terminara allí, de ser un rotundo fracaso si no aprovechaba la última oportunidad que se me ofrecía entonces. Una amiga me preguntó si podía maquillarme, peinarme y luego llamar a nuestros compañeros para ver si me reconocían. Quedé petrificada, pero asentí. Me emperifolló y convocó a nuestros amigos. Entre ellos, había un chico que me gustaba, pero ¿qué sentido tenía tomarse la molestia de agradarle a un varón? La historia terminaría en un punto muerto, en un mar de lágrimas y en un desamor. Así que nunca realmente me permití siquiera alimentar mi tonto enamoramiento. Pero miré con sumo cuidado su reacción. Actuó con desenfado frente a sus amigos, pero después de aquel episodio comenzó a tratarme distinto. Encontraba el modo de que estuviéramos a solas, e inclusive una vez casi nos besamos en su coche, pero a mí me dio demasiado pánico y lo frené. ¿Con qué sentido? El año escolar casi había concluido. ¿Para qué arriesgarme a una tortura eterna en el infierno a cambio de tener novio por unos pocos días?

Me moría de ganas de ir a mi baile de fin de curso. De hecho, había arreglado con alguien para que pasara a buscarme, pero justo la noche anterior fuimos con mi familia a casa de unos amigos en una ciudad vecina e hicimos una pijamada "espontánea" que duró dos noches. ¡Qué desconsuelo! Mi madre me había arrebatado la oportunidad de darle un cierre feliz a aquella etapa con mis amigos.

Desde entonces, he obtenido tres diplomas universitarios y también me he perdido cada una de esas ceremonias. ¿Qué sentido tenía

subirme a un escenario si en el público no había nadie a quien yo le importara, nadie que me aplaudiera, nadie que me sacara una foto, que me trajera flores, que me felicitara? Asistir a esos actos de graduación habría sido para mí un desgarrador recordatorio de que estaba sola en el mundo. Así que nunca fui a ninguno de ellos.

Una vez finalizado el año escolar, Tiffany viajó a África y luego a Europa, y yo me fui con mi familia a Egipto por segunda vez en mi vida. Allí también todos se la pasaban preguntándome qué planes tenía para el futuro. Al igual que a mis amigos de Canadá, les respondía que no sabía.

—¿Qué quieres hacer? —Era una pregunta tan tonta y común. ¿Qué diferencia había? Nunca me había detenido a pensar qué quería, pues hubiera sido absurdo. ¿Acaso uno le pregunta a una esclava adónde quiere ir de vacaciones en el verano? Nunca siquiera concebí que tuviera la opción. Lo que iba a hacer era esperar y ver, como cualquier hijo de vecino.

Mi hermana (ahora casada) estaba en la universidad, y mi hermano estaba en una escuela profesional, así que le pregunté a mi madre si yo también podía seguir estudiando. Insha Allah, me dijo, que literalmente significa: “Si Dios quiere”, pero que en realidad es: “¡Sigue soñando!”. No me dio ninguna indicación que sugiriera que sí, pero tampoco me dio ningún indicio efectivo de cuáles eran sus proyectos para mí.

Esa segunda vez en Egipto estuvo lejos de ser tan divertida como mi experiencia de los 7 años. El Cairo seguía siendo caluroso y sucio. Yo apenas entendía el idioma. Sabía que debía sentir alguna conexión con el mundo a mi alrededor, pero eso no me sucedía. Nada me parecía bien. Había nacido y había sido criada en Canadá. Por más que asistiera a colegios islámicos y que mi madre hiciera todo lo posible por educarme en una burbuja, yo seguía siendo canadiense. La cultura egipcia era muy distinta de mis hábitos en Vancouver y completamente diferente del modo en que mi madre la había descrito.

Mamá hablaba largo y tendido sobre cuánto mejor era Egipto y cuánto mejor eran los egipcios, pero yo no veía prueba alguna de esas aseveraciones. Inclusive sus constantes burlas al modo de vida

kafir eran totalmente infundadas. En ese país musulmán, había mujeres que no llevaban el hiyab, la música bailable de Amr Diab retumbaba por todos lados sin parar y en ciertas fiestas los hombres y las mujeres se mezclaban. Inclusive en Egipto tuve mi primera torta de cumpleaños. Festejamos mis 18 años con una torta helada y con todos mis primos cantando una extraña interpretación del "Feliz cumpleaños" en inglés, con sus acentos adorables y apenas coherentes. Nada de eso se asemejaba a lo que se estilaba en mi familia. Aquellas costumbres me resultaban confusas. Por otra parte, las supersticiones me parecían agobiantes. No podía desentrañar el sentido de las normas culturales locales.

Resulta que tenía un tío que cazaba espíritus, básicamente como Sam y Dean Winchester en la serie televisiva Sobrenatural. La gente lo contrataba si creía que su casa estaba poseída por algún jinn (un ser sobrenatural), si su hijo actuaba de forma rara, si alguien no podía tener hijos; toda suerte de motivos. Había una sincera creencia de que los jinn estaban por doquier. El Corán alude a esas criaturas como espíritus que viven entre nosotros. Algunos de ellos siembran el caos y causan problemas; otros solo pululan por ahí. Algunos se enamoran de los humanos y los acechan. Una mujer estaba convencida de que su hija tenía un jinn en su interior que le estaba impidiendo que su marido la fecundara porque estaba enamorado de ella y la celaba.

Esas personas eran adultas y educadas. Les iba bien en sus vidas y estaban completamente cuerdas, pero creían en esto con tanta fuerza como ustedes y yo creemos que necesitamos oxígeno para sobrevivir. Era una verdad incuestionable. En Egipto, estar poseso por un jinn y acudir a un exorcista son cosas tan comunes como un catarro. Una vez que comienzas a contar tu historia personal con esos seres, todo el mundo tiene algún remedio para ti.

—Ah, sí, mi abuela tuvo ese problema y resultó que estaba poseída por un jinn…

Yo vivía en ese contexto sintiendo que el problema era mío. Jamás se me ocurrió que fueran ellos los que tenían un tornillo flojo. Pero en un momento esto empezó a cambiar. Poco a poco, fui cayendo en la cuenta de que los adultos podían decir, hacer o creer cosas estúpidas.

Un día, mi tío estaba comiendo una barra de chocolate.

—Me pregunto qué serán estas cositas crocantes.

—Es arroz inflado —le dije.

—¿Qué? —rugió.

—Es arroz inflado, como en los Rice Krispies. ¿Venden esos cereales en Egipto?

—¿De qué estás hablando? —se mofó de mí—. ¿Arroz en el chocolate? ¿Y por qué no alguna verdura y pollo asado, ya que estamos? —Se reía tan fuerte que casi no podía masticar.

—Lee los ingredientes —le dije.

—No seas ridícula.

—¡Lee los ingredientes! —repetí.

—No seas estúpida, no necesito leer los ingredientes. Ya sé que no es arroz. —Continuó riendo mientras alzaba la vista y arrojaba el envoltorio.

En resumidas cuentas, esa es la mentalidad de los musulmanes: no necesito aprender la verdad; ya la sé. No necesito leer los ingredientes. No necesito leer manuales científicos. Entonces, una vez que crees que lo sabes todo, ya no hay deseo de aprender más nada.

*

Una mañana, me tenía que vestir y no encontraba mi ropa por ningún lado. La tenía guardada en una valija azul, que tampoco aparecía por ninguna parte. Finalmente, me topé con ella en el cuarto donde se hospedaba mi madre. Qué alivio. Pero cuando la abrí el contenido no era mío.

—¿Dónde están todas mis cosas? —le pregunté a mi madre.

—Necesitaba la valija.

—De acuerdo, pero ¿dónde está mi ropa?

—Tú no tienes ropa.

—¿Qué? Sí que tengo ropa. ¡Estaba en esa valija!

—Se la regalé a tus primas.

—¿Por qué? ¿Cómo? ¿Y ahora qué me pongo?

—Cómprate ropa nueva. De todos modos, esa te quedaba muy fea. Eres tan gorda y te ves tan horrible vestida así. Me da vergüenza que seas mi hija.

Mis ojos se inundaron de lágrimas. Lágrimas de ira. Lágrimas de confusión. Lágrimas de humillación. Lágrimas de indignación. Comencé a discutir, pero como siempre mi madre me asestó las cosas más despiadadas que podía decir para hacerme callar.

—Yo te meé, ¿me oyes? Eres mi orín. ¡No eres otra cosa que un residuo corporal! ¡Te defequé! ¡Eres un pedazo de mierda que debería haber arrojado por el inodoro! No tienes ningún derecho a cuestionarme. ¡No eres nada!

Yo no estaba acostumbrada a que mi madre me tratara como a un humano. Pero, aun viniendo de ella, esto era una bajeza nunca vista. No se me ocurría cómo resolver el asunto.

—Entonces, ¿iremos a comprar ropa nueva que me quede bien cuando volvamos a Canadá? —Apenas me las ingenié para estabilizar la voz.

—Sí, claro. Insha Allah. Sal de mi vista.

—¿Y hoy qué me pongo? ¿O mañana en el avión?

—No me importa. ¡Te dije que te fueras!

Estaba tan enfurecida que mis primas se me acercaron —avergonzadas, incómodas, disculpándose— e intentaron devolverme la ropa. Me quedé con unas pocas prendas, mis favoritas, y les dejé el resto. De todas maneras, ahora me iba a sentir fea y gorda en ellas, dado que mi madre había echado vinagre en la herida. Sabía que no me sentiría igual luciéndolas otra vez. Además, de regreso a casa iba a poder hacer unas buenas compras. Ansiaba ese momento. Pero la promesa de mi madre despertaba mi suspicacia, dado que la mayoría de mis atuendos eran heredados de mi hermana. Tenía muy pocas prendas que hubieran sido compradas solo para mí. De modo que sonaba extraño que de repente mamá estuviera dispuesta a renovarme el guardarropa.

Así y todo, ¿qué importaba, si nos íbamos mañana? No veía la hora de volver a casa, de ver a Tiffany y escuchar los cuentos de sus viajes. Quizá lograra convencer a mi madre de que me dejara estudiar. Podía conseguir un trabajo para costear la matrícula; ella solo tenía que consentir que yo cruzara la puerta de casa. Esa noche me acosté exasperada, triste, emocionada, confundida y agotada. Esos días en Egipto habían sido un torbellino, y realmente estaba ansiosa por volver a casa.

A la mañana siguiente, me desperté en una casa muy silenciosa. Pensé que era extraño que el sol brillara. "¡Dios mío! ¿Nos perdimos el vuelo? ¡Tendríamos que haber salido hacia el aeropuerto hace horas!".

Con el corazón desbocado, corrí a toda velocidad en busca de mi madre. No la encontré. El equipaje no estaba. Mi hermana se había ido. Mi hermano también. ¿Qué había pasado?

Presión en el pecho, dificultad para respirar, sudores fríos, visión borrosa, sensaciones familiares que me indicaban el inicio de un nuevo ataque de pánico.

Me topé con la hermana melliza de mi madre. Si bien ya conocía la respuesta, la bombardeé a preguntas, histérica.

—¿Dónde están todos? ¿Qué pasa? ¿Se fueron al aeropuerto sin mí? ¿Dónde está mi familia?

—Se fueron —escupió.

Depresión II

Yo ya había vivido lo que era una depresión, pero esta oscuridad era particularmente insidiosa. En el pasado, había un motivo para levantarse por las mañanas. Ya fuera para seguir a mi madre por el colegio musulmán o para ir a la escuela, se esperaba de mí que estuviera en algún sitio haciendo algo. Aquí, en Egipto, no había razón alguna para salir de la cama. Entonces, allí me quedé.

Mi madre me había dejado al cuidado de su hermana melliza. Era difícil determinar cuál de las dos era la malvada, pues ambas eran igual de diabólicas y manipuladoras.

Lo único bueno de Egipto era que Ramadán era menos tortuoso, porque allí los días eran más cortos que en Canadá. Durante ese mes, los musulmanes no pueden comer desde el amanecer hasta que se pone el sol. En verano, el ayuno podía prolongarse hasta quince horas para nosotros. Además, por supuesto que la prohibición era mucho más fácil de sostener si todo el país estaba en la misma sintonía, sin publicidades de McDonald's ni gente comiendo cosas tentadoras a tu alrededor.

A lo largo de un mes, el país entero trocaba día por noche. De día, la gente dormía, y una vez que se ponía el sol, comía, miraba tele y películas, salía con amigos, etc. En Egipto, se trataba de un período bastante festivo, porque no se hacía únicamente hincapié en morirse de hambre y leer el Corán, como me habían enseñado a mí. De pronto, Ramadán era sinónimo de platos especiales, música y nuevos programas de televisión.

En Canadá, mi madre se la pasaba todo el mes durmiendo. Nosotros mirábamos el reloj y al atardecer nos cocinábamos un paquete de Mr. Noodles o de Kraft Dinner.[13] Eid era igual de monótono en nuestros pagos. No había fiestas familiares ni de amigos, como se hacían en Egipto. Allí, las familias y los vecinos se turnaban para cocinar, así nadie tenía que hacerlo todos los días. De hecho, casi todo ese mes la gente va a la casa de otros para celebrar el iftar

(ruptura del ayuno) con un enorme festín.

En mi crianza, me dijeron que el propósito de Ramadán era sentir lo que sentía la gente que no tenía comida. Obviamente, mi pregunta siguiente fue: ¿por qué entonces la gente pobre tiene que ayunar también? ¿Acaso no saben ya cómo se siente tener hambre?

Nunca obtuve una respuesta satisfactoria. También pregunté por qué no les dábamos comida a ellos, en lugar de privarnos nosotros de comer. ¿No sería más práctico? Pero una vez más la respuesta fue insuficiente.

Más adelante, me enteré de que en realidad el sentido del ayuno era entrenar a la umma para la batalla. Si puedes resistir todo el día sin comer, serás un soldado más eficiente y estarás mejor preparado para los rigores de la guerra cuando llegue la hora de combatir para fundar el califato. Es por eso que la mayoría de las batallas son en Ramadán. Esto sí que sonaba más lógico.

Mis primeros meses en Egipto transcurrieron sin rumbo. Lo único que hacía era perder el tiempo, comer y dormir. No tenía ningún propósito, ninguna conexión con el mundo exterior. Recuerdo que pensé que algún día sería anciana, me acordaría de todas las cosas que debería haber hecho y de todo aquel tiempo derrochado y me iba a sentir muy amargada.

Mi cuarto tenía un balcón que me brindaba el único aire fresco que recibía en el día. Allí me sentaba a mirar el tránsito todo el tiempo que aguantara, hasta que el calor abrasador, la arena en los ojos o el hedor de las aguas servidas me devolvían a la cama otra vez. En aquel entonces, no había mail ni redes sociales ni iPhones ni ninguna manera de contactarse con gente que estuviera lejos. Inclusive no se podían hacer llamadas de larga distancia desde las casas. Había que ir a algún locutorio, comprar una tarjeta e ingresar en un cubículo para gritarle al tubo y que la persona del otro lado de la línea pudiera oír algo por sobre la muchedumbre. Digamos que no era el mejor modo de comunicarme con mis amigos de Canadá. Me sentía completamente aislada.

Pero un haz de esperanza brilló para mí cuando una vecina me contó de un moderno dispositivo que se había comprado, llamado

fax. ¡Iba a poder escribirle a Tiffany! Estaba eufórica. Una emoción delirante se apoderaba de mí cuando veía aparecer sus cartas por la parte inferior del aparato. ¡Finalmente había encontrado una conexión con el mundo real! Le escribía todo el tiempo. No tenía otra cosa que hacer. Esas cartas de mi amiga me contaban sus aventuras por el mundo, y a través de ella yo volvía a vivir indirectamente. Por mi parte, era todo lo contrario. No tenía ninguna noticia que compartir. No hacía nada en todo el día. Entonces, le preguntaba sobre sus anécdotas y le hablaba de cuánto la extrañaba y de las ganas que tenía de volver a verla.

Cuando iba a lo de la vecina para usar su máquina, muchas veces me cruzaba con su hijo. La mujer tenía tres varones, pero ese hijo parecía siempre estar por allí cuando yo iba. Al final entablamos amistad. El muchacho me preguntaba sobre mi vida y por qué me la pasaba todo el día enjaulada. Era lindo que alguien se preocupara por mí. También me preguntaba por qué no estaba en Canadá y me planteaba todo tipo de cuestiones que yo no podía responderle.

Mi tía descubrió que charlábamos. Ergo, empezó a encerrarme en el departamento. Claro, si un chico y una chica hablan, indefectiblemente eso termina en sexo prematrimonial, y entonces todos nos quemamos en el infierno. Me encerró cual prisionero en un torreón. En Canadá, las puertas están hechas para que no entre nadie, pero en Egipto las puertas también pueden evitar que la gente salga.

La despreciable hermana de mi madre me estaba impidiendo acceder a lo único que me mantenía viva: la máquina de fax. Tenía la misma insólita habilidad que mi madre para extinguir cualquier chispa certera de esperanza que pudiera encenderse en mí. La odiaba tanto como odiaba a mi madre, pero no le tenía tanto temor, lo cual era una ventaja.

Sospechaba que su mordaz odio hacia mí se debía, en parte, a que yo le había dicho que nunca me casaría con su hijo. Me estremecí, reí, sentí náuseas y, con un gesto de disgusto, le dije que jamás me casaría con un primo, ¡y aún menos tratándose del hijo de la melliza de mi madre! ¡Era prácticamente mi hermano! Ese chico era su único hijo, y mi tía (para quien casarse con un primo hermano es común) interpretó que mi repulsión por el concepto en general iba

dirigida a su amado hijo en particular. ¿Cómo podía yo rechazar a su principito? ¿Quién era yo para hacerlo?

Tenía que idear un modo de huir de aquel departamento y de aquella mujer. Decidí que lo mejor era hallar la manera de alojarme en casa de mi otra tía, la hermana menor de mi madre, que era una persona más normal. Hablé con mis primos al respecto, y me dijeron que su madre lo permitiría. El hijo de la vecina me dijo que me ayudaría a encontrar un empleo. Mi plan estaba funcionando. Con la ayuda de todos, iba a salir de esa casa, conseguir un trabajo y dejar de despilfarrar mi vida.

Entonces, la vez siguiente que fuimos a lo de mi tía menor a cenar, me negué a irme. La melliza de mi madre me dio varios puñetazos. Pesaba tranquilamente más de 120 kilos, pero no me importó. A menos que estuviera dispuesta a alzarme y cargarme escaleras abajo hasta el taxi, yo no me iba a ir.

Tras insultar, maldecir y aullar de manera reiterada, se rindió y se fue. Mi tía Iman asumió un riesgo al desafiar a su hermana mayor y me hizo un lugar en su casa. ¡Yo estaba tan agradecida! No tenía un cuarto propio, sino que debía compartir la habitación con sus dos hijas, pero me daba igual. Con mi tía cruel, tenía mi propio cuarto, pero lo único que sentía era soledad. Estaba contenta de dormir con mis primitas. Y, más aún, estaba feliz de haberme librado de aquella tiránica bruja.

Haciendo pie

Por primera vez, yo había cambiado mi destino. Logré torcer la dirección que había cobrado mi vida. Sin embargo, en ese momento no me di cuenta del significado de eso. No me di el tiempo necesario para tomar distancia y reconocer que ahora era yo la que estaba ocupando el asiento del conductor de mi propia vida. Estaba contenta, pero todo el crédito iba a Alá. Estaba agradecida de que él hubiera dejado que aquello sucediera.

Llamé al hijo de la vecina y, tal como me había prometido, me consiguió un trabajo como recepcionista en la empresa de un amigo. ¡Gracias a Alá, eso también salió bien! Trabajaba con otra mujer, que era la que se ocupaba de las labores reales, pues a decir verdad era la única calificada. Yo solo respondía el teléfono para impresionar a los clientes con mi perfecto inglés. La compañía me presentaba y me hacía sentar en las reuniones con la única finalidad de alardear de la destreza lingüística de su empleada.

Trabajé allí por unos meses y, en ese tiempo, comencé a sanar. A esa altura, mi vida parecía una seguidilla de brutales nocauts. De niña, había intentado ponerme de pie, pero me habían forzado a caerme de nuevo. Volví a intentarlo de adolescente con igual desenlace. Con cada embestida, me llevaría cada vez menos tiempo recuperarme. Ahora, me habían dejado varada en Egipto por más de un año, y me estaba haciendo más fuerte.

Me mantuve con la frente alta y decidí que estaba cansada de tomarme el bus para ir a la oficina cada día y que me acosaran esas hordas de hombres asquerosos que vivían en aquel país superpoblado. Ninguna mujer que caminara sin un hombre a su lado podía evitarlo, con independencia de su edad y de cuán cubierto estuviera su cuerpo. Parecía que todos los hombres respondían al estereotipo y tomaban como un deber cívico el hostigamiento a las mujeres. Hay investigaciones que revelan que un elevadísimo 99,3% de las mujeres en Egipto denunció haber sido acosada sexualmente.

Decidí entonces buscarme un trabajo que estuviera a una distancia razonable a pie. Cerca de lo de mi tía, había un colegio privado internacional, así que fui a entrevistarme con el director. Le dije que solo tenía estudios secundarios, pero que quería enseñar inglés. Intentó contratarme para dar clases en los grados superiores, pero yo me negué. Prefería enseñar en jardín de infantes, dado que me gustaban los niños y que me sentía insegura de mis habilidades pedagógicas, entonces inexistentes. Finalmente cedió, pero con la condición de que yo aceptara un recorte salarial. Ganaba 100 dólares por mes por trabajar la jornada completa. Y estaba feliz.

Empecé a encontrarles sabor a las cosas. Me hice amiga de mis colegas docentes y comencé a salir con ellas y a llevar la vida de una persona normal. Iba a sus casas y salíamos de compras. Pasábamos tiempo juntas y charlábamos sobre el prometido de una y el novio de la otra. A mi madre le llegaron rumores de esto y arremetió a toda máquina para ponerle coto de inmediato. Si yo quedaba libre para callejear con otras trabajadoras, en poco tiempo me vería mancillada y deshonrada.

—¿Esas mujeres son musulmanas o cristianas? —Su voz era rasposa e insistente.

—No lo sé —le dije gritando por encima del ruido de fondo con el que debía competir en el locutorio.

—¿Usan el hiyab?

—No.

—¡Entonces averigua!

—¿Y cómo quieres que lo averigüe? —le pregunté.

—¿Dicen Insha Allah?

—Sí…

—Bueno, nunca se sabe. Algunos piensan que Alá también alude al Dios cristiano. Di algo sobre sayyidina Muhammad para cerciorarte. La próxima vez que estés con ellas, di sully al nabi [bendito sea el Profeta].

—¿En qué contexto piensas que puedo gritarles eso? ¿Y por qué voy a hacer una cosa así? No me interesa que sean o no musulmanas.

—Eso es porque te gustan las kuffar. Si no te contestan diciendo alayhi salat wa salam, significa que no son musulmanas.

—De acuerdo.

—Si no son musulmanas, ¡tienes prohibido ser amiga de ellas!

Nunca puse a prueba la fe de mis compañeras con la contraseña árabe secreta, y mi madre estaba perdiendo la paciencia a raíz de mi flamante independencia. Parecía no haber modo de frenarme. Me puso el hiyab, me arrancó de la escuela, me dejó en un país extranjero, pero yo seguía siendo fastidiosamente resiliente. Ergo, decidió recurrir a medidas más coercitivas.

Como la iniciativa de que me casara con mi primo hermano había fracasado, mi madre y su familia iniciaron una nueva campaña para que me casara con mi primo segundo. Yo tenía 18 años y ningún deseo de casarme, pero mi madre era terca. Me había dejado en Egipto para que me amoldara. El plan era amansarme. Pero en lugar de eso, yo me había zafado con éxito de las garras de su hermana melliza y ahora estaba trabajando, ganando dinero, adquiriendo seguridad, fortaleza e independencia. Nada estaba saliendo como ella había previsto y tenía que ponerle un freno inmediato. La presión venía no solo de ella, sino también de mis tías, tíos, primos y hasta de los vecinos.

—¿Qué otra cosa vas a hacer? ¡No vas a trabajar por el resto de tu vida! Tienes que casarte —insistían mis primos.

Como he mencionado antes, el problema de ser musulmán es que te enseñan a ignorar tus corazonadas. Es más, por lo general tales intuiciones se atribuyen al diablo: el mal te susurra al oído y te provoca esa sensación. Entonces aprendes a desoír tus instintos y a hacer lo que te mandan hacer. Te dicen que quienes te rodean son más listos y más experimentados que tú. De todas maneras, no es que uno confía en la propia capacidad para tomar decisiones; esa aptitud no se fomenta ni se desarrolla activamente.

Por lo tanto, acepté mi naseeb (los designios de Alá) y me dejé arrastrar hacia el torbellino de la planificación de mi boda. Iba a elegir el vestido, las joyas, las flores, etc. Iba a ser modosita y hacer todo lo que efectivamente me estaban forzando a hacer. No tenía interés ni deseo, pero no me resistí. No había alternativa. Lo que estaba sucediendo era lo esperable, y todos estaban tan felices. Obviamente, renuncié a mi trabajo.

Un día, le pedí a mi madre por teléfono que me enviara un pasaje para viajar una última vez a Canadá y despedirme de mi país.

—Sí, claro. Así puedes venir aquí y no regresar a Egipto, ¿no? ¿Te crees que soy tarada? Lo que estás intentando hacer es huir del matrimonio.

Nunca se me había ocurrido, pero parecía un plan estupendo.

No pediría nunca más volver a casa. Me limitaría a hablar con entusiasmo sobre mi novio y la futura boda. Ella se convencería de que yo estaba diciendo la verdad, porque no daría ningún indicio de estar interesada por volver a casa.

Las cosas comenzaron a ponerse ríspidas cuando mi prometido me pidió que eligiera un departamento con él. Resulta que iba a pagar un anticipo para comprar un lugar que era inmenso para un hombre soltero. Empecé a preocuparme, porque si mi plan funcionaba y me volvía a casa, él quedaría bloqueado en ese piso tan espacioso. Le advertí que debía escoger él su propio departamento, porque quién sabía qué podía pasar entre nosotros; nadie sabía cuáles eran los designios de Alá. ¿Y si terminaba con una nueva novia y a ella no le agradaba mi elección? No podía decirle que lo que más anhelaba era irme de Egipto y no volver nunca más. Concluí que no había nada de malo en que él tuviera un hermoso departamento grande. Era demasiado arriesgado contarle la verdad.

Celebramos el compromiso con una fiesta y todo. Me puse una corona de flores encima del hiyab y me sentía (y veía) como una idiota. Nadie tenía la menor idea de lo que yo tenía en mente. Yo no tenía la menor idea de si mi proyecto iba a funcionar, así que me mantenía con un pie a cada lado de la línea, entre irme a casa o permanecer en Egipto, por las dudas de que mi proyecto fracasara.

Pero mi proyecto, o mejor dicho el proyecto de mi madre, sí funcionó. Mamá accedió a enviarme un pasaje de avión. Logré manipularla como ella me había manipulado un sinnúmero de veces. De hecho, logré torcer mi destino una vez más. Había tomado una decisión y había obrado en aras de que eso sucediera, y había triunfado. ¡Tal vez detrás de eso hubiera alguna realidad, y no una mera casualidad!

Una vez que tuve el pasaje en mis manos, hablé con él. No era un mal tipo, pero tampoco era alguien que fuera a interesarme. Y yo estaba segurísima de que jamás me iba a casar con un primo. Era algo perfectamente aceptable en Egipto y en todo el mundo musulmán. Mi hermano casi se casa con su prima hermana. Nadie se mosquea al respecto, pero yo no estaba dispuesta a tener un hijo con tres ojos. Le dije a mi prometido que iba a volver a Canadá y que necesitaba que él guardara el secreto. Le dije que no quería que pensara que lo estaba abandonando. Le devolví la shabka, la alhaja que el novio estila regalar a la novia a modo de dote según la tradición egipcia.

—Si me dejas, nunca me casaré con nadie.

—Sí que lo harás —suspiré. ¿Cómo podía ser tan dramático si apenas nos conocíamos?

—No, no me casaré. Moriré solo, y será responsabilidad tuya. Tendrás que vivir con esa culpa.

Me deshice en disculpas y me despedí. Tenía cargo de conciencia, pero no iba a dejar que eso me disuadiera. Preparé enérgicamente mi equipaje.

—¿Por qué te llevas todo, si solo te vas por un mes? —me preguntó mi primita.

—Oh, no. Nunca más voy a regresar a este lugar.

—¿Qué? ¿De veras? ¿Por qué? ¿Cuándo volveré a verte?

—Bueno, tal vez regrese en diez años o algo así, pero en un mes ¡seguro que no!

Una vez más, tuve que hacerle jurar silencio a una prima. No quería que nada me impidiera llegar al aeropuerto. Acariciaba amorosamente el pasaje, recorriendo las letras una y otra vez, recordando el logo de British Airways, leyendo y volviendo a leer los detalles del itinerario. Estaba contando los minutos.

Casa

Cuando finalmente me subí a aquel avión, ¡flotaba en el aire! Había planeado decirle a mi madre lo mismo que le había dicho a su igual de despreciable melliza: “No me voy a ningún lado, ¡a menos que estés pensando en cargarme tú misma hasta el avión que me devuelva a Egipto!”.

Una vez que llegara a Canadá, conseguiría algún préstamo estudiantil y asistiría a algún instituto de formación para convertirme en una maestra de jardín de infantes de verdad. Mi futuro era radiante, ¡y no iba dejar que nunca más nadie se interpusiera en mi camino!

Cuando el avión aterrizó, busqué a mi madre entre la multitud. La vi por un segundo y noté que había traído consigo a su falso marido para que me recibiera. Tuve ganas de vomitar.

Una vez que entramos en el departamento de ella, descubrí que mi “comida de bienvenida” era salmón. Lo habían cocinado entero al horno con los ojos intactos. Asqueroso. Mi madre sabía que a mí ni siquiera me gustaba el pescado. Pero era la comida favorita de él. Ella probablemente usaba mi retorno como una excusa para alejarlo de su esposa e intentaba ganarse su aprobación. No sé si él estaba más incómodo que yo, pero seguro que estuvo cerca.

Cómo disfruté al decirle a mamá que no volvería a Egipto. Había ideado no revelar nada hasta que llegara la hora de regresar, pero estaba tan furiosa de que hubiera traído al aeropuerto y luego a su casa al hombre que había abusado de mí que quise escupirle mi victoria a la cara tan pronto como pude. Primero, estaba atónita.

—Pero ¡la boda! ¡Las alhajas! ¡El departamento! —prácticamente aullaba.

—No me importa nada de eso —le dije mirándola a los ojos.

Cambió de tema de inmediato.

—Lo sabía —dijo en su tono oscuro y malvado—. Sabía que eras una maldita niña endiablada. ¡Sabía que este era tu plan! Te maldigo. ¡Nunca irás al cielo sin mi permiso! Y me aseguraré de que te quemes en el infierno por toda la eternidad. ¡No eres bienvenida en mi casa! ¡Sal de aquí, puta mugrienta!

—Casualmente yo tampoco quiero estar aquí —dije—. Pero sucede que no tengo otro sitio adonde ir. —Estaba harta de su odio y estaba resistiendo de un modo que ella no conocía. En Egipto, yo no era la hija de nadie y nadie me dijo qué hacer. En todo ese año, nadie me había gritado ni insultado. Nadie me había humillado. Había experimentado lo que implicaba ser tratada como un ser humano y no estaba dispuesta a rendirme. Pero resulta que ahora estaba atorada allí, viviendo en casa de mi madre, al menos por el momento.

Aunque me peleó a lo largo de cada paso que di, me las ingenié para obtener préstamos estudiantiles y comencé a tomar clases en un instituto local. Hacía más de dos años que me había ido de Canadá, así que todos mis amigos de la escuela secundaria se habían esparcido según sus trayectorias. Me hice nuevos amigos e inclusive comencé a trabajar en el Dollar Store del centro comercial situado frente a mi campus.

Las cosas discurrían con bastante fluidez. No tenía un plan a largo plazo, sino que simplemente avanzaba día a día, intentando ignorar los constantes bramidos de mi madre sobre la gran decepción que yo había resultado ser.

—¿Para qué vas a estudiar? ¿Crees que te mudarás de aquí, conseguirás un empleo y te irás a vivir por tu cuenta como una puta?

—Quiero ser escritora.

—¿Quieres ser una mentirosa? ¿Acaso no sabes que mentir es haram?

—Dije que quiero ser escritora.

—Por eso, entonces vas a ser una mentirosa. Los escritores solo

cuentan historias. ¿Son ciertas? No, claro que no. Son todos unos mentirosos.

Traté, sin éxito, de no dejar que esto me afectara. Finalmente, cambié mi especialización de escritura creativa a literatura inglesa para complacerla. Luego, volví a cambiar. Opté por ser docente de inglés. Ser maestra era una carrera aceptable para una musulmana.

Pasaba mis días asistiendo a clase y en compañía de mi grupo de amigas. Un día, en la cafetería, una chica llamada Sarah nos contó un poco sobre su vida. Su familia era musulmana y, por lo tanto, tenían reglas "estrictas" para ella a la hora de tratar con varones. Puse la palabra "estrictas" entre comillas porque, en comparación con mi vida, sus pautas estaban lejos de ser estrictas. Nos contó que quería tatuarse una hoja de arce, porque estaba muy agradecida de estar en Canadá, y que todo el tiempo desafiaba a sus padres y planeaba fugarse con su novio.

Qué envidia. Deseaba tener un novio con quien escaparme. Tenía unas ansias desmedidas de huir, pero estaba demasiado asustada como para hacerlo sola. Las amigas que me hice en la facultad estaban todas en el mismo barco que yo. Una venía de una familia china rígida, y la otra, de una familia sij ortodoxa. Nos unía nuestro mutuo deseo de zafarnos de nuestras vidas actuales, pero estábamos demasiado temerosas como para actuar. Ninguna de nosotras estaba autorizada a ir a casa de otra, así que siempre nos quedábamos cerca del centro comercial entre las clases, o después de hora. Pero no nos fomentábamos el plan de huir, pues ninguna realmente tenía el valor para hacerlo de verdad.

Intenté retomar contacto con antiguos amigos que pudieran ayudarme. Pero las conexiones eran difíciles en aquellos días. Para empezar, el teléfono de la casa no tenía que haber cambiado; luego, había que llamar a los padres y pedirles los nuevos datos de contacto de sus hijos. Por supuesto que la primera persona a quien llamé fue Tiffany, pero sus padres me contaron que estaba viviendo en Suecia con su novio. Llamé entonces a otros amigos cercanos. Uno se había mudado a Vancouver Island con su novia, y otra se había trasladado a Montreal. No encontraba un salvavidas por ninguna parte.

Un día, me crucé con un excompañero del secundario. Como me sentía particularmente valiente en ese momento, le dije que estaba enamorada de él. El chico me dijo que no se sentía atraído por mí. "Claro, no le parezco físicamente atractiva. Ni a él ni a nadie". Habíamos sido buenos amigos, pero no por eso estaba dispuesto a pasar por alto mi horrible aspecto. ¿Cómo podría alguien obviar esta cosa que llevo en la cabeza, encontrarme bonita y querer estar conmigo, si ni siquiera uno de mis mejores amigos podía hacer caso omiso de eso?

Buscar un príncipe encantado que me apoyara en mi iniciativa de huir de mi situación presente no era una meta realista. A ningún príncipe encantado le interesaría este lío. Pero yo no tenía la confianza ni el coraje suficientes para pensar que podía concretar mi idea por mis propios medios. No veía ninguna salida para mi dilema.

La única constante desde que había llegado de Egipto era el perpetuo bombardeo de mi madre instándome a dejar de avergonzarla y casarme de una buena vez. Ya tenía casi 20 años, mi fecha de expiración había pasado, y la cosa se estaba tornando ridícula.

—¿A quién estás engañando al ir a esa facultad? ¿Con qué finalidad? ¿Qué sentido tiene? ¿Crees que te vas a mudar de aquí y trabajarás para ganarte el pan? ¡Basta de estupideces y cásate como toda mujer respetable!

Era un ritual diario. Y finalmente me ganó por cansancio. Sin nada que me empujara en otra dirección, sucumbí a su interminable descarga de veneno. "Es cierto. ¿A quién estoy engañando? Además, ¿cuál es mi plan a la larga? No es que algún día me vaya a gustar un chico normal. Podría acceder a conocer a esos hombres brutos que me trae ella".

Conocí a algunos de ellos, y era uno más horrendo que el otro. No podía aguantar la idea de darme por vencida, pero también estaba cansada de luchar. La verdad era que estaba exhausta. Todavía quería que mi madre me amara. Todavía quería que estuviera orgullosa de mí. Y quería tener una vida fácil y calma, por una vez. Quería acallar el constante forcejeo en mi corazón, en mi alma, en

mi mente. Es más, ¿contra qué estaba forcejeando? ¿Cuál era mi objetivo final? Lo que más quería en el mundo era sentir amor y aceptación, y el único modo de obtenerlo parecía ser rindiéndome y siguiendo las pistas de mi madre.

Decidí entonces escucharla con empatía. No más contraataques. Seguiría su senda y vería adónde me conducía. Tal vez así hallara la paz y el amor que tanto anhelaba. Si hacía todo lo que mamá quería, quizá ella dejara de sentir asco cada vez que me veía. Quizá efectivamente me amara.

Quizá por fin supiera yo cómo era vivir en los zapatos de mi hermana.

Mi buena hermana mayor se había casado obedientemente con el hijo del hombre que había abusado de mí cuando era niña. Recuerdo que yo estaba más que horrorizada y cuestioné a mi madre.

—No es asunto tuyo con quien se case ella.

—¿Le contaste lo que me hizo su futuro suegro?

—No sé qué te hizo. —Su negación fue rotunda.

Años más tarde, después de esa boda, después de que mi hermana hubiera tenido tres hijos con él, después de que él la hubiera engañado en varias ocasiones y finalmente le pidiera el divorcio, ella me encontró en Facebook, y yo le dije la verdad.

—¿Cómo puede ser que nunca me lo haya hecho a mí? —Esa fue su respuesta, negar y evadir. No sé por qué me hirió tanto. Debí de imaginármelo. Sentí que mi hermana había atravesado la computadora y me había clavado un puñal en la cara y el corazón. Después de todos esos años, tuve el valor de decir lo que guardaba en mí, y ella me contestaba de ese modo.

Mi hermana nunca fue el tipo de persona a la que yo admirara, pero sí era la luz de los ojos de mi madre. Y yo quería saber qué se sentía estar en esa posición.

Mi hermana nunca le peleó nada a mi madre; siempre la escuchaba

y seguía su consejo, con independencia de lo irracional que fuera. Después de su episiotomía, mi madre le sugirió que se sentara en una bañera con agua salada, y mi hermana lo hizo. Recuerdo que cuando me relató el episodio la miré con ojos pasmados.

—Literalmente echaste sal en una herida abierta, Reema. ¿Cómo pudiste hacer una cosa así?

—Mamá me dijo que lo hiciera.

—Sí, pero tenías que saber que eso te iba a doler.

—Pensé que quizá me dolería, pero mamá sabe más, así que supuse que la equivocada era yo.

—¿Cómo puede ser que la escuches tan ciegamente todo el tiempo? —No me entraba en la cabeza que alguien que compartiera mi mismo material genético pudiera ser diametralmente opuesta a mí.

Mi hermana nunca cambió. Acataba todo lo que dijera mi madre, por más que sus consejos la sumieran en un agujero negro y en la miseria. Cuando se divorció de su marido, mamá la convenció de que renunciara a sus hijas a favor del padre, porque "ningún hombre querrá nunca a una mujer con tres críos". Entonces, su exmarido se las llevó y atravesó el planeta para radicarse en un país musulmán en el cual tenía la libertad de tener múltiples esposas.

La última vez que vi a mis sobrinas, la menor tenía 4 y ya llevaba el hiyab, al igual que su hermana.

Pero en aquel entonces yo no sabía nada de esto. Lo único que sabía era que mi hermana era la hija celebrada, amada, y que yo era el desgraciado incordio. Decidí entonces tomar una página del libro de mi hermana y obedecer.

Sumisión III

Seguí conociendo a un pretendiente tras otro, rechazándolos a todos por diversos motivos. Estaba dispuesta a casarme para alegrar a mi madre, pero por lo menos esperaba hacerlo con una persona decente.

Un día, estábamos sentadas con un enésimo candidato, para un enésimo encuentro. Yo estaba en babia, mientras él y mi madre hablaban en árabe. Una cosa estaba decidida: no me iba a casar con un hombre que no hablara inglés, así que mentalmente este ya estaba tachado de la lista. Otra porquería. Mientras observaba el estampado de la alfombra, pensando en uno de los trabajos que aún debía terminar y entregar para la facultad, me quedé dura al ver a mi madre saltar de su asiento como un resorte.

—¡Eres tú! ¡Tú eres lo que estuve buscando toda mi vida!

Miré al tipo, y se veía tan descolocado como yo. No tengo idea de qué le dijo para ponerla así de loca, pero claramente mi madre estaba muy emocionada con este hombre.

Más tarde, se esmeró tanto como pudo para conseguir mi consentimiento, pero yo seguía negándome. El tipo me parecía repulsivo.

—No, no me voy a casar con él. ¡Ni siquiera habla inglés!

La situación llegó a tal extremo que me amenazó con echarme de la casa. Así y todo, no accedí. Entonces probó con otra táctica.

—He vivido toda mi vida por ti. No fui capaz de llevar una vida propia porque sacrifiqué todo por tu felicidad. Podría haberlos dejado con tu padre, haberme vuelto a casar, disfrutar la vida y olvidarlos por completo, ¡como hizo él! Pero, en cambio, sufrí como madre soltera de tres niños ingratos, sola en un país extranjero. Todo eso por ustedes. Lo único que te pido es que hagas una sola cosa por mí, ¿y no puedes hacerlo?

La culpa y el chantaje emocional siempre eran más efectivos que las amenazas. Yo realmente quería hacer feliz a mi madre y pensé que tal vez con esto lo lograría. Quizá, si me casaba con ese tipo, finalmente mamá me querría, o al menos dejaría de odiarme tanto. Me estaba ablandando, pero todavía no podía forzarme a asentir.

—Hazlo por mí —dijo—. Yo no puedo casarme con él, pero si tú lo haces y vivo con ustedes, entonces podré estar con él también.

Esa frase sí que fue muy extraña, pero para aquel entonces yo aún no estaba acostumbrada a desafiarla en serio.

Durante los meses siguientes, mi madre siguió reuniéndose con él. Yo ni siquiera estaba presente. En teoría, lo estaba examinando por mí.

—Estás perdiendo el tiempo. No me voy a casar con él.

—No estoy perdiendo el tiempo. Me gusta hablar con él. Eres una estúpida. No sabes lo bueno que es este hombre que estás rechazando. Nunca encontrarás a nadie como él. Yo he vivido. ¡Conozco a los hombres! Tú no sabes nada. Te lo digo: jamás encontrarás a alguien tan bueno, y vas a lamentar haberme desafiado.

Esas sí que eran palabras fuertes. Me daba muchísimo miedo que me dijeran eso, pues a mí nunca me habían enseñado a valorar mi propio criterio. Estaba segura de que mi madre sabía más que yo y me aterrorizaba cometer un error. Aun así, continué negándome.

Su implacable presión nunca cedió. Si yo antes pensaba que mi madre era venenosa, ahora diría que era una delicada rosa en comparación con lo que vino entonces. Por los próximos meses, se mostró absolutamente despiadada en su acoso permanente para que me casara con ese hombre. Y él ejercía una presión adicional. Le contaba que había soñado que yo le leía el Corán y otras señales de que aquella boda debía celebrarse.

Mi madre sacó a relucir todo recurso que tuviera que ver con el chantaje emocional. Utilizó todas las tácticas coercitivas que tuviera en su arsenal. Se negaba a responder cuando yo le hablaba.

Inclusive cenaba afuera y no hacía las compras para la casa. Me ignoraba por completo, a menos que fuera para gritarme o escupirme por defraudarla y romperle el corazón.

El islam nos enseña que "el cielo está a los pies de tu madre". Por consiguiente, si tu madre no lo aprueba, no ingresas en el reino de los cielos. Esa era la declaración que regía mi vida. Me aterraba pensar que mamá revocara mis posibilidades de salvarme y me condenara a una tortura eterna. Tenía el poder para hacerlo. Para mí, ella era la manifestación física de Alá. La relación de amor/miedo que supuestamente yo debía tener con él en realidad la tenía con ella. Ella tenía mi más allá en sus manos.

"Te prometo que te quemarás en el infierno por toda la eternidad. Si no te casas con él, nunca te dejaré pisar el cielo. Nunca siquiera olerás el perfume del cielo. ¡No quiero tener nada más que ver contigo! ¡Ni siquiera tienes permitida la entrada en mi funeral! Me voy a asegurar de que todos sepan que ya no eres hija mía".

Eso era el no va más, su as en la manga. "Nunca verás el cielo. Arderás en el infierno por toda la eternidad". ¿Cómo resistir a semejante coerción?

Mi madre es una extraña paradoja. Yo solía llamarla la princesa perseguida. Se las arreglaba para de algún modo ser superior y, en simultáneo, la víctima. Me llevó mucho tiempo identificar esa dicotomía. Ahora, reconozco que esa mentalidad no es privativa de ella. Veo a una gran cantidad de musulmanes cómodamente anidados en ese mismo sitio. En las noticias, veremos a musulmanes enojados y confrontativos respecto de una Coca Light, o por tener que darle la mano a alguien, o por el derecho a cubrir sus rostros durante un acto de declaración de ciudadanía.

Reclamar cosas en un país del cual ni siquiera eres ciudadano es presuntuoso y condescendiente al extremo. No obstante y de manera inexplicable, todas esas situaciones son informadas como casos de victimización. ¿Cómo sucede esto? ¿Cómo puede uno ser víctima y a su vez destilar un aura de superioridad y bravuconería que seguramente socava el reclamo de victimismo?

Lo más raro de todo es que tienen éxito. Por tener la piel marrón,

automáticamente son vistos como una minoría victimizada y utilizan esa culpa blanca ilógica en beneficio propio. En Canadá, una mujer exigió el derecho a taparse la cara durante su acto de declaración de ciudadanía, aunque esto iba en contra de la ley. Terminó consiguiendo cambiar nuestras reglas, inclusive antes de ser ciudadana del país. Ella sabe que no está siendo victimizada por Canadá, sabe que está siendo una pendenciera, pero jugará el papel de víctima, pues eso funciona como modo satisfactorio para obtener un fin.

Pensemos en el grupo de manifestantes musulmanes en el Reino Unido que se enfurecieron porque la esposa de un conocido terrorista fue pescada por la policía para un interrogatorio. Coreaban en voz alta y agresivamente en sus altavoces: “Reino Unido, al demonio. Policía inglesa, al infierno”. Agitaban banderas y exhibían carteles que rezaban: “La sharía es la respuesta” y “Policía británica terrorista y extremista”. Después de que una mujer en nicab repudiara a una británica por caminar por la calle “desnuda” (en realidad, lucía un vestido largo), le preguntara a quién estaba intentando seducir y le dijera: “Ve a vestirte”, un manifestante se ponía a explicar que la marcha era “un mensaje para frenar la opresión”. La ironía sería cómica si no fuera tan triste.

No sé a qué academia de lavaje de cerebro concurrieron todos, que les enseñó a emplear el mismo modus operandi, pero lo cierto es que por estos días veo a clones de mi madre por doquier en las noticias. Christopher Hitchens lo definió como el “horrible trío de autodesprecio, superioridad moral y lástima por uno mismo”. Es como si hubiera sido criado por musulmanes. ¿Cómo pudo dar en el clavo con tanto acierto?

Yo tenía el bonus extra de haber sido criada por alguien que tenía la superioridad de ser la única que hablaba árabe (Alá eligió revelar el Corán en árabe, pues prefiere a los árabes; en el Corán, se estipula que eligió a su profeta entre los “mejores”, los árabes; los rezos solo pueden hacerse en árabe, orientándose hacia Arabia, etc.). Pero también mi madre era descendiente de egipcios, y los egipcios fantasean que ellos y su país son la madre del mundo. Así que mamá tenía un complejo divino que rivalizaba con el propio

Mahoma.

Prosiguió con un coherente flujo de presión que oscilaba entre "pobre de mí, no quieres verme feliz" y "espero que disfrutes de tu vida en el infierno, porque nunca verás la felicidad". Como era de esperar, me hastié de la paliza constante. Era lo contrario de lo que yo quería, que era la paz, su amor y su aceptación. Supuse que se rendiría, pero no fue así, y el hogar tóxico en el que estaba viviendo se tornó insoportable. Quería frenar ese odio.

En llantos, le dije que renunciaba. Las lágrimas no hicieron mella a su felicidad. Hacía mucho tiempo que yo había abandonado la esperanza de que mi madre me protegiera, pero su actitud era una nueva bajeza, una comprobación de que me ponía activamente en una situación que me amedrentaba con miras a obtener una satisfacción propia. Me abrazó y me dijo que por fin le estaba dando motivos de orgullo y que estaba tan contenta de que yo hubiera tomado la decisión correcta. Tuve ganas de vomitar. Estaba tan decaída que ni siquiera noté lo infeliz que me sentía, y muchísimo menos me importó. Lo único que mi madre veía era la materialización de su propósito. Pero acaso ahora, a fin de cuentas, conocería yo la sensación de ser amada por alguno de mis progenitores.

*

Casi de inmediato se organizó el Katb El Kitab (ceremonia de boda islámica). Se trata de un acuerdo vinculante entre las familias de los novios y establece que la familia del varón proveerá determinada dote (en mi caso, fue un Corán). Me garantizaron que ese era el obsequio más valioso que él pudiera darme. Ni él ni mi madre reconocieron que el ejemplar era uno de los millones de volúmenes impresos por Arabia Saudita que se producían y distribuían gratis en todo el mundo.

Essam había acordado con mi madre que no consumaría el matrimonio hasta tanto estuviéramos legalmente casados según la

ley canadiense. La ceremonia de Katb El Kitab convertía en halal (permisible) el hecho de que ambos estuviéramos solos en una misma habitación.

El hombre venía a mi casa periódicamente a tomar clases de inglés e intentaba que le hiciera la paja o una mamada. Pero sus requerimientos eran fútiles. Yo no tenía ni la menor idea de cómo responder a sus demandas. Ni siquiera había besado a un hombre alguna vez.

No obstante, durante la fase "conociéndose", no se comportó de un modo tan horrible. Inclusive me llamó el día de mi cumpleaños, un acto de rebeldía, dado que los cumpleaños son haram y no deben ser tenidos en cuenta.

Muchas veces me pregunté por qué habrá estado tan contenido durante aquella época. ¿Tendría miedo de romper los términos del contrato que había firmado con mi madre? ¿Estaría asustado de arriesgarse a que ella cancelara la boda? Casarse conmigo era su fuente de ingresos, su ruta hacia la ciudadanía. Una vez que la alianza fue oficial, desde luego que nada de eso importó: se apoderó de mí con énfasis, tal y como era su derecho según la ley islámica.

La ceremonia religiosa fue una extraña y estúpida "boda". Todas las mujeres estaban en el piso de arriba; todos los hombres estaban en el piso abajo. Nunca siquiera vi a la criatura con la que me estaba desposando. Sencillamente, me senté en el living, arropada en un atuendo negro de pies a cabeza. El imán hizo las preguntas de rigor. Mi consentimiento no era necesario —pues el silencio equivale a anuencia de acuerdo a la ley islámica—, y en una cuestión de minutos ya era su esposa, su propiedad.

Con bastante sentido de la oportunidad, meses después, en la habitación donde el falso marido me había arrastrado a situaciones viles de niña, me arrastraron a otra vil situación, aunque de adulta: la celebración de mi boda. Ahí estaba yo, siendo peinada y maquillada por unas mujeres raras, llorando todo el tiempo, estropeándoles el trabajo que habían hecho y que retocaban para poder continuar. Ni una sola bruja desalmada pensó que era extraño que aquella joven estuviera llorando sin parar. A ninguna de ellas se le ocurrió decirle a mi madre: "¿Qué estás haciendo?".

Probablemente, porque ellas harían lo mismo con sus propias hijas en un santiamén.

Había comida pero no música, porque es haram. Tampoco se sacaron fotos, porque el idiota con el que estaba a punto de casarme creía que las fotografías también eran haram. Todo lo que tenga caras está prohibido, incluidas las muñecas.

Retener las lágrimas implicaba validación, así que tenía que liberarme. Debía soltar la presión, de lo contrario acabaría en otro ataque de pánico a todo trapo, y tenía que evitarlo costara lo que costara. Los ataques de pánico eran demasiado dolorosos y aterradores. Si bien sabía que mi madre se enfurecería porque la había avergonzado, dejé que todo saliera y evacué todo el llanto que había estado conteniendo. Los invitados me daban la espalda. Supongo que se sentían incómodos y molestos al verme sentada allí, en pleno sollozo, así que se limitaron a ignorarme y a llenar sus platos con más comida. Yo observaba aquella escena surrealista que se desenvolvía ante mí, intentando disuadirme del desmayo.

Muchos años después, cuando internet se convirtió en lo que es, me crucé con un sinnúmero de retratos de novias musulmanas llorando en sus bodas. Por muy sola que me sintiera aquel día, ahora sé que no lo estaba. Me estaba uniendo a los millones de chicas que antes y después que yo fueron presionadas para casarse contra su voluntad. No eran lágrimas de felicidad, como sucedería en un casamiento occidental típico. Son lágrimas de angustia, traición y desesperanza.

Este matrimonio era muy diferente del matrimonio forzado del que había huido en Egipto. Essam no era agradable. Era amenazante y no presagiaba nada bueno. Nunca sentí ninguna energía positiva a su alrededor y solo quería estar lo más lejos posible de él. Me dijeron que era cinco años mayor que yo, pero mucho tiempo después, a través de su página de Wikipedia, me enteré de que en realidad tenía catorce años más: otra mentira de mi madre.

Intenté encontrar razones optimistas para aceptar mi destino. Me recordé a mí misma que las mujeres divorciadas tenían mucha más libertad en el mundo islámico. Una vez que la mujer no era virgen, ya no le importaba a nadie. Era mercancía usada. Conjeturé, entonces, que debía tratar de hacer que mi matrimonio funcionara

(cosa que obviamente no iba a suceder, pero al menos podía probarle a mi madre que había hecho la prueba), y después del divorcio mamá me dejaría tranquila. Me dije que tal vez inclusive pudiera sacar un bebé de todo esto. Mi propia personita a quien amar y que también me amaría. Por fin.

También me enteré más adelante de que esos sentimientos, esas racionalizaciones con las que me convencí eran muy comunes. Conocí a otras chicas, leí sobre otras mujeres que se habían dicho exactamente las mismas cosas cuando estaban en idéntica situación a la mía. Es un vínculo triste que une a tantas personas. Cada una de nosotras se sentía tan increíble y completamente sola, cuando lo cierto es que hay millones de pares que sufren lo mismo en todo el mundo.

La tradición de Katb El Kitab se inició cuando Mahoma quiso casarse con Aisha, de 6 años de edad. Pacto mediante, ella sería suya de acuerdo a la ley islámica, pero él no podía consumar el matrimonio hasta la fecha acordada: la primera menstruación de la niña. Conforme al Hadiz, ese funesto día acaeció cuando ella tenía 9 años. No está fuera del reino de las posibilidades que una niña menstrúe a sus 9 años de edad, pero resulta sospechosamente joven. La edad promedio es 12. Los apologistas del islam insisten de manera ridícula en que las chicas maduran más rápido en el desierto, lo cual no es verdad. A pesar de la conjurada reputación de Mahoma de ser el perfecto ejemplo de hombre para la humanidad y por todos los tiempos, su decisión de violar a una niña les arruinó la vida a millones, si no a billones de chicas en todo el planeta en los últimos mil cuatrocientos años.

Violencia II

Inicialmente, el plan era que los tres nos mudáramos a vivir juntos. De ese modo, mi madre podía vivir con esa bestia a la que parecía empecinada en acercarse. Pero como era difícil encontrar un lugar apto, nos instalamos en dos departamentos distintos en el mismo edificio. Mi madre estaba en uno de los pisos inferiores, y la bestia y yo, en el piso diecisiete, el último.

En la primera semana de nuestro matrimonio, un día Essam llegó a casa y encontró las cortinas abiertas un día soleado.

—¿Eres una puta?

—¿Qué? —No entendía a qué se refería.

—¿Quieres que el mundo entero te vea desfilando por ahí, con el cabello descubierto?

—No he salido de este departamento en todo el día.

—¡Las ventanas! ¿No se te ocurre que la gente puede verte? ¿Crees que solo es transparente de adentro hacia afuera? ¿Acaso eres tonta, caminando por aquí como una puta imbécil y desnuda?

—¡Es el piso diecisiete! —Finalmente entendí su inquietud—. ¡Nadie puede ver diecisiete pisos arriba! ¿Te preocupa alguien que pase en helicóptero?

Y entonces me golpeó. No me sorprendió en demasía, dado que me había ido acostumbrando a ser golpeada a lo largo de toda mi vida. Fue más como una decepción, algo así como “genial, esto otra vez”. No pensé que casarme con él sería una forma de escapar a una vida de maltratos, pero podría haber sido una grata sorpresa.

—¡Ya verás cuando le cuente a mi madre! —le dije—. Este matrimonio se ha terminado. ¿Cómo te atreves a ponerme una mano encima? —Empaqué algunas cosas mientras le contaba mis

planes de bajar al departamento de mi madre y no regresar nunca más. En el viaje de ascensor hacia abajo, estaba mareada de emoción. ¡Tenía una excusa fenomenal! Había sido muy sencillo. ¡Al tipo le había llevado tan solo una semana arruinarlo todo!

—¿Y qué? —me dijo mi madre despreocupadamente—. ¿No sabes que Alá decidió que fuera halal, permisible, que un hombre golpee a su esposa? ¿No conoces ni tu propio Corán? ¿Cómo puede ser que seas musulmana y desconozcas esto? Essam no hizo nada malo.

—¡Es un demente! ¡Piensa que alguien será capaz de verme en el piso diecisiete sin el hiyab puesto! ¡No subiré allí nunca más!

—Sí que lo harás. Es tu deber. No puedes quedarte aquí.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué no me proteges?

—¿Protegerte de qué? ¿De tu marido? Eres suya, tiene todo el derecho del mundo a hacer lo que quiera contigo.

—No me interesa cuáles sean sus derechos. Yo no viviré con él.

Me quedé en lo de mi madre durante días, mientras ella intentaba hacer las paces. Pero no había nada que hacer, porque él se negaba a disculparse al estar en su derecho. Mi madre se puso enteramente de su lado. Según el Corán, sura 4:34, Alá instruyó al hombre para que golpee a sus esposas “arrogantes” o “desobedientes”.

Ellos eran mayoría, y yo estaba asustada. ¿Cómo podía pelear contra las claras directivas de Alá? Así y todo, me negué a subir.

—Bueno —dijo mi madre. Como su táctica de hostigamiento no había dado resultados, optó por su ya probado y auténtico chantaje emocional—. Solo ve a vivir con él un tiempito más. Si el matrimonio se termina tan pronto, todos creerán que se divorció de ti porque no eras virgen.

—¡Qué me importa lo que piense la gente!

—¡A mí sí! Soy una persona respetada en la comunidad. ¿Quieres arrastrar mi nombre por el fango? ¿Quieres que caiga en desgracia después de todo lo que he hecho para alcanzar mi estatus en esta

sociedad? ¿Acaso no sabes que a algunos les encantaría tener algo malo que decir de mí? Solo quédate con él unos pocos meses, así no hay sospechas.

Y, una vez más, la persistente coerción de mi madre acabó desgastándome. Puse sus necesidades antes que las mías otra vez, y con el corazón roto me dije a regañadientes que no tenía otra alternativa que regresar a vivir con la bestia. Tenía pavor de volver allí. Quizá estuviera perdiendo mi oportunidad de irme para siempre. Estaba aterrada de que esta hubiera sido mi última chance. Estaba aterrada de quedarme embarazada y entonces ser forzada a permanecer casada con él. Le confesé todos mis miedos a mi madre.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Nadie se queda embarazada tan rápido.

—Bueno, por las dudas no dejaré que se me acerque —murmuré mientras se cerraban las puertas del ascensor detrás de mí.

—No puedes hacer eso.

—¿Cómo que no puedo?

—Tienes prohibido negarte, es haram. Tú eres suya. Si lo rechazas, los ángeles te maldecirán hasta la mañana.

Me sentía atrapada en ese ascensor, como si ya no hubiera más aire en todo el universo. Cada una de las leyes del islam está claramente pensada para enjaular a la mujer en un matrimonio forzado con un hombre que la golpea y la viola. Todo eso, con el visto bueno de Alá.

En el mundo de mayoría musulmana, es por demás común que las mujeres sean golpeadas por sus maridos. Tan común, en realidad, que en Marruecos un popular programa televisivo tenía un segmento sobre cómo maquillarse para tapar un ojo morado. En la mayor parte de los países islámicos, tal conducta no contraviene la ley, pues ningún ser humano puede prohibir algo que Alá ha permitido. En la televisión egipcia, hay debates donde las mujeres intentan decir que los hombres no deberían golpear a sus esposas, pero rápidamente su discurso es sustituido por el verso 4:34 del

Corán, y su argumento deja de ser válido. Ningún ser humano puede impugnar la palabra literal de Alá. Algunos intentan insistir en que Alá se refería a golpear "ligeramente". Pero bueno, fíjense que no hay rastros de la palabra "ligeramente" en el verso. Por lo demás, la noción de "ligeramente" es muy subjetiva. Y, por último, ¡no! ¡Nadie debe pegarle a su esposa! ¡Nunca! Pero ese criterio nunca va a tener cabida en sociedades que ya han aceptado lo opuesto.

Asimismo, más allá de los golpes, en Paquistán e Irán es frecuente que las mujeres sean atacadas con ácido por infracciones tales como ir vestidas a la occidental, no lucir el hiyab o cortarse el pelo. A las mujeres ni siquiera se les concede la libertad básica de elegir qué se ponen sobre sus propios cuerpos. No tienen autonomía sobre ellas mismas.

Todo esto se origina en los edictos de la cultura del honor, una cultura que convalida el control de la mujer. Y gran parte de ese esfuerzo está destinado a impedir que esta pierda su virginidad antes de ser entregada a su marido.

*

Tras veinte años de ansiedad culposa por mis pensamientos impuros, tras veinte años de "guardarme" para mi esposo, tras veinte años de acumulación de deseo, el clímax no podría haber sido más anticlimático. Mi primer beso no fue un hermoso y majestuoso momento Disney. Fue forzado, escalofriante y bruto. Ese hombre no me gustaba. No quería que me tocara, pero mi religión lo decía a las claras: no tenía derecho a resistirme. Una mujer no ha de negarse a su marido por más que esté montada a un camello. Estaba triste y decepcionada de que este fuera el naseeb escrito para mí. Ojalá hubiera besado en su coche a aquel compañero que me gustaba. Al menos habría experimentado un beso decente antes de morir. Pero lo mío no eran las vivencias bonitas. Alá usualmente me daba malas cartas, así que ya estaba acostumbrada. No me quejé. Soporté. Aquel sacrificio me acercaría más al paraíso y me alejaría

del infierno.

Entonces ocurrió lo impensable: quedé embarazada. Estaba bloqueada, pero como ya era experta en resignarme y aceptar mi destino, me focalicé en lo maravilloso que iba a ser tener un bebé para amar, el cual a su vez me iba a amar también. Esperaba que fuera mujer, pues sabía que algún día yo sería madre soltera y que era más fácil lidiar con una niña. Menos misterios. Mi hijita y yo seríamos mejores amigas.

Los tres nos mudamos a una casa, y mi madre se instaló con nosotros. Tan pronto como nos acomodamos, el tipo inspeccionó el lugar y pegó papel de envolver marrón en todas las ventanas para bloquear el paso del sol e impedir que alguien pudiera verme accidentalmente. Luego cubrió las ventanas empapeladas con una cortina para estar más seguro.

Nunca más volví a salir de la casa, excepto para los turnos médicos. Aquellas excursiones se convirtieron en mi única oportunidad para oler aire fresco (en fin, la dosis de aire fresco que puedes oler a través de un pedazo de tela que te cubre la cara). Una vez al mes, me ponía un conjunto que venía casi todo de Arabia Saudita: calcetines negros gruesos, abaya (capa) negro, hiyab negro y nicab negro. El nicab era básicamente un cuadrado de tela que tenía dos capas, una que tapaba todo excepto los ojos y la otra, más delgada, que también velaba los ojos. El remate final del atuendo eran los guantes. Una vez que cada centímetro de mi piel quedaba cubierto de negro, estaba lista para salir de la casa a visitar a mi doctora mujer, con un tutor varón, desde luego.

Y desde luego que debía ser una doctora mujer, porque era haram hablar con un hombre, a menos que fuera estrictamente necesario. “Como, por ejemplo, si un hombre está a punto de caerse a un pozo, puedes decirle ‘ten cuidado’, pero no demasiado alto”. Esa es una cita textual de mi madre, traducida del árabe.

Me intimidaba salir de casa. Al menos ahí podía ver Oprah[14] y conectarme con el mundo. Si bien era un ejercicio unidireccional, yo sentía que había interacción. Me conectaba con la conductora y sus invitados, lo cual me inspiraba y me hacía sentir parte del mundo. Aprendía algo de todos ellos.

En cambio, en el mundo real, mientras caminaba bajo el calor estival tapada de negro de pies a cabeza, me sentía de lo más desconectada. Pensaba que el hiyab era una barrera difícil, pero el nicab definitivamente era un nivel más. Si el hiyab decía: "Acérquese con cautela", tener el rostro enteramente velado decía: "Quítate de mi camino ahora mismo".

Al ponerte un nicab, te sientes como en una cámara de aislamiento sensorial portátil. Obstaculiza tu posibilidad de ver, oír, tocar, oler. Sentía que allí dentro me iba muriendo y deteriorando poco a poco. Sufría tanto física como emocionalmente. No tenía permitido tener amigas, pues nadie estaba a la altura de los estándares religiosos de mi marido. Ya ni siquiera sabía yo quién era, ni si llegaba a ser alguien. Mis únicas acciones eran resultado directo de las suyas. No me atrevía a respirar, a menos que él explicitara en qué dirección debía exhalar. Solía decir que caminaba sobre cáscaras de huevo, pero hubiera sido más atinado decir que estaba tensamente de pie sobre cáscaras de huevo, esperando entender en qué dirección debía moverme. Essam era el típico abusador de manual. Tiempo después, me di cuenta de que respetaba el ciclo descrito en mi libro de psicología cual mecanismo de relojería, como si lo hubiera estudiado en la universidad.

Fueron escasas, pero hubo veces en que me hizo sentir que era especial. Esto era importante, sobre todo en los primeros tiempos de la relación, para hacerme morder el anzuelo.

—No quiero ir a trabajar —se lamentó una mañana—. ¡No quiero dejarte! Ojalá pudiera encogerte y meterte en el bolsillo para que estuvieras conmigo todo el día. En este bolsillo —dijo golpeándose el pecho—. Así estás cerca de mi corazón.

Esas migajas positivas eran superadas con creces por la hambruna que sobrevenía durante el intervalo, pero yo vivía para el siguiente festín, creyendo que la próxima vez él sería bueno, considerado o al menos no tan cruel.

Para completar el ciclo y a fin de sumirme por completo bajo su hechizo abusivo, Essam hacía uso del condicionamiento clásico. Un puño en mi cara reemplazaba la campana de Pavlov. Antes, yo pensaba que todo era haram, pero en realidad no tenía idea de

cuántas cosas más podían serlo.

Una vez que estaba buscando algo en la guía telefónica, comencé a tararear distraídamente:

—A, B, C, D, E, F, G, H, I, J…

—¿Qué mierda estás haciendo? —bramó y me golpeó en la boca con el revés de su mano.

Aquel fue otro de los momentos en los que directamente me quedé apabullada. ¿Qué había hecho exactamente? ¿Cuál era mi transgresión esta vez?

—¿Por qué cantas en mi casa? ¿Estás intentando atraer al demonio?

—Era el alfabeto. Solo estaba…

—¡No me interesan tus excusas imbéciles!

Hasta ese entonces, yo pensaba que cantar estaba admitido y que solo la música era haram, pero no: resulta que tararear el abecedario para ayudarte a buscar algo en la guía conjura al diablo.

*

A medida que mi panza crecía, también lo hacía la violencia constante de mi esposo. Le tenía tanto miedo que lo evitaba todo lo posible. Aun cuando él estuviera en el baño, no golpeaba a la puerta para evitar cualquier tipo de interacción. Nunca sabía dónde podía explotarme una mina. Nunca sabía qué desataría una paliza. En mi punto más bajo, un día que él estaba entretenido en el baño y mi vientre me presionaba la vejiga, enrollé una toalla de la cesta de ropa sucia y me senté encima para aliviarme. Elegí mearme encima con tal de no hablar con él.

Si bien nunca sabía qué podía activar sus nervios, la mayoría de las golpizas tenían que ver con la comida. Aquella época me provocó

tanta ansiedad en torno a ese tema que más de una década después, casada con un hombre al que amo, todavía me era imposible cocinarle. Esos años me hicieron odiar tanto aquella labor que de solo pensar en preparar un plato me invadía una sensación de pánico y horror. Al final, pude superar la angustia de cocinar en general, pero sigo sin poder preparar platos árabes.

Por aquel entonces, mis días giraban en torno a la elaboración de las comidas. Eso llenaba enteramente mi día. Él compraba libros de cocina y pegaba notitas sobre las fotos que le gustaban, y yo debía crear esos platos. Por supuesto que los platos que yo hacía nunca se correspondían con las fotos de su agrado, así que su respuesta habitual era arrojarme el plato a la cara.

Los días en que sí cocinaba, me hacía un resumen pormenorizado de cómo podía mejorarse el plato para la próxima vez. Era muy específico en sus pedidos. Era una obsesión. No le gustaban las cazuelas ni nada que tuviera salsa. Solo disfrutaba de la comida para picar o los aperitivos. Esto, desde luego, significaba que lo que fuera que ordenara sería tedioso de hacer para mí, dado que tenía que prepararlo uno por uno. Una vez, una amiga me preguntó por teléfono por qué mi voz sonaba tan triste.

—Está furioso por la cena que le preparé.

—¿Qué hiciste?

—Pollo asado, arroz y ensalada.

—¡Suena exquisito! —dijo. Al ser estudiante universitaria, sus comidas usualmente venían en un paquete…

“Tiene razón. ¡Debería estar agradecido por tener una buena comida enfrente! Hijo de puta”. Intenté llegar a él desde una perspectiva islámica. Le dije que debería dar gracias por lo que tenía, por lo que había hecho por él. Pero terminé con la cara amoratada, porque interpretó que mis palabras eran denigrantes. Dijo que lo estaba acusando de flaquear en su religión, de ser un mal musulmán.

Le pedí a mi madre una gran placa que ella tenía en su

departamento, la cual rezaba Alhamdu lillah (gracias a Alá), y la colgué en la pared justo enfrente del lugar donde él se sentaba a cenar. Si no podía hablar con él del tema, al menos intentaría enviarle un mensaje subliminal.

También intenté introducirlo en la "exótica" comida canadiense. Mi apuesta era vendérsela por su novedad y, por supuesto, sería un millón de veces más fácil de hacer que la comida de Medio Oriente. En realidad, nunca le convenció nada de eso, pero cada tanto logré deslizarle algún plato.

Una tarde, estaba preparando la "antigua delicia canadiense" llamada sopa de pollo con fideos y me di cuenta de que él pronto llegaría y que aún me quedaban muchas cosas por hacer. Me llevaba tiempo desmenuzar el pollo hervido, quitarle el hueso, el cartílago, la piel y todo lo demás, pues debía cerciorarme de que la sopa tuviera únicamente pura carne. Hasta los trozos de pollo que fueran muy oscuros podían desatar su ira. Tenía miedo de apurarme en el proceso, pero todavía debía limpiar la casa, ducharme y vestirme.

Tímidamente acudí a mi madre por ayuda.

—Por favor, ten cuidado. Solo pon los pedazos de carne más limpios. Ya he troceado la pechuga, así que si no sale mucha carne de ahí, no te preocupes. Ya sabes cómo es. Si lo primero que ve no es carne, se sale de sus cabales. Solo agrega a la olla el pollo, nada más.

—De acuerdo, sí. No soy estúpida. Ve tranquila.

—Lo sé, pero por favor sé cuidadosa. Aunque, en realidad, mejor olvídalo. Ya hay suficiente carne en la sopa. —Me ponía demasiado nerviosa dejarle a ella esa tarea. Hacer lío con la comida de mi marido acarreaba consecuencias funestas.

—Te dije que ya lo sé. Ve a arreglarte antes de que tu esposo te vea en ese estado.

Estaba intranquila por tener que alejarme de la cocina. Nunca antes había confiado en mi madre para que me ayudara con la comida,

pero esta vez estaba muy corta de tiempo, y cuando estás embarazada la más mínima tarea se ve magnificada. La dejé entonces que terminara la sopa y me fui caminando como un pato.

Más tarde, cuando Essam se sentó a cenar, hundí el cucharón en la cacerola para servirle la sopa. Al levantarla del caldo, quedé estupefacta al ver que el utensilio en mi mano estaba repleto de huesos, grasa y pellejo de pollo. Lo solté de inmediato antes de que él pudiera verlo.

—¿Qué te lleva tanto tiempo?

—Es que… —Mis neuronas no podían conectarse.

—¿Por qué es tan estúpida? —le preguntó a mi madre.

Y ella soltó una risita a modo de respuesta.

Hundí el cucharón otra vez y me encontré con la misma mezcla de residuos de carcasa de pollo. No comprendía cómo toda esa basura había podido terminar allí por accidente. No eran uno o dos huesos. Era como si el colador lleno de los trozos descartados hubiera sido arrojado directamente dentro de la olla.

El hombre estaba perdiendo la paciencia.

—¡Me pasé el día trabajando! —aulló—. ¿Ni siquiera puedes poner una puta comida decente en la mesa a horario? ¡Estás todo el día en casa sentada sin hacer nada!

Eché un vistazo al colador que contenía la parva de huesos y demás residuos que yo había dejado; estaba vacío. En shock, mis ojos rápidamente apuntaron a mi madre, que de pronto parecía estar muy interesada en la trama del mantel como para cruzar mi mirada.

—Pero ¿cuál es tu problema? —Essam saltó de su asiento y de una zancada se colocó a mi lado—. ¡Sirve esta puta sopa!

No tuve otra opción que hundir el cucharón una vez más, ante sus ojos; emergió idéntico que las dos veces anteriores.

—¿Qué es esto? —susurró amenazante.

—Es que… tenía tantas cosas que hacer. Este embarazo me cansa. Le pedí a mamá que me ayudara con el pollo.

—¿Qué? ¿Ahora vas a intentar echarme a mí la culpa por eso?

¿De qué hablaba? ¿Cómo sabía lo que yo iba a decir? Todavía estaba sentada a la mesa. ¿Cómo podía ver lo que había en el cucharón? Hasta ese momento, yo había creído que todo era un error de buena fe. No estaba segura de cómo era posible que mi madre hubiera metido todo eso sin querer dentro de la olla, pero no podía elucubrar otra alternativa. Ahora, no tenía otra elección que ver la verdad.

Todos esos años inventándome excusas para disculparla. Pensando que había entendido mal. Aceptando sus lógicas. Confiando todavía en ella. Disputándome su amor. Culpándome a mí misma. Odiándome. Aceptando que era un fracaso. Luchando por apaciguarla. Poniendo sus deseos y necesidades antes que los míos. Todo eso se desplomó con este claro incidente, y no había modo de que yo pudiera negarlo. Miré a Essam, esperando que me liquidara. Pero no había golpe físico comparable a la congoja que yo sentía en mi interior.

Entonces sucedió la cosa más extraña. Essam dijo:

—Está bien. Dejemos de lado la sopa. ¿Qué otra cosa hay para cenar?

Se apiadó de mí. Sabía que mi madre lo había hecho. Entendió que mi madre me había jodido y vio en mis ojos que yo también lo sabía. Era consciente de que la esperanza de mi madre era presenciar una nueva golpiza. Y que mientras yo gritara pidiéndole socorro, mientras él me tirara del pelo y me abofeteara, ella diría, como siempre:

—¡Cállate! ¡Te van a oír los vecinos! ¿Quieres que lo encierren en la cárcel?

Aquel hombre abyecto, de quien más adelante supe que había estado involucrado en bombardeos que mataron a cientos de personas, un hombre que había sido inculpado en el caso judicial

por terrorismo más resonante de la historia de Egipto —el segundo tras la causa por el asesinato del presidente Anwar el Sadat—, tenía más corazón que mi propia madre.

Mi bebé

Sabía que mi madre era vil y malvada, pero la necesitaba. Acababa de cumplir mis 22 años y ahora tenía a mi cargo una nueva vida. Apenas si podía cuidarme a mí misma, ni que hablar de otro ser. Tenía miedo, estaba nerviosa. Me abrumaba el amor que sentía por mi bebé, casi tanto como me abrumaba un pesado sentido de la responsabilidad. Siempre me gustaron los bebés, pero cuando lloraban los entregaba a sus madres. Ahora este bebé me estaba siendo entregado a mí. ¿Cómo iba a saber yo qué hacer?

El único bebé del que me había ocupado en mi vida había sido mi sobrino, cuando mi hermana estaba en el hospital teniendo otros bebés.

—Oh —había murmurado con admiración mi madre al cambiarle el pañal—. Mira qué grande es. ¡Es igualito a su abuelo!

—¿Cuál de ellos? —respondió mi hermana con ironía. El cuarto quedó en silencio y a mí me cayó la ficha de que mi madre se había acostado con ambos abuelos del niño.

—Puff... —resoplé casi sin emitir sonido.

Por muy imperfecta que fuera, mi madre era la única persona que podía ayudarme a cuidar a mi bebita. Era la única persona que había estado conmigo en el hospital cuando di a luz. Por muy deficiente que fuera como madre, sabía más que yo. Yo no tenía la más pálida idea de cómo hacerme cargo de esa pequeña vida frágil.

Días después del nacimiento, recibí una llamada telefónica de una enfermera, un servicio que brindaba el Estado a las madres primerizas.

—¿Cómo está durmiendo? —me preguntó.

—Realmente bien. Duerme toda la noche y duerme mucho durante el día también.

—¿Cómo está comiendo?

—Poco y nada. Siempre tiene mucho sueño.

—Ajá, ¿y llora mucho? —preguntó la mujer tras una ligera pausa.

—No, no llora nunca. Se queda contenta al balancearse en su mecedora. Realmente es muy buenita.

—Me gustaría ir a visitarlas, pero hoy no puedo. Necesito que hagas algo. Mira la parte blanca de sus ojos y dime si está amarilla.

—Pero ¿está bien? Es una bebita tan buena. Mi mamá me dijo que es esperable que duerma tanto.

—No. Debería alimentarse cada dos horas, Yasmine. No está comiendo lo suficiente.

Me giré para verificar que estuviera dormitando en la cuna a mi lado. Era cierto que dormía demasiado. ¡Yo lo sabía! Le había dicho a mi madre que intuía que algo no estaba bien. Cada tanto, corría a chequear que aún estuviera respirando, porque dormía tanto tiempo… Entré en pánico y quedé petrificada al comprobar que la parte blanca de sus ojos efectivamente estaba amarilla.

—Llévala a la sala de guardia lo antes posible —dijo la enfermera —. Diles que tiene ictericia.

Mi madre no estaba del todo convencida.

—Si será imbécil. La beba está bien. Ni siquiera la ha visto. No se pueden emitir esos juicios por teléfono.

—De todos modos, quiero ir a la guardia.

—¡No hay nada de que preocuparse! ¡Déjala dormir! Así es como crecen.

—Solo quiero estar segura. Quiero que alguien la vea. —Seguí insistiéndole a ella y a su padre, hasta que finalmente él cedió y nos llevó al hospital.

Le pincharon el talón para extraerle una gota de sangre y así medir su nivel de bilirrubina. La niña ni se mosqueó.

—Qué buenita es, ni siquiera lloró.

—Eso no es bueno —contestó la enfermera.

Sus palabras frenaron mi corazón en seco. Claro que no era algo bueno. ¿Cómo podía estar tan somnolienta, a punto tal de ni siquiera sentir un pinchazo lo suficientemente fuerte como para sacarle sangre? Una rauda nube de pavor se elevó y me envolvió.

Me la quitaron de inmediato y la pusieron bajo rayos ultravioletas.

—Déjala ahí —me dijeron—. No la tomes en brazos.

Me senté y la miré mientras yacía desnuda en su cuna de plástico transparente, y lloré. Me sentía desamparada. Lo único que podía hacer era observarla y llorar. Nunca había querido tanto a nadie en el mundo como a ese pequeño manojo de apenas un poco más de dos kilos. Ni siquiera sabía que era posible amar a alguien con esa intensidad. Mis brazos y mi cuerpo me dolían. Lo único que quería era tenerla contra mí.

Por fin abrió los ojos y comenzó a contonearse. Instintivamente, me acerqué, la tomé en brazos y comencé a darle el pecho. ¡Estaba tan agradecida de que mi hija respondiera bien!

—¡Ponla de nuevo bajo la luz! —rugió la enfermera—. ¿Quieres que se recupere o no? Tenerla en brazos no sirve para nada. Déjala.

—Pero apenas la suelto llora.

—¿Y? Eso es lo que hacen los bebés, llorar. Sé que es difícil para ti, pero aquí el asunto no eres tú. Debes hacer lo que sea bueno para ella. Le va a llevar muchísimo tiempo mejorar si sigues haciendo eso.

Acababa de ganarle una batalla a mi madre por empecinarme en escuchar mi propia intuición en lo que refería a mi hija. Ahora yo era madre y tenía que empezar a prestar atención a mi instinto materno. No iba a confiar en ella ni en nadie más a la hora de

decidir qué era lo correcto para mi hija. Mi instinto materno ya había dado muestras de estar en lo cierto cuando insistí en llevarla a la guardia a pesar de la obcecación de mi madre de que estaba todo bien. Mi instinto materno había estado en lo cierto antes, así que sentía la confianza de que debía escucharlo una vez más. A pesar de las órdenes de la enfermera Ratchet, tomé a mi hija en brazos, la abracé y la amamanté cada vez que pude. De hecho, cuando el doctor entró, destacó lo rápido que mi niña se había recuperado. ¡Para que tengas, enfermera Ratchet! Yo sabía que era porque la había tenido conmigo. Años después, me enteré de que había estudios que demostraban que los niños se recuperan de ictericia más rápido cuando están en contacto con piel humana.

Quedé colmada de un renovado interés por mi hija. Nunca más la dejaría en la cuna o en su mecedora para poder cocinarle la cena a él o lavarle la ropa a mi madre. Pondría las necesidades de mi bebé ante todo. Ellos eran demandantes y malos, mientras que ella tan solo se sentaba allí como un ángel. Por eso les había dado prioridad a ellos, pero eso era antes.

Essam entraba a casa cuando se le antojaba y comentaba algo sobre el desorden, o me miraba por encima del hombro por mi cabello despeinado y escupía algo sobre mi camisa.

—Lávate un poco. Eres una asquerosa. ¿Y por qué esta casa no está limpia?

Frustrada, mal dormida, enojada y con total desinterés, tuve un momentáneo lapso de lucidez. En árabe, como en francés, los sustantivos tienen género. Al referirse a la casa, la traducción de la pregunta sería: ¿por qué no está limpia?

Entonces le respondí:

—Pregúntale a ella.

No bien esas frívolas palabras salieron de mi boca, lamenté mi desfachatez. Me preparé tensando todo mi cuerpo, con la incertidumbre de dónde aterrizaría el golpe.

—¡Te estoy preguntando a ti! —bramó.

Anonadada frente a lo absurdo de su aclaración (que me estaba hablando a mí y no a la casa), me eché a reír. Supongo que hacerse cargo de un bebé de manera solitaria, sin la guía de internet, sin amigos a quienes llamar, sin ninguna válvula de escape, terminó pasándome factura. Solté un afable rugido, y como respuesta él me golpeó de modo tal que me dejó sin aire.

Fue la peor paliza que me dio en mi vida. Su ego no podía tolerar que me riera de él. Yo, una simple mujer, mofándome de él. Entonces, procedió a mostrarme quién era el jefe. Yo estaba tan agotada de ocuparme de su hija que apenas reaccioné. ¿Cuánto más podía realmente lastimarme? Ya estaba disminuida en mi condición.

*

A pesar de estar casada, yo era básicamente una madre soltera. Él nunca demostró el más mínimo interés por nuestra hija. Hasta cierto día.

Una vez, mientras yo le estaba besando sus deditos aferrados a mi dedo, Essam se inclinó sobre ella y preguntó:

—¿Está limpia?

—Sí, acabo de darle un baño —dije.

—No, me refiero a si ya está arreglada.

—No entiendo qué significa eso.

—No, no —se interpuso mi madre—. Eso lo hacemos después. Cuando sea más grande.

Entonces entendí. Se refería a la ablación genital femenina. Quería agarrar una hoja de afeitar y mutilar a mi pequeño tesoro. Una furia defensiva que aún ignoraba poseer brotó en mí como lava. Nunca había tenido el valor de luchar por mí misma, pero en ese momento hubiera saltado por la ventana con mi hija para alejarme de él. No

obstante, la respuesta de mi madre me permitió ganar tiempo.

—¿Estás segura? Mejor hagámoslo enseguida. No quiero tener una hija impura.

—Sí, sí —dijo mi madre—. La llevaremos a Egipto y lo haremos tan pronto como podamos.

Me invadió un sentimiento de apremio. Sabía que iba a luchar por mi hija. Decidí que la extirparía de aquella casa antes de que tuvieran la oportunidad de herirla. Me cercioraría de liberarla de ambos antes de que mi bebé fuera lo suficientemente grande como para retener algún recuerdo de esos sujetos.

La otra única vez que la bestia tuvo algo para decirle a mi hija fue una frase igual de atroz. Cada vez que me veía cambiándola, le recitaba la misma rima:

—Luce nuevas ropas, vive con gratitud, muere como un mártir.

"Para empezar, ¿qué tiene que ver lucir nuevas ropas con morir como un mártir? Segundo, ¡no hables de la muerte de mi hija!". Esas estúpidas palabras me enfurecieron, me asustaron, me alteraron y afligieron. Hice todo lo posible para evitar vestirla frente a él. Desde entonces, he visto videos de hombres enviando a sus hijitos cual caballos de Troya a morir como mártires en ataques suicidas. Ese es el poder del lavaje de cerebro. Las naturales, instintivas, humanas reacciones de amor y empatía quedan invalidadas. Te exigen que suprimas esos impulsos. Te exigen que te comportes de un modo inmoral y corrupto para con tus hijos, porque eso es lo que Alá quiere. Debes vencer tu más básico instinto de protección de tus críos con miras a cumplir con las demandas de la religión. Como la historia de Abraham y su disposición a masacrar a su hijo en nombre de Dios. Eso no es virtud. Eso se llama locura. Pero esa acción era tan venerada que generó tres religiones mundiales. ¿Qué tipo de dios maníaco y sediento de sangre demandaría semejante cosa de su creación? Parece una escena de la más horrorosa película de terror, demasiado escalofriante para siquiera imaginarlo. Así y todo, esa era la cima de la virtud: estar dispuesto a sacrificar al hijo propio por Dios.

*

A mi hija le puse el nombre de mi madre. Fue mi último manotazo de ahogado para ganarme su amor. Cuando hice eso, estaba en un pico de desesperación. Había tratado de hacer todo para conquistarla. Esta tenía que ser la treta. Lo lamenté de inmediato, pero me consolé a mí misma con la justificación de que mi madre sería más buena con ella por ser tocaya suya, y no me equivoqué. El ego de mi madre era tal que descaradamente comenzó a darle preferencia a mi hija, del mismo modo que solía darle preferencia a mi hermana. Qué cruel destino. En lugar de regocijarme ante el karma de ver a las hijas de mi hermana siendo degradadas al lugar de nietas de segunda clase, estaba indignada. No quería que mi hija adquiriera un sentido de superioridad sobre sus primas, y se me partía el corazón por esas niñitas, pues sabía exactamente cómo se sentían en lo más íntimo de su ser.

Estaba acostumbrada al tironeo entre el deseo de obtener el amor de mi madre y de estar lo más lejos posible de ella, pero aquellos días la balanza se inclinaba más por lo segundo. Cuando tuve a mi hijita en brazos y sentí ese ajeno aluvión de amor fluir dentro de mí, finalmente vi todo desde una perspectiva distinta. De pronto me era inconcebible imaginar que mamá hubiera sido tan cruel conmigo durante todos esos años. ¡Yo no dudaría en amparar a mi hija sin ningún reparo, inclusive a costa de mi propia vida! ¿Cómo había podido ella hacerme todas esas cosas? ¿Cómo había podido permanecer inactiva, asistiendo a las sesiones de tortura de aquel hombre que ella misma había traído a mi vida? ¿Cómo había podido desprotegerme?

Concluí entonces que no había posibilidad de que mi madre hubiera sentido algo análogo a lo que yo sentía por mi hija. No sabía por qué. No sabía si era por mí o por ella. Pero, por otro lado, ¿cómo podría haber sido por mí? ¡Si era una bebita recién nacida! No podía echarme la culpa a mí cuando apenas acababa de nacer. Esa culpa me fue depositada tiempo después, y yo la internalicé. Pero ahora podía percibir que todo eso era falso. Mi madre nunca había

sentido por mí esto que yo sentía. No puedes sentir esto y perderlo sin más unos años más tarde. Esto era un amor que cambiaba la vida para siempre, que alteraba el alma, un amor profundo e incondicional. Yo no había provocado su odio porque era una desgraciada con todas las letras, como me había hecho creer. Yo nunca había tenido ninguna chance. Para empezar, mi madre nunca me había amado.

Al Qaeda

Todavía estaba atascada en una casa con mi madre y la bestia con la que ella me había obligado a casarme. No podía descifrar cuál de ellos era peor, pues parecían turnarse. El único instante en que las cosas eran tolerables era cuando ellos estaban en malos términos por un motivo u otro. Siempre que estuvieran unidos, yo estaba jodida. Me convertía en el remate de sus bromas.

Y ambos eran inusitadamente amigos, cosa que yo atribuía al hecho de que hablaran el mismo idioma. De todos modos, a mí realmente no me importaba pasar tiempo con ninguno de los dos. Mejor que estuvieran entre ellos y que a mí me dejaran en paz. Yo era feliz pasando el rato con mi bebé. Así que, cuando una noche Essam me llevó aparte y me dijo que quería que nos mudáramos de esa casa con nuestra hija, quedé bastante sorprendida.

—Tu mamá no es una buena persona.

“Bueno, claro, eso ya se sabía. Pero ¿él cómo se había enterado?”.

—¿De qué estás hablando? Si ustedes son el calco uno del otro.

—Eso está mal. No deberíamos. Tú y yo deberíamos entendernos así. Tú eres mi esposa, no ella.

Es cierto que algo raro estaba pasando, no cabía duda al respecto. Mi madre, a sus cincuenta y pico, había decidido comenzar a usar el nicab. Claramente, estaba intentando apaciguarlo. Ellos dos parecían la pareja casada, y yo, la cocinera, la limpiadora y la niñera.

Normalmente, la gente diría qué suerte la mía por tener a mi madre cerca ante la llegada de un bebé. Podría pensarse, pero no. Mi madre no era más que un estorbo suplementario. Era igual de demandante que él. Yo estaba tan a tope atendiéndolos a ellos que mi hija siempre debía quedar tercera en la fila.

En la medida en que ambos estuvieran en esa alianza nefasta, yo estaba atrapada. Decidí entonces aceptar la oferta y mudarnos, pues eso serviría para dividirlos. Mi criterio fue que al menos con eso los separaría y tendría que lidiar con uno por vez. Sabía que me sería mucho más fácil escabullirme de mi madre que de él. Me di cuenta de que, una vez que lograra apartarlos, de alguna manera iba a poder allanar mi camino hacia ella.

Le dije entonces que Essam quería alejarse de ella. Me pareció que iba a sentirse molesta, insultada o herida, pero no estaba preparada para su reacción tan explosiva. Perdió los estribos por completo, de un modo impresionante incluso tratándose de alguien que pierde su equilibrio mental con bastante regularidad.

Cuando él volvió a casa, ella le disparó su ataque de ira. Yo esperaba que Essam se enfureciera conmigo por haberle revelado su intención, pero no. Se alegró de que mamá estuviera al tanto. Se alegró de no tener que ser él quien debiera comunicarle la noticia.

—Esta noche, me voy a dormir a casa de Amr —me dijo—. Empaca todas nuestras cosas. Tengo un sitio donde quedarnos. Podemos irnos mañana.

¿Mañana? Algo serio estaba pasando entre ellos.

Volvió a irse, y mi madre continuó dando pasos, maldiciendo y gritando por más que él no estuviera presente para oírla. Y luego comenzó a toser. Su tos se tornó cada vez más violenta. Corrí a la cocina para servirle un vaso de agua. Cuando regresé, mamá estaba inclinada sobre la tina del baño escupiendo sangre. En simultáneo, le sangraba la nariz. La miré con el vaso de agua en la mano, incapaz de moverme. Finalmente, se las arregló para gorjear con coherencia entre dos espasmos:

—¡911!

Entré en un estado de frenesí. Nunca había visto tanta sangre en mi vida. Bajé las escaleras corriendo hasta el teléfono y volví a subir con ella. Luego bajé nuevamente y volví a subir. No sé cuántas veces hice eso antes de frenar, tomar el teléfono y discar el número de emergencia.

Cuando llegó la ambulancia para recogerla, dudé. Nunca antes había dejado la casa sola sin él. ¿Tenía permitido acompañar a mi madre en esa situación? ¿Me estaría metiendo en problemas? Presumí que esto era una urgencia y que con suerte él lo entendería. Era consciente de que había altas probabilidades de que no fuera así, pero de todos modos corrí el riesgo. Mi hija y yo viajamos en la ambulancia. Cuando llegamos al hospital, se llevaron volando a mi madre, y mi hija y yo nos quedamos sentadas en la sala de espera.

Poco tiempo después, se me acercaron un hombre y una mujer.

—¿Tú eres Yasmine? —me preguntó ella amablemente, casi susurrando.

—Sí. —Me imaginé que tenían alguna noticia acerca de mi madre y comencé a preguntarles qué era lo que le había provocado semejante sangrado repentino.

—No —me dijo ella—. Nosotros somos del csis.

—¿La trasladaron allí desde el sector de emergencias? —pregunté, suponiendo que csis era el nombre de un pabellón del hospital.

—No, csis son las siglas del Canadian Security Intelligence Service.[15]

—No sé lo que eso significa. ¿Qué está pasando?

—Es como la cia —contestó el hombre—. Como la cia canadiense.

—Ah, no sabía que nosotros teníamos algo así. —Seguía sin entender por qué me estaban tendiendo una emboscada en el hospital.

—Pero ¿hice algo malo? ¿Por qué están ustedes aquí?

—No, tú no has hecho nada. Hace mucho tiempo que queremos hablar contigo, pero nunca conseguíamos que estuvieras a solas. De hecho, nos alegra mucho que por fin se haya presentado la oportunidad.

—¿Hablar sobre qué?

—¿Tu marido va a venir al hospital?

"¿Mi marido? ¿Qué tenía que ver él con todo esto?".

—No, se fue a dormir a casa de un amigo.

Este episodio ocurrió mucho antes de que los teléfonos celulares fueran algo común. Por lo tanto, yo había dejado una nota en casa para Essam, por si él regresaba antes que nosotras. No tenía el número de teléfono de su amigo.

—Entonces, ¿él no sabe que tú estás aquí?

—No, a menos que vuelva a casa y lea la nota.

Conversaron sigilosamente entre ellos mientras yo miraba a mi hija dormir en la sillita portabebés, preguntándome si mamá saldría viva o muerta de esta situación.

—Bueno, tú y yo iremos a una sala privada para hablar, mientras mi compañero se queda aquí. Si tu esposo aparece, mi compañero vendrá a advertirnos, ¿sí?

—De acuerdo —No tenía idea de lo que estaba sucediendo, pero tampoco iba a cuestionar lo que me dijera un oficial del csis.

La mujer nos escoltó a mi hija dormida y a mí hasta un cuarto. Me explicó que mi marido era miembro de Al Qaeda. Yo no sabía ni remotamente lo que eso significaba. Todo esto sucedió antes del 11 de septiembre, y el mundo occidental por lo general desconocía la existencia de ese grupo. La agente me hizo todo tipo de preguntas, a la mayoría de las cuales no pude responder. Luego quiso saber si alguna vez había oído el nombre Osama bin Laden. Mis ojos enseguida apuntaron hacia los suyos.

—¿Has oído que mencionara ese nombre?

—Bueno, un día encontró una revista que mostraba una foto de Osama bin Laden y realmente se puso muy tenso. Me preguntó por qué tenía eso y si yo sabía quién era ese tipo. Luego me dijo que me deshiciera de aquello lo antes posible. Nunca entendí el porqué de semejante reacción exagerada. Parecía que me estaba acusando de

algo.

Tampoco entendía ahora por qué esta mujer del csis también me interrogaba acerca de ese tal Bin Laden.

—De acuerdo, trata de recordar si hay alguna otra cosa a la que no nos hemos referido y que podría ser importante.

—No sé qué es importante. No sé de qué estamos hablando.

—Cualquier cosa. Algún otro amigo que no hayas nombrado. ¿Alguna cosa que hayas oído por encima?

—No creo. Es muy raro que él traiga gente a casa. Siempre sale. Siempre está en casa de su amigo Amr. A veces se queda días allí.
—Amr no les interesaba en absoluto.

—¿De dónde saca su dinero? Acaba de abrir una compañía. ¿De qué se trata?

—Desconozco. Cuando me casé con él, estaba desempleado. Me encargué de enviar por fax varios currículums suyos al azar, a todo el mundo, y al final recibió una llamada de un depósito de mariscos. Trabaja allí desde hace unos meses. En realidad, no sé nada sobre la empresa. Lo único que sé es que se llama 4U Enterprises.

—¿Tiene alguna habilidad que conozcas? ¿Cuál es el objeto del negocio?

—No lo sé. Él no es una persona muy formada.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, yo sabía que su inglés no era brillante, pero una vez lo vi escribir su nombre en árabe, y era como la letra de un niño. Me refiero a que inclusive mi árabe leído y escrito es mejor que el suyo.

El objeto de la empresa que él había fundado y la fuente de sus ingresos eran temas que yo ignoraba por completo. La remuneración de su empleo equivalía al salario mínimo, pero de algún modo él siempre tenía dinero. Con frecuencia gritaba “911” al

teléfono cuando hablaba con sus amigos y luego se reía. Me resultaba extraño preguntarle algo al respecto, pero además él levantaba el dedo, como hacía a menudo, y lo sacudía apuntando a la puerta. "¡Fuera!". Así era como me despachaba, como cuando uno ahuyenta un bicho.

A la oficial no le dije nada sobre la curiosa anécdota del 911, porque en aquel entonces no me pareció significativo. A posteriori sí que lo fue y mucho, pero dudo de que en aquel momento ellos hubieran podido establecer alguna conexión.

Cuando quedó claro que yo ya no tenía más nada para ofrecer, la mujer me comunicó que el hombre con el que me había casado había ingresado en Canadá como refugiado desde Afganistán, con un pasaporte saudí falso, porque su pasaporte egipcio estaba marcado. Y estaba marcado porque las autoridades egipcias lo consideraban un terrorista. Egipto había emitido una orden de arresto en su contra, pero el csis no quiso detenerlo, sino que prefirió obtener información sobre el plan y el propósito detrás de su viaje a Canadá.

Recordé que Essam me había contado anécdotas sobre su padre siendo detenido e interrogado por las fuerzas de seguridad de Egipto. Me había explicado que ese era el motivo por el cual no podía regresar a aquel país. Cuando le pregunté por qué lo perseguía la policía egipcia, me contestó que Mubarak era un criminal y un dictador, y que el gobierno en su totalidad era corrupto. Nunca mencionó que él hubiera hecho nada que mereciera la atención de las autoridades.

Pero, de nuevo, eso no implicó para mí una señal de alarma. En Egipto, si uno insultaba a Mubarak en su propia casa y un vecino lo oía, era razón suficiente para ser arrestado al día siguiente. Así que no me había extrañado enterarme de que la institución policial fuera corrupta. La corrupción en ese país era generalizada.

Debí de haberme asustado y horrorizado más de mi esposo, pero en realidad no podía sopesar el verdadero potencial de Al Qaeda o el de los de su calaña. En los países musulmanes, los aspirantes a yihadistas eran algo común. Son gente que anda a los tropezones por allí, gritando "muerte a Estados Unidos" y quejándose de que

nadie es lo suficientemente observante. En Egipto, los había visto por todas partes. Los reconoces por sus barbas descuidadas (pero sin bigote) y sus pantalones unos centímetros por encima del tobillo. Se visten a la usanza del profeta Mahoma, y nadie los toma en serio. Por lo general, son jóvenes sin educación, marginados por el resto de la sociedad. Tienen mucha rabia, porque sienten que son hombres de bien y los frustra no ser reconocidos por su grandeza. La gente les sigue la corriente. Los tiene entre algodones, pues sabe que son volátiles. Y, para ser honesta, también existe cierta silenciosa reverencia para con estos hombres que se toman la religión tan a pecho, porque provocan que otros musulmanes se sientan avergonzados por no ser tan devotos. La aspiración de ellos es entregar sus vidas por Alá en un ataque suicida, o algo así. La mayoría se concentra en Palestina, como parte de la formación Hamás. Acuden en manada a áreas en las cuales los musulmanes están en conflicto con otros y buscan la oportunidad de convertirse en shaheed, mártires sagrados. Pero nada de eso era fuente de preocupación en Canadá; aquí no tenían ningún poder.

Tiempo después, le pregunté a Essam por qué había ido a Afganistán en primer lugar. Me contó que cuando era joven vivía en la parte más pobre de Egipto. Luego, en su adolescencia, su padre (ingeniero) había conseguido un muy buen puesto y se habían mudado a un barrio más acomodado. En Egipto, las distinciones entre clases son muy pronunciadas. Las diferencias no solo son geográficas, sino que además se notan en el lenguaje, los modales y las elecciones vestimentarias: todo es diametralmente distinto. A Essam le costaba congeniar con esos niños ricos que se burlaban de él por sus raíces de clase baja. Siendo un paria entre sus compañeros, se le acercaron los yihadistas: la típica historia de cómo la gente es cooptada para formar parte de pandillas. Le prometieron que estaba destinado a cosas más grandes que sus pendencieros. A él lo esperaba una parte del cielo a la que solo los mártires que mueren en nombre de Alá tenían acceso privativo. Lo recibieron con los brazos abiertos y lo colmaron con esa sencilla declaración de principios. Ahora, formaba parte de un club de chicos muy unidos y gozaba de toda la camaradería que estaba fuera de su alcance en el colegio elitista al que concurría. Este era su grupo de pertenencia.

Mamá insistió en que mi marido nunca había estado involucrado en actividades terroristas, que solo "entrenaba a niñitos para el uso de armas con miras a defenderse de los rusos". Le pregunté a Essam si era cierto, si alguna vez había estado implicado más allá de eso, y nunca me dio una respuesta certera. Curiosamente, se lo veía incómodo al responder. De alguna manera, viniendo esas preguntas de mí, sus respuestas lo avergonzaban. Puedo imaginarlo alardeando de viva voz ante otros sobre su participación en esto o aquello, pero conmigo simplemente emitía frases generales y dóciles como "tenía que hacer lo que fuera necesario para proteger a mis hermanos" y "matar por Alá no está mal, es el mayor de los honores".

Aun así, yo lo interrogaba sin entusiasmo e intentaba escuchar cualquier cosa que pudiera resultar útil para transmitir al csis. Pero mi principal foco era alejarme de él de inmediato. Entre él y mi madre, la cosa estaba terminada.

Aparentemente, a ella le había subido muchísimo la presión porque se había enfurecido con él, y por eso le habían sangrado la nariz y la boca de la nada. Mi madre ahora no quería tener más nada que ver con Essam.

Esas eran buenas noticias para mí, porque ahora efectivamente podría ayudarme a escapar de él. Solo había que esperar el momento indicado. Quería que mi madre estuviera instalada en su nuevo departamento para que mi hija y yo pudiéramos ir a vivir con ella. Tenía mis dudas, porque estaba asustada. Debía esperar a que las circunstancias fueran más fáciles, para tener menos miedo.

Escape

Mientras esperaba el momento adecuado para escapar, me enteré de que estaba embarazada otra vez. Cuando me hice el test, estaba en casa sola con mi bebita de 9 meses. Él y mi madre me habían dicho que no podía quedar embarazada si estaba amamantando. Obviamente, ambos estaban equivocados. Ahora pienso qué tan diferente habría sido mi vida si en aquella época hubiera tenido acceso a algo como internet. Grité, gemí, chillé e insulté durante dos horas, hasta que mi garganta estaba en carne viva y mis lágrimas se agotaron. Quedé extenuada. Estaba preparada para ser madre soltera de una sola hija, pero no de dos. ¿Cómo iba a vivir con dos hijos? ¿Cómo iba a mantener a dos personas? Mi destino había quedado sellado. Esa criatura era mi sentencia de muerte. Mi vida estaba terminada. Tendría que haberme ido antes. ¿Por qué esperé? Podría haber sido libre, y resulta que ahora me tocaba esto. Tenía que someterme ciento por ciento. No había escapatoria. Esta era mi vida. Como también había sido la vida de mi madre y la de un sinnúmero de otras mujeres musulmanas.

Viví con ese espanto, con esa ira y con esa tristeza durante semanas. En aquellos tiempos, desde luego, me golpeaban con la misma regularidad de siempre. En determinado momento, Essam me pateó la espalda mientras yo estaba acostada en el suelo en posición fetal. Intenté decirle que iba a herir al bebé, pero no le importó. Simplemente quedé tumbada ahí, demasiado deprimida como para preocuparme. Utilicé mi viejo truco de ensimismarme, bloquear el dolor para no sentirlo y esperar a que él se cansara. Mi espalda y mi trasero quedaron tan magullados que no pude sentarme cómoda por varios días.

Para calmar mis miedos de que el bebé estuviera herido, me hice otro test de embarazo. Como volvió a dar positivo, pensé que todo estaría bien. No entendía que esas pruebas solo detectan la presencia de la hormona; no determinan si el bebé está vivo. Cuando me hice la ecografía, la técnica a cargo hizo una pausa en medio del procedimiento y se fue de la sala.

—¿Qué está pasando? —le pregunté cuando regresó.

—Debes ir a ver a tu médica de inmediato.

—¿Por qué no me dices tú?

—No puedo decirte nada, pero tu médica te está esperando. Por favor, ve a verla a su clínica ahora mismo. —Me pasó una dirección en un papelito y me acompañó hasta la puerta.

Cuando mi ex y yo llegamos a la clínica, mi obstetra me dijo que había tenido un aborto natural fallido y que tenía que internarme enseguida para una dilatación y un raspaje. Aborto natural fallido significaba que el corazón de mi bebé no latía. Estaba gestando a un bebé muerto. Había matado a mi bebé. Estaba tan infeliz con aquel embarazo que el bebé se había muerto. Mis lágrimas, mi agitación y mi desazón lo habían matado. Él supo que no era deseado. La responsable de eso era yo. Ni una sola vez se me cruzó por la cabeza que la violenta golpiza de mi marido podría haber sido la causa; asumí toda la culpa yo sola.

Apenas tuve tiempo de lidiar con la noción de que había asesinado a mi hijo que ya estaba bajo anestesia general. Me quitaron el bebé —al que había matado—, y ya estaba libre de irme a mi casa.

Aunque la culpa por lo que había hecho me pesó de modo considerable por años, en ese momento supe que no iba a derrochar una vez más mi oportunidad de escaparme. No iba a esperar el instante perfecto para irme. Me iría ya mismo. Había podido entrever a qué se asemejaría mi vida si lo dudaba. Por ende, estaba determinada a no cometer el mismo error. Iba a cortar de cuajo para salvar a mi bebita que aún estaba viva. Le dije a Essam que quería ir a casa de mi madre una semana para recuperarme de la intervención. Titubeó, pero finalmente me llevó, pues estaba nervioso ante la eventualidad de tener que hacerse cargo de su hija.

Cuando me dejó en lo de mamá, supe que nunca más regresaría. Allí no había nada que yo necesitara. Tenía a mi hija, y eso era lo único que importaba.

*

A la mañana siguiente, tan pronto como mi madre se fue a trabajar, me puse a buscar en las Páginas Amarillas y llamé al servicio de asesoría jurídica para averiguar sobre algún abogado que estuviera dispuesto a ayudarme a tramitar lo antes posible el divorcio, una orden de alejamiento y la tenencia plena de mi hija. Tuve suerte de encontrar a un profesional cerca. Cubrí con mi velo negro cada centímetro de mi piel, inclusive mis ojos. Me calcé los gruesos guantes y los calcetines que habían llegado desde Arabia Saudita y crucé el umbral de la puerta. Al subir en el bus con mi hija, durante un momento entré en pánico al pensar que quizá no regresaría a tiempo antes de que mi madre volviera de dar sus clases de estudios islámicos.

Encontré el edificio sin dificultad. Mi corazón latía a toda velocidad cuando atravesé las puertas de vidrio e ingresé en el ascensor, cargando torpemente a mi hija en su asiento portabebés. Agradecí que estuviera dormida. Tenía que ser veloz; no había tiempo para distraerse. Al entrar en el estudio, vi a dos mujeres charlando. De pronto se giraron hacia mí con una mirada de estupefacción. Una se quedó fija donde estaba y solo me miraba. La otra se me acercó y me saludó como si estuviera esperándome. Ella era la abogada.

—Entra. Siéntate. ¿Estás bien? ¿Te traigo un vaso de agua?

Me pregunté por qué estaba haciendo tanto alboroto. Estoy segura de que yo no era la primera mujer que llamaba pidiendo concertar una cita por tenencia plena, divorcio y orden de alejamiento. ¡Nunca siquiera se me ocurrió que la visión de una figura completamente cubierta de negro ingresando en el despacho distaba de ser un acontecimiento de todos los días!

La abogada continuó hablándome con confianza y autoridad. Enseguida intuí que era un tipo de persona sensata y que tenía todo bajo control. Hizo todo sin cobrar y tan rápido como se lo permitía la ley. Era tan hábil y alucinante que yo quería ser ella. Volví a contactarla años más tarde. Le presenté a mi nuevo marido y a mi nueva hija para que los conociera. Quería que ella supiera que me

había ayudado a que mi vida fuera posible. En ese momento, seguía teniendo aquel modo de ser práctico. Su actitud transmitía: "Solo estoy haciendo mi trabajo". Pero fue tanto más que eso. Esa mujer me salvó la vida. Hizo que mi vida fuera viable. Supo de inmediato que sería difícil para mí reunirme con ella de nuevo, por eso preparó todos los papeles en el acto y me hizo firmar todo antes de irme.

—¿Tienes algún teléfono donde pueda ubicarte? ¿O algún otro medio?

—No, no me puedes llamar. Yo lo haré.

—De acuerdo, llámame mañana. Va a estar todo bien.

Yo estaba tan agradecida, tan feliz y tan asustada.

Con él, había hablado por teléfono como solía hacer normalmente, a la espera de que recibiera su merecido. No quería que tuviera idea de lo que estaba pasando, hasta tanto el asunto hubiera concluido. Cuando estuve ciento por ciento segura de que todo estaba en sus carriles y que él iba a recibir los papeles de divorcio al día siguiente, se lo conté.

Lo agarré completamente desprevenido. La bestia no lo había visto venir en absoluto. De hecho, me sentí mal por haberle sacudido el piso de esa manera. Pero me la devolvió igual de bien cuando me contó que mi madre lo había presionado bastante para que tuviera sexo con ella a lo largo de todo nuestro matrimonio. Me dijo que había intentado acordar con ella que lo dejara tranquilo, pero que ella no había cumplido y que ese era el motivo por el cual había decidido mudarse. Le dije que no creía en sus mentiras y que me parecía bastante asqueroso pergeñar una historia así para vengarse de mí. Pero no tengo demasiadas dudas de que cada una de sus palabras fuera cierta.

Essam me recordó las veces en que había intentado que yo lo viera por mí misma, y aunque me acordaba de los incidentes a los que se refería, nunca habría atado cabos. Sencillamente, estaba demasiado lejos del espectro de posibilidades.

—¿Cuándo te busca Essam por lo general? —me había preguntado un día mi madre.

—¿A qué te refieres? No sé. Cuando se le antoja.

—No, intenta pensarlo. ¿Hay algún momento específico del día? ¿O cuando llevas puesto algo en particular?

—¿Por qué me lo preguntas? ¡No sé! Supongo que cada vez que estoy en bata de baño cerca de él. Por eso no me gusta ducharme cuando está en casa.

—Ah, de acuerdo.

Unas semanas después, él me pidió que fuera a su oficina.

—¿Qué sucede? Nunca me dejas entrar aquí.

—Espera.

—¿Qué es lo que tengo que esperar?

—Ya verás.

Y en ese momento entró mi madre cubierta únicamente por una toalla. Mojada luego de ducharse. En la mano, llevaba una foto en blanco y negro donde se la veía a ella unos treinta años más joven.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —le preguntó a Essam con sus ojos apuntando en mi dirección.

—¿Qué estás tú haciendo aquí? —le respondió él.

—Te… te traje esta foto. —Essam no extendió la mano para tomar la fotografía, sino que me dirigió una mirada a mí y me hizo un gesto para que yo lo hiciera. Le arranqué la foto de la mano.

—No tengo la menor idea de lo que está pasando. ¿Por qué vienes aquí envuelta en una toalla y le traes una foto? Esto es muy extraño —dije.

—¿Por qué me trajiste esta foto? —preguntó Essam.

—¡Si no la quieres, la guardo! —dijo mi madre. Me arrebató la foto de la mano, dio vuelta sobre sus talones y se alejó desafiante.

Essam me miró expectante.

—¿Qué?

—¿No ves?

—Sí, veo —dije—. Pero no entiendo. Me tengo que ir. Se despertó la beba.

Ahora, visto a la distancia, no puedo creer lo estúpida e ingenua que fui. Él lo había intentado en múltiples oportunidades, y en cada una de ellas mi despiste había sido el mismo.

Antes de colgar, me dijo que no le importaba lo que yo hiciera con mis tontas leyes canadienses, porque en términos islámicos aún era su esposa. Cuando yo muriera, si conseguía entrar en el reino de los cielos, todavía sería su mujer. Y si no lo conseguía, él sí lo haría. Sería un mártir, y entonces solicitaría mi ingreso, y yo sería su esposa por toda la eternidad. No había escapatoria. Todavía estaría casada con él, porque solo el hombre puede divorciarse de su mujer, y no a la inversa. A ojos de Alá, mi matrimonio con él estaría vigente, a menos que él tomara la decisión de ponerle un término.

Entonces le pedí que se divorciara de mí. El procedimiento consiste en que el marido se limite a pronunciar tres veces, en árabe, las palabras “estás divorciada”, y ¡zas! el matrimonio está terminado. Essam se negó a decirlo. Me dijo que iba a venir a buscarme.

Por supuesto que cuando llegara yo no iba a dejarlo entrar. Ignoré el teléfono, apagué todas las luces y fingí no estar en casa. Se paró en la entrada del edificio y comenzó a gritar en árabe.

—¡Devuélvanme a mi esposa! ¡Quiero a mi esposa! ¡Ya te voy a atrapar y verás! ¡Te voy a tajear la cara! ¿Te crees que puedes dejarme? ¡Ningún hombre te querrá una vez que haya acabado contigo! Tú eres mía, ¿me oyes? Eres mía o estás muerta.

Me quedé sentada en la oscuridad, meciendo en brazos a mi hija, esperando a que él se fuera o que llegara la policía, lo primero que

sucediera. Estaba absolutamente petrificada ante la idea de que alguien entrara o saliera del edificio y le permitiera ingresar.

Arresto domiciliario

Al año siguiente, viví sumida en un constante temor mientras esperaba la sentencia de divorcio. Como él se había negado a firmar los papeles, había que esperar todo un año para que el trámite quedara concluido solo con mi firma. De todos modos, el divorcio legal no me daba demasiada libertad. Era solo una escapatoria temporaria, como Essam me repitió varias veces, pues él me iba a despedazar en el cielo.

Al no estar divorciada según la ley islámica, a ojos de Alá yo era aún su mujer. En el cielo, a los hombres se les da la opción de estar con cualquiera de sus esposas terrenales. Como un hombre tiene permitido tener hasta cuatro esposas (al mismo tiempo), es bastante plausible que haya tenido varias a lo largo de toda su vida. Puede que no quiera que estén todas con él en el cielo, ergo elige a las favoritas para que se reúnan con él por toda la eternidad. En el cielo, no está limitado a cuatro, sino que puede tener todas las que quiera.

Esas esposas, desde luego, se añaden a las hur, esclavas sexuales vírgenes no humanas. Estas tienen una piel tan blanca que sus venas se transparentan, grandes pechos redondos, y no orinan ni defecan, mucho menos menstrúan. No tienen ninguna otra voluntad que la de realizar lo que se les manda. Básicamente, Mahoma inventó unas muñecas sexuales realistas muchísimo antes que los japoneses.

En esto, las mujeres no tienen voz ni voto. Si un hombre elige que su esposa vaya al cielo, allí es donde ella pasará su eternidad. El islam, como habrán notado, es una religión sumamente generizada. Las mujeres solo son mencionadas en relación con los hombres. Para ilustrar la idea, es como si el entrenador no se comunicara directamente con el perro. Le habla al dueño y le informa cómo tratar a su animal. Esa es la relación entre Alá (el entrenador) y las mujeres (los perros).

Por consiguiente, no hay revelaciones que describan con quién ha

de estar una mujer en el cielo. Ni siquiera se alude a ello. Nadie le pregunta a una esclava sexual del mercado de trata si desea estar con su dueño. Sería ridículo.

Yo podía esperar e inferir que si el cielo es, en teoría, todo lo que uno quiere, no iba a tener que estar con él. Pero aquello estaba en directa contradicción con la revelación de que él era el que estaba facultado para elegir si quería o no estar conmigo.

Este rollo me obsesionaba. Sentía que iba a tener unos pocos años de alivio temporal en la Tierra, pero que de todos modos después podría terminar pegada a él por los siglos de los siglos.

Nunca dejé el departamento por nada. Tenía miedo de que Essam pudiera estar al acecho a la vuelta de la esquina. Me había hecho una descripción pormenorizada de todo lo que me haría si alguna vez me atrevía a abandonarlo, y creí en cada palabra que me dijo. Me prometió que me cortaría la cara para afearme tanto que ningún hombre quisiera mirarme, por no decir tocarme. Esa era su principal preocupación. Yo era de él; el mero hecho de pensar que otro hombre pudiera arrimarse a su propiedad lo enfurecía.

Viví en ese estado de pavor por un largo tiempo, hasta que finalmente pude relajarme cuando el csis me contactó para pedirme que corroborara su identidad en una foto. La imagen era definitivamente de él. Estaba tras las rejas, en Egipto. Sus ojos estaban llenos de ira asesina, y su lenguaje corporal era apabullante. Literalmente, era como un animal rabioso enjaulado. Si bien mi intelecto sabía que estaba sujetando un recorte de diario en blanco y negro, mi corazón latía con intenso temor, como si lo tuviera a él en persona justo frente a mí. Aquella imagen quedó grabada a fuego en mi mente para siempre, la imagen de una furia y una agresión monumentales contenidas detrás de los barrotes. Para mí, era prácticamente inconcebible que alguien se las hubiera ingeniado para enjaular un tornado. Parecía que en cualquier momento iba a arrancar los fierros de la pared. No puedo imaginar qué hizo con toda aquella energía al no tener modo de canalizarla. Lo habitual era que yo cumpliera ese rol para él.

Quedar apresado en la cárcel de Mubarak era su temor más grande. Él quería morir como mártir, no ser arrestado por un Estado al que

despreciaba. Este era el aprieto más humillante en el que pudiera verse inmerso. De hecho, me daba pena por él, aunque al mismo tiempo sentía un alivio extremo.

Por más terrorífico que fuera, me resultaba extraño poder comenzar finalmente a vislumbrar una nueva vida para mí. En mi última visita al csis, la oficial me obsequió una hermosa cartera de cuero. Me dijo que era para que la usara cuando terminara mi formación y me graduara como maestra. Me dio muestras de una bondad desconcertante que yo luego daría por descontada en los no creyentes; me felicitó por mi libertad.

Supongo que era libre, pero en realidad no me sentía así. Todavía me movía con cautela y cuidado. ¿Y si él se había fugado? ¿Y si tenía algún amigo dispuesto a ejecutar su venganza? ¿Dónde estaba ese tal Amr?

Me enteré entonces de que Amr había desaparecido en paralelo. ¿También estaba en una cárcel egipcia? No. No era así. Había informes que señalaban que había muerto casi en la misma época en que Essam había sido encarcelado. Presumí que era probable que Amr trabajara para el fbi. Por ese motivo, el csis no había mostrado ningún interés en lo que yo tuviera para decir sobre él. Yo había vivido en esa área toda mi vida y conocía bien a todos los musulmanes. Ese tal Amr apareció un día de la nada, en el mismo momento que Essam, y luego también desapareció conforme al mismo cronograma: era una coincidencia demasiado grande. Lo más notorio fue que, cuando lo vi brevemente, no me impactó como un ser malvado. No tenía esa mirada siniestra y sentenciosa típica de los yihadistas.

Pero por más que Essam y su amigo se hubieran ido, no me resultaba tan fácil como apretar un botón. Durante años, había estado inmersa en una relación abusiva que había aniquilado quienquiera que yo hubiera podido ser alguna vez. Además, experimentaba un irracional sentido de culpa porque él estaba en la cárcel. Me preocupaba lo que estuviera comiendo (era un comensal tan quisquilloso). Ahora me percato de que estaba profundamente afectada por el síndrome de Estocolmo.

Encima de todas esas luchas internas, tenía que ingeniármelas para

ser madre. Esos meses siguientes viví con mamá, me inscribí en un curso en línea dictado por un instituto local y traté de armar mi vida otra vez. Tomé clases de manera remota para poder estar en casa con mi hija y también porque aún tenía miedo de salir a la esfera pública.

Si uno está enjaulado por un largo tiempo, la libertad se siente extraña, ajena e incómoda. Aunque rara vez saliera de mi casa, cuando lo hacía todavía me ponía el nicab. No hubo un momento decisorio en el que me arranqué el velo de la cara y comencé a respirar aire fresco. Fue un proceso lento, penoso, lleno de inseguridad, tristeza y abundantes dosis de miedo. Una vez más, intenté sanar de un desconcierto generalizado, del miedo debilitante de verme psicológicamente abofeteada. Una vez más, intenté sostenerme en pie por mi cuenta. Pero esta vez estaba mucho más rota y mucho más cansada. Además, tenía el peso de una niña en mis brazos.

*

Mi hermano también se acababa de mudar a vivir con nosotras. Había perdido el empleo, porque siempre llegaba tarde. Vivía en un departamento situado justo arriba de su trabajo, en el centro de la ciudad. Literalmente, lo único que tenía que hacer era tomar el ascensor. Aun así, siempre era impuntual, así que lo despidieron. Desocupó su casa en medio de la noche para evitar pagar el alquiler del mes. No obstante, un día tuvo el descaro de juzgarme.

—¿Y ahora qué vas a hacer de tu vida?

—Vivir.

—¿Qué significa eso? ¿Cómo vas a vivir?

Una mañana, compartió un bol de uvas con mi hija, que en aquel entonces tenía menos de 2 años.

—¿Por qué no me deja que le dé en la boca? —sonaba irritado.

—Porque le gusta comer sola —dije—. Le enseñé a morder las uvas así no se atraganta.

—¿Cuál es el gran problema? ¡Se puede meter una uva entera en la boca! —dijo con sorna.

—Existe el riesgo de que se atragante; es solo un bebé. Es mejor que la muerda.

—No entiendo por qué no puede simplemente metérsela en la boca.

—Pero ¿por qué te importa tanto? —Ahora era yo la que me estaba fastidiando.

—¡Es que le quiero dar de comer!

—Bueno, pero ella quiere comer sola. Déjala tranquila.

—Tiene que aprender a escuchar. ¡Te dije que te la metieras entera en la boca! —Se puso a gritar y enseguida agarró a mi hija, la dio vuelta en posición horizontal y le introdujo bruscamente un puñado de uvas dentro de la boca mientras ella chillaba.

Di un salto y me interpuse entre él y mi hija. En respuesta, mi hermano me dio un puñetazo y me pateó. Lo ignoré tanto como pude y focalicé toda mi energía y atención en confirmar que mi niña hubiera escupido todas las uvas y estuviera bien. Una vez que vi que su boca estaba vacía y que no se iba a atragantar, exhalé exhausta y aliviada.

Mi hermano me pegó en la cara con una mano, mientras me sujetaba del pelo con la otra para evitar que saliera corriendo. Entonces acudí a ese sitio que me era familiar. Me replegué dentro de mí misma y me ablandé. Había pasado un tiempo desde la última vez. Durante mi matrimonio, rara vez había tenido que reaccionar así, pues el maltrato de Essam solía ser más concentrado y corto, un fuerte golpe en la cara. Pero esta golpiza de mi hermano era más reminiscente de mi niñez: agitación sucesiva hasta que toda su frustración hubiera sido liberada.

¿Alguna vez iba a poder escapar de esta vida? Crecí en un hogar donde fui maltratada, me casé con un hombre que me maltrató y

me escapé de eso para llegar a una casa donde mi hermano me maltrataba también. ¿Cómo iba a extirparme de aquel ciclo antes de que mi hija se deslizara dentro de esta espiral descendente? Entre un puñetazo y otro, tuve algunos vistazos de ella, que ni siquiera tenía 2 años y ya estaba presenciando cómo molían a su madre a palos. No se inmutó en lo más mínimo. Ni siquiera se veía ligeramente perturbada por la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos. Esto era para ella un lugar común tanto como lo había sido para mí.

Había que ponerle coto. Yo tenía que acabar con ese ciclo. No iba a permitir que un día ella sufriera los efectos de esto por mi incapacidad para protegerla de esa vida.

Mi cuerpo indolente pareció sacar a mi hermano de la diabólica rabieta que había tenido. De repente, me sacudió para chequear que todavía estuviera con vida.

—¡Pensé que te había matado! —exhaló con un fuerte suspiro.

—Sal de encima de mí.

—¿Estás bien? ¿Por qué no te movías?

Esa fue la última vez que mi hermano me pegó. Después de aquella escena, lo vi poco y nada. Se refirió al tema, así que sé que se asustó y cargó con ese miedo durante años. Pero no quedó lo suficientemente atemorizado como para frenarse a la hora de golpear a otras mujeres que entraron en su vida más adelante. Estuvo en la cárcel acusado de violencia doméstica en varias oportunidades. Peleó contra su adicción a las drogas y sus problemas de salud mental, e inclusive tuvo períodos de indigencia.

Mi hermano sufrió más que yo al crecer. Definitivamente, recibió más golpizas, y su “hombría” se vio desafiada de forma constante por mi madre y el monstruo con el que ella se casó. A ojos de ellos, un “hombre de verdad” ha de ser muy agresivo, el estereotipo del macho. Mi hermano no encajaba en ese modelo. Él prefería los programas televisivos relacionados con la naturaleza y los videojuegos; no le interesaba el deporte, ni las peleas, ni ninguno de los típicos pasatiempos del machismo. Recibió mucho maltrato y

dio señales de quiebre al final de su adolescencia. Mi mamá hizo caso omiso de los medicamentos que le prescribió el médico de la familia y prefirió rezar para evaporar su depresión, su trastorno obsesivo compulsivo, etc. Obviamente esas plegarias no lograron nada, y mi hermano continuó en esa vorágine. En el corto lapso que pasamos juntos hace poco, se enojó porque nos "oyó" a mi marido y a mí hablar de un modo negativo sobre él a sus espaldas. Admitió que no podía discernir entre la vida real y las malas pasadas que le jugaba su mente a la hora de inventar esas voces, pero le costaba creerme cuando yo le decía que eso no era real. Su situación fue cayendo en picada muy rápido a medida que su rabia escalaba, y terminamos rompiendo lazos. Él es aquello en lo que yo podría haberme convertido si no me hubiera eyectado de aquel mundo.

El día que recibí mi última paliza por parte de un hombre, mi hermano, caí en la cuenta de que literalmente no tenía a nadie en este planeta en quien confiar. ¿De veras Alá estaba allá arriba velando por mí? No resultaba muy plausible, pero tampoco estaba yo en condiciones de comenzar a considerar que ni siquiera tenía algún apoyo sobrenatural. Hasta donde yo sabía, nadie en este mundo estaba allí para ayudarme, pero acaso Alá sí. Tenía que encontrarle la vuelta a mi vida.

No podía continuar viviendo con mi madre y mi hermano. Sabía que tenía que sacar a mi hija de ese hogar traicionero e impregnado de crueldad y maltrato. Ella era lo único que yo tenía en este universo, y yo era todo lo que ella tenía. Era responsable por mi niña, pero no podía recurrir a recibir su apoyo; mi rol era ser su sostén. Tenía que sacarla del peligro. Ojalá hubiera podido alejarla de allí antes. Aquel traumático día nunca se borró de su mente. Al día de hoy, cuando mi hija come, aún siente angustia por atragantarse. En cada una de sus comidas, necesita tener un vaso de agua a su lado, pues le da pánico ahogarse. En cada una de sus comidas, siento devastadores calambres de culpa y arrepentimiento por no haberla puesto a salvo a tiempo. Y ahora ella lleva esas cicatrices internas para siempre. A causa de su madre.

Solas

Mi madre se oponía férreamente a la idea de que yo me mudara; no podía concebir que me atreviera a sugerir esa posibilidad. Ninguna mujer musulmana respetable vive sola. Va de casa de su padre a casa de su marido. Imaginar que su hija eligiera otra opción resultaba impensable, pero yo no podía quedarme allí.

Sabía que esa mudanza le iba a caer mal, pero por fin estaba dispuesta a desafiarla abiertamente en nombre de mi hija. Nunca había tenido las fuerzas para hacerle frente por mí misma, pero al tratarse de la protección de mi hija, encontré el valor necesario.

Realicé el trámite para solicitar asistencia social y hablé con el administrador del edificio de mi madre. Supuse que la resistencia de mamá sería menor si me instalaba en el mismo edificio que ella. El hombre me dijo que tenía una habitación para alquilarme, pero en otro piso. Pensé en esperar a que se desocupara un departamento en el mismo piso que ella, pero decidí que no. El mismo edificio debía ser lo suficientemente cerca como para que pudiera tenerme en su radar. ¡Además ya no era virgen! Después del matrimonio, la mujer musulmana deja de ser controlada con tanta fiereza por su familia. Me mudé tan pronto como puede.

Mi madre estaba furiosa. Lo mismo habría dado que alquilara un cuarto en la otra punta de la ciudad. Escupió cada insulto que se le ocurrió como sinónimo de “puta”. Pese a todo, me mantuve firme.

El primer día en mi nuevo departamento, completé formularios de inscripción para las universidades vecinas. Me aceptaron en la primera de mis opciones. Mi madre también estaba furiosa de que me apuntara en la universidad. No claudicaba en su persuasión de que conociera a otros pretendientes, a otros potenciales maridos, pero yo no iba a caer dos veces en el mismo pozo.

Poco a poco, en los siguientes meses, a la espera del inicio de mis clases, comencé a sanar. Recuerdo haberme quitado el nicab por

primera vez y sentir que mi cara estaba desnuda. Me sentía igual de vulnerable y cohibida que si estuviera en toples. Pensaba que todos observarían mi rostro descubierto, pero a nadie le importaba en realidad. Mi hijita fue la única a la que le resultó extraño que mi cara estuviera al aire libre e intentaba levantar la tela del hiyab para taparme otra vez. Gradualmente, empecé a ponerme faldas largas en lugar del abaya y fui redescubriendo a la persona que yo había sido antes de mi boda.

Como todavía creía que debía apaciguar a mi madre viviendo en un departamento situado en el mismo edificio que ella, debía hacer frente a un alquiler mucho más costoso de lo que podía solventar. Y dado que mi madre no me permitía mudarme a otro sitio, ocasionalmente le pedía dinero para la comida o para el alquiler.

—No —me contestaba—. ¿Acaso no eres la señora Independiente? Si quieres hacer todo por tu cuenta, ¡hazlo! ¡Pero hazlo tú sola!

—Pero ¿puedes prestarme aunque sea un poco para hacer algunas compras? Ni siquiera tengo leche. Solo tengo el dinero necesario para el alquiler.

—¡Es que no tienes por qué pagar un alquiler! Puedes volver aquí y vivir conmigo. No soy yo la que está despilfarrando su dinero.

—De acuerdo, pero ¿puedo llevarme muy poco dinero para salir del paso?

—¡Ya te dije que no!

—¿Vas a dejar que tu nieta pase hambre? —Agarré su billetera y saqué su tarjeta de crédito.

—Si intentas usarla, llamaré al banco y les diré que me la robaron.

—No, no lo harás. Sabes perfectamente que tengo que comprarle comida. ¡Es tu nieta!

—¡No me interesa! Tú tomaste esas estúpidas decisiones; ahora hazte cargo. ¡Y, si intentas llevarte mi coche, llamaré a la policía y también les diré que me lo han robado!

No me creí su amenaza. Tomé a mi hija en brazos, las llaves del automóvil, su tarjeta de crédito y me encaminé hacia el almacén. Mientras compraba, le di un ultimátum mental a mi madre. Si efectivamente llamaba al banco o a la policía, esa sería la gota que colmara el vaso. Inclusive viniendo de mi madre, me parecía demasiado.

Hoy me resulta raro haberlo dudado. Cuando llegué a la caja para pagar, el hombre me informó de que la tarjeta era robada. En esa tienda me conocían, pues yo iba mucho.

—En teoría, debería llamar a la policía —me dijo el empleado con timidez mientras su mirada pasaba de mi hija a mí—. Pero está bien, no lo haré. Lo que no puedo es pasar estas mercancías.

—Está bien, gracias. —Sentí como si alguien me hubiera dado un golpe en la garganta. Una vez más, un supuesto sucio y asqueroso no creyente era más bueno conmigo que mi propia familia.

Cuando regresé al coche, lo primero que pensé fue que probablemente mi madre también hubiera hecho la denuncia de robo del vehículo. A raíz de eso, mi hija y yo podíamos ser arrestadas. Tenía que regresar a casa lo antes posible.

Ese fue el día en que me percaté de que literalmente no había nada por debajo de mi madre. En casa, tenía una lata abierta de concentrado de leche que me había traído de la cocina de la mezquita. No es lo que se dice robar, me dije a mí misma cuando la agarré. Está ahí para que la gente se sirva. ¿Qué pasa si me sirvo en casa en lugar de tomarla allí? La mezclé con agua y se la di a mi hija. Esa fue su cena. Para entonces, ya tenía 2 años, y una mamadera de leche no era alimento suficiente. Ansié no haber dejado de amamantarla; al menos con eso habríamos tenido comida gratuita. Pero tuve que dejar de hacerlo cuando me enteré de que estaba embarazada de su hermano. Me di vuelta y lloré hasta que me quedé dormida.

El elefante

Una vez que comencé la universidad, las cosas se dificultaron aún más. Necesitaba dinero para los libros y los útiles, para el transporte y la guardería, pues ya no podía cuidar más a mi hija. Me vi forzada a regresar a vivir con mi madre y mi hermano. Los cuatro nos mudamos a una casa en una ciudad aledaña. Para llegar a clase, tenía que tomar cuatro buses de ida y otros tantos de vuelta.

Si lograba dormir cuatro horas, consideraba que había sido una buena noche. Me había apuntado a cinco asignaturas por semestre, porque quería terminar el bachillerato cuanto antes y obtener mi diploma en Educación. Así, me graduaría de maestra y finalmente empezaría a ganar algo de dinero. Fui acumulando distintos préstamos para estudiantes, por consiguiente la mayoría de mis eventuales ganancias tendrían que ser destinadas a devolverlos. Pero no podía pensar en todo eso ahora. Simplemente, tenía que ir viviendo un día tras otro.

Todo en mi vida era difícil, pero tolerable, excepto el constante agobio y la insistente presión de mi madre. Me estaba volviendo loca. Yo intentaba minimizar nuestras peleas, pero a veces tenía que reaccionar.

—¡Te compré una camiseta nueva! —exclamó un día.

Mi hija se le acercó corriendo para ver qué traía en la bolsa. Mamá sacó una prenda de color verde oscuro que intentó ponerle, y la niña se retorció para liberarse.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Es que yo la dejo elegir su ropa —intervine—. No le gusta el verde. Solo le gustan el rosa y el violeta.

—Qué estúpida eres —le dijo a mi hija—. El verde es un color precioso.

—¡No es ninguna estúpida! —grité—. La gente puede preferir cosas diferentes, y eso no la convierte en estúpida. No se la quiere poner. ¡Deja de obligarla a que le guste lo que te gusta a ti!

La escena devino en un inmenso altercado en el que yo era la hija ingrata por no aceptar amablemente un regalo. El hecho de que ella hubiera puesto físicamente algo en el cuerpo de mi hija contra su voluntad no era un punto relevante. Puede que mi reacción fuera desmedida, pero yo sabía lo que era que alguien te forzara a ponerte una ropa que no querías y no iba a permitir que mi hija pasara por esa experiencia.

Asimismo, que mi hija fuera considerada una estúpida porque no le gustaban las mismas cosas que a mi madre provocó en mí una rabia infernal. Esa era mi vida toda. Intentar controlarme tanto, ¡a punto tal de ni siquiera saber si tenía opinión propia! No iba a dejar que mi hija viviera eso. Ella iba a elegir su ropa y tener su propio juicio, y si solo quería vestirse de rosa o violeta, pues se vestiría solo de rosa y violeta.

Asistir a la universidad hizo que mi confianza en mí misma fuera creciendo. Eso me incentivaba a desafiar más a mi madre. Yo era unos años mayor que la mayoría de mis compañeros y tenía una experiencia de vida más significativa, lo cual fue especialmente útil en una materia de psicología infantil que estaba cursando. Dado que el profesor y yo éramos los únicos padres de la clase, a menudo yo era la única estudiante que comprendía con facilidad lo que él estaba diciendo. Los debates del aula solían darse entre él y yo, mientras intentábamos explicar a mis jóvenes compañeros las nociones en cuestión. Ahora mi voz era relevante. Mis opiniones y experiencias tenían mérito. Había dejado de ser la estúpida e inservible zopenca por la que me tomaban en casa.

De hecho, inclusive pude empezar a detectar errores en los juicios de mi madre. Pero ¿podía yo ser tan insolente como para pensar que existía la posibilidad de ser más lista que ella? Parecía algo completamente ajeno al espectro de probabilidades, pero decidí poner a prueba mi sospecha.

Mi madre quería comprarse un Volvo. Por el motivo que fuera, estaba empecinada en eso. Su primer paso fue acercarse a un

vendedor de coches usados musulmán, porque, por supuesto, solo se puede confiar en los musulmanes. En mi opinión, la idea era absolutamente ridícula.

—El dios al que le rezas no es una indicación de tu capacidad para ser un mecánico decente.

—Si es musulmán, será honesto.

—Eso no es necesariamente cierto.

—¡Claro que sí! Un auténtico musulmán nunca engañaría a otro musulmán. Tal vez engañe a los kuffar, pero nunca a uno de los suyos.

—Si alguien es deshonesto, es deshonesto. Creo que te estás equivocando.

—¡No me interesa lo que tú pienses!

Estaba molesta con mi madre por despilfarrar su dinero con la compra de aquel coche berreta a un turbio vendedor, cuando había un Volvo perfectamente digno en venta en una respetable franquicia de la marca. Costaba unos 500 dólares más, pero ¡por lo menos había una garantía de que funcionara!

Por lo general, cuando mi madre y yo peleábamos por algo, yo admitía mi derrota ante su sabio juicio, sencillamente porque no confiaba en el mío. Esta vez, sin embargo, estaba segura de tener razón. Esto nunca antes había ocurrido. Era un sentimiento curioso. En la facultad, estaba desarrollando mis habilidades para el pensamiento crítico; estaba usando mi cerebro de un modo en el que nunca antes lo había usado. Era algo novedoso y excitante, y tenía sed de más. Me gustaba formular hipótesis, evaluar distintos ángulos y perspectivas antes de llegar a una conclusión. ¡Era tan estimulante! Estaba tan acostumbrada a que me dijeran qué hacer y cómo hacerlo que esta flamante capacidad para descubrir por mí misma el curso de acción era embriagadora. Decidí aventurarme a considerar la posibilidad de que yo estuviera en lo cierto y mi madre estuviera errada.

Era su dinero, y ella era libre de comprar lo que se le antojara, así que dejé de darle consejo. Es más, la alenté a que avanzara y le comprara el coche a aquel turbio musulmán.

Me mantendría al margen y vería quién de las dos tenía razón. Si ella acertaba, yo continuaría sometiéndome a su juicio. Si yo acertaba, entonces efectivamente iba poder confiar en el mío, ¡que además hasta podía ser más sensato que el de ella!

Así las cosas, resulta que el coche murió rotundamente tras dos días en la calle, y el vendedor se negó a devolverle el dinero. Solo ofreció "arreglarlo", y al cabo de unos días volvió a descomponerse. El vehículo terminó siendo tan riesgoso —se paraba en medio del tránsito— que mi madre finalmente se dio por vencida.

Aquel fue un momento definitorio para mí. Había elucubrado una hipótesis propia que había resultado ser correcta. Se abría todo un mundo en mi cabeza, porque esto era una prueba irrefutable de que yo podía confiar en mi criterio, en mi instinto y en mi aptitud para tomar decisiones lúcidas.

*

Al final del segundo semestre de mi primer año de universidad, un día estaba en un examen de psicología y de pronto me di cuenta de que no podía formar una frase completa. Las respuestas nadaban en mi cerebro, pero no había forma de plasmarlas en la hoja. Nunca antes había sentido semejante desconexión entre mi cuerpo y mi cabeza. Había estado estudiando toda la noche durante tanto tiempo que ni siquiera dormía mis cuatro horas nocturnas. Tenía una severa falta de sueño. Encima de eso, me había enfermado en varias oportunidades, y mi cuerpo estaba luchando para defenderse de un virus. Pero yo era una madre soltera yendo a la universidad todo el día, y además daba clases particulares por las tardes. No podía darme el lujo de enfermarme. Así que me administré antihistamínicos y analgésicos en peligrosas dosis para repeler los síntomas. Pero estos volvían una y otra vez, de modo que sustituí

las píldoras por un poco de NeoCitran, un medicamento contra la tos y anticongestivo. Por lo demás, nunca tenía tiempo (o dinero) para comer en el campus y, por lo general, estaba demasiado apurada o cansada para prepararme algo antes de salir de casa. En resumidas cuentas: falta de comida, más píldoras, más NeoCitran, más estrés demoledor era igual a nada bueno.

Estaba tan frustrada y asustada que hice algo que no había hecho en mucho tiempo, desde aquel episodio con el señor Fabbro que me había traído efectos indeseados: pedí ayuda.

Aferrándome al examen con mis sudorosas manos, caminé con cuidado hasta la profesora. Me empeñé en articular las palabras para intentar explicar mi situación. Me esperaba que me dijera que me aguantara, tomara asiento y terminara el examen, o que se lo entregara tal como estaba. Me esperaba que me increpara por pensar que obtendría alguna simpatía o trato preferencial de su parte.

—NeoCitran —dije.

Mi aspecto debía ser bastante espantoso, porque su primera reacción fue exclamar muy bajito “oh”, seguido de una mirada de asombro y unos brazos extendidos. Recuerdo que escribió “NeoCitran” en la parte superior del examen y pude adivinar en sus ojos que podía distenderme. ¡Me iba a dejar ir! Me tendió su tarjeta y me dijo que la contactara para arreglar cómo volver a rendir el examen. Nunca había sentido un alivio tan rotundo. Pasé de la desesperación a la salvación en menos de un minuto y me eché a llorar. No eran sollozos, sino meras lágrimas que fluían por mi rostro. Me las ingenié para agradecerle por más que la bola que sentía en la garganta me ardiera de dolor. Me escabullí del aula y tomé el siguiente bus a casa.

Más adelante, cuando me reuní con ella en su oficina, quedé atónita frente a su bondad. Los kuffar en teoría me odiaban. A mí me habían enseñado que eran mis enemigos y que debía desconfiar de ellos. Pero esta mujer dio muestras de tal compasión que todavía años después me provoca lágrimas. Mi propia madre jamás me había mirado con ojos tan benevolentes.

Me comentó que lo mío parecía ser una sobrecarga de responsabilidades, que era posible que estuviera deprimida y definitivamente estresada. Le dije que estaba pasando por muchas cosas y que estaba luchando a capa y espada. Le conté que por las noches bruxaba con tanta fuerza que me despertaba con un dolor que perduraba todo el día. Me recomendó que iniciara alguna terapia para morigerar la presión. Como ella era profesora de psicología, le pregunté si podía ser ella mi terapeuta. Me explicó que ese no era su rol e intentó sugerirme alternativas, pero entré en pánico. Había encontrado a una persona dispuesta a ser amable conmigo y a ayudarme; ¿cuál era la probabilidad de que me topara con otra? Le dije que solo quería hablar con ella porque le tenía confianza y que no confiaría en nadie más.

No puedo imaginar lo desesperada que debí parecer. Visto a la distancia, claramente sufría de depresión, ansiedad y muchas otras cosas más. Estoy segura. Creo que ella sabía que, si no consentía en atenderme, yo no buscaría ayuda en otro sitio. Y tenía razón, no lo habría hecho.

Tan agradecida estaba de que hubiera aceptado verme que insistí en pagarle la tarifa horaria vigente para los psicólogos, alrededor de 100 dólares. Terminó accediendo, pero me dijo que solo estaba en condiciones de recibirme unas pocas sesiones. Después de nuestro tercer encuentro, le entregué el cheque sabiendo que no tenía medios para costear otra consulta. Me estresaba muchísimo procurar que hubiera suficiente dinero en la cuenta para cubrir el cheque. Sin embargo, unas semanas después, me di cuenta de que la mujer no tenía la intención de depositarlo. Así fue que conocí a mi tercer ángel kafir. Primero, mi abogada; luego, el cajero del supermercado; ahora, mi profesora de psicología.

En realidad, quería regresar a verla y hablar más, pero no podía ni quería sacar ventaja de su generosidad. Sabía que una vez más ella se negaría a depositar los cheques, así que tuve que dejar de consultarla. En cambio, decidí honrar su bondad siguiendo hasta el final las lecciones de vida que me enseñó. Al día de hoy, mi profesora no tiene idea de cuánto me ayudó a cambiar mi vida.

Le había contado mi deseo de salirme de las garras de hierro de mi madre. Tras explicarle todas las razones por las que quería y todas

las razones por las que debía hacerlo, rematé con la frase:

—Pero no puedo.

—¿Por qué no? —me preguntó.

—Porque no puedo. Las mujeres no pueden vivir por su cuenta. O vives con tu familia o vives con tu marido. Las mujeres nunca pueden vivir solas. No puedo provocarle semejante escarnio a mi mamá. No puedo.

—Imagina que no puedes decir "no puedo".

¿Quién sabía el hondo efecto que esas palabras tendrían en mi vida? Tal vez ella sí, pero yo en absoluto. ¡Qué punto de inflexión! Así deben de haberse sentido todos cuando descubrieron que la Tierra no era plana.

La mera posibilidad de que existiera algo más allá del "no puedo" ni siquiera se me había ocurrido. Ahora podía escudriñar el horizonte, que efectivamente no tenía fin. En esa misma clase de psicología, aprendimos que había crías de elefante que eran atadas a bloques macizos de concreto desde el nacimiento. Esos pequeños animales pelean con todas sus fuerzas para liberarse, pero no pueden. Les sangran las piernas mientras lloran y luchan, pero el concreto no se mueve. A fin de cuentas, el elefantito se da cuenta de que es incapaz de soltarse, por lo que acepta su destino. Y, como un elefante nunca olvida, vemos elefantes adultos con la pierna atada por una soga a un minúsculo tornillo clavado en el suelo. Si quisieran, podrían mover un camión con el colmillo. Pero hace mucho tiempo que aceptaron su suerte. Por eso dejan de intentarlo. Si tan solo supieran que con un mínimo tirón deliberado serían libres…

Yo era uno de esos elefantes.

Con aquel relato, me percaté por vez primera de que yo era lo único que se estaba interponiendo en mi camino. Tenía que superar el miedo que me habían grabado en el cerebro. Todos querían que creyera que no podía lograrlo por las mías, y yo les había creído. Pero, ¡vaya!, el repentino y delicioso conocimiento de que sí

podía… ¡Y ellos no sabían que yo sabía! ¡Pensaban que todavía les creía! Se alejaban y me dejaban atada a ese tornillo, presumiendo que ni siquiera daría un tirón para zafarme. Se acostaban en sus camas, confiados de que me habían convencido de mi debilidad. Pero yo llevaba la delantera. ¡Yo sabía que era fuerte!

Dejé que ese conocimiento se asentara, permeara y creciera en mí mientras seguía transitando por mi vida con normalidad. Estaba muy asustada, pero caminé arduamente hacia delante, pese al miedo. ¿Seguro que Alá no iba a quemarme en el infierno para siempre por intentar salvar a mi hija de la misma vida que yo había tenido? Él tenía que entender que yo necesitaba sacarla de aquel entorno tóxico, lejos de mi hermano y de mi madre. Se lo explicaría todo, y Alá iba a entender. Tarde o temprano aparecería mi oportunidad, pero tenía que esperar esa ventanita. No podía despertar sospechas haciendo alguna movida súbita.

Poco tiempo después de mi íntima revelación, mamá comenzó a planear ir a visitar a mi hermana a Florida. ¡Ahí estaba mi oportunidad!

Una de mis amigas tenía un vecino que estaba construyendo ilegalmente un estudio en su sótano. Necesitaba alquilarlo con discreción y en negro. ¡Perfecto! Yo no tenía ni crédito ni referencias, así que de todos modos no iba a poder alquilar un cuarto con todas las de ley. Además, iba a vivir cerca de mi amiga. Planeé todo con sigilo: cuando mi madre estuviera en Florida, cargaría a mi hija y nuestras maletas ¡y nos tomaríamos el buque! Y eso fue exactamente lo que pasó, sin ningún contratiempo. Se fue, empaqué nuestras cosas y nos mudamos.

Libertad

No era más que un estudio en un sótano, pero yo sentía que estaba en un mágico paraíso de libertad. Una libertad que llegaba a un muy alto costo, pero que valía cada centavo. En aquel espacio, no había mucho que mirar —el 95 % de la suite se veía desde la puerta de entrada—, pero para mí era invaluable. ¡Recuerdo haberle comentado a una amiga que hasta habría pagado contenta un alquiler más elevado que el que me pedían! Ningún precio era caro a cambio de libertad.

Si uno daba algunos pasos desde la puerta de entrada y cruzaba el living/habitación y luego la cocina, encontraba el baño a la derecha y la habitación de mi hija en frente. En esa área, coloqué su cama, una cómoda y un cajón de juguetes. Yo a su edad nunca había tenido mi propia habitación, así que estaba eufórica de poder brindarle eso a ella. Le compré calcomanías para decorar su pared y un colorido edredón. Traté ese estudio con cariño, pues representaba el primer paso en mi sanación. Darle a mi hija las cosas que yo nunca había tenido era tan gratificante que dejé de hacer el duelo y sufrir por las oportunidades fallidas. Ofrecerle a ella lo que a mí me había faltado me curaba, curaba a esa niñita en mi interior que había sido traicionada, olvidada e ignorada. A ella ya no podía compensarla, pero a cambio intenté focalizarme en mi nueva niñita. Quería que su vida fuera todo lo que no había sido la mía.

Vivimos en ese monoambiente durante casi un año, y aquellos meses fueron un viaje de autodescubrimiento. Mi hija iba a una guardería que quedaba cerca; podía llevarla caminando. Ya no tenía que recurrir a mi madre para nada. Ni para que cuidara a mi hija, ni para apoyo económico, nada. Éramos mi hija y yo contra el mundo, y nada nos iba a detener.

Una de mis principales preocupaciones era intentar descifrar cómo ser madre. Decidí que el mejor curso de acción sería hacer todo exactamente al revés de lo que había hecho mi madre. Ella nos

había criado para que valoráramos la muerte y el más allá, no para dar credibilidad a este mundo. Entonces yo hice lo opuesto. Le enseñé a mi hija a disfrutar cada momento, a encontrar la felicidad en cada respiro. Antes de irse a dormir, cada noche, me decía tres cosas por las que estuviera agradecida. Lo que fuera: desde el hecho de que hubiera sido un día soleado hasta el haber comido una sabrosa magdalena de postre. Más tarde, cuando creció, empezó a llevar un diario donde anotaba sus motivos de gratitud y ahora, de grande, aún conserva ese hábito. Desentrañar cómo criar a una pequeña vida humana en aquella época no fue sencillo, pero cuando hoy miro a mi hija me doy cuenta de que algo hice bien.

Esos años no fueron nada fáciles. Nos mudamos mucho, siempre en busca de un alquiler más barato. Mi objetivo por entonces era encauzarme lo antes posible, de modo que mi hija nunca recordara un período en el que no tuvimos dinero para comer o en el que vivimos en un departamento de soltero y compartimos un futón. No quería que recordara esa versión de mí. Quería ser un modelo del que ella pudiera estar orgullosa.

Según mis cálculos, tenía tiempo hasta que ella cumpliera 6. Ese era el momento en el que comenzaban mis recuerdos claros. Ya tenía 3, así que no me quedaba mucho tiempo, pero estaba en la buena senda. Trabajaba tan duro, tan rápido y tanto que apenas dormía, y sostuve ese ritmo durante años. Sabía que iba a cumplir con mi plazo. No tenía opción. Iba todo el día a la universidad, trabajaba e inclusive pude entablar relaciones afectuosas y positivas con nuevos amigos.

Como dijo Dickens: “Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos”. Tenía mi libertad, y no había nada mejor que eso. Pero también debía lidiar con algo que desconocía por completo: la vida. Hasta aquel momento, siempre me habían dicho qué hacer. El pensamiento crítico, la toma de decisiones, la previsión eran todos conceptos ajenos a mí. Me habían enseñado a escuchar y acatar, no a pensar. De pronto, debía encontrarle la vuelta a todo. ¿Cómo iba a llegar a la universidad cada día? ¿Cómo iba a pagar la guardería? Las resoluciones que debía tomar eran infinitas, y muchas veces metí la pata.

Recuerdo lo nerviosa que me puse el día que introduje viejas

monedas egipcias para pagar el boleto de bus (la máquina funcionaba por peso) y poder llegar a clase. Me estaba quedando sin dinero y debía tomar tres buses desde mi casa. Obviamente no vivía en la mejor ubicación geográfica, pero sí me convenía en términos económicos.

Repetí el truco de las monedas egipcias hasta que se me acabaron. También había días en que llevaba a mi hija caminando a la guardería y debía regresar a casa a llorar, pues no me alcanzaba el dinero para el transporte. Si invitaba a amigos a casa y compraba comida extra, en eso se me iban los ahorros.

Me enfurecía tanto conmigo misma porque la universidad era mi ticket de ingreso. Si no me iba bien, nunca alcanzaría mi meta. Ese enojo y esa tristeza, y sentirme consumida por la sensación de fracaso y miedo, me impulsaron a cerciorarme de que esos días de ausencia fueran pocos y esporádicos.

Pero cuando mi hija pedía una caja de wafles congelados carísima y yo se la negaba por no tener dinero, me sentía aún peor que los días que faltaba a la facultad. Le estaba fallando a la única persona a quien quería complacer. Entonces toqué fondo.

Trepé a la superficie otra vez, maldiciendo que esos wafles congelados fueran tan costosos, y conseguí volver al punto en el que estaba antes, es decir, dando brincos como una piedra sobre la superficie del agua, aterrada de volver a hundirme y no poder emerger. Me llené de adrenalina. Sabía que no debía detenerme. Si tan siquiera desaceleraba, caería al agua y me ahogaría. Tenía que mantenerme en movimiento, pero era tan difícil. El día más duro fue aquel en que tuve que vender la pulsera de mi abuela.

Resulta que tras la muerte de mi abuelo en un accidente náutico, mi abuela se mudó de Arabia Saudita a Montreal. Como en aquel país eran extranjeros, todas sus propiedades y sus negocios debían ser avalados por un garante saudí de buena fe, dado que los extranjeros tienen prohibido poseer bienes en Arabia Saudita. Una vez fallecido mi abuelo, ese garante saudí se robó todo y dejó a mi abuela sin nada. Por consiguiente, no le quedó otra opción que mudarse a vivir con su hijo, mi padre. Unos dos años después de su instalación en Montreal, viajé a visitarla.

Estaba muy frágil, y sus ojos se habían nublado a raíz de un glaucoma. Aunque todavía era relativamente joven, era evidente que no le quedaba mucho tiempo más de vida. Compartir el techo con mi padre y su horrenda esposa le había traído secuelas. Mi padre la había empujado contra una pared y le había roto el brazo, y luego se había negado a llevarla al médico, acusándola de lloriquear y mentir que le dolía.

Mi abuela estaba cansada de vivir. Ella y su marido habían estado juntos desde que ella tenía 12 años y él, 15. Él había sido un hombre alto y fornido, de risa generosa y gran personalidad. Cada tanto, mi abuela había tenido que soportar que le palmeara el trasero o la besara de manera excesivamente ruidosa, pero las más de las veces simplemente se sentaba en silencio a su lado. Sin él cerca, estaba perdida.

Nos sentamos en el sofá de papá, y lloró mientras se quitaba la última pulsera de oro que le quedaba en la muñeca. Siempre había tenido seis brazaletes tintineando en el brazo, pero ahora solo había uno.

—Lamento que no sea nuevo. Odio darte algo viejo y rallado, pero es todo lo que tengo. Quiero que siempre lo lleves —me dijo al entregármelo—. Acuérdate de mí cuando me haya ido.

—No, por favor. Quédatela. No digas esas cosas. No necesito nada para acordarme de ti. ¿Adónde te vas a ir? No hables así.

Pero insistió, y yo solo agarré la pulsera para que ella dejara de llorar. Le juré que nunca me la quitaría y mantuve mi promesa tanto como puede. El brazalete era la última cosa de valor en mi poder. Tuve que venderlo para cubrir el precio del alquiler, la matrícula universitaria y la comida. Supongo que eso sí que fue tocar fondo de verdad. No se me ocurre haber caído más bajo en mi vida.

*

Ese mismo año, recibí una beca estudiantil de 3.000 dólares. Se acabaron los problemas de boleto de bus; finalmente iba a poder tener un coche. Por mi cuerpo fluyó un río de alivio.

No obstante, estaba demasiado asustada como para gastármelo todo en un modelo usado, pues no tenía idea de cómo lidiar con los desperfectos mecánicos. En vez de eso, opté por un contrato de leasing.

En la concesionaria, que quedaba muy cerca de mi casa, intenté persuadir al vendedor de que me dejara suscribir el plan.

—Debes entenderlo —me dijo—. No tienes acceso al crédito y eres estudiante a tiempo completo. No tienes ingresos fijos. Eres un cliente de muy alto riesgo. El banco nunca lo consentirá.

—Prometo que pagaré cada cuota en tiempo y forma. Lo voy a cuidar muchísimo. Tiene que creerme. —Mis tripas se revolvían como si estuviera en una montaña rusa.

—Solo darán su aval si pagas un depósito de 3.000 dólares y consigues que alguien firme como garante. ¿Tienes a alguien que pueda hacerlo?

—No, no tengo a nadie. —Y mi estómago se revolvió con más fuerza.

—¿Una madre, un padre, tías, tíos? ¿Alguien de tu entorno que tenga acceso al crédito?

—Supongo que puedo pedirle a mi padre. Hace años que no hablo con él.

—Inténtalo —me dijo—. Toma, puedes usar mi teléfono.

—Es una llamada de larga distancia; vive en Montreal.

—Está bien, adelante.

Me señaló el teléfono y se alejó para darme mayor privacidad. Respiré hondo y disqué el número. Cuando mi padre atendió, le conté toda la historia. Se mostró menos que entusiasmado de que

irrumpiera en su vida para fastidiarlo con mis problemas.

—Sabes que no puedes llamarme así de la nada para pedirme dinero.

—No necesito dinero, solo necesito tu firma. —Podía oír su tenso suspiro de exasperación soplando desde Montreal.

—Sabes que es básicamente lo mismo. Si no pagas una cuota, quedaré enganchado, y tengo tres hijos que mantener. Tengo una esposa. Tengo las cuotas de la hipoteca. No soy un banco para ti.

—¿Un banco para mí? ¿Alguna vez me pagaste algo? ¿Pagaste siquiera la pensión alimentaria? Sinceramente, me parece que no estás siendo justo —le respondí. Apenas podía creer las palabras que estaban brotando de mi boca—. Nunca te he pedido nada. Esto apenas es pedirte algo, ¿y aun así no puedes hacerlo? ¿No puedes tan solo firmar un papelito por mí? —Me eché a llorar—. Y no tienes tres hijos. Tienes seis. ¿Te acuerdas? ¿Alguna vez hiciste algo por mí en todos estos años, a medida que yo crecía? ¡Yo nunca tuve un padre como tus nuevos hijos tienen!

Él era mi última oportunidad. Si no aceptaba, no iba a poder tener el coche.

Sentía ganas de vomitar de solo recordarme junto a mi hija esperando el bus bajo la lluvia, mirando cómo miles de pasajeros se apresuraban para no mojarse.

—¡Mami, mira! ¡Hay tantos coches! —decía—. ¡Y mira! —exclamaba, apuntando a algún estacionamiento lleno—. ¡Hay tantos por todas partes! ¿Por qué nosotras no podemos tener uno?

—Te prometo que conseguiré un coche para nosotras, mi amor. Te lo prometo.

Y ahora no iba a poder cumplir con mi promesa.

El vendedor entró y me vio llorando al teléfono. Pensé que iba a ofrecerse él mismo como garante. Se veía igual de compungido que yo.

—Papi, por favor. Nunca dejaré de pagar ni una sola cuota, te lo prometo. Me tienes que creer. No sé qué más decirte. Necesito el coche. Nunca te pedí nada y nunca más te pediré nada.

—A mi esposa no le gustará. Ya tenemos un montón de cuentas que pagar.

“Me importa un reverendo carajo tu mujer”.

—Nunca se enterará, a menos que yo deje de pagar, lo cual no sucederá. Te lo prometo, por favor.

Tras múltiples súplicas de mi parte y cuantiosas directrices de la suya, mi padre accedió a firmar a regañadientes. Conseguí mi coche y lo traté como ningún coche había sido tratado antes. En los tres años que usé el vehículo, no dejé de pagar ninguna cuota. Cuando el contrato expiró, gasté 200 dólares para ponerlo en óptimas condiciones. El agente comercial me dijo que nunca antes había visto un automóvil devuelto en semejante estado. Yo estaba muy agradecida de que la concesionaria hubiera asumido un riesgo conmigo y me importó retribuirles esa bondad.

Duda

En paralelo a mi sensación de mayor comodidad en mi nueva vida, escogí al azar una materia optativa que cuadraba bien dentro de mi cronograma: Historia de las Religiones. Se centraba en las tres religiones abrahámicas, y como me habían atiborrado de estudios islámicos desde que tenía memoria, sabía que al menos un tercio del programa iba a ser pan comido. Jamás imaginé lo mucho que esa asignatura iba a cambiarme la vida.

Durante aquellas doce semanas, todo lo que sabía de cada tema se fue desmoronando poco a poco. Nunca antes había considerado el islam desde una perspectiva objetiva. Ahora sí podía ver las ridiculeces que encerraba, con la misma claridad con la que veía lo absurdo de las demás religiones. Era fácil observar la irracionalidad de la Trinidad o del culto a las vacas, pero a la hora de evaluar la irracionalidad propia, reconocerlo se tornaba más difícil.

Por primera vez, se me permitió examinar el islam con un ojo crítico, y enseguida descubrí que el Corán no difería de ninguna otra filosofía antigua, no difería de ningún otro libro escrito por el hombre. Era de una obviedad palmaria. Con referencia a que la Tierra era tan plana como una alfombra o al valor de beber orina de camello para curar dolencias, el islam era un sinfín de payasadas. Era evidente que había sido escrito por hombres que no discernían entre una cosa y otra. Entonces, tuve la revelación de que aquello no era la palabra divina de alguna deidad todopoderosa. ¿Cómo una deidad todopoderosa creadora del cielo y la tierra no iba a saber que no los había hecho planos?

Asimismo, la noción de que el Corán era especial y divino demostró ser falsa, dado que la mayoría del texto había sido plagiado (y mal). Inclusive hay muchos casos en los que se cuelan en el árabe términos en lenguas extranjeras, como el hebreo o el arameo. Nos decían, desde luego, que esos vocablos tenían misteriosos significados que solo Alá podía descifrar. Pero no. Solo era un trabajo de plagio mal hecho. El Corán se improvisó a partir de las

enseñanzas y los relatos contados por los líderes tribales judíos y cristianos.

Finalmente, concluí que no solo el islam había sido inventado, sino que en realidad todas las religiones eran invenciones. ¡Estaba eufórica de poder soltar de una vez toda esa culpa paralizante con la que había cargado durante años! No debía sentirme inferior por no creer en esos cuentos de hadas sin sentido y de una peculiar violencia. ¡Todo ese tiempo la persona cuerda había sido yo!

¡Qué alivio el poder ser capaz de respirar un aire libre de culpa! Quería emborracharme y salir a discotecas ¡y hacer todas esas cosas que hacen las mujeres solteras!

Con todo, no iba a ser tan fácil. Así como no me había quitado de inmediato el nicab ni el hiyab, tampoco me deshice de inmediato del adoctrinamiento que me habían asestado desde mis 5 años de edad. Es por demás traumático darse cuenta de repente de que todo lo que tenías por cierto es mentira. Me sentía como Jim Carrey en The Truman Show. Los embates provocados por mis vaivenes emocionales —enojo por haber sido embaucada, tristeza por haber perdido todos esos años, miedo a estar equivocada y vergüenza por haber sido tan estúpida— no tenían fin. Pero, a lo largo de aquel proceso, hubo veces en las que decidí no pensar demasiado y simplemente abrazar mi libertad.

Por suerte, en ese novedoso mundo sin ataduras tuve como guía a una amiga sensacional llamada Tosha. Ella sabía todo lo que había que saber sobre peinados y maquillaje, y yo era su estudiante aplicada. Pasábamos toda la semana juntas en clase, quemándonos las pestañas, y los fines de semana ella me vestía, salíamos de fiesta, ¡y fue glorioso! Por fin yo estaba divirtiéndome y quitándome de encima el último remanente de mi cárcel de cemento para experimentar la vida de un modo que nunca hubiera imaginado que tendría a mi alcance.

Tosha no solo era mi mentora en materia de cabello y belleza, sino que me ayudó a crecer en general. Sus padres estaban atravesando un divorcio, y ella acababa de descubrir algo muy conmovedor que compartió conmigo y que, desde entonces, yo transmití a otras personas.

—Mira, tu mamá no es más que una mujer —me dijo—. Es solo una mujer como tú y yo, como todas las demás mujeres. Ponemos a nuestras madres en un ridículo pedestal. Las vemos distintas del resto de la humanidad. Pero no son así. Son solo mujeres.

Estábamos en el coche, y sus palabras me perforaron como si fueran un cincel resquebrajando la porción de cemento más grande que aún quedaba en pie y me cubría. Permanecí con la vista fija en el parabrisas, intentando digerir lo que estaba oyendo. Cuando llegamos a destino, me bajé automáticamente sin responderle una sola palabra. Más adelante, pude decirle lo agradecida que estaba. Esa exposición de hechos significó una profunda diferencia en mi panorama. Mi madre y el miedo que me provocaba eran la pieza final que yo necesitaba superar. Y Tosha contribuyó a ello.

El islam atribuye a las madres un estatus casi de deidad. Ellas son las que deciden si uno se quema en el infierno por los siglos de los siglos, lo cual es bastante potente. Pero reconocer que no, que mi madre no poseía ningún poder sobrenatural, sino que era un modesto ser humano pecador como el resto de nosotros, era de una perspicacia alucinante.

Yo ya no vivía con ella, pero todavía me moría de miedo de solo pensar que se enterara de que usaba el hiyab medio día. Mi vida era una doble vida. Por la tarde, me quitaba el atuendo religioso, pero en la universidad me lo dejaba, porque no quería tener que hacer frente a las preguntas. Era la época posterior al 11 de septiembre, y todos estaban fuertemente pendientes de las mujeres con velo.

Como era de esperar, mi madre solo se lamentó por los musulmanes que habían muerto en las Torres Gemelas.

—¿Sabes que en esos edificios había una guardería? —le pregunté.

—Bueno, en las guerras a veces hay bajas.

—Pero esto no es una guerra. Es un ataque a civiles inocentes.

—No seas tonta. Los musulmanes siempre están en guerra con los kuffar. Ese es tu problema. Nunca lo entendiste, y probablemente por eso te maten junto a ellos. Cuando vives con ellos, no eres

distinguible, y entonces cosecharás tu siembra.

—Tú también vives con ellos.

—¡No como tú! ¡Yo no tengo amigos kafir! Los odio como odio su país, ¡y volveré a casa tan pronto como pueda! ¡A ti te encanta esto! ¡Tú los quieres! ¡Crees que eres uno de ellos! Pero, cuando consigamos subyugarlos, no tendrás otra opción que unirte al califato o morirte con ellos como un perro.

La visión del mundo de mi madre no difería de aquella de los piratas aéreos del 11 de septiembre ni de aquella de isis. Todos ellos creían que era deber del musulmán pelear hasta que todo el mundo se hubiera convertido y el planeta entero estuviera regido por la ley islámica. Por tal motivo, cuando se erigiera el califato en Irak y Siria (isis), los musulmanes de todos los países viajarían hasta allí para unirse a la pelea. No tenía sentido que jóvenes mujeres y hombres oriundos de Occidente eligieran ir a una zona de guerra. La gente no podía entenderlo, pero tenía muchísimo sentido. Al igual que a mí, a esas personas les habían enseñado desde la niñez que su misión era brindar apoyo a un Estado Islámico. Una vez que isis ganara el poder, ya contaba con reclutas adoctrinados y dispuestos a sumarse a sus filas. Esos individuos no se veían a sí mismos como terroristas, se veían como ejecutores de un plan divino.

Después del 11 de septiembre, las actitudes que exhibía el lado musulmán de mi vida eran de petulancia y festejo. Entretanto, el lado kafir demostraba exactamente lo opuesto.

El decano de mi facultad me mandó llamar a su oficina para preguntarme si había tenido que enfrentar alguna reacción hostil. Los musulmanes acababan de matar a miles de estadounidenses, y su primera preocupación era que no hubiera nadie haciéndome sentir incómoda. ¡Oh, Canadá! Si tan solo supieras lo que tenías entre manos y qué rara me resultaba tu inquietud. No, nadie me había hecho sentir incómoda. Es más, la gente se desviaba de su camino para garantizar que yo siempre me sintiera cómoda. Tenía ganas de responderle al decano:

—¿Me está preguntando esto en serio? ¿Nosotros estamos pidiendo

sus cabezas, y a usted le inquieta que no hieran nuestros sentimientos?

Para ser honesta, me resultaba nauseabundo y condescendiente. Yo no era un copito de nieve especial que necesitara atención extra porque compartiera la religión con personas que eran asesinas. Todo el asunto era absurdo. La preocupación inmediata habría debido ser cómo lidiar con el trauma de que nuestras vidas hubieran cambiado y que no hubiera vuelta atrás. Ya no nos podíamos sentir seguros. El corazón de nuestro mundo acababa de ser atacado, y todos estaban luchando por encontrar alguna explicación. Todos estaban en estado de shock.

Me ofendía que me relacionaran de alguna manera con esos monstruos. Odiaba que esa puta tela en mi cabeza me hiciera parecer cómplice de esa mierda. Yo estaba igual de espantada por los terroristas que todos los demás. Mi vida se había visto igual de conmocionada que la de todos. Se me partió el corazón por todas las víctimas, igual que a todos. No había gato encerrado.

Quería, más que nada en el mundo, arrancarme el velo y eliminar toda conexión entre ellos y yo. Pero quitarme el hiyab cuando ya estaba bajo el microscopio no era una buena opción. Antes del 11 de septiembre, a la gente probablemente ni siquiera le habría importado, pero ahora no había punto de retorno a nuestro mundo previo a esa fecha. Me imaginaba que si un día aparecía sin el velo llamaría muchísimo más la atención de lo que quería, y entonces sí que me sentiría más incómoda. Me imaginaba que la gente me preguntaría si todavía era musulmana, y ¿qué les iba yo a responder, si todavía estaba forcejeando conmigo misma en torno a la cuestión?

Inclusive se podía interpretar que mi nuevo look sin hiyab implicaba que los demás pudieran hablar en mi presencia de los malditos sandniggers,[16] pues yo claramente condenaba esa religión, y por ende era natural que odiara a todos los musulmanes. Por supuesto que lo último que yo quería era que se malinterpretara mi salida personal de la fe como una invitación al encono respecto de quienes todavía la practicaban. Quería evitar ponerme en la torpe situación de tener que defender mi posición y mi razonamiento, porque en realidad aún no había definido ninguna de las dos cosas.

Ergo, dado el lío que suponía la decisión de comprometerme en uno u otro sentido, de día era una hiyabi y de noche era un espíritu libre.

A los ojos del mundo, yo tenía el aspecto de una musulmana. Pero en mi interior, era tan solo una mujer. Estaba perdiendo gradualmente mi identidad religiosa, pero todavía no había descubierto qué otra identidad la reemplazaría. Estaba aprendiendo a los golpes, enfrentando el día a día e intentando abarcar la vida al tiempo que rebotaba entre mis dos versiones.

Fue entonces que recibí una llamada de mi madre diciéndome que encendiera las noticias en la tele. Un corresponsal de la bbc estaba de pie en medio de los escombros de un refugio de Al Qaeda en Kabul, con papeles volando a su alrededor. El periodista extendió el brazo, tomó una hoja al azar y la leyó al aire.

—Este dice 4U Enterprises. Richmond, Columbia Británica, Canadá. No sabemos qué es esta compañía, ni si tiene alguna relevancia, lo cierto es que…

De todos los papeles que podía recoger, ¿justo eligió ese? ¿Cuáles eran las probabilidades de que eso sucediera?

A los interesados no les llevó demasiado tiempo dar conmigo. Mi contestador rebosaba de mensajes.

—Buenos días, llamo del National Post. Quería hablar con usted sobre la empresa de su exmarido, 4U Enterprises. ¿Podría comunicarse con nosotros?

Eran implacables. Al final, comenzaron a acampar enfrente de mi edificio, esperando a que yo saliera. Me sentía avasallada y tenía miedo. ¿Por qué aquel mundo se estaba entrometiendo en mi nuevo mundo? Nada de eso tenía que ver conmigo. Uno de los periodistas se las ingenió para llegar hasta la puerta de mi casa.

—¿Tiene un momento para hablar de su exmarido?

—¡No! ¡Déjeme en paz! ¡No quiero hablar con nadie! ¡No sé nada de él! Por favor, ¡déjeme tranquila!

—No la dejaremos en paz hasta que no hable con nosotros. Si habla con algún periodista, los demás se irán. Solo necesitamos una declaración de su parte.

—No tengo ninguna declaración que hacer.

—Mire, tome mi tarjeta y llámeme cuando esté dispuesta a hablar. Su teléfono no va a dejar de sonar, y no nos moveremos de su edificio hasta que usted hable.

Su amenaza no me dejó otra opción que complacerlo con rabia. Lo único que quería era que se fueran. Me sentía tan extraña de que me estuvieran involucrando en acontecimientos de los que yo no era parte. Luego de mi llamada telefónica, mi historia ocupó la primera plana de nuestro periódico nacional. Tal como me habían prometido, después de esa conversación me dejaron en paz.

Al día siguiente, al ingresar en la universidad, un profesor me llamó a un lado y me habló como si yo fuera una celebridad.

—¿Esta eres tú? —preguntó efusivo—. ¡No puedo creer que estés en mi clase! El artículo decía que estudiabas en la University of British Columbia, pero pensé que no había muchas probabilidades de que fueras tú. ¡Y resulta que sí!

—Sí, la verdad es que no quiero hablar del tema. —Me aparté de él.

—¡Es que todo este asunto es completamente fascinante!

Seguí caminando.

El artículo contenía muchísima información que yo desconocía. Revelaba que un agente de Al Qaeda, que había sido arrestado por actividad ligada al terrorismo, era quien había pagado la fianza de Essam cuando este había sido retenido al ingresar a Canadá con un pasaporte saudí falso. Con sumo detalle, el periodista describía cómo se había instruido a ese agente para que retirara fondos de una cuenta en California y los depositara en la cuenta de otro agente de Al Qaeda radicado en Columbia Británica.

Los hombres, todos ellos identificados como yihadistas, decían que la misión de liberar a Essam respondía a directas instrucciones de

Osama bin Laden. La nota mencionaba que mi exmarido había estado involucrado con Bin Laden desde la guerra soviética en Afganistán. Se creía que él había sido la persona que había entrenado a los terroristas responsables de los atentados de 1998 a las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania, que mataron a más de doscientas personas.

Cuando le dije que me divorciaba de él, Essam se fue de Canadá a luchar junto a los serbios en Kosovo. Pero, un año más tarde, fue capturado en Azerbaiyán y enviado a la cárcel en Egipto. Esa era la foto que el servicio de inteligencia me había mostrado años atrás.

Mi anhelo era que ese fuera el fin de aquel capítulo de mi vida. Yo estaba avanzando y realmente no quería que esto me persiguiera por el resto de mis días.

Solo me puse un tanto nerviosa cuando Morsi, un presidente egipcio que gobernó poco tiempo después de Mubarak, liberó de la cárcel a un grupo de agentes de la Hermandad Musulmana. En verdad, Essam odiaba a la Hermandad; pensaba que los islamistas eran una manga de maricas. De hecho, él estaba alineado con un grupo local más militante llamado Al Jihad, rama egipcia de Al Qaeda. Los islamistas y los yihadistas tienen el mismo objetivo: difundir el islam. Pero aplican distintos métodos. Los primeros quieren hacerlo por medios pasivos, como la política, la inmigración y la tasa de natalidad. Los segundos, en cambio, prefieren el método utilizado por los primeros musulmanes: la espada. En el Hadiz, un fragmento reza que Mahoma dice que los mejores musulmanes son los de su generación y que luego estos se van debilitando sucesivamente a medida que pasa el tiempo. Por lo tanto, es obvio que la generación actual siempre es la peor de todas. Los musulmanes nunca deberían permitir que el islam progrese, sino que deberían aspirar a emular aquello que Mahoma y sus compañeros realizaron hace mil cuatrocientos años. Ese es el motivo por el cual los yihadistas consideran que los islamistas son menos religiosos, menos puros, gente vendida a los americanos que se recorta la barba y luce trajes. El musulmán genuino viste como el profeta y también actúa como él. Morsi, al ser islamista, prefería mantener a los yihadistas como Essam tras las rejas. Si bien ambos grupos tenían las mismas metas, no eran aliados.

Me gusta pensar que lo más probable es que Essam esté muerto. Y que cualquier amigo o aliado que pudiera tener, deseoso de lastimarnos en su nombre, con suerte esté muerto también. Hoy en día, él tendría unos 60 años. La sentencia que lo condenó le impuso quince años de trabajos forzosos, así que actualmente podría estar en libertad. Pero es altamente improbable que su cuerpo esté fuerte tras un lapso tan largo en una cárcel egipcia. Al menos puedo dormir tranquila, pues no es una amenaza física para nosotros. Además, no puedo imaginar que el Estado canadiense le permita alguna vez volver a ingresar al país. A través de un artículo en línea del New York Times, me enteré de que era el enlace de la célula terrorista de Bin Laden en Canadá, así que muy probablemente le sería difícil viajar hasta aquí. Chequeo una y otra vez su página de Wikipedia para ver si la información ha sido actualizada. Ya leeré algún día la confirmación de que efectivamente está muerto.

Reconstruyendo

Por muy difíciles que fueran en términos económicos, aquellos años de desmantelamiento de mi ser musulmán y reconstrucción de mi nuevo ser, ladrillo por ladrillo, tuvieron algunos buenos momentos. Solía invitar a mis amigas de la niñez a mi casa y nos peinábamos, nos maquillábamos, escuchábamos música y bailábamos (todas esas cosas prohibidas en nuestros hogares familiares). Simplemente, éramos chicas libres de veintipico de años. Mi casa era muy popular por esta razón.

Esas jóvenes todavía estaban bloqueadas en sus hogares (una estaba encerrada en un matrimonio arreglado), y mi casa era el lugar donde ellas podían ser libres. La amiga que me había ayudado a conseguir el cuarto en el sótano tenía un hermano que tenía un mejor amigo llamado Wayne. Una vez, mientras pasábamos el rato con mis amigas, Wayne apareció sin previo aviso. Por aquellos días, yo aún llevaba el hiyab de día, así que él nunca antes había visto mi cabello. Creo que no esperaba verme tan diferente; me di cuenta de que visiblemente lo había tomado por sorpresa. Me reí con cierto nerviosismo y me escapé de la situación, incómoda ante tanta atención. Más tarde, mis amigas me lo hicieron notar.

—¡Cómo te miró!

—Sí, puede ser. Tal vez creía que era calva.

—¡Pero ninguna de nosotras usaba antes el hiyab! A nosotras ni siquiera nos miró. Era como si no estuviéramos aquí. Solo tenía ojos para ti.

Era cierto lo que estaban diciendo, y para mí era halagador. Pero los amigos siempre exageran ese tipo de cosas. Así que de veras que me sorprendí cuando el chico regresó más tarde esa noche y me dejó muy en claro que estaba buscando algo más que una simple amistad conmigo. La cabeza me daba vueltas. La idea me entusiasmaba tanto como me aterraba.

Había dado el paso de vivir sola, pero tener novio era un capítulo aparte. Relacionarse con un miembro del sexo opuesto, en especial tratándose de un no musulmán, estaba terminantemente prohibido. No solo había que pagar con el infierno una vez que uno moría, sino que además en la Tierra eso también era potencialmente peligroso. La vergüenza y la culpa eran invalidantes.

Cuando comenzamos a dormir juntos, yo tenía tal susto que en cada oportunidad casi me provoqué un ataque de pánico. Para calmar mis nervios, me imaginaba que era mi marido. Me figuraba que él era el odioso, violento y horrible hombre con el que estaba casada, ¡y eso me tranquilizaba! Me daba tanto pavor tener sexo con un hombre que no fuera mi esposo que de hecho me representaba con un hombre con el que no quería estar para poder atravesar el momento. El lavaje de cerebro tenía una pregnancia realmente insidiosa en mí: Wayne era haram; Essam era halal. Y por más que quisiera estar con Wayne y odiara a Essam, solo podía apaciguarme lo suficiente como para acostarme con él si fantaseaba con mi ex (si es que a eso se le podía llamar "fantasear"). Era en verdad un desmadre.

Luché enérgicamente contra el pensamiento de estar relacionándome con un chico no musulmán. Los hombres están autorizados a tener parejas no musulmanas, pero no así las mujeres. ¡Estaba rompiendo tantas reglas sustanciales!

Pero era maravilloso ser capaz de tener a alguien en quien confiar, tener una mano reconfortante que agarrar, tener un cálido abrazo al final de un día duro. Wayne era completamente inofensivo, me amaba, y saber que él me quería más de lo que yo lo quería a él me proporcionaba un gran consuelo. Eso me daba el control de la situación. Nunca temí que él me lastimara.

—Haría cualquier cosa en este mundo por ver una sonrisa en ese hermoso rostro.

¿Cómo podía ser que alguien me dijera esas palabras a mí? Era tan surreal. Sus frases eran un elixir curativo para una persona que estaba tan enferma y que no tenía idea de lo que significaba estar sana.

Peleé contra los sentimientos de culpa y miedo y dejé que la relación se desenvolviera con naturalidad. Nunca anunciamos realmente que éramos una pareja, pero él siempre estaba allí conmigo.

A medida que transcurrían los años, pasamos de ser amigos a ser amigos con privilegios, hasta que finalmente nos casamos. No organizamos una boda, sino que fue una rápida ceremonia civil en el Palacio de Justicia. Creo que sobre todo me casé para paliar el cargo de conciencia que sentía por acostarme con él. Si éramos marido y mujer, quedaba absuelta de mis pecados pasados.

Wayne vio a mi madre una vez, pero recién después de haber pronunciado la shahada[17] y haberse convertido al islam.

—¿Y si me hacen preguntas?

—No te preguntarán nada. Solo repite la frase después del imán.

Ser musulmán le llevó diez segundos. Estaba deseoso de profundizar y aprender todo sobre esa religión y quería hacer todo lo que yo quisiera.

—¡No comeré cerdo!

—Come todo el cerdo que quieras, mi amor, por favor —le dije—. Aprecio que hagas esto por mí. No te pediré que hagas más nada.

Lo único que quería era que él mascullara las palabras: “No hay otro Dios que Alá, y Mahoma es el mensajero de Alá”, enfrente de un imán, para que mi madre no nos guardara rencor.

No le dije que el castigo por apostasía era la muerte. No le dije un montón de cosas. No había necesidad de que supiera, dado que yo ya estaba en mis últimas fases como creyente. Sabía que eso era solo una fachada.

Sin embargo, en aquella época, yo daba clases en una escuela islámica, así que todavía tenía que ponerme el hiyab durante el día, pero todo aquello también era una fachada. Seguía llevando una doble vida. La diferencia era que ahora, en lugar de cubrirme de día para ir a la universidad, lo hacía para ir a trabajar.

Al menos en casa podía ser yo misma. A menudo me arrancaba el hiyab en el coche al salir del trabajo. Mi hija, en el asiento trasero, hacía lo mismo. Ya desde jardín de infantes se le exigía que lo llevara.

Conozco a un montón de exmusulmanes que tienen una doble vida y ¡viven con sus padres! No puedo concebir cómo será eso. Una cosa es soportarlo cuando te han lavado la cabeza, pero ¿ser forzado a vivir así una vez que tu mente se ha liberado? Es difícil de vislumbrar. Debe ser una tortura.

Pero cada uno tiene su propio matiz de sufrimiento. Ninguno puede hacer fácilmente esa transición. Se trata de una lucha compartida por todos los exmusulmanes. La que denominamos estar en el clóset, pues la expresión se aplica también a nuestro intríngulis.

Una vez que dejé el colegio islámico y comencé a enseñar en una universidad, no había motivo alguno para sostener la pantomima. Todos en mi vida sabían que ya no me ponía el hiyab, excepto mi madre. No me había puesto a meditar aún cómo decirle. De todos modos, nuestra relación ahora pendía de un hilo, y yo sospechaba que esto pudiera ser la gota que colmara el vaso. Para ser honesta, me hubiera aliviado que así fuera. Lo único que quería era vivir con libertad, sin tener que simular más nada por nadie. Estaba cansada de llevar una doble vida. Y, si eso significaba que mamá me desheredara, pues que así fuera. Tampoco era que yo sintiera que tenía una verdadera madre.

Nos veíamos muy poco, porque vivíamos vidas separadas y con múltiples ciudades entre medio, pero un día me llamó para pedirme que la llevara al médico. Con el coraje y la confianza que había ganado gracias a mis clases de historia de las religiones, con la alucinante perspicacia de Tosha y con la conciencia de que mi madre no tenía ningún control sobre mí (y de que estaría bien sin ella), decidí que ese día saldría de casa como si fuera un día cualquiera.

—¿Estás segura? —Wayne estaba emocionado, pero preocupado—. ¿No quieres que te acompañe?

—No, eso podría ser peor. Esto tiene que pasar tarde o temprano.

Hoy es un día tan apropiado como cualquier otro.

Llevé un hiyab conmigo y lo dejé en el asiento trasero, por las dudas de que a último momento me faltara valor. Casi claudico. Pero me mentalicé para seguir conduciendo sin frenar, para no darme la oportunidad de ponérmelo. Cuando me desvié para recogerla, abrió la puerta del automóvil, me echó un vistazo y comenzó a chillar.

—¿Por qué estás desnuda? ¿Estás chiflada? ¡Me niego a subir a este coche si estás desnuda como una puta! ¿Cómo no te avergüenzas de andar así? ¡Aouthoubillah! ¡Astaghfirullah! ¡Me asquea que estés desnuda como un animal! ¿Cómo te atreves?

Le contesté en un tono muy calmo y bajo.

—¿Quieres que te lleve al médico o no?

—¡Yo a este automóvil no me subo contigo, prostituta inmunda!

—Bueno, entonces por favor cierra la puerta así me puedo ir a casa. —Para sorpresa mía, se subió al coche. Pero su flujo de insultos no mermaba.

—¡Maldita seas! ¡Maldita seas hasta el infierno! ¡Te quemarás y jamás tendrás permitido siquiera oler el paraíso! Te mereces sufrir por toda la eternidad. ¡Tendrían que matarte! ¡Si estuviéramos en Egipto, te mandaría matar! ¡Debería matarte con mis propias manos! ¿Así que ahora eres una kafir? ¿Perdiste completamente tu religión? ¿Eres una mugrienta kafir?

—No, solo que no quiero ponerme más el hiyab.

—¡Claro que no! ¡Porque eres una perra! ¡Solo las putas más inmundas quieren pasearse desnudas exhibiendo sus cuerpos para que todos los hombres las deseen! ¡Eres un asco! ¡Debería matarte y enterrarte en el jardín! Qué escarnio, qué escarnio. ¡Más te vale no venir a mi funeral! No soy tu madre. No eres nada para mí. Estás muerta. Ojalá estuvieras muerta. ¿Cómo me puedes hacer esto?

Cuando sus alaridos cesaron, se puso sombría y su voz sonó firme y determinada.

—No me voy a arriesgar a dejarte viva y que abandones el islam. Te mataré antes de que eso suceda. A mí no me arrastrarás al infierno contigo.

Mamá creía que tenía que matarme para salvar su alma. Conforme a su religión, no veía otra opción. Si criaba a una hija que se convertía en una apóstata, entonces sería castigada por toda la eternidad. Sería culpa suya, y Alá la haría escarmentar. Debía matarme para cerciorarse de que eso nunca ocurriera.

Su razonamiento no me extrañó. Estaba dentro de mis expectativas. Pero al igual que cuando me había casado con Essam, esperando contra cualquier pronóstico que después de todo terminara siendo una persona decente, esta vez había esperado que mi madre no llegara a aquella inevitable conclusión. No obstante, tenía sentido. Mis deseos, necesidades, felicidad e inclusive seguridad nunca habían desbancado la religión —no desde mis 6 años, cuando fui golpeada por no rezar—. Entonces, ¿por qué las cosas súbitamente serían distintas ahora? Los mandatos religiosos siempre tenían primacía. Las demandas de Alá siempre estaban por encima de todo lo demás.

Wayne

Tras dejarla aquel día en su casa, nunca más volví a verla. Eso fue en 2004. Hasta entonces, la había llamado un par de veces, desde una distancia prudencial y desconocida para ella. Pero, poco tiempo después de aquel tétrico día, tuve que terminar admitiendo que no tenía sentido intentar alimentar la relación. A mí ya no me interesaba su aprobación; eso había quedado atrás. Y esa era toda la base de nuestro vínculo: ella reteniendo su amor hasta que yo acatara y yo haciendo todo lo posible para obtener su anuencia. Aquel ciclo ahora estaba roto, en la medida en que entendí que con independencia de lo que yo hiciera nunca sería suficiente. No existía un punto en el cual ella me garantizara el amor y la aceptación que yo anhelaba con tanta desesperación. Ni siquiera haberme casado con el hombre elegido por ella y vivir como un fantasma humano sin identidad propia pudo saciarla.

Decidí que iba a vivir la vida por mi propia felicidad, no por la de ella. Me entristecía que su felicidad me causara miseria y que la mía le causara miseria a ella, pero no podía hacer nada al respecto. La vida era una sola. Una única chance en este planeta. No iba a despilfarrarla viviendo para satisfacción de otro, sino para mi propia satisfacción.

Nada de esto tuvo efecto en nuestras vidas cotidianas, dado que de todos modos mi madre apenas formaba parte de nuestras vidas, pero sí parecía que hubiera acontecido una muerte: la muerte de lo que podría haber sido, supongo. Yo había intentado hacerlo a su modo y estaba poco dispuesta a revolver el fango por el resto de mis días en nombre de la promesa del cielo. El cielo ni siquiera sonaba como algo tentador; era algo estúpido. Había sido fabulado para seducir a un cerebro masculino. Para las mujeres, era un tedio. Además, yo ya no creía en ninguna de esas motivantes zanahorias imaginarias. Lo único que podía tener por seguro era el respiro que estaba dando. ¡Carpe diem!

Me llevó bastantes años, empero, sobreponerme del todo a la idea

de que mamá nunca más me iba a llamar. Nunca me iba a aceptar como era. Nunca iba a ser la madre que yo quería que fuera. No me quedaba otra alternativa que aceptar que yo realmente estaba muerta para ella y que, de rebote, ella estaba muerta para mí.

Pero la vida continuaba. Wayne, mi hija y yo nos mudamos a una casa nueva sensacional. Compramos muebles nuevos. Teníamos dos coches. De afuera, parecía que lo teníamos todo.

Wayne era complaciente y afable respecto de cada punto. No tenía inconvenientes en adherir a todo lo que yo quisiera.

Recuerdo escenas en las que me reprochaba a mí misma el sentirme desdichada. ¿Qué más podía pedir? Tenía todas las cosas que la sociedad dice que necesitas para ser feliz, pero por algún motivo no era suficiente. Había pasado por demasiado y estaba exhausta. No obstante, de alguna manera, conformarme con la mediocridad convertía todo eso en un esfuerzo vano.

Cuando Wayne y yo nos conocimos, ambos estábamos en un período transicional de nuestras vidas. Yo estaba dejando de ser una musulmana bajo el yugo de su madre y me estaba convirtiendo en una mujer independiente, en una madre y en una estudiante, y lo hacía todo por mis propios medios.

Él acababa de perder a su madre un año antes, tras un cáncer. Creo que ambos necesitábamos la estabilidad que ofrecería el matrimonio. Ansiábamos la atmósfera familiar de la que carecíamos.

Nos regalamos eso mutuamente, pero no podíamos ofrecernos mucho más. En todos los demás aspectos, éramos una mala combinación. La psicología popular diría que los dos éramos hermanos menores, y por ende ninguno estaba dispuesto a conducir el bote. Definitivamente, hay algo de verdad en eso. Él estaba buscando una figura materna; yo estaba buscando un compañero fuerte que velara por mí y me ayudara a crear un entorno familiar estable para mí y para mi hija. No quería a alguien al que yo tuviera que cuidar.

Un día, en la fase final de nuestro escueto matrimonio, los tres

estábamos sentados desayunando, y yo me puse a untar mermelada en mi tostada.

—¿Puedo comer la mitad? —preguntó mi hija.

—Claro —le dije.

—¿Y la otra mitad puede ser para mí? —preguntó Wayne.

Por una fracción de segundo, hice una pausa y, luego, le tendí la mitad del pan. Acababa de experimentar el resumen mismo de mi vida. Ese era exactamente el escenario. Mientras me quedara con él, ese sería mi derrotero: siempre dando, nunca recibiendo.

Aprendí muchísimo de Wayne. Aprendí que era digna de ser amada. Aprendí lo que significaba vivir una relación amorosa. Aprendí que podía continuar rompiendo barreras y desafiando a Alá ¡y que no pasaba nada! Porque, por más que ya no creyera en todo ese sinsentido, el temor y la duda de estar equivocada cada tanto se abrían paso a hurtadillas. Pero había tenido relaciones prematrimoniales, el máximo pecado para una mujer, ¡y todavía estaba entera! Aprendí que me había casado con él porque era una persona que me brindaba seguridad y contención, y que yo era vulnerable y estaba rota. Aprendí que él fue sensacional para mí en aquel momento, y estoy agradecida de que estuvimos el uno para el otro cuando nos necesitamos. Honestamente, no puedo decir que alguna vez estuve enamorada de él, pero sí está claro que lo quería. Sin embargo, ese amor no era suficiente para sostener un matrimonio.

Divorciarme me asustaba. Acababa de perderlo todo, incluida mi identidad. Wayne había llenado un inmenso vacío en mí, pero yo sabía que nunca lo amaría del modo que él quería. Me casé con el primer chico que vio mi pelo y me encontró atractiva. Había probabilidades de que conociera a otros muchachos y de que pudiera elegir a uno que me preparara una tostada, en lugar de pedirme la mía.

Doha

El año anterior a cumplir mis 30, acepté un puesto como docente en un colegio en Medio Oriente situado en Doha, Qatar, país del que nunca antes había oído hablar. Me asustaba tomar cualquier decisión en mi vida, pero esta era particularmente grande y escalofriante. Era la primera vez que estaba confiando exclusivamente en mi propio criterio y habilidad. Además, si metía la pata, también estaría arruinando la vida de mi hija.

La segunda guerra de Irak estaba en su paroxismo. Me paralizaba la idea de equivocarme en mi elección. Decidí llamar a mi madre y contarle la situación, pero ella aprovechó para decirme lo irresponsable que era como madre por llevar a mi hija a una zona de combate, donde podía ser asesinada por los kuffar. Lamenté mi ocurrencia de haberla contactado. Lo único que logró mamá fue hacerme sentir peor.

Tuve que aceptar el cargo. Me ofrecían un excelente salario, y mis gastos de vivienda, servicios públicos, amoblamiento y demás equipos para mi casa serían solventados por mi empleador. Me daban un generoso período de vacaciones, junto con el valor de un pasaje aéreo por año para visitar mi país. Con esto, iba a poder reembolsar los préstamos estudiantiles, brindarle a mi hija la vida que había imaginado para ella y probablemente incluso regresar a Canadá con suficiente dinero para pagar el anticipo de una casa. ¿Cómo podía resistir?

Para darme ánimo, escuché en loop “I Will Survive”, de Gloria Gaynor, “My Way”, de Frank Sinatra, y “Lose Yourself”, de Eminem. “Faith”, de George Michael, y “Get the Party Started”, de Pink, también estaban en aquel cd de recopilación.

Debía permanecer serena y focalizada, tragarme todas las dudas. Tenía que hacerlo. Había pasado por tantas cosas. Me dije a mí misma que al lado de lo que había vivido esto sería como un paseo por el parque.

El único genuino motivo de preocupación era que estaría viviendo en un país musulmán. Yo llevaba el apellido de Wayne y no tenía un aspecto muy árabe. El problema era mi nombre, pero supuse que simplemente podía decir que mi madre era egipcia, copta cristiana. Mi nombre era árabe, pero no islámico. Podía salir del paso sin siquiera mencionar que alguna vez había sido musulmana.

El tema era que, si bien ya no creía realmente en el islam, todavía no había identificado aquello en lo que sí creía. Pasé por varios estadios. Primero fui una musulmana no practicante; luego descreí de toda religión organizada; luego fui espiritual pero no religiosa; luego fui agnóstica, y finalmente me identifiqué como atea. En un momento dado, descubrí el término "exmusulmán", pero eso llegó años después. A lo largo de aquella transición, sinceramente pensé que yo era la única que alguna vez hubiera atravesado algo así. Nunca había oído o sabido de algún musulmán que hubiera abandonado el islam. Directamente, no era una opción. Es parte de tu identidad. Es casi como elegir no ser más negro. No se puede. Es lo que eres y punto.

Me llevó años descubrir y comprender que "musulmán" no era una identidad. El islam es una ideología que uno elige seguir o no. Si optas por no seguirla, conlleva una sentencia de muerte, desde luego, pero ¡lo fundamental es que no era una parte innata de mi ser! ¡Sí que podía perderlo! Y lo perdí.

No obstante, antes de eso tuve que pasar por muchísimas experiencias de aprendizaje. Fue un camino oscuro, sinuoso y muy solitario. En estos días, los exmusulmanes tienen redes sociales que les suministran apoyo y guía. El camino sigue siendo oscuro y sinuoso, pero al menos ha dejado de ser solitario.

Ahora es extraño leer lo común que resulta para un exmusulmán decir: "Pensé que era el único". Insisto, yo también había pensado que era la única, pero resulta que millones de otras personas estaban y están pensando lo mismo; ellas también creían ser las únicas en esa situación.

El islam nos aísla así. Es como una escuela de peces que se mueven todos en una única dirección. Si no te alineas, te sientes excluido y distinto. Te dicen de mil maneras diferentes que no sirves, que estás

tan lleno del demonio que necesitas reparación o salvación. Es vergonzoso. Te sientes un enorme paria. ¿Cómo se te puede siquiera ocurrir compartir tus pensamientos impuros con alguien?

Todo eso es parte de la ingeniosa e insidiosa metodología que consiste en mantener a la umma encolumnada. ¿Cómo se controla a los individuos? Conviértelos en zánganos descerebrados y manipula sus mentes desde muy temprana edad para que crean verdaderamente que no hay más que un solo camino. Eso es lo que te dicen cada día, desde el momento en que eres capaz de comprender el sentido de las palabras.

Tan pronto como aterricé en Qatar, fui fagocitada por esa escuela para peces. De hecho, sucedió el día de la primera sesión orientativa. Resulta que, cuando salí de la cabina del baño, una mujer con hiyab vino corriendo hacia mí muy excitada.

—¡Me enteré de que te llamas Yasmine! ¿Eres árabe?

—Algo así, mi madre es egipcia. —Debí haber dicho que no.

—¡Oh, ahlan wa sahlan! ¡Yo también soy egipcia!

De repente, me vi rodeada de un enjambre de mujeres exclamando a mi alrededor. Intenté abrirme paso a los codazos para lavarme las manos.

—¡Ahlan beeki! —respondí. En ese mismo instante, me sentí una tarada.

—¡Oh, hablas árabe! ¿Viviste en Egipto alguna vez? ¿Dónde vivías? ¿Eres de El Cairo? ¡Qué emoción conocerte! Nosotras nos reunimos todos los viernes para bailar la danza del vientre. ¿Quieres venir? ¿Te gusta Amr Diab? ¿Sabes quién es?

Mientras intentaba avanzar paso a paso desde las toallas de papel hasta la salida, literalmente me sofoqué. Esas mujeres estaban tratando de ser simpáticas, pero a mí me resultaron por demás invasivas, y quedé aterrorizada.

No quería que la gente oyera por ahí que yo era o, mejor dicho, que había sido musulmana. Estaba viviendo en un país regido por la

sharía. El castigo por apostasía era la muerte, y no había tutía al respecto. Esa es la parte más peligrosa del islam hoy: la sharía.

No hay otras naciones teocráticas en el mundo si exceptuamos los países que viven bajo la ley islámica. Allí incluyo por supuesto a los cincuenta y siete miembros de la Organización para la Cooperación Islámica. Da miedo. Hasta tanto esos países sigan acatando, jamás progresarán más allá de esas leyes bárbaras, misóginas y homófobas que datan del siglo séptimo. La gente puede ser libre de creer en todos los tatas dioses y cuentos de hadas que se le antoje, pero lo que no se puede es imponer a los demás las cavilaciones de unos amigos imaginarios, al menos no en una democracia moderna.

Al haber nacido yo en una democracia laica y liberal, no tenía idea de en qué me estaba metiendo. Eso en realidad fue algo bueno. Si hubiera comprendido cabalmente el alcance del peligro en el que estaba poniéndonos a mi hija y a mí, jamás habría ido a Qatar.

Allí no iba a estar protegida por leyes seculares ni por el derecho a la libertad religiosa. Bajo la sharía, si abandonas el islam, te cortan la cabeza. Fin de la discusión.

Mientras hacía lo posible por no hiperventilar y simplemente escabullirme de allí sin responder a ninguna de las preguntas, entró una colega. Trabajaba en Recursos Humanos, y su nombre era Jennifer. Durante la sesión orientativa, la había oído hablar en inglés. No sabía nada sobre ella, pero el solo verla permitió que el oxígeno llegara a mis pulmones otra vez. Extendí mi mano en su dirección, de manera instintiva, como uno haría si se estuviera ahogando en una piscina y de pronto ve una sombra.

—¿Estás bien? —me preguntó al tomar mi mano.

—No, no me siento bien. Necesito un vaso de agua.

—Oh. —La manada de mujeres se dispersó y me dejó pasar.

Cuando mi colega me acompañó al surtidor de agua, se refirió con calma al calor del desierto, a las temperaturas que pueden escalar hasta los 50 ºC y a la importancia de tener cuidado y mantenerse hidratado. La interrumpí para decirle que la verdad era que me

había sentido muy incómoda con aquellas mujeres que me habían abordado en el baño.

—¿Qué hicieron para incomodarte?

—No lo sé.

¿Qué podía decir? No las quería meter en problemas por el mero hecho de haber sido amigables, pero al mismo tiempo necesitaba apretar el botón para reiniciar. No quería que supieran que yo era mitad egipcia. No quería que pensaran que yo era una de ellas. No podía verme enmarañada en semejante lío. Estaba muy asustada de que la verdad sobre mi trasfondo saliera a la luz de un modo involuntario. No podía estar cerca de ellas. Balbuceé incoherencias sin llegar a decir nada consistente, y finalmente mi colega dejó el tema de lado.

—De acuerdo, voy a hablar con ellas.

—Solo estaban intentando ser amables —dije—. No quiero que tengan problemas por esto.

—No, está bien. Entiendo.

Pero ¿cómo podía ella entender? Debió de pensar que estaba loca.

Después de eso, tuve la cautela de no divulgar nunca más que entendía árabe, de no mascullar ni una palabra más en ese idioma y de nunca más dar la información de que era mitad egipcia, a menos que se tratara de una colega canadiense, por supuesto. Y, aun en ese caso, fui precavida en cuanto a los datos que comunicaba.

Por suerte, en comparación con los países árabes, la obsesión por la identidad es bastante inexistente en el Canadá multicultural. A la mayoría de los canadienses realmente no les importa saber nada de tu pasado:

—¿De qué parte de Canadá eres?

—De Vancouver.

—Genial.

Listo. A otra cosa, mariposa.

Con un árabe, esa conversación habría durado veinte minutos, lo necesario para que mi interlocutor pudiera sonsacarme todas las precisiones acerca de mi historial étnico, religioso y geográfico, con miras a asegurarse de encasillarme en los respectivos estereotipos y conjeturas del caso. Yo estaba familiarizada con esa vida de pecera que lo abarcaba todo. La recordaba de mis tiempos en Egipto y, en ese mismo instante, tuve una aversión física ante la idea de volver a vivir de esa forma. No digo que todos los países estén divididos en castas, pero para el caso esto era lo mismo.

*

Muchas cosas estaban pasando a un ritmo vertiginoso. Estaba estrenando un nuevo trabajo en un nuevo país y viviendo en una nueva casa. Mi hija estaba empezando un nuevo colegio. Todo era un caos. Y encima estaba tramitando mi divorcio. Un día, mientras descargaba las compras que había hecho, colapsé ante la visión de un frasco de mermelada.

Mi hija prefería los sándwiches de mantequilla de maní y mermelada que le hacía Wayne, porque él siempre lograba mágicamente dar con el ratio apropiado.

Tras llorar sentada en el suelo de la cocina con un pote de mermelada entre las manos y la puerta de la heladera abierta, me levanté, me quité el polvo y continué ordenando las compras. No había tiempo para machacar sobre el pasado. No había tiempo para lidiar con eso. Tenía que seguir avanzando. Ese era el modo en que había hecho frente a todas las tragedias de mi vida; así me habían enseñado. Y esa fue más o menos la manera en la que me conduje hasta que decidí frenar y comenzar a escribir este libro.

Todo se detuvo abrupta y excepcionalmente unos meses después, cuando un coche bomba hizo estallar un teatro local. La sala era únicamente para expatriados, así que estaba llena de británicos,

estadounidenses, australianos y canadienses. Yo tenía entradas para ir al espectáculo de aquella noche, pero desistí porque mi hija no se sentía bien.

El egipcio que estrelló el coche contra el edificio murió por el impacto. Todas las personas que estaban en el interior pudieron escapar cuando oyeron el inmenso estruendo. Una vez que estuvieron afuera, el director de la institución regresó para cerciorarse de que todos hubieran sido evacuados y entonces explotó la bomba. El hombre no sobrevivió.

Fue un día que me golpeó tan fuerte como el 11 de septiembre.

Consideré seriamente empacar mis cosas y regresar a mi país. Pero ¿adónde iría? Wayne y yo ya no estábamos juntos. No podía regresar a vivir con mi madre. Al menos en Qatar tenía casa y trabajo. Debía lograr que la cosa funcionara. Decidí entonces darle una oportunidad más, con la esperanza de no tener que vivir lamentando esa decisión. Si ocurría algún otro episodio como ese, me tomaría el primer vuelo de vuelta a Canadá.

Desarrollé un tic nervioso en mi ojo derecho, que no se me fue en seis meses. Más allá de aquella vez en que se me paralizó el brazo en la universidad el día del examen y de los ataques de pánico ocasionales, había conseguido evitar cualquier manifestación física de mi estrés. Este tic me asustaba, pero lo ignoré y seguí adelante.

No ocurrió ningún atentado más, y comencé a relajarme y a disfrutar de mi nueva vida. Era otra extraña chance para hacer borrón y cuenta nueva. Nadie en Qatar me conocía ni sabía nada acerca de mí. Podía reinventarme del modo que quisiera. Para ese entonces, ya había desmantelado con éxito cada componente de mi identidad musulmana, así que era tiempo de reconstruirme de cero. Era una oportunidad que la gente rara vez tiene, una oportunidad de la que saqué pleno provecho.

Por fin podía ser una auténtica feminista, y no una feminista musulmana confundida y constantemente arrepentida. No tenía que idear excusas para explicar por qué Alá le da a la mujer la mitad de la herencia que obtiene su hermano, ni por qué en un tribunal regido por la sharía el testimonio de una mujer vale la mitad que el

de un hombre, ni por qué Mahoma dijo que las mujeres tienen una inteligencia deficiente. Podía denunciar alegremente toda esa misoginia sin sentirme atemorizada ante los castigos que sobrevendrían en un hipotético más allá. Podía decirnos a mí misma y a mi hija, con orgullo: "Vales la pena, eres insuperable".

Lamentablemente, me encontraba en un país cuya sociedad, en cada uno de sus elementos, estaba en total discrepancia con mi nueva actitud desacomplejada. A mi alrededor, veía un mar negro; ninguna mujer era discernible del conjunto. Todas veladas, borradas. Qatar es un sitio donde el feminismo aún tiene que echar raíces. Nadie, ni siquiera las mujeres, está dispuesto a alimentar la idea de una sociedad igualitaria, puesto que eso contradice la tan preciada religión. Sin embargo, al ver a esas mujeres e interactuar con algunas estudiantes, supe que ese era el hilo del que había que tirar. Supe que esas mujeres pudriéndose bajo esas fundas sofocantes tenían hambre de libertad y de autonomía, al menos algunas. Así era la naturaleza humana. Solo podían mentirse a sí mismas hasta cierto límite. La disonancia cognitiva llega hasta cierto punto; luego uno queda frente a la intersección entre la realidad y la imaginación. Si las mujeres son las reinas en el islam, si Mahoma fue el primer feminista, entonces ¿por qué no puedo divorciarme de mi marido maltratador? La religión autoriza al hombre a golpearme, a violarme, y no me permite divorciarme de él. Esas mujeres cautivas un día iban a reconocer a su captor. Personalmente, quería que todas ellas encontraran su libertad y su felicidad, como yo lo había hecho. Confiaba en que tarde o temprano se alzarían. Solo esperaba estar viva para poder presenciarlo.

Por mucho que deseara estirar el brazo y apoyar a todas esas mujeres, en aquella época también estaba preocupada por mi propia turbulencia. No era un contexto fácil. Al vivir bajo una teocracia, siempre estaba tensa, porque nunca sabía qué podía pasar. Era sumamente consciente de que no estaba en tierra propia. Estaba en tierra de ellos, y cualquier paso en falso podía costarme que me echaran sin previo aviso. Esto me estresaba en particular por mi hija. Tuvieron que pasar dos años tras mi vuelta al suelo canadiense para poder soltar del todo la tensión a la que me había aferrado sin siquiera percatarme.

En Qatar, todo estaba pautado, comenzando por el lugar de cada uno en la jerarquía racial: los árabes qataríes estaban en la cúspide, seguidos por los blancos (estadounidenses, canadienses, australianos, británicos) y por otros árabes (libaneses, egipcios, sirios, etc.); luego venían las personas de Filipinas y, al final de la lista, las personas oriundas del sur de Asia (indios, paquistaníes, bengalíes, etc.). Asimismo, está estipulado lo que uno ha de lucir, en especial las mujeres; lo mismo ocurre con lo que comes, lo que bebes, adónde vas y dónde vives. Cada uno tiene su lugar específico en la sociedad, y si quieres vivir en Qatar, debes conocer cuál es tu lugar.

Lo odiaba, pero también me gustaba. Me gustaban las amistades estrechas. Me gustaba que mis préstamos estudiantiles fueran menguando. Me gustaba poder viajar. Estaba siendo incitada a probar cosas nuevas. Estaba siendo incitada a permitirle a mi hija probar cosas nuevas. Mi hija tenía una mejor amiga cuya madre era una excéntrica que constantemente quería superar los límites. Cuando las chicas tenían solo 7 años, se alió con ellas en mi contra para que las dejara subirse a una montaña rusa. A mí las montañas rusas no solo me asustaban en general, sino que encima esta me provocaba un miedo particular por los escasos estándares de seguridad vigentes en un país en desarrollo. Pero acabé rindiéndome, aunque después me sentí pésimo. Me pasé todo el rato que duró la vuelta llorando desconsoladamente, hasta que tuve a mi hija en brazos otra vez. ¡Ese verano, las mismas chicas hicieron bungee jumping en Tailandia! La verdad es que me estaban empujando de mi zona de confort.

El primer año en Qatar fue realmente difícil. Lo mejor fue cuando vino a visitarme Tiffany.

—Es como si este lugar hubiera sido construido por el Dr. Seuss.[18] Nada tiene sentido y todo es tan extraño —dijo como primera impresión de Doha.

Un día, la encontré llorando mientras miraba la tele.

—¿Qué te pasa?

—¡Mira! ¡Árboles! —exclamó. Para alguien de la costa oeste de

Canadá, vivir en el árido desierto de Qatar era semejante a vivir en la luna.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó otro día.

—¿Qué? ¿Dónde?

—¿Son ballenas?

Y entonces lo oí.

—Aaaaaaaallllllllaaaaahhhhhhhhhhhhuuuuu…

¡Resulta que se refería al típico lloriqueo nasal y prolongado que emiten las mezquitas para llamar a rezar! Como yo lo oía cinco veces al día, directamente me desconectaba, pero para Tiffany era un sonido raro y escalofriante.

*

Dicen que hay que fingir hasta lograrlo. Bueno, yo fingí. Era docente. Era inteligente. Estaba segura de mí misma. Era una mujer fuerte. Era la única mujer lo suficientemente fuerte como para ser madre soltera en una sociedad tan misógina. Me convertí en la mujer que quería ser. Y tan bien lo hice que en un momento me di cuenta de que no estaba fingiendo más. Ya era ella. Había hecho aparecer exactamente a la persona que quería ser. La primera vez que fui consciente de esto fue un día en que el decano de la facultad me hizo un comentario tras observar mi clase.

—Eres muy segura de ti misma, y tienes todas las razones para serlo. Eres una excelente docente.

—¿Segura de mí misma?

Obvié por completo el halago en cuanto a mis habilidades pedagógicas. ¡Era la primera vez que alguien me describía como una persona segura! ¿Acaso había terminado de fingir y había

llegado a buen puerto?

—Yo no me siento para nada segura, pero gracias.

Ganar confianza me llevó casi un año y no fue un proceso sencillo. Pero definitivamente se vio facilitado por ser una entre muy pocas mujeres solteras en un país colmado de hombres solteros. La mayoría de ellos eran unos pervertidos inmundos que venían de países en los cuales estaba perfectamente admitido mirar de manera lasciva a las mujeres. Yo pensaba que los hombres en Egipto eran malos, pero aquellos oriundos del subcontinente indio y del sur de Asia eran muchísimo peores. Lo que es cierto es que al menos guardaban cierta distancia. Ninguno de ellos se atrevió nunca a hablarme, así que yo me limitaba a evitar el contacto visual y a mantenerme lejos.

Los árabes, sin embargo, eran harina de otro costal. Creían que porque eran ricos todas las mujeres estarían interesadas en ellos y quedaban pasmados frente a una conducta contraria. Inclusive alguna colega expatriada me cuestionó mi rechazo.

—Pero ¡qué suerte tienes! ¡Eres todo lo que ellos quieren, el súmmum de la mujer! Tienes el cabello adecuado, la contextura adecuada, el rostro adecuado; ¡podrías follarte a cualquier jeque que quieras!

—Qué lástima, no me interesan los jeques.

—¡Qué desperdicio! Si yo fuera tú, no dejaría pasar la oportunidad.

Bueno, la Señorita Despistada no sabía en qué se iba a meter. Lo único que veía era el signo dólar. En cambio, yo sí entendía el precio real que iba a tener que pagar.

Para ser honesta, no me interesaba encontrar a un hombre. En verdad, trabajaba activamente para ser soltera. Los hombres de la comunidad de expatriados occidentales fueron muy útiles a la hora de inflar mi ego. Nunca me había sentido tan bella y deseada como en aquellos tiempos. Era muy sanador para mí despertar ese tipo de atención y así contrarrestar la negatividad del pasado. ¡Los chicos más guapos de la ciudad acudían a mí en manada y rivalizaban por

mi atención! Era un cambio surrealista, pero muy bienvenido.

En ese primer año, entablé una relación con un compañero de trabajo. Pero, para fines de aquel año, había hecho una transición hacia una mujer distinta de la que inicialmente había atraído a ese chico. Ya no era la persona nerviosa e insegura que poco a poco estaba reconstruyendo su vida. Ahora era la mujer que quería ser: aquella que sería un modelo para su hija. Al principio, no tuve inconveniente con las rabietas del muchacho, pero luego ya no. Ahora sabía que me merecía algo mejor.

Amor

Mi segundo año comenzó de manera muy diferente. Ya me sentía absolutamente confiada y segura en mi nueva identidad. Estaba asentada como aquella mujer que siempre había querido ser. Estaba lista para enfrentarme al mundo. Por fin quería abrazar la vida como mujer soltera. ¡Quería ser como Ally McBeal o alguno de los personajes de Sex and the City!

A poco de entrado el nuevo año, me choqué con el amor de mi vida.

No quería amarlo. No quería amar a nadie. No quería que un hombre me arruinara mi vibra de soltera cool. Me negué a sus insinuaciones una y otra vez. Pero al mismo tiempo tenía miedo de no arriesgarme a ver hasta dónde podía llegar esa relación y quizá lamentarlo el resto de mis días. Pensaba que nunca más volvería a conocer a alguien como él. Sabía que él tenía algo diferente. Nuestra conexión era inexplicable, no podía negarlo por mucho que lo intentara.

Cada vez que lo rechazaba, él era muy dulce y me decía que prefería que fuésemos amigos antes que perderme. Siempre sabía exactamente qué decir y qué hacer. No tengo idea de cómo lo hacía. Yo encontraba razones por las cuales nuestra relación no iba a funcionar y, cuando volvía a verlo, él ya había erradicado lo que fuera que para mí constituyera un obstáculo, ¡aunque yo no hubiera dicho nada! Lo sabía instintivamente.

Teníamos un vínculo que era muy inmediato e innegable. Con independencia de cuántas veces yo me apartara, él no me seguía la corriente. Ignoraba todas mis aprensiones y solo continuaba siendo sensacional conmigo. Sin esfuerzo, avanzaba a los golpes e iba atravesando las dificultosas etapas. Yo estaba tan acostumbrada a ser racional, fáctica e ignorar mi corazón y sentimientos: era el único modo que había encontrado de sobrevivir. Pero él me hizo querer escuchar mi corazón. Tuve que seguir una terapia para aprender a confiar otra vez, y por fin lo dejé entrar. Dejé ir mis

miedos, mi ansiedad y mis problemas de confianza, y sencillamente me permití enamorarme.

Fue la primera vez en mi vida que experimenté una relación amorosa, la primera vez que supe cómo se sentía estar genuinamente enamorada y ser genuinamente amada. Me llevó un tiempo reconocer aquel extraño sentimiento que me estaba venciendo: la felicidad. La tensión en mi pecho se fue aflojando; la temperatura de mi sangre fue bajando; estaba en las nubes viviendo un sueño que era mucho más mágico que cualquier otra cosa que hubiera podido fabular.

Y luego me hirió. Tratándose de una pareja estándar, podría haber resultado más fácil de superar, pero yo no era una chica estándar. No había conocido otra cosa que angustia y dolor, sufrimiento y esfuerzo, y esta era la primera vez en mi vida en que efectivamente había creído que podía tener chances de vivir otra cosa. Había confiado en él. Había creído en él. Realmente había pensado que era digna de todo su amor y adoración. Pero ahora mis demonios interiores se alzaban para desafiarme. "¡Qué estúpida fui por haber sido tan ingenua! Nunca debí haberme permitido ser tan vulnerable. Por supuesto, como era de prever y como todas las personas en mi vida, él también me lastimó".

Dicen que los opuestos se atraen, y esto era absolutamente cierto en nuestro caso. Él había vivido una vida afortunada. No tenía noción de lo que era pelear de verdad. Para él, la palabra "estrés" no era más que un concepto intangible. Desconocía a qué podía asemejarse. Yo, por mi parte, desconocía a qué podía asemejarse el no estar estresado. En los diez años previos a nuestro encuentro, él había pasado su tiempo viajando por Europa sin ninguna preocupación, un crudo contraste respecto de cómo yo había atravesado esa misma década.

Veníamos de dos mundos diametralmente distintos. Si no nos hubiéramos conocido en Medio Oriente, lo más probable es que en Canadá nuestros caminos nunca se hubieran cruzado. Éramos de costas opuestas del país, con miles de kilómetros entre nosotros, no solo en términos geográficos, sino incluso en cada aspecto habido y por haber. Éramos el yin y el yang.

Pero hay algo en esas fuerzas opuestas que crea una relación simbiótica. Su falta de estrés era el exacto antídoto para mi vida básicamente compuesta de estrés. Su actitud desenfadada y anclada en el momento presente era el exacto remedio para mi constante inquietud por el futuro.

Me enseñó a gastar un montón de dinero en buena comida ("pero ¡si en una hora esto termina en el inodoro! ¡Qué derroche!"). Me enseñó a viajar ("pero ¿y si hay una emergencia y estamos lejos de casa?"). Yo era como Chicken Little,[19] y él estaba rabiosamente seguro de que el cielo no se estaba cayendo. Y yo quería creerle.

Entonces luché por nosotros. No creo que él alguna vez entienda lo mucho que luché por nosotros. Jamás podrá saber lo que fue para mí o cuánto me exigió ser capaz de volver a confiar en él.

Y lo cierto es que tras varios años de relación, inclusive luego de casarnos, tener una hija y volver a mudarnos a Canadá, seguía sin confiar en él del todo. Siempre había un trozo de mi corazón que mantenía ajeno a él, un trozo que conservaba fuerte en caso de que alguna vez necesitara liberarme. Mantuve un ojo en nuestras finanzas y me tomé el cuidado de calcular cuánto necesitaría para continuar por mis propios medios, en caso de que alguna vez me viera obligada a echarlo de casa. Nunca más dejaría pasar nada. Una vez sí, dos no…

En verdad, no superé aquel episodio hasta que yo lo lastimé a él de manera inmadura y muy peligrosa. Y estoy muy feliz de que esa vez él luchara con ahínco por nosotros. Se había dado vuelta el tablero, y él supo darme muestras de que estaba ciento por ciento comprometido conmigo, con nuestro matrimonio y con nuestra familia. Ese fue el examen final, ¡y lo aprobó con creces!

Para nuestro décimo aniversario, regresamos a Las Vegas, donde nos casamos inicialmente, para renovar nuestros votos, pero esta vez fue Elvis el que ofició. Por fin, puedo decir con convicción, dejo ir ese pequeño trozo de mi corazón que estaba al resguardo por seguridad. Por fin, ya no estoy calculando de modo constante nuestras finanzas para asegurarme de que puedo llevarme a mis hijas y huir sobre la marcha. Por fin, ya no tengo un pie adentro y el otro afuera. Por fin, me siento lo suficientemente segura como

para entrar en casa y cerrar la puerta detrás de mí. Nunca pensé que llegaría hasta aquí. Ni siquiera era un objetivo realista, dado que me parecía rotundamente insensato e inalcanzable.

Visto a la distancia, creo que estaba tan abrumada por la felicidad y el amor que olvidé que la vida no es un cuento de hadas. Pasé de un extremo al otro. Ahora, mi vida no era más una historia de terror, pero tampoco era un cuento de hadas. Aprendí que la vida es un cómodo y seguro remanso entre medio.

Amo a mi marido y nunca pensé que pudiera alguna vez sentir este tipo de amor por un ser humano al que no le di la vida. Tiene un corazón inmenso y, de manera instintiva, es todo lo que necesito, aun cuando no entiende por qué. Él es mi recompensa por sobrevivir a todos los traumas de mi pasado y perseverar. Es mi luz al final del túnel.

Creo que lo que me permitió aguantar a lo largo de aquellos altibajos fue la voz de Tiffany. A ella mi marido le caía bien, y yo confiaba en el juicio de mi amiga más que en el mío. Alrededor de un año después de nuestra boda, Tiffany debió internarse para hacerse estudios de rutina, pero nunca pudo salir del hospital. Tenía un defecto cardíaco congénito, producto de que a su madre le habían prescrito un derivado de la talidomida cuando estaba embarazada. El corazón de Tiffany era como un amasijo de retazos, y solo su cardiólogo entendía cómo estaba formado. El día que mi amiga ingresó para hacerse los estudios, su médico no estaba. Le inyectaron un colorante para ver cómo fluía por sus arterias, y durante la tomografía computada, la misma que se había hecho docenas de veces antes, hubo una complicación.

Decir que quedé devastada sería una ridícula subestimación. Honestamente, sentí que había perdido conexión con este planeta. Tiffany era la única persona que me había quedado de mi pasado, aquella que había asistido a mi transición hacia la mujer que soy en la actualidad. Nos perdimos el rastro durante unos pocos años, cuando estuve casada con Essam, pero luego de mi escape la encontré tan pronto como pude. Tiffany era el único testigo de mi vida. Sin ella, ¿acaso aún existía? Falleció el mes de su cumpleaños: noviembre. Así que hoy en día caigo en una oscura depresión cada año entre Halloween y Navidad. Es desafortunado que mis dos hijas

cumplan años por esas fechas. Me tengo que forzar a planear fiestas, hacer disfraces, comprar regalos y decorar la casa, cuando el único pensamiento que me reconforta es el de terminar con mi vida. Es lo único que parece acertado, que tiene sentido. Me recuerdo entonces a mí misma que solo debo luchar contra esas ansias hasta la primavera. Pero es extenuante, y temo que uno de esos sombríos inviernos directamente no tenga más energía para pelear.

Con todo, me abro paso por la vida como siempre he hecho. Cuando las cosas no son oscuras, son gloriosas. Estoy tan agradecida por cada día soleado y por cada respiro. Estoy tan agradecida por mi marido y por mis hijas.

Tenemos una hijita inteligente, cariñosa, divertida, espléndida e increíble por donde uno la mire. Me sigue sanando, al igual que mi otra hija. Está siendo criada en un hogar estable y amoroso. Tiene una maravillosa hermana mayor que la mima y la adora. Se destaca en cualquier cosa que haga: fútbol, piano, hip hop, aprendizaje de idiomas. Ha tenido todas las oportunidades que un niño podría desear y las aprovecha al máximo. Yo haría cualquier cosa para mantener su vida ilesa. Ella es lo que todos tenemos el potencial de ser si no somos dañados por los adultos que nos rodean.

Ni mi marido ni mi hija menor conocerán a mi madre. No he tenido contacto con ella desde 2004. Al principio, mi congoja era tan honda que de inmediato se veía invadida por mi enojo, convirtiéndose ambos en sentimientos casi idénticos y, en última instancia, inextricablemente unidos. Pero nadie puede vivir así para siempre. Ahora simplemente me he insensibilizado. Me llevó una cantidad de tiempo increíble, pero al fin y al cabo, para ser muy honesta, ya no me interesa siquiera lo que pueda pasarle. Hacía mucho tiempo ya que había dejado de querer su aprobación, pero sí me había quedado con una indignante necesidad de que ella se disculpara, aceptara y asumiera la responsabilidad por todo el dolor que me había causado.

Estoy muy agradecida de poder decir, por fin, que todo eso ha quedado atrás. No quiero ni necesito nada de ella.

Al ser mi madre la matriarca de la familia, tampoco tengo contacto con mis hermanos ni con otros parientes. Tuve un breve encuentro

con mi hermano cuando descubrió, unos diez años después que yo, que mi madre era odiosa y manipuladora. Pero a raíz de todos esos años de distanciamiento y todo el trauma, el enojo y el resentimiento, la reconexión duró poco.

Ahora soy rápida en romper lazos tóxicos. No pierdo tiempo perdonando ni empecinándome en intentarlo una y otra vez como solía hacer. Así que cuando mi hermana me acusó de mentir sobre los abusos que cometió contra mí su exsuegro/expadrastro, corté el vínculo con ella también. De todos modos, está tan hundida en la madriguera islámica que nuestros mundos no son siquiera universos vecinos. Sus dos hijas (una apenas mayor que la mía y otra menor) ya están casadas, y su hijo concurre a una de las mejores universidades de Canadá. Ese ciclo familiar continuó sin trabas.

Tengo un tío con el que hablo periódicamente. Me crio de niña en los ratos en que mi madre se iba a trabajar, desde que fui bebé hasta que tuve 1 o 2 años. Así que teníamos un nexo especial. Me llama Jesse. La razón del apodo es un misterio, pero me encanta. Amo a mi tío. Desde 2004, es la única familia extendida que me ha quedado. No he tenido contacto con nadie más.

Un día, este tío me contó de la existencia de mi prima (hija de un medio hermano de mi madre), que estaba distanciada de la familia porque se había casado con un judío. ¡Qué bien! La contacté enseguida y le dije que yo también era una inadaptada social y que esperaba conocerla en alguna oportunidad. Me respondió de inmediato y vino a visitarme un tiempo después. ¡Qué fantástico fue conocer a un miembro de mi familia que también es exmusulmán! No puedo explicar la suerte que tengo de tener un pariente que me quiera y comprenda ciento por ciento. Estoy muy agradecida de que mis hijas puedan tener una tía.

Estoy triste por no haber nacido en una familia amorosa, pero definitivamente no soy la única en esa posición. Mucha gente crece con padres despreciables, y así y todo resultan ser seres humanos muy íntegros. No estoy tan triste como otros exmusulmanes que conozco, que amaron a sus padres y crecieron en hogares felices. Ser descartada por tu padre por renunciar a tu religión, cuando habías sido una nena de papá, debió de ser mucho más doloroso. A mí, mi padre me conoció poco y nada. Ser descartado por una

mamá a quien admirabas, una mamá que estuvo siempre presente para abrazarte y ahuyentar la pena, debe de ser infinitamente más hiriente. Si bien romper vínculos fue insondablemente solitario y escalofriante, para mí fue la opción menos dolorosa. Estaba dispuesta a pagar el precio por tener una oportunidad de mejorar mi vida para mí y, más importante aún, para mis niñas.

Estoy triste por no tener imágenes de bebé de mi hija mayor. Su padre prohibía las fotos y, tras mi escape, me llevó unos cuantos años darme el lujo de comprar una cámara. Sin embargo, su rostro está grabado en mi mente. Mi chiquita preciosa. Pasé tantas horas estudiando su cara mientras le prometía que iba a tener una buena vida. Que iba a conocer la felicidad. Que iba a conocer la libertad.

Estoy triste porque mis hijas nunca conocerán a ningún pariente del lado egipcio. Nada de eso tiene ningún significado para ellas. Hablar de Egipto es como hablar de Grecia o China; son todas tierras lejanas.

Ninguna de mis chicas habla o entiende árabe.

Ninguna de ellas jamás temerá ser quemada por un hombre invisible del cielo si no se prosterna ante él cinco veces al día.

Ninguna de ellas sabrá lo que es sentirse avergonzada por su cuerpo o por su cabello.

Ninguna de ellas será forzada a hacer nada con lo que se sienta incómoda en nombre de un arrogante y vengativo producto de la imaginación de un pastor de cabras del siglo séptimo.

Ninguna de ellas tendrá que superar nunca el trauma del abuso infantil, sea este psicológico, físico o sexual.

He sido capaz de amparar a mis hijas y por eso estoy agradecida. He cumplido con mi misión en la vida. Me abrí camino a través del cemento que me sepultaba y frené el ciclo. La subyugación, la humillación y el adoctrinamiento mueren conmigo.

Yo fui el puente, fui la primera generación. Fui Hodor, de Game of Thrones, sosteniendo la puerta para que mis hijas pudieran vivir

libres. No conocerán nada de la vida que yo viví. Todo eso les es muy ajeno, como lo será para algunos de ustedes. Así que estoy contenta. Soy un caso de éxito. Perseveré y me negué a someterme.

Contraataque

Escribir este libro fue un viaje dificultoso aunque gratificante. Fue dificultoso por obvias razones; no creo nunca haber llorado tanto como mientras redactaba todo esto. Me vi obligada a regresar a oscuros recuerdos que había enterrado bien hondo. Me tuve que quitar de encima todas las capas y dejar que todos los monstruos salieran de debajo de la cama. Todas aquellas experiencias que nunca había compartido con mis amigos, con mi marido y que ni siquiera me permitía reconocerme a mí misma fueron volcadas en este libro para que todo el mundo las lea.

Liberar todos esos demonios fue gratificante y catártico, como podrán imaginar. Una vez que sobre ellos brilla la luz, ya no resultan tan tenebrosos. Tuve un profesor de escritura que un día nos dijo que todo el tiempo estamos tragando saliva, pero que si la escupiéramos sobre nuestros pupitres jamás la lameríamos para volver a tragarla. Una manera cruda de describirlo, pero el mensaje llegó. Una vez que dejas salir algo, ya no es lo mismo. Más importante aún, ya no está en ti. ¡Y menos mal!

También fue gratificante por todas las personas maravillosas que he conocido en línea. Ojalá pudiera reunirlas a todas en un gigante abrazo de oso. Publicar en mi blog Tumblr, en mi página de Facebook y en Twitter me permitió conectarme con gente muy estupenda, amable, buena y amorosa. Realmente he podido sobrevivir a esto gracias a vuestro aliento y apoyo. Cada vez que recibía un mensaje, fuera de una amiga de la secundaria, de una exmusulmana que no había salido del clóset en Arabia Saudita o del hijo de algún colega de trabajo, era como una bocanada de oxígeno fresco que me procuraba energía para seguir trabajando duro.

Hubo muchas veces en que no podía tolerar la idea de tener que sentarme a escribir otra vez, de “adentrarme en la oscuridad”, como empecé a llamarlo. Pero, en ese momento, recibía una nota en alguno de mis buzones con un sentido mensaje de alguien que se veía reflejado o que escribía para expresar su gratitud o aprobación.

Por eso es que continué. Quería ser valiente por todos ustedes. ¡Los oí aclamarme desde los cuatro puntos cardinales! Desde Francia, Islandia, Italia, Polonia, Egipto, Irán, Paquistán, por solo citar unos pocos, y desde mi propio patio trasero, Estados Unidos y Canadá. Su aliento significaba todo para mí y todavía significa tanto. No podría haber hecho esto sin ustedes.

Sé que esta es mi propia historia, pero mi historia no es propia. Desde que se convirtió en algo público, me han bombardeado a mensajes hombres y mujeres que se identifican con mi relato. Di lo mejor de mí para brindar apoyo a cada persona. Sabía que no tenían a nadie en quien confiar, pero confiaron en mí, y eso fue un honor y una responsabilidad que no me tomé a la ligera.

De hecho, lo tomé con tanta seriedad que casi me mata. No había alivio temporal, y yo no era una especialista. No tenía forma de separarme de las historias que oía. Sentía que cada una de aquellas personas eran mis hijos y, entretanto, posponía a mis propias hijas. Una vez, en medio de un partido de fútbol de la menor, recibí una llamada por Skype desde Somalia y sentí que debía atender. Sabía que era una chica que temía que su padre la identificara ante el grupo terrorista local, Al Shabab, como persona que había abandonado el islam. Si era así, tenía la opción de arrepentirse y retornar a la religión en tres días, o sería asesinada. ¿Seguro que eso era más importante que mirar a mi hija marcar goles?

Finalmente, todo se derrumbó a mi alrededor. Me quebré. La cosa se me vino encima sin hacer ruido y luego me pegó como si fuera una tonelada de ladrillos. Me encontré a mí misma siendo incapaz de funcionar sin ataques de pánico persistentes y debilitantes que siempre estaban al acecho. Le dije a mi marido que me sentía como un fino pañuelo descartable flameando en una tormenta, intentando eludir las gotas de lluvia. Sabía que algo significativo tenía que cambiar.

Traté de encontrar un profesional a quien derivar a todas esas personas. Un profesional que entendiera el aprieto en el que se encuentran esos exmusulmanes bloqueados en países de mayoría musulmana, en los cuales el castigo estipulado por el Estado por abandonar la religión es la ejecución. Acudí a muchos terapeutas que daban consejos como “habla con tu mamá”, o “quizá puedas

encontrarle la vuelta"; simples recomendaciones ridículas que jamás funcionarían en aquel contexto. Si esa gente hablaba con su madre, podía ser ejecutada. En mi búsqueda, me topé con Jimmy Bangash, un exmusulmán de ascendencia paquistaní que vivía en el Reino Unido y había sido desheredado por su familia por ser gay. Era coach y estaba haciendo un máster para obtener un diploma en psicología, la combinación perfecta. Comencé de inmediato con Free Hearts Free Minds[20] (fhfm) y le envié pacientes. Era la solución óptima. Ahora podía obtener ayuda especializada para las personas que me contactaban. Quienes tienen prioridad son las mujeres de Arabia Saudita y los miembros de la comunidad lgbt, pero ayudamos a tantas personas como podemos. Si visitas nuestra página, podrás leer los testimonios de aquellos a quienes hemos ayudado. Formar parte de esta organización es muy gratificante. Funcionamos solo gracias a las donaciones, y cada centavo se destina a apoyar gente y a salvar vidas. Por favor, ingresa en nuestra web para más información y para hacer una contribución si así lo deseas: <www.freeheartsfreeminds.com>.

Además de la gratificante labor en fhfm, cada día me siento recompensada por las mujeres que utilizan el hashtag #FreeFromHiyab. Una chica con quien había intercambiado mensajes de forma privada (pues no encajaba en los criterios de fhfm por estar en Canadá y no en un país de mayoría musulmana) estaba luchando mucho en el cuestionamiento de su fe. En la fecha del #NoHiyabDay, decidió que se quitaría el velo frente a cámara por primera vez. Su video se hizo viral. Hizo una declaración sobre la emancipación de las mujeres en árabe, inglés y francés y luego descubrió su cabello. El video termina con su radiante sonrisa. Esas imágenes despertaron tanta atención que las aclamaciones de la multitud virtual la alentaron a dar un paso más, ¡y también dejó a su marido maltratador! El puntapié inicial de su libertad fue quitarse el velo, pero ese fue solo el primer paso. Ahora es enteramente libre: ¡cuerpo y mente! Tal es el poder de las redes sociales. La gente piensa que hacer clic en "me gusta" o "retuitear" no es mucho, pero en realidad literalmente puede cambiar vidas. Yo lo veo cada día.

Veo a mujeres en Arabia Saudita, Egipto, Irán, Argelia, Yemen, Sudán y otros países de mayoría musulmana que se sienten

incentivadas por esas masas entusiastas que reclaman en línea por su autonomía. Veo a mujeres ocultando su rostro, luego mostrando el pelo pero todavía cubriéndose la cara y, por último, ¡mostrando todo su hermoso ser con orgullo! Es un honor tan increíble ser parte de eso. Como maestra de jardín de infantes en Egipto, me satisfacía mucho pensar que cada palabra en inglés que esos niños leyeran alguna vez al avanzar fuera gracias a mí. Hoy, al trabajar con estas mujeres, obtengo la misma satisfacción. Involucrarme en alentarlas a emanciparse, a vivir con libertad, es el mejor uso posible que podía darle a mi vida.

Esperanza

Se está acercando el día en que el mundo todo reconozca a la mujer como la igual del hombre.

Susan B. Anthony

Susan B. Anthony pronunció estas palabras hace 135 años. Por desgracia, el día que predijo aún no ha visto la luz.

En los Estados Unidos de hace 135 años, las mujeres eran consideradas propiedad de sus padres y luego de sus maridos. Se les dictaba aquello que podían lucir como atuendo, así como los empleos que podían tener y la persona con quien debían casarse. En el siglo pasado, las mujeres lucharon por su emancipación a través de la primera, la segunda, la tercera y ahora la cuarta ola de feminismo. No obstante, por más admirable que sean esas corrientes, por fuera del mundo occidental apenas se registran como ondas.

Puede que las mujeres occidentales sean reconocidas en un pie de igualdad con los hombres, pero en muchas partes del mundo las valientes sufragistas, contrapartes de Susan B. Anthony, todavía están peleando ferozmente por su igualdad.

Existe una profunda desconexión entre las feministas de los países occidentales y las feministas de los países de mayoría musulmana. Yo pasé mucho tiempo atrapada entre esos dos mundos al haber crecido como primera generación de canadienses, en un hogar musulmán fundamentalista.

En mi casa, me enseñaron que desde mis 9 años debía ponerme el hiyab para protegerme de los hombres que deseaban abusar

sexualmente de mí. De mi sociedad, aprendí que eso se denomina acusación sin fundamento.

En mi casa, me enseñaron que las chicas buenas, puras y limpias lucían el hiyab, y que las chicas sucias, libertinas, despreciables no. De mi sociedad, aprendí que eso se denomina tildar a alguien de prostituta.

Puesta a optar entre esos dos mundos, elegí liberarme. Esa decisión casi me cuesta mi propia vida y la de mi hija, pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr, no solo por mí, sino en especial por ella.

De niña, crecí leyendo acerca de las heroínas históricas del movimiento de las sufragistas. Esa pequeña minoría de mujeres que se rebelaba por la libertad enfrentaban años de cárcel, arriesgaban sus pellejos y hasta entregaban a sabiendas sus vidas para despertar conciencias. Eran mujeres que se hallaban en los bordes de la sociedad. Suponían una disrupción al statu quo y una amenaza al orden establecido. Los hombres no solo las consideraban intimidantes, pues su causa consistía en una resistencia directa a un contexto dominado por el patriarcado, sino que también las amenazaban. Aquellas mujeres eran mis ídolos. Lo que yo más quería en el mundo era ser tan corajuda como ellas.

Ahora, como mujer adulta, trabajo cada día con figuras como ellas, procedentes de todo el mundo. Al igual que yo, estas mujeres han visto ambos mundos y están escogiendo arriesgar sus vidas por la oportunidad de vivir libremente. Son mujeres en Irán que son azotadas y encarceladas por negarse a lucir en sus cabezas una tela prescrita por un Estado regido por la sharía. Son mujeres en Arabia Saudita que son torturadas en prisión por demandar el derecho a conducir un coche o a viajar sin el permiso de un tutor masculino. Son muchachas en Afganistán que son fusiladas por querer concurrir a la escuela. Son niñitas en Sudán que se queman porque no quieren que las casen por obligación. Son chicas en Egipto que luchan por mantener sus cuerpos intactos, sin ser mutilados por una máquina de afeitar.

No necesito apelar a un libro de historia para encontrar mujeres que están jugándose la vida para pelear contra sociedades que las

consideran ciudadanos de segunda clase. Interactúo con ellas cada día. No obstante, es trágico constatar que las más prominentes feministas occidentales no estén alzándose junto a mí y a estas valientes pares en el combate.

Muchas feministas del mundo occidental tienen miedo de que, si apoyan a sus hermanas en la lucha, alguien pueda malinterpretar su actitud y encasillarla como etnocentrismo o racismo. Y, todavía peor que ignorarlas, hay corporaciones occidentales que a veces apoyan activamente las mismísimas cosas contra las cuales estas valerosas mujeres están peleando. El número sobre trajes de baño de 2019 publicado por Sports Illustrated presentaba un burkini; más indignante, un póster de la Marcha de las Mujeres exhibió a una mujer con hiyab.

Las feministas de Estados Unidos jamás aclamarían a Nike por poner su logotipo en ropa interior mormona. Sin embargo, celebran si se lo presenta según las modestas ropas prescritas por una religión diferente. ¿Cómo podemos luchar contra el patriarcado occidental y en simultáneo apoyar el patriarcado islámico? Espero que este libro haya disipado todos los mitos y la confusión que conducen a semejante desconexión hipócrita y peligrosa. Las personas que residen en países de mayoría musulmana están tratando de que su cultura avance en el mismo sentido que ha avanzado la cultura occidental. Ustedes han sido capaces de abolir la esclavitud. Ustedes han sido capaces de luchar por la igualdad de las mujeres. Nosotros simplemente queremos hacer lo mismo. ¿Por qué resulta que cuando intentamos avanzar de pronto es algo malo? Se nos tilda de islamofóbicos por criticar la sharía y propulsar el cambio. ¿Por qué hemos de retener nuestras culturas misóginas y homofóbicas? Las culturas no son sagradas; son dinámicas y están llamadas a cambiar en función del progreso humano. Eso no es algo malo. No fue malo para ustedes y no es malo para nosotros.

El apartheid no habría sido abolido desde Sudáfrica sin la presión de la comunidad internacional; el Muro de Berlín no se habría caído; la trata no habría desaparecido. Los principales logros sociales solo pueden llevarse a cabo si los poderosos se dan vuelta para tender una mano a quienes necesitan apoyo. Yo sobreviví a la oscuridad y me esmeré por recuperar la luz. Ahora que estoy aquí,

me veo obligada a extender la mano para ayudar a que otras mujeres alcancen su libertad. Quiero contribuir a convertir esas florecientes ondas de feminismo en olas que resuenen en el resto del planeta.

El mundo musulmán ha sido escudado de las críticas durante muchísimo tiempo. ¿Cómo va a haber progreso si toda detracción es equiparada a la intolerancia? La ironía es que los mismos hombres que alegaron que criticar al islam era repugnante y racista no tuvieron problema en hacer una película que burlaba al cristianismo. ¿Por qué eso no es repugnante y racista? ¿Por qué tal actitud condescendiente queda únicamente reservada a la religión de los "salvajes amarronados"? ¿Será un fanatismo mediocre? ¿Acaso los musulmanes no tienen derecho a atravesar un proceso de Ilustración y Reforma tal como hicieron los cristianos? ¿Acaso aquello no sucedió porque hubo gente que criticó a la Iglesia? ¿Acaso ese criticismo no terminó provocando la separación entre la Iglesia y el Estado? ¿Cómo podrá ocurrir eso en el mundo musulmán, si hay gente con semejante actitud patriarcal que resguarda a los musulmanes del progreso? ¿No podían ver que el que estaba siendo realmente repugnante y racista era Ben Affleck? ¿No podían ver que él era el que estaba utilizando una vara distinta para juzgar según la etnicidad de las personas?

Espero que mi mensaje haya llegado a buen puerto. Espero que la gente comience a evaluarse y lidiar entre sí basándose en ideas, y no en identidades. Espero que cuando alguien conozca a una chica golpeada por su familia no se incline ante la etnicidad de sus padres. Espero que todos se den cuenta de que a todas las niñitas les salen moretones y que justificar una golpiza en nombre de la etnicidad de los padres condenará a esa menor a una vida de tortura física y psicológica que permanecerá con ella hasta el día en que se muera, con independencia del color de su piel. Espero que elijan proteger a la criatura, y no a una cultura o religión sin rostro ni nombre que no merece amparo alguno. Los derechos humanos no pueden supeditarse a los derechos religiosos. Espero que se entienda que actuar así no solo es repugnante y racista, sino además inhumano.

Espero que cuando cada uno de ustedes esté cerca de la cafetera en

el trabajo o leyendo alguna página de Facebook al azar comparta su íntimo pensamiento y no sea intimidado al silencio. Las leyes contra la blasfemia en los países islámicos fuerzan a las personas a callar. Si también elegimos callar en virtud de leyes autoimpuestas, ¿quién quedará para hablar? Es nuestra responsabilidad, nuestro deber y nuestro privilegio decir lo que pensamos. Hubo gente que murió para que tú y yo pudiéramos tener derecho a la libre expresión. Qué deshonor para sus memorias derrochar ese obsequio que nos legaron.

También espero que elijan hablar en nombre de las mujeres, de todas las mujeres. A lo largo de mi vida, he observado la mejora de la condición femenina casi día a día. No fue un cambio drástico que surgió a través de la quema de corpiños u otras protestas. Fue un cambio lento, a medida que todos íbamos amoldándonos y maniobrando en torno al reconocimiento de que la mujer era un miembro de la sociedad igual al hombre.

He observado cambios significativos en los medios: hay películas, publicidades y videos musicales que comenzaron a eludir los estereotipos sexistas y permitieron que las mujeres tuvieran roles dotados de profundidad y amplitud. He observado cómo Sheryl Sandberg adquirió prominencia con su libro Vayamos adelante. Aprendí de ella, de Oprah Winfrey, de Michelle Obama, de Beyoncé y de un sinnúmero de otras mujeres de la cultura popular que son ejemplos para las chicas que están creciendo en América del Norte. Como asevera Geena Davis en el documental Miss Representation: "No puedes ser lo que no puedes ver". Pero yo pude ver. Pude ver a un montón de mujeres a quienes consideré como heroínas.

Creo que muchísimas jóvenes de la generación posterior a mí también vieron a esas heroínas y, como yo, quisieron unirse a la lucha. Ellas también quisieron ser un ejemplo, una inspiración, y continuar allanando el camino que había sido planteado por las valientes mujeres que nos precedieron. Pero a diferencia de aquellas precursoras que debieron talar árboles ancestrales y construir nuevas rutas, adoquín por adoquín, estas jóvenes muchachas nacieron en un mundo en el cual ya había topadoras listas, deseosas de apoyarlas en su empeño. El trabajo estaba en curso; la lucha esencialmente estaba ganada. No teníamos que convencer a nadie

de que había que tener caminos hacia la igualdad. Ya todos estaban a bordo.

Pero ¡resulta que estas jóvenes también quisieron construir caminos! Y como la mayoría de las rutas ya estaban pavimentadas, estas chicas, tan llenas de energía, canalizaron sus esfuerzos en otras direcciones. Comenzaron a discutir si no debiéramos mejor llamarnos womxn,[21] si los ajustes del aire acondicionado de la oficina eran sexistas y cómo contrarrestar el fenómeno social conocido como manspreading.[22] Al no tener problemas legítimos que resolver, se inventaron otros para poder consumar el deseo de aportar soluciones.

Si tan solo supieran que hay un modo de viajar atrás en el tiempo y unir sus manos con aquellas de las heroínas que hicieron historia y arriesgaron sus vidas para luchar por la libertad. Hay un modo en el que podrían direccionar su ímpetu para apoyar a mujeres que solo quieren ser consideradas como las iguales del hombre en sus sociedades. Hay un modo en el que podrían sostener a chicas que solo quieren ir a la escuela sin miedo de que las fusilen. Hay un modo en el que podrían ayudar a otras que no desean que las casen a la fuerza cuando son menores. Todos esos temas y muchos más están delante de sus narices. Y no necesitamos la nave de Volver al futuro para retroceder algunos siglos y encontrar a esas figuras. Existen hoy en día. Mujeres en Irán que son arrestadas y desaparecen porque se atreven a quitarse el fular de la cabeza. Mujeres en Arabia Saudita que son arrestadas y desaparecen porque conducen un coche. Mujeres en Paquistán o Irak que son arrestadas o asesinadas por mostrar sus rostros en las redes sociales. Esas valientes mujeres existen alrededor de nosotros y no quieren otra cosa que ser apoyadas por las feministas occidentales.

Imaginen si Susan B. Anthony y todas las demás sufragistas estuvieran hoy vivas, pero en lugar de ayudar a sus pares en su emancipación prefirieran ignorarlas, porque tienen miedo de que apoyarlas pueda ser malinterpretado so pretexto de intolerancia o racismo. O peor. ¿Qué pasaría si eligiéramos apoyar a las personas que querían reprimir a esas corajudas mujeres? Por desgracia, esto es exactamente lo que está ocurriendo hoy. Esto es exactamente lo que muchas grandes empresas y grupos feministas occidentales

están haciendo. En lugar de celebrar a las valerosas luchadoras que quieren su libertad personal, Occidente celebra exactamente aquello contra lo que esas mujeres están peleando.

La muñeca Barbie, otrora un faro de la femineidad y el feminismo, ahora se viste con un hiyab, con el fin de no tentar a los hombres que pudieran violarla. Marks & Spencer, una de las tiendas multimarca más grandes del Reino Unido, y Banana Republic venden hiyabs para niñas. El Occidente libre, el lugar al que esas valientes chicas solían mirar como foco de luz y esperanza, está apoyando a sus opresores y, en definitiva, luchando contra su progreso. En Arabia Saudita, hay mujeres que queman su nicab. En Irán, hay mujeres que amarran su hiyab a un palo y lo hacen flamear en silencio y con actitud transgresora mientras se las arresta en manada. Por nuestra parte, en Occidente, estamos poniendo el logo de Nike en esos mismos velos.

Aceptamos y apoyamos de buen grado la subyugación de nuestras hermanas de Oriente, aunque jamás aceptaríamos eso para nosotros mismos ni para nuestras hermanas de Occidente. Aquí, exigimos que las mujeres puedan "liberar el pezón", pero apoyamos a aquellas que en Oriente exigen que las mujeres "se cubran la cabeza".

Es demoledor asistir a semejante desconexión. Las jóvenes de aquí están buscando un motivo de lucha, y las jóvenes de allí necesitan desesperadamente luchadoras que se pongan de pie junto a ellas. Debería ser un maridaje ideado en los cielos de la fraternidad. Si las mujeres estuvieran deseosas de aunar fuerzas a través de las fronteras, el patriarcado no resistiría ni un segundo. El patriarcado no puede existir sin la activa participación de las mujeres. Hay hombres que prefieren tener una mujer amputada, eso es cierto, pero son las madres las que llevan a sus hijas a que otra mujer les corte el clítoris. Sujetamos a nuestras hijas de 5 años que chillan y permitimos que una mujer acerque una máquina de afeitar a sus genitales, porque un hombre así lo prefiere. Debemos alzarnos y decir no. Las madres deben alzarse por sus hijas. Debemos luchar contra el patriarcado juntas en lugar de luchar entre nosotras. Las hermanas deben alzarse por sus hermanas, y las vecinas deben alzarse por sus vecinas.

Para la mayor parte de las mujeres de los países con predominancia musulmana, la única opción es pelear, huir o paralizarse. La que se elige más comúnmente es la tercera. “Elige” no sería la palabra adecuada en este caso. Más que elegir, las mujeres se avienen. En un mundo en el cual eres un solitario salmón luchando río arriba en medio de un tsunami, es entendible que uno sencillamente claudique. Aceptas la vida trazada para ti. Te casas con el hombre que eligen por ti. Tienes los bebés que él quiera y luego te mueres con la esperanza de que después de tu muerte consigas irte del infierno y entrar en los cielos.

Una opción que se elige con menos frecuencia es la de huir. Hay un sinnúmero de historias de mujeres que escaparon de sus familias o de sus maridos y están intentando sobrevivir solas en un nuevo país, sin parientes, sin comunidad, sin amigos y sin recursos. Es una opción difícil, y lo peor es que algunas, como Dina Ali, no lo consiguen. En 2017, Dina intentó fugarse de su familia en Arabia Saudita, pero en la escala de su vuelo en el aeropuerto de Manila se le negó el ingreso al avión con rumbo a Australia. Habló entonces con los demás pasajeros para contarles que temía por su vida, que su padre estaba viniendo a buscarla y la mataría. Recurrió a Twitter y le suplicó al mundo que la salvara, pero no lo hicimos. La boca de Dina, sus manos y sus pies fueron atados con cinta de embalar, y la joven fue forzada a subirse a un vuelo de regreso a Arabia Saudita. Desde entonces, no se sabe más nada de ella.

Por último, la opción más peligrosa: pelear. Las mujeres que viven en sociedades opresoras y contraatacan son silenciadas por sus familias o por el Estado. Uno entre muchos casos de alto perfil es el de Loujain al Hathloul, quien fue alumna de la misma universidad que yo en Canadá. Luego de graduarse, devino en una feroz abanderada de los derechos de la mujer en Arabia Saudita. Ganó muchos premios humanitarios por su implacable esfuerzo para obtener que las mujeres pudieran conducir, fueran tratadas como ciudadanas iguales a los hombres y se abolieran las leyes de tutela que las encierran como si fueran eternos seres dependientes, cual prisioneros al aire libre. Conforme a esas leyes de segregación de género, una mujer no puede hacer las cosas más básicas sin el permiso de su tutor masculino. Debe obtener su autorización antes de abrir una cuenta bancaria, antes de viajar y, en algunos casos,

¡inclusive antes de recibir un tratamiento médico! Por su activismo, Loujain fue encarcelada por el gobierno de Arabia Saudita junto con otras doce mujeres activistas.

Por mucho que las mujeres del mundo musulmán estén contraatacando, solo triunfaremos si trabajamos juntas. Las mujeres en Oriente han de trabajar juntas. Mujeres en Occidente, por favor, dense vuelta, estiren sus manos y tiren de las mujeres orientales para que avancen por la ruta de la igualdad junto con ustedes. Cualquiera que crea en la libertad y la igualdad, por favor, apoye a quienes luchan por la libertad en los países de mayoría musulmana. Te necesitan.

Agradecimientos

Primero y ante todo, quisiera agradecerle a mi marido por apoyarme en la angustia mental que me supuso escribir este libro. Gracias por acompañarme en mi estado catatónico a la playa a mirar las olas, hasta que sentía que mi ser volvía a mi cuerpo. Gracias por ayudarme a que mi humor volviera a la normalidad, consintiéndome cada vez que dije: "¿Tienes ganas de comer cupcakes? Estoy de humor para comer eso y pollo frito". Estoy contenta de haberte encontrado. Soy la chica con más suerte del mundo.

Gracias a mis hijas, por aguantar los aleatorios ataques de llanto y las repentinas notas que necesitaba escribir en mi teléfono porque un recuerdo acababa de asestarme un golpe. Gracias por tolerar frases como "¿esto te parece malo? Yo ni siquiera tuve una sola mísera fiesta de cumpleaños en toda mi niñez". Gracias por ser tan maravillosas, amorosas, reflexivas, solícitas, absolutamente las chicas más alucinantes que una mamá podría desear.

Un agradecimiento superespecial a Sam Harris, por alentarme a publicar este libro, cuando ya no tenía ningún deseo de hacerlo. La incesante arremetida de las cartas de rechazo y el odio permanente en el que me ahogaron me dieron ganas de tirar la toalla y retirarme. La bondad, la paciencia y el apoyo interminable de Sam fue lo que me hizo cambiar de opinión. No estarían leyendo este libro si no fuera por él.

Gracias, Ayaan Hirsi Ali, por allanar el camino para todos nosotros y por la inspiración que brindas a través de tu coraje, tu fuerza y tu amabilidad. Sin tu ejemplo de bravura, jamás habría tenido yo el valor de trazar esta senda desde cero, como tú hiciste. Gracias por iluminar el rumbo para mí y para millones como nosotros. Gracias a todos los demás exmusulmanes que son lo suficientemente valerosos para exhibir sus rostros y decir lo que piensan. Gracias por inspirar a otros a vivir una vida auténtica ¡y gracias por propagar el riesgo! Cuantos más seamos los que salimos, más seguros estaremos. Todos

ustedes son mis ídolos.

Gracias, Christopher Hitchens. Me gusta pensar que habrías estado orgulloso de mí. Sigo tu ejemplo de decir mi verdad, con independencia de la tribu que podría ofenderse. Gracias a Richard Dawkins por ser una de las personas valientes que no se contiene en su crítica del islam, pero que tampoco lo trata diferente de otras religiones o ideologías, a pesar de la insalvable reacción violenta que recoge. Gracias a Dave Rubin, por invitarme a su programa y hacerme olvidar instantáneamente que estaba tan nerviosa ¡y a punto de desmayarme! Gracias a Maajid Nawaz, Tarek Fatah, Imam Tawhidi, Asra Nomani, Raheel Raza y todos los otros musulmanes que expresan su sentir en apoyo de los exmusulmanes y demás grupos minoritarios excluidos y oprimidos por la sharía. Me siento tan honrada de conocer a todos ellos.

Y sobre todo gracias a Ben Affleck. Si él no hubiera descarrilado al pronunciar aquella diatriba en el programa de Bill Maher, probablemente yo nunca me habría siquiera molestado en involucrarme en este activismo. Tras verlo despotricar sin coherencia frente a Sam Harris, no pude evitar sentirme igual que Elaine se debe de haber sentido, estoy segura, en aquel episodio de Seinfeld en el que todos se ponen a comer el aperitivo, e inclusive las barras de chocolate, con cuchillo y tenedor. Al verlos, Elaine se puso de pie y gritó: “Pero ¿se han vuelto locos?”.

Ese fue el sentimiento que me propulsó. ¿Cómo podía permanecer sentada ociosamente, rodeada de personas tan ridículas? Necesitaba decirles que no era Sam el que estaba siendo repugnante y racista, sino Ben. Él era quien estaba tratando a la gente de manera distinta fundándose en la etnicidad: la mismísima definición del racismo.

[1] Humorista, presentador televisivo y periodista político estadounidense. [N. de la T.]

[2] Toda persona con los rasgos estereotípicos de los judíos, como el cabello rizado y las gafas, que además se comporta de modo sospechoso. [N. de la T.]

[3] En aquel programa televisivo, Ben Affleck pronunció la siguiente frase: "¿Qué pasa con ese más de mil millones de personas que no son fanáticas, que no golpean a sus mujeres, que solo quieren ir a la escuela, comerse un sándwich, rezar cinco veces al día, sin hacer nada de lo que ustedes dicen respecto de todos los musulmanes. Están creando estereotipos". [N. de la T.]

[4] Auténtico. [N. de la T.]

[5] Serie televisiva estadounidense difundida en la década de 1990. [N. de la T.]

[6] Plaza pública en la cual se realizan ejecuciones, por lo general por decapitación. [N. de la T.]

[7] Criatura femenina sobrenatural de la mitología celta irlandesa, considerada una maga o una mensajera del otro mundo, que anuncia con llantos y gritos la muerte de alguien. [N. de la T.]

[8] En inglés, philistine significa filisteo. [N. de la T.]

[9] Ley islámica. [N. de la T.]

[10] Serie televisiva estadounidense sobre un talentoso abogado que interviene en todo tipo de causas. [N. de la T.]

[11] Medicamento compuesto de paracetamol. [N. de la T.]

[12] Expresión en ídish que puede traducirse por "¡qué desgracia!". [N. de la T.]

[13] Marcas de pastas con queso fáciles de preparar. [N. de la T.]

[14] Programa de entrevistas estadounidense producido y presentado

por Oprah Winfrey. [N. de la T.]

[15] Servicio de Seguridad e Inteligencia de Canadá. [N. de la T.]

[16] Término peyorativo y racista compuesto de sand (arena) y nigger (negro) que alude a las personas originarias de Medio Oriente y el norte de África. [N. de la T.]

[17] Profesión de fe islámica. [N. de la T.]

[18] Autor para niños estadounidense. [N. de la T.]

[19] Personaje de una película de Disney de igual nombre que asusta a todo un pueblo porque dice que un trozo de cielo se le cayó encima de la cabeza. [N. de la T.]

[20] En castellano, Liberar Corazones Liberar Mentes. [N. de la T.]

[21] En inglés, el término mujer, woman, está compuesto por el prefijo wo, que en inglés antiguo significa esposa, y la palabra man, que significa hombre. Al reemplazar la “a” por la “x”, se rompe con la lógica que encierra el término. [N. de la T.]

[22] Término acuñado por las feministas para designar la postura que adoptan algunos hombres en el transporte público de separar las piernas de forma tal de invadir el asiento de al lado. [N. de la T.]